BILL DROST
EL PENTECOSTAL
BIOGRAFÍA COMPLETA

Por Mike y Lorna Wieteska

Este compendio electrónico incluye:

Volumen 1. Un Hombre Con Una Misión
Volumen 2. Un Destino Más Allá De La Muerte

Biografía del prominente misionero William Ford Drost (1915-1979), quien se destacó por su trabajó en América del Sur y en España.

www.pentecostalesdelnombre.com

"Serán muchos los que en el Reino le dirán [a Bill Drost]: **«¡Fuiste tú quien me invitó aquí!»**"
– Winn T. Stairs

Volumen 1.

Un Hombre Con Una Misión



Biografía de un prominente misionero en Colombia en los más duros tiempos de persecución religiosa en aquel país.

El relato incluye curiosas anécdotas de su juventud, de su servicio militar en la segunda guerra mundial, y de sus trabajos misioneros en los años 1948-1958 en Colombia y Ecuador, donde fue usado por Dios como iniciador y promotor de un gran despertamiento en el cual obtuvieron verdaderos milagros de gracia y de poder del Espíritu Santo.

Tales hechos prodigiosos son acreditados por su fiel esposa doña Ruth (hoy residente en España) mediante su testimonio personal, con las cintas magnetofónicas grabadas durante el ministerio de ambos y con la presente traducción española del libro de los esposos Mike y Lorna Wieteska, para que puedan ser saboreados por lectores de habla española en todo el continente americano y recordados, particularmente, por sus hijos y nietos espirituales en las regiones donde sembró la preciosa semilla del Evangelio.

Dios no permitió que su vida fuese cortada en mitad de su carrera por el fatal despeñamiento de su furgoneta al borde de un río, en donde debía morir ahogado, como les pareció a quienes llevaron a cabo el salvamento y probablemente así fue, ya que tuvo lugar un fenómeno que está siendo, hoy día, estudiado por la ciencia: la «muerte clínica» por paro del corazón y la aparente separación de su alma del cuerpo; pero se le ordenó regresar antes de cruzar totalmente el valle de la sombra de muerte (Salmo 23:4) y aun tuvo un segundo misterio eficaz por veinticinco años en América del Sur y en España; todo lo cual será explicado en la segunda parte de su biografía, próxima a publicarse.



UN HOMBRE CON UNA MISION

UN HOMBRE CON UNA MISION

Bill el pentecostal

Mike and Lorna Wieteska

Libros CLIE
Galvani, 113
TERRASSA (Barcelona)

UN HOMBRE CON UNA MISIÓN

Versión española: Xavier Vila

Depósito Legal: B. 20.016-1985
ISBN 84-7228-976-1

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb, A.C. n.° 265 S.G. - Polígono Industrial Can Trias, calles 5 y 8 - VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

ÍNDICE

PRÓLOGO

Bill Drost: este nombre está vivo en los corazones de millares, y seguirá viviendo en la mente y la vida de muchas generaciones si el Señor demora su Venida.

Cuando conocí a Bill Drost, en el Campamento de Newcastle Bridge, en New Brunswick (Canadá), el verano de 1931, él hacía un año que era salvo. Era un muchacho de dieciséis años, con muchas pecas, que llevaba el pelo cortado al cepillo, y me dijo que quería ir a Sudamérica como misionero. Mi primer pensamiento fue: «¡Qué más da! Bien si va y bien si no va.» Bill no hacía ningún esfuerzo para hacer impresión en los otros; no recuerdo haberle visto en un púlpito de iglesia hasta después que regresó de la Segunda Guerra Mundial, unos quince años más tarde.

Pero Bill era activo, tanto corporal como espiritualmente. Los fines de semana conducía muchas millas para ir a hablar con uno o más muchachos y mostrarles «la vida eterna en Jesucristo, Señor nuestro». Los llevaba también a la iglesia, y en aquellos días, él enseñaba una clase de Escuela Dominical. Muchos de los chicos a los cuales él había enseñado pasaron a ser apoyos suyo fieles en la obra, hasta que el Maestro lo llamó a su descanso el 5 de marzo de 1979. El celo y fervor que ardió en su pecho hasta el fin, está ardiendo todavía en los corazones de muchos, viejos y jóvenes. Éstos tomaron con sus manos la antorcha y la están llevando en alto, con amor e integridad.

Fue un gran privilegio para mí el haber sido secretario y colaborador de Bill desde el día en que empezó su obra misionera hasta su último día en esta tierra.

Estaba en contacto con él varias veces al mes, y durante los últimos diez o doce años, cada semana. Cada domingo por la noche —al final de su día de trabajo— cuando los otros dormían, él me escribía contándome las bendiciones del día y la forma en que el Espíritu de Dios inspiraba su alma para unción de la Palabra.

El lector se sentirá inspirado y bendecido si lee las páginas de «Un hombre con una misión». Se dará cuenta de lo que Dios puede hacer y hace por medio de un vaso que se ha entregado, que no piensa en sí mismo, al cual no le importa a quién se le dé el mérito, en tanto que Dios obtenga la gloria, que ayuda a los corazones que buscan descanso para sus almas. Bill no trataba de captar prosélitos de otras denominaciones, buscaba los convertidos en terreno virgen.

Prefería ir adonde nadie había ido antes y allí, dar testimonio del Evangelio de Jesucristo. Cuando nuestros caminos se cruzaron, vi que su secreto era obedecer al Espíritu, según Dios ordenaba; esto daba resultado, y eran salvadas muchas almas. Alguien ha dicho que Bill Drost «ganó más almas de modo "casual" que la mayoría de nosotros esforzándonos para conseguirlo». Creo que esto es verdad.

Bill Drost, no pedía nunca dinero, al contrario, siempre estaba dando dinero a otros; no requería que nadie le diera garantías, sólo pedía continua oración. Sólo tenía un objetivo: ganar almas y glorificar a Dios. Una vez, cuando yo estaba viajaando con él, le oí en el cuarto de baño, muy temprano, una mañana, leyendo la Biblia en voz alta. Cuando le pregunté por qué lo hacía me contestó: «Quería que el diablo la oyera.»

¡Descansa, hermano Bill! Te echamos de menos. Tu asiento está vacío, porque nadie puede ocuparlo. Te prometo que seguiremos trabajando hasta que amanezca el día y huyan las sombras —entonces nos sentaremos juntos y hablaremos de todas estas cosas.

Bill Drost tenía algunas faltas, como todos tenemos, pero su valor era ilimitado; serán miles los que en el Reino le dirán: «¡Fuiste tú quien me invitó aquí!»

WYNN T. STAIRS

RECONOCIMIENTO

Los autores están altamente agradecidos a la señora Ruth Drost por la gran ayuda recibida de ella en la preparación de esta obra, mediante cintas grabadas por su marido poco antes de su fallecimiento el 5 de marzo de 1979.

MIKE y LORNA WIETESKA



La boda
Los esposos y la damita de honor

Capítulo 1

NORTE DE EUROPA, 1944-1945

El diez de diciembre de 1944, el presidente Roosevelt, en una larga carta de respuesta a Winston Churchill referente al curso de la guerra, escribió que «incluso el Todopoderoso estaba ayudando».

El Todopoderoso estaba ayudando en otro lugar también; estaba ayudando a un oscuro soldado canadiense que había sido destinado a otro tipo de guerra en otro campo de batalla. Pero Bill Drost, en aquel momento, no sabía que tenía una misión a cumplir, un destino. De hecho, su futuro parecía singularmente corto.

El Día D, Caen había sido liberado, y 30 divisiones aliadas —la mitad norteamericanas y la otra mitad británicas y canadienses— estaban alojadas en la cabeza de puente de Normandía, preparadas para avanzar hacia Alemania. El Primer Cuerpo de Ejército canadiense, compuesto todo de voluntarios, bajo el general Crerar, estaba luchando con el Segundo Cuerpo de Ejército británico, bajo el alto mando conjunto del mariscal de campo Montgomery.

La primera tarea de los canadienses había sido avanzar hacia el sur, hacia Falaise, contrarrestando el ímpetu concentrado de cuatro divisiones acorazadas alemanas, en tanto que el Primer Cuerpo de Ejército de los Estados Unidos, bajo el general Bradley, arre-

metía hacia el oeste para limpiar la península de Cherbourg. Después de tomar Falaise, en agosto, les había ordenado limpiar el flanco occidental aliado, avanzando a lo largo de la costa desde Le Havre, a las playas de Scheldt, bajo Amberes. El puerto de Amberes, que los alemanes dejaron casi intacto, por milagro, debido al rápido avance aliado, fue de gran importancia estratégica. Sin embargo, el enemigo controlaba todavía los lados del río, impidiendo llegar al mismo. Fue necesaria una lucha encarnizada para limpiar el esturio del Scheldt, en tanto que la isla de Walcheren no cayó hasta que se lanzó un tremendo bombardeo contra ella por mar y por aire, seguido de un asalto por comandos. La lucha encarnizada de esta batalla fue luego contada y hecha famosa por el libro de Saunders, «The Green Beret».

Avanzando a pesar de las temibles lluvias de noviembre hacia el sur de Holanda, los canadienses se encontraron, para febrero, en el saliente de Nijmegen, entre los ríos Meuse y Rin, precisamente al sur de la famosa Arnhem. A partir de aquí, con parte del grupo de ejércitos n.º 21, avanzaron hacia Wesel, y establecieron una cabeza de puente sobre el Rin. Simultáneamente, más al sur, el 12.º grupo de ejércitos hizo retroceder al enemigo a través del Rin, en un frente enorme, entre Dusseldorf y Coblenza.

El plan aliado era bordear el norte del Rur, el corazón industrial de Alemania, y avanzar hacia la llanura central alemana, hacia Hamburgo y el Báltico. Al mismo tiempo, iba a establecerse un segundo empuje hacia Kassel, dejando el Rur, para someterlo después. Haciendo frente al Primer Ejército canadiense había once divisiones alemanas fuertemente atrincheradas, cuya moral era elevada; estos factores, añadidos a las dificultades causadas por el terreno empantanado, dificultaban el avance.

Hacia el sur de la posición canadiense, el Primer Cuerpo de Ejército de los Estados Unidos había capturado los diques que hay en el Roer, haciendo posible que el Noveno Cuerpo de Ejército de los Estados Unidos, corriente abajo, cruzara el río con seguridad. Avanzando hacia el este y el norte, los norteamericanos alcanzaron las cercanías de Dusseldorf para marzo, y los canadienses, que ya podían reanudar el ataque para este tiempo, empujaron hacia Xanten. Los dos ejércitos se encontraron, forzando al enemigo a abandonar la cabeza de puente del Wesel, y hacia el 10 de marzo, dieciocho divisiones alemanas habían cruzado el Rin en su retroceso. Desde la orilla occidental del río, asolada, los aliados podían contemplar, un cuarto de milla hacia el este, la otra orilla.

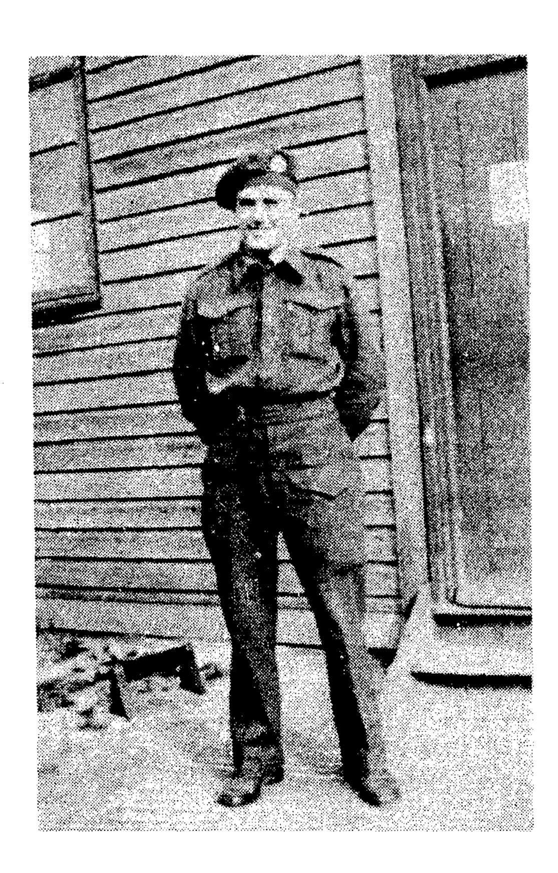
Se organizó y ejecutó un ataque aéreo, sólo superado en intensidad por el del día D, para poder cruzar el Rin; ola tras ola de bombarderos, algunos procedentes de Inglaterra, y otros de Italia, barrían el territorio alemán. En un período de media hora, se lanzó un asalto con paracaidistas, desde dos mil aviones que volaban sobre el territorio al otro lado del Rin.

A primeras horas de aquella mañana, los cuerpos de ejército segundo británico y noveno de los Estados Unidos, bajo Montgomery, habían establecido cabezas de puente al norte y al sur de Wesel, dejando a los canadienses que protegieran el flanco izquierdo. Los canadienses entonces cruzaron el río avanzando hacia Emmerich, al norte. Aquí, de nuevo, debido a estructuras defensivas poderosas, se halló fuerte resistencia, y las tropas de la vanguardia se vieron embotelladas al no poder forzar el obstáculo puesto por los alemanes, los cuales al mismo tiempo, concentraban todo su fuego sobre el área. Era una verdadera trampa, y el obstáculo debía ser forzado, por lo que se llamó al personal de ingenieros para que se abrieran paso.

Una escuadra de ingenieros, a resguardo hasta entonces, estaban esperando con aprehensión la orden de avanzar. Entonces, un oficial señaló a uno de ellos para que con una carga de dinamita hiciera volar el obstáculo. Tan pronto como el soldado dio un paso adelante cayó sobre él una lluvia de balas dejándolo muerto. Se dio orden a otro para que avanzara en dirección al obstáculo. Aún no había avanzado tres metros que le alcanzó una ráfaga de balas en la espalda y cayó allí mismo agonizante.

«OK, Drost, ahora tú», ordenó el oficial.

La guerra tiene muchas caras. En cierto sentido era paradójico que Bill Drost estuviera en el ejército. ¿No se había hecho voluntario con la decisión de no llevar nunca un arma? Pero la razón por la que estaba allí venía de mucho tiempo atrás... de la época en que tenía diez años.



Capítulo 2

¡DEMONIO, NO ME AGARRES!

No puede concebirse nada más parecido al infierno que una Europa en guerra con sus calles estrechas llenas de tiradores emboscados, sus campos cuadriculados barridos por el fuego de mortero o ametralladora, su campiña, llena de pueblos y aldeas bombardeados por todas partes, que la pacífica finca en las colinas de New Brunswick, Canadá, en que Bill Drost había nacido el primero de mayo de 1915, era, en realidad, como haber pasado del cielo al infierno.

Desde la vieja casa de campo, un edificio enorme, en realidad, varios emplazados en una colina, se podía dirigir la vista en todas direcciones y ver sólo otra finca vecina. Los vecinos eran buenos, sencillos, gente amable, que sabían cómo tratar a un chiquillo, y le daban a Bill galletas caseras siempre que los visitaba. Bill conseguía golosinas de otras mujeres de los alrededores con patrones para esterillas hechas a mano, en boga en aquel tiempo, que él les dibujaba. Tenía mucha maña para las cosas del arte, e incluso pensó un tiempo hacerse un artista.

Pero no, todo era ideal. Por ejemplo, había habido una transformación en el modo de vivir de sus padres: habían pasado a ser influidos por una secta llamada «Predicadores itinerantes», y habían llamado a Bill con el nombre de uno de los seguidores de esta secta

más importante en la comunidad. La madre esperaba que Bill honraría el nombre y le llamaba «Predicador itinerante» desde que era muy pequeño, pero Bill los tenía por un grupo muy aburrido. Una de las ideas básicas de esta gente era una condenación vehemente de los edificios dedicados a iglesias, e insistían en reunirse sólo en las casas. El pertenecer a esta secta era también causa de que se viera aislado en el colegio, porque los niños que iban a la Escuela Dominical ridiculizaban y hostigaban a los «chiquillos itinerantes» que no iban. Con todo, se sentía orgulloso cuando en las reuniones de las casas le señalaban diciendo: ¡Éste es el pequeño Willie, el predicador!» Se preguntaba a veces, sin embargo, qué es lo que iba a predicar. Los predicadores le inspiraban mucho respeto. Una noche, en una reunión, dibujó al evangelista mientras estaba haciendo el sermón. Alguien le quitó el apunte y se lo entregó al evangelista, y Bill se quedó aterrorizado temiendo que sería condenado al infierno por su impiedad. Pero el hombre era un cristiano verdadero, e hizo un comentario favorable al dibujo. Bill apreció siempre al hermano Coseman a partir de este incidente.

Antes de llegar a los diez años sus hermanas mayores fueron a una reunión de avivamiento, que se celebró en una pista de patinaje, a unas cincuenta millas de distancia. Una señora llamada Mattie Crawford la dirigió; allí se arrepintieron muchos, y hubo gran emoción en todas las cercanías. Cuando los padres oyeron hablar de esta reunión se quedaron muy preocupados, especialmente la madre. Bill oyó que sus padres decían, hablando en su dormitorio:

«Bien, John, hemos criado a nuestros hijos bien y hemos de esperar que no serán llevados al error del diablo», comentó la madre.

«No podemos decir si es el diablo o no», contestó el padre.

«¡Todo lo que no es la verdad que hemos aprendido, por medio del conocimiento de la Palabra de Dios, no puede ser de Dios!», contestó la madre con vehemencia.

Bill dio una vuelta en su cama en tanto que cruzaban su mente miles de ideas. Finalmente, se quedó dormido, esperando con ansia que nunca tuviera que habérselas con nadie que fuese del diablo.

La secta de los «itinerantes» había seleccionado un pequeño montículo en los terrenos de su casa de campo como cementerio. Allí habían sido enterrados algunos de los mejores amigos de Bill. Allí también, antes que él tuviera once años, fue enterrado su padre, con lo que se vio obligado a sostener la casa, a pesar de su poca edad.

La muerte del padre fue para él muy dura. Tenía algo dentro que le decía que no vería otra vez a su padre; y otras veces, iba y se sentaba junto a la sepultura que retenía prisionero a su padre, y mirando al cielo, donde su madre le decía que estaba su padre, le preguntaba a Dios por qué él no podía hablar más a su padre, y tratando de comprender por qué habían de ser así las cosas.

Poco después, se hallaba recogiendo patatas para ayudar la situación. Oyó hablar de unas personas llamadas pentecostales, pero no quiso hacer preguntas sobre las mismas. Recordó la antigua conversación de sus padres, que habían dicho que estas personas eran del «diablo». Unos años después, cuando tenía quince, fue a trabajar en la carretera pública. Algunos de los obreros de la carretera fueron muy amables con él, y esto le hizo pensar: «¿Cómo pueden ser estas personas amables, cuando son creyentes como mi madre?»

«Tienes motivos para estar muy orgulloso de tu madre; es muy buena cristiana», le dijo el amo un día. Bill pensaba lo mismo; muchas mañanas le despertaba la voz de su madre que estaba orando por la pequeña familia huérfana.

Luego tuvo lugar otro incidente, similar al que había ocurrido cinco años antes. Vio a un grupo de personas que estaban predicando el Evangelio y celebraban lo que ellos decían «reuniones bíblicas», y hablaban mucho acerca del Espíritu Santo. Lo extraño era que un antiguo amigo suyo, Wess, se había juntado con ellos. Wess era un joven alto, fornido, campeón de boxeo por aquellos alrededores. Bill iba con frecuencia

a su casa porque le gustaba escuchar las historias que Wess contaba, un repertorio que iba desde el sexo a la caza, temas que, por lo general, interesan a los jóvenes. No le preocupaba mucho el que hubiera un lado menos halagüeño en Wess, y que, de vez en cuando, se emborrachara, y el que pareciera muy desgraciado, Bill consideraba que era natural que cada persona tuviera algunos problemas. Pero un día la gente empezó a decir que Wess había ido «al altar» y que a partir de entonces era otro hombre. «¿Ido al altar?» No sabiendo lo que esto significaba, escuchaba con atención los comentarios de la gente. Wess había cambiado, según decían los demás, de ello no cabía duda. Bill estaba intrigado, preguntándose en qué consistiría este cambio. ¿No podría reconocer ya a Wess? La curiosidad le llevó a casa de Wess para investigar. Tuvo una gran sorpresa cuando le vio arrodillado, con su esposa y sus dos hijitas, ¡orando! Esto le hizo pensar a Bill, sin embargo, que fuera lo que fuera lo que Wess tuviera ahora, él no iba a contagiarse de ello; no quería tener nada que ver con esta gente... estos ¡demonios! El caso es que no podía sacarse a Wess de la cabeza. Allí estaba, alto, sereno, con un resplandor que parecía irradiarse, como si tuviera un halo en su interior.

La madre de Bill se puso furiosa cuando se enteró de que su hijo había hecho esta visita. «No le hables nunca más», le advirtió, después de interrogarle con disimulo y de confiarle el secreto de que el grupo de los «itinerantes» habían alimentado esperanzas de que Wess se uniera a ellos.

Yendo un día a la oficina de correos le sorprendió el ver una aglomeración en el lugar en que se celebraban estas reuniones bíblicas. Había gente que se había encaramado a sus coches para mirar a través de las ventanas; todo esto le pareció tan extraño a Bill que decidió entrar, sin más, y se encaminó hacia la puerta.

«¡No entres, te van a pescar!», le gritó uno de los chicos que le conocía y que se hallaba con otros cerca de la puerta. Pensando que se burlaban de él, Bill aún apretó más el paso y se metió en la sala de reunión. Tuvo una gran sorpresa al ver a siete predicadores sentados en la plataforma, algunos hombres, otros mujeres. La reunión había empezado ya y estaba en pleno curso; quedó maravillado al escuchar los testimonios que daba la gente, y aunque la forma en que cantaban era diferente de la forma a que estaba acostumbrado, le gustó. La gente prorumpía en gritos de modo espontáneo, diciendo cosas como «¡Gloria a Dios!, ¡Alabado sea el Señor!, ¡Aleluya!...» pero no le pareció que el diablo tuviera nada que ver con la reunión, en absoluto. «Bueno, esto es algo sobre lo que mi madre no sabe nada, porque no he oído que se mencionara el nombre del diablo una sola vez», pensó. Pero el que dieran golpes en el suelo con los pies, y el batir palmas le parecieron algo excesivo e impropio.

Bill le dijo a su madre que había estado en la reunión. Ella se quedó atónita. Si él le hubiera echado encima un jarro de agua fría no se habría quedado más sorprendida o indignada.

«¡Willie!», le contestó, «¡no acabo de creer que hayas estado allí!».

«¡Sí, madre! Pero creo que usted no lo entiende bien... no se dijo nada sobre el diablo en todo el rato. ¡Todo lo que oí eran alabanzas al Señor, y todo era muy hermoso!»

Esta respuesta no le hizo cambiar de actitud a la madre, que mirando a Bill con determinación, dijo: «¡Si vuelves una vez más a este sitio me darás un disgusto de muerte! Te prohíbo en absoluto que vuelvas, y que menciones otra vez estas personas. Tú sabes muy bien que son del diablo, y me temo que ya te hayan engañado.»

A Bill le sorprendió mucho lo que le había dicho su madre, y en énfasis que había puesto al decírselo; subió escaleras arriba y se fue a la cama muy confuso. Se metió entre las sábanas y procuró ser sincero consigo mismo y ante Dios. «Bueno, quizá me hayan engañado», pensó. «No había oído nunca antes estas cosas, de modo que es posible que haya algo que no esté bien.» Puso su Biblia sobre la cama, con lágrimas descendiendo por sus mejillas, oró: «Señor, muéstrame lo que tengo que hacer. Si esta gente son del diablo hay

que decírselo. Señor, sea cual sea el texto que me dés, vas a ayudarme, y voy a poner el dedo sobre un texto.» Dejó caer el dedo sobre la Biblia abierta. Al abrir los ojos miró y leyó el versículo sobre el que tenía el dedo, que era el primero del Salmo 47: «Pueblos todos, batid las manos, aclamad a Dios con voz de júbilo.»

¡Bill no sabía antes que ese versículo estuviera en la Biblia! «Dios mío, esto es precisamente lo que hacía esta gente, por lo menos batían las manos», dijo Bill. Se quedó boquiabierto. No podía comprender lo que significaba todo aquello, y trató de ponerlo en orden en su mente. Finalmente, llegó a un estado de cansancio y confusión tal que no podía ni pensar, y se quedó profundamente dormido. Pero pronto despertó por un sueño impresionante. Vio a Jesús que descendía de la gloria en un cielo resplandeciente de hermosa luz. Todo parecía irradiar esplendor y maravilla. Al mirar los rostros de la gente vio varias caras que pudo reconocer. Estaban subiendo, uno a uno, para encontrar a Jesús en el aire... ¡y esta gente eran los mismos que él había visto en la reunión unas pocas horas antes! Al elevarse desde el suelo sus rostros tenían una ezpresión llena del mayor gozo y satisfacción.

«¡Oh, Dios, recíbeme, recíbeme!», gritó a pleno pulmón. En aquel momento se despertó y saltó de la cama. Oyó que alguien se movía en la cocina y bajó las escaleras.

«¡Mamá, quiero hablarte!», le dijo excitado. «¿Crees que Jesucristo va a venir en las nubes del cielo?»

La madre le miró fijamente y le dijo con expresión severa. «Hijo mío, la venida del Señor tiene lugar sólo cuando llega la muerte y Él se nos lleva... esto es lo que es su Venida.»

Bill no se quedó satisfecho. «Bueno, dime... háblame más de esto. He tenido un sueño... creo.»

La madre le puso los brazos sobre los hombros, mientras que de sus ojos empezaron a salir lágrimas. «Pobre Willie, te han engañado. Esto es del diablo; procura olvidarlo», le dijo con ternura. «Mira, vuélvete a la cama y procura dormirte.» Bill, desconcertado, se volvió a la cama, sobre la que permaneció echa-

do, pensando en todos estos mensajes conflictivos. Por la mañana, antes de ir al trabajo, su madre le advirtió otra vez que no hablara con ciertos trabajadores que pertenecían a los «pentecostales».

«No te preocupes, mamá», le contestó Bill, «no les voy a decir nada».

Aquel día, uno de los trabajadores, un hombre delgado, de aspecto hosco se le acercó. Estaba mascando tabaco, y escupiendo, y riendo le dijo que le parecía que Bill había estado en la reunión la noche anterior.

«Sí, pero sólo unos minutos.»

«Mira», le dijo el otro, «cuando llegué a casa anoche, mi esposa estaba echada en el suelo, con las manos dirigidas al cielo. Estaba hablando en lenguas.»

«¿Qué quiere decir eso?», le preguntó Bill curioso.

«Eso es lo que ellos llaman el poder, el... bautismo del Espíritu Santo», le dijo el otro riendo. Bill recordó que aquella gente había hablado sobre el bautismo del Espíritu Santo, y ahora le era difícil concentrarse en el trabajo, perplejo por todos los sucesos de aquella semana. No sabía qué pensar de unos y de otros: tenía dudas y se sentía desilusionado, por lo que se refería a la posición de su madre; pero le era imposible hacer una decisión en contra de ella. Llegó el domingo y decidió ir a esa iglesia pentecostal otra vez, pero le dijo a su madre que iba a ver a su hermana. Montando en la bicicleta hizo los veinticinco kilómetros por la carretera que le llevaba a la reunión, el domingo y decidió ir a esa iglesia pentecostal otra gunos incluso estaban de pie porque faltaban asientos. Cuando la gente se levantó para cantar él se abrió paso hacia adelante para poderlo ver todo mejor. Se quedó embelesado al ir escuchando el mensaje del predicador, no sólo escuchándole sino también sintiendo lo que decía el hombre. Finalmente, el predicador llegó al fin de su mensaje, y mientras se invitaba a la gente para que se presentaran allí delante los que querían recibir al Señor, la congregación cantaba:

Oye al bendito Salvador, llamando a los oprimidos,
Oh, tú que estás cargado ven a Él y descansa.

Ven, no te detengas, tu carga será quitada
Trae contigo tu carga, pon sobre Él todo cuidado.

El auditorio era presa de intensa emoción. Vio a unos que se dirigían hacia adelante y se arrodillaban ante el altar, muchos de ellos con lágrimas. Bill no podía comprenderlo, y no entendía lo que él mismo sentía... se daba cuenta de que necesitaba hacer algo... que necesitaba acudir a Jesús. De pronto se vio a sí mismo también andando hacia adelante y que se arrodillaba en un exiguo espacio que quedaba entre otras dos personas, ante el altar. Allí oró con fervor:

«Señor, Señor, si me salvas, no me importa lo que me suceda. Quiero estar preparado para tu Venida, y todo lo que quieras que haga lo haré, Señor.» Habiendo dicho esto notó que las personas que le rodeaban hacían oraciones distintas de la suya. Estaban alabando al Señor. Él no sabía cómo alabar al Señor... de hecho, ni aún sabía lo que debía decir ahora. Entonces una señora a quien él conocía, que había estado en el Ejército de Salvación, se le acercó y le puso la mano sobre la cabeza.

«Señor», dijo ella orando, «ayuda a este muchacho a creer lo que Tú has hecho por él en el Calvario».

En este momento le pareció que algo se estaba apoderando de él, una comprensión interna de las cosas que decía aquella mujer. Su fe irrumpió y se apoderó de aquellas palabras, metiéndolas en su propia experiencia, y él se aferró a ellas, saboreando la realidad de las mismas. Inmediatamente sintió un alivio, una libertad, una liberación de la carga y confusión, y de la convicción de pecado que había estado pesando sobre él, y que había alcanzado su colmo durante el sermón del predicador. Las palabras... «lo que Tú has hecho» fueron repitiéndose en su mente, y siguió saboreándolas en tanto que parecía que capa tras capa, la ansiedad iba desapareciendo. De modo simple, cuando todas estas cosas quedaron dentro de él, y sintiéndose completamente cambiado, dio gracias a Jesús por lo que había hecho por él.

Bill se levantó para salir afuera, donde el sol de la tarde brillaba todavía. Al marcharse, uno de los muchachos le llamó, pidiéndole que regresara para la reunión de la noche.

«No puede ser», contestó Bill, «mi madre no me dejará volver».

«No te preocupes acerca de tu madre... ¿no sabes que vas a recibir el Espíritu Santo y que vas a hablar en lenguas, y que tu madre se va a asustar de veras?», le replicó el muchacho.

Mirando directamente al muchacho Bill pensó: «¡Qué terrible sería si hubiera algo en mí que asustara a la gente de esta manera!» Sin embargo, se fue a la casa y no le dijo una sola palabra a su madre, y se fue a la cama muy pronto, para evitar todo interrogatorio. Al regresar del trabajo el día siguiente procuró mostrarse tan animado y natural como le fue posible. Su madre tenía un aspecto triste.

«¿Fuiste a la reunión, ayer por la tarde?», le preguntó.

«Sí», le contestó en voz más bien baja y brevemente.

Pero Bill no estaba preparado para lo que ocurrió a continuación. Su madre, agarrando una escoba rápidamente, empezó a vapulearle sin misericordia con el mango, como si procurara echar de él el demonio, y creyera que ésta era la última oportunidad que tenia para hacerlo. El muchacho trató de protegerse como pudo, poniendo la cabeza entre los brazos. Ella prosiguió sacudiéndole escobazos, hasta que dio con él en el suelo, sin cesar un momento de darle golpes.

«¡Basta, basta, mamá!», le gritó su hija, que había entrado corriendo en la habitación al oír todo aquel ruido, «¡le vas a matar!»

«¡Preferiría verle muerto que con esos ridículos "pentecostales"!», chilló su madre como respuesta. Al fin cesó de darle golpes. El chico, con el cuerpo dolorido se levantó y se fue a la cama. A partir de aquella noche su madre le prohibió leer la Biblia, por lo que él se la llevaba a la cama y la leía, bajo las sábanas, con una linterna.

Llegó el mes de octubre. Pasaron noviembre y di-

ciembre. Bill había leído ya todo el Nuevo Testamento diecisiete veces, y cada vez había descubierto algo nuevo en él; le parecía mejor a medida que lo leía, e iba amándolo cada vez más. Era algo vivo para él. Cuando lo leía le parecía que los versículos resaltaban, que salían del papel y que iban entrando en su mente, entrelazándose entre sí y formando hermosas ideas, crecían en forma y significado, hasta que las palabras de los mismos pasaban a ser para él la Palabra. Era como una droga, que le era cada vez más necesaria para subsistir.

Era ya el final del mes de diciembre. Una señora pentecostal de la vecindad le hizo llegar de modo clandestino unas notas, anunciándole que se estaba derramando el Espíritu Santo, y que ocurrían cosas maravillosas. No hizo mención alguna del hecho de hablar en lenguas... si ella lo hubiera mencionado, Bill habría rasgado el papel. Bill había estado orando al Señor que le llenara con el Espíritu Santo, pero que no le hiciera hablar en lenguas. Mientras él estaba orando bajo los pinos, sobre la nieve, le pareció oír una voz que le decía: «Vé a la reunión esta noche.» Se quedó sorprendido, porque era la víspera de Año Nuevo, y no sabía que hubiera ninguna reunión. Entró en la casa y le comunicó a su madre la intención que tenía de ir a la reunión.

«¡Sobre mi cadáver!», le dijo ella en tono de amenaza.

Como respuesta, Bill agarró el abrigo, salió disparado de la casa, y saltando la valla del jardín, desapareció corriendo. Su madre siguió llamándole a gritos desde la puerta, hasta que algunos vecinos le aconsejaran que le dejara en paz, añadiendo que no le harían ningún daño. Cuando Bill vio que la casa desapareció en la distancia, aflojó el paso y fue andando, cruzando un hermoso paisaje nevado, en dirección al servicio, manteniéndose en calor por medio del fervor y el entusiasmo de las experiencias previas y las que esperaba iban a tener lugar en la reunión de aquella noche.

Escuchó atentamente cada una de las palabras del predicador. Éste no dijo nada nuevo, pero lo que dijo,

a Bill le pareció rodeado de una luz nueva y distinta. El texto sobre el que basó su predicación fue: «Les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que aguardasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí... pues vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.» Luego, concluyó pidiendo a las personas que estaban presentes que «querían la promesa del Padre» que se presentaran ante el altar. Bill se dirigió hacia adelante con varios otros, y muchas personas se colocaron alrededor de los «interesados». Éstos empezaron una oración, pero él se sentía incómodo; la gente que le rodeaba parecían querer tocarle en alguna parte del cuerpo, le mesaban el cabello, le ponían la mano sobre los hombros, le tocaban en la espalda, le daban golpecitos, hasta que al fin a Bill se le agotó la paciencia y enojado, se levantó y miró a los que le rodeaban:

«¡Mi madre me dice que sois locos, y ahora me doy cuenta de que lo sois! No quiero saber nada de esto... ¡me voy!» Poniéndose el abrigo se dirigió hacia la puerta, pero el pastor le atajó antes que la cruzara.

«Hijo, ¿adónde vas?», le preguntó.

«¡Me voy a casa y no me veréis otra vez!», contestó Bill.

«Pero, ¿no quieres recibir el Espíritu Santo?»

«Bueno... ¡sí!»

«Estas personas están tratando de ayudarte...»

«¿Ayudarme? Lo que están haciendo es magullarme», contestó Bill desabrido. «¿No se dan cuenta de lo que hacen? Me empujaban, me sobaban, me escupieron. Me gritaban. Les dije que eran unos locos y que no quiero saber nada más de esto...»

«Pero, no te das cuenta que estaban procurando ayudarte», continuó el pastor. «Deberías hacerte cargo y agradecer la intención. Si vuelves para orar, no voy a permitir que ninguno se acerque a ti.» Esperando la respuesta del muchacho, el pastor oraba mentalmente.

Bill se ablandó. Finalmente dijo: «Muy bien, pero ¡que ninguno me toque!»

Volvió otra vez al altar y se arrodilló en oración,

concentrando sus pensamientos otra vez en las palabras: «He aquí, Yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros.» Las palabras empezaron a cobrar significado para él, se hicieron mayores, más brillantes... empezó a sentir como una nube de amor y poder que caía sobre él... le envolvía, y entraba en él. Se sentió imbuido por ella, parte de ella. Era un gozo cálido, inefable, que le llevaba fuera de sí. La Presencia, surgió desde dentro de él mismo, y se hizo cargo de él, liberándole al mismo tiempo. Más alto, más alto... más profundo dentro de su ser, sus entrañas, su garganta, su cabeza, su lengua. Y de la lengua empezó a brotar un hermoso río de frases que él no había pronunciado nunca antes. Palabras de gozo; palabras de poder; palabras de victoria; borboteaban, fluían, surgían de modo torrencial y era imposible detenerlas... aunque tampoco él quería hacerlo. Aunque él no entendía cuál era el significado de las palabras, se daba cuenta del sentimiento de las mismas: eran palabras primarias, palabras creativas, palabras de Dios. Y eran maravillosas. Pero para él eran demasiado preciosas, demasiado sagradas para emitirlas a gritos. Si no podía controlar la emisión de las mismas, podía modular el volumen. Susurraba en lenguas. Arrebatado por la Presencia, perdido en la eternidad, las palabras proseguían como si fueran algo aparte del tiempo y del espacio.

Y volviendo a entrar finalmente en el tiempo, se quedó asombrado al ver que eran las cuatro de la madrugada. Había todavía gente por allí, algunos eran los mismos a los que él había llamado locos, que estaban orando a su lado. Ahora se daba cuenta de lo que ellos sentían, y de su interés para que él consiguiera lo que ellos tenían y amaban. Pero tenía que irse. Halló el camino a casa, casi por instinto, todavía incapaz de concentrarse, a causa de la emoción de la presencia del Espíritu. Al ascender por la colina esperaba que su madre se encontraría ya en la cama, pero vio que la luz ardía todavía en la cocina. Mirando por el cristal de la ventana, empañado por el frío, vio a su madre, que estaba sentada haciendo punto de media, con un aspecto de resolución en la cara. «¿Qué voy a decirle?», pensó. Al entrar en la cocina trató de comportarse con naturalidad.

«¿Dónde has estado hasta estas horas?», le preguntó su madre fríamente.

Bill empezó a sentir la Presencia que surgía dentro de él, y se dio cuenta que había entrado para permanecer.

«Madre, estaba en la reunión.» Su madre palideció levemente, pero pronto recobró el aplomo.

«¿Y qué pasó allí que hiciera necesario que un chico de tu edad llegara a su casa a estas horas?», persistió preguntando en un tono de indiferencia afectada.

«Madre, ¡fue maravilloso!», se atrevió a contestar Bill.

«¿Qué fue maravilloso?», insistió ella todavía fríamente, haciendo énfasis en el «qué» y tratando de controlar su agitación interna creciente.

Si ella tenía la intención de decir algo más no tuvo oportunidad de hacerlo. Bill sintió la gloria de Dios que surgía dentro él... levantó las manos al cielo... y empezó a hablar en lenguas. A su madre se le abrieron los ojos, y se quedó con la boca abierta, al mismo tiempo que dejaba caer los brazos a los flancos! le miró con asombro, medio asustada e incapaz de pronunciar palabra... ¡tal como el chico le había dicho a Bill!

Luego se recobró y empezó a insultarle, y recitando todas las faltas de las personas pentecostales de los alrededores, pero, a partir de entonces, nunca más se atrevió a oponerse a lo que hacía su hijo, ni aun cuando el hermano Steeves se lo llevó consigo a Newcastle Bridge y le bautizó en el nombre de Jesús. Bill empezó a aprender que cuando el Espíritu está obrando dentro de uno es imposible esconderlo. Y más importante, estaba convencido que el diablo no se había apoderado de él.



Bill, a la edad de 15 años,
con sus hermanas

Capítulo 3

G 49155 DROST

Como muchos otros que «habían visto la luz» recientemente, Bill se sentió enardecido con el espíritu del evangelismo, y como muchos otros que se habían sentido enardecidos con el mismo espíritu, Bill encontró pronto que no había nadie que quisiera escuchar cuando él trataba de compartir la luz con ellos. Pero sin desanimarse por los severos y desabridos rechazos que se le hicieron, perseveró, deseoso de que la gente llegara a conocer a Jesús. Acabó dejando marcado un sendero, por entre los pinos, que llevaba al lugar recogido donde acostumbraba a orar. Allí sentía que la presencia de Dios era cercana y muy real. En la iglesia se sentaba en el primer banco para que no le distrajera nada. Con un pedazo de tiza escribía en los árboles y en los lugares públicos algo sobre el amor de Dios, o bien el texto: «Os es necesario nacer de nuevo», que era su texto preferido.

Poco después que Bill fue bautizado con el Espíritu Santo, en la iglesia organizaron una Escuela Dominical. A los quince años estaba emociado de que, al fin, pudiera ir a una Escuela Dominical regular. Se celebró una reunión para elegir a los maestros y una señora de cabello ya grisáceo, anciana, a quien llamaban «madre Clark», declaró que aquellos que oraban con mayor fervor para que hubiera maestros, probablemente,

deberían ser ellos mismos los maestros. Pronto había un maestro en cada grupo, excepto en el de los chicos de once a catorce. Se mencionó esta necesidad evidente a la «madre Clark». Ésta se puso de pie, enérgica, y volviéndose dirigió un dedo hacia Bill añadiendo con aire de autoridad inapelable: «Si no estoy equivocada, este muchacho de las pecas es el que debe ser el maestro. He notado la forma en que habla a los jóvenes, y cómo trata de interesarles.»

Bill se puso a temblar por dentro: nunca había estado en una Escuela Dominical, y mucho menos había enseñado clase alguna. El domingo siguiente, Bill reunió a los siete muchachos, ninguno de los cuales tenía idea de lo que tenían que hacer. Finalmente Bill dijo a los chicos: «Os prometo que cada mañana voy a orar por cada uno de vosotros, y de esta manera Dios estará con nosotros, y vamos a recibir algo de Él.»

La obra empezó a crecer, y dentro de poco ya habían abierto otra Escuela Dominical en Newcastle Bridge. Allí se encontró con una nueva dificultad: se trataba de Tommy, un chico callejero, a quien sus padres obligaban a ir a la Escuela Dominical en contra de su voluntad. Si Tom no podía desobedecer a sus padres, por lo menos podía mostrar que iba de mala gana. Permanecía todo el rato con cara hosca y la gorra en la cabeza, y se negaba rotundamente a quitársela. Dejaba ver bien claro su disgusto, y no cooperaba en nada. Después de pensar y orar mucho, Bill decidió invitar a Tommy, un sábado, a hacer una excursión en canoa y a tomar helado, algo bastante caro en aquellos días. Tom aceptó la invitación, y se divirtieron de lo lindo, especialmente cuando, al tratar de remar contra la corriente, vieron que ni uno ni otro había ido nunca en canoa. Luego Bill sorprendido, halló más dinero en el bolsillo del que creía tener y decidió que podía comprar hamburguesas, además del helado. Antes de despedirse, Bill le preguntó a Tommy si pensaba ir a la iglesia el día siguiente. (Algunas veces Tom no se presentaba, a pesar de las recriminaciones de los padres.)

«Seguro que iré», contestó Tom.

Al día siguiente Tom se presentó a la clase, y se quitó la gorra, al mismo tiempo que su cara era amistosa y alegre. Poco después se arrepintió y empezó a servir al Señor. Con algunos se saca mucho partido por medio de una atención o muestra de amabilidad, según descubrió Bill. La bondad era una segunda naturaleza para él, y en la cubierta de su Biblia escribió más adelante:

He llorado en la noche
A causa de mi cortedad de vista
Que me ciega a las necesidades de los otros;
Pero nunca hasta ahora
He tenido que lamentarme
Del hecho de haber sido amable con alguien.

Como en los casos de otros movimientos de avivamiento anteriores, las iglesias pentecostales siguieron expandiéndose, fortaleciéndose y organizándose. Bill pasó a ser el líder de los jóvenes en las «Maritimes», y más tarde en Ontario. Gran parte del tiempo trabajaba en las minas, dedicando el tiempo libre a la iglesia, la cual era su mayor gozo. Un día se sintió abrumado por la convicción de que debía ir a Colombia como misionero. Fue y se lo dijo al hermano Stairs, un predicador unos quince años mayor que él, que había de llegar a ser el amigo más íntimo de Bill. El hermano Stairs miró a aquel chico con pecas que tenía delante, con el cabello cortado al cepillo y pantalones que sólo le llegaban a los tobillos. El muchacho no producía la impresión de un misionero, pero su sinceridad dejó una marca indeleble en la mente de Stairs. Sólo cuando Bill se alistó como voluntario en el Ejército el hermano Stairs tuvo dudas en cuanto a su futura vocación; lo que dudaba era si Bill regresaría vivo.

En el verano de 1937, Bill aprendió una dura lección. Cuando estaba trabajando en las minas de Coal Creek se alojaba en una casa de huéspedes en Chipman, cuya dueña era la señora Darrah. Un muchacho que trabajaba en un banco, Bill Jones, se alojaba también allí. Bill le había hablado muchas veces del Se-

ñor, y una noche el joven le dio una sorpresa al decirle que estaba dispuesto a ir a la iglesia con él. Bill lo pensó un momento; aquel era un servicio de entre semana, habría poca gente, y el predicador no era elocuente... quizá no le causaría mucha impresión por estas causas, y esto le desanimaría de ir a las reuniones otra vez.

«Bien, me gustaría llevarte esta noche», le dijo, «pero el servicio será mucho mejor el domingo. ¿Qué te parece si te llevo el domingo?» A Bill Jones le pareció bien, y Bill procuró grabar en su memoria que aquel fin de semana tenía que regresar pronto de su casa, para poder recogerlo.

El domingo por la tarde, al regresar a la casa de pensión, lo halló todo quieto y un poco raro. No pudiendo hallar a ningún compañero, llamó a la puerta de la señora Darrah, preguntando dónde se hallaba la gente.

La señora Darrah le miró: «¿Cómo? ¿No sabes lo que ha ocurrido. Bill se fue en una canoa, con Len White, y por alguna causa, se volcó la canoa, y Bill se ahogó.»

Bill se echó a llorar. «¡Señor, perdóname, Señor, perdóname! Debía haberle llevado a la iglesia conmigo cuando quería ir... pero ahora es demasiado tarde. ¡Dios mío, perdóname!» Decidió a partir de entonces no dejar perder nunca más ninguna oportunidad de hablar sobre Jesús a cualquier que se pusiera en contacto con él.

Para el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Bill se había trasladado a la ciudad de St. John, para ayudar en la iglesia, trabajando al mismo tiempo en el dique seco. Empezaron a verse con regularidad jóvenes de uniforme y Bill, por alguna razón, se sentía atraído a los mismos; con frecuencia les daba folletos y hablaba con ellos. Yendo en un tranvía un día, le llamaron la atención dos soldados. Bill se dirigió a ellos y les ofreció un folleto. Uno de ellos miró a Bill detenidamente.

«Está bien; tú eres un paisano. Deberías estar enrolado en el ejército si es que quieres demostrar que eres cristiano», exclamó el soldado en voz alta.

Estas palabras hicieron vibrar una fibra de su mente que siguió resonando durante mucho tiempo. Quizás era verdad que si estuviera en el ejército estaría en contacto con un montón de chicos, pensó. Antes que el tranvía hubiera llegad a su destino, Bill había decidido alistarse.

Al llegar a la casa del hermano y la hermana Morrow, en que se alojaba, dio a conocer su intención de alistarse en el ejército. Los Morrow eran una pareja muy espiritual y dada a la oración, y al oír las noticias se retiraron inmediatamente de la mesa y se fueron a orar a su habitación. Después de un rato entraron al cuarto de Bill. «Hijo, si quieres agradar a Dios e ingresar en el ejército, está bien, es una buena idea», le anunciaron.

El día siguiente Bill tomó el tren para Fredericton, se dirigió a la oficina de alistamiento y se alistó como soldado canadiense. Le dieron un uniforme y le dejaron, de modo que se lo puso de la mejor forma que supo; se rió de sí mismo cuando se enredó con las distintas prendas y correajes. Finalmente se parecía mucho a los soldados que había visto, y se fue a dar un paseo por el centro de la ciudad. Sus aires eran de general más bien que de soldado. Bill andaba por las calles de la ciudad, pasando por delante de los escaparates, no para mirar la mercancía, sino para su imagen reflejada en los cristales, la de un arrogante soldado que se pavoneaba calle abajo. Tan ensimismado se hallaba que tropezó con alguien.

«¡Perdón!», exclamó Bill sobresaltado.

«¡Un momento joven!», le dijo abrupto el extraño, que llevaba uniforme.

«Lo lamento, ¿qué pasa?», preguntó Bill.

«¿Eres un soldado?», le preguntó el otro.

«Sí», replicó Bill.

«No te das cuenta que soy un oficial, y que tienes que saludar a los oficiales si eres un soldado? ¿Desde cuándo estás en filas?»

«Desde hace cinco horas más o menos», contestó Bill.

El oficial le dio al soldado bisoño unas cuantas instrucciones de etiqueta militar. «Tienes que saludar de esta forma», le dijo, mostrándoselo a Bill.

Bill le imitó, y agradecido por las instrucciones, le dijo sinceramente: «¡Gracias por habérmelo mostrado!»

«Deberías añadir "señor oficial"», corrigió el otro.

«Perdone. Procuraré recordarlo la próxima vez», contestó Bill.

El oficial pensó en amonestarle otra vez para que añadiera «señor oficial», pero pensándoselo dos veces, decidió no molestarse. Le había dado bastante enseñanza de carácter particular. Del resto ya se encargarían los sargentos...

Había reunidos alrededor de quinientos reclutas en la clase cada día. Era inevitable que el instructor entrara en el tema de atacar y matar al enemigo. Este aspecto de la vida militar no había cruzado antes por la mente de Bill, y al oírlo sus pensamientos fueron distanciándose de la voz monótona del oficial que les hablaba. Se dio cuenta que estaba pensando: «Matar a un hombre, ¿cómo puedo yo matar a un hombre?» El Espíritu de Dios descendió sobre él, y como la Sara de antaño empezó a reír ante las noticias que había recibido. De repente le pareció que se hacía silencio en la sala de conferencias; entró en plena conciencia del ambiente que le rodeaba, y de que se estaba riendo, risa que cesó pronto, cuando se dio cuenta de dónde se hallaba. La sala ahora había quedado en un silencio absoluto. El instructor, con la cara roja de ira, estaba mirando también en dirección a Bill. Éste, no lo sabía, pero también le miraban todos los demás.

«Este individuo, allí, abajo, sí, tú, ¿crees que soy un imbécil?», gritó ásperamente el oficial.

Bill no estaba bien seguro de si se dirigía a él o a otro. Y prefirió no moverse, por si acaso.

«¡Firmes!». le espetó el oficial, en voz de trueno, mirándole directamente. Bill llegó a la conclusión de

que él era realmente la persona a quien el oficial se dirigía. Se puso de pie en posición de firmes.

«Da siete vueltas a este edificio corriendo, y cuando vuelvas quizá podrás decirnos de qué te reías.» Bill salió de entre los demás y se fue a dar las siete vueltas corriendo alrededor del edificio. Cuando las hubo dado, casi sin resuello, volvió a entrar y se sentó de nuevo en su sitio.

«¡Firmes!», repitió el vozarrón del instructor. De nuevo Bill se puso en posición de firmes.

«Dinos ahora qué es lo que te pareció tan divertido», le ordenó el oficial.

«Quiero decir que Dios me estaba hablando», empezó Bill. Si es que alguno de los presentes no prestaba atención a lo que ocurría en aquella sala antes, ahora todo el mundo estaba pendiente de sus palabras. Quinientas cabezas se dirigieron hacia aquel mentecato que creía que Dios le hablaba. «Dios me dijo que nunca debía matar a un hombre», prosiguió Bill, «y era algo tan bueno y tan real, que por dentro de mi alma me hizo regocijar y reír. Pido perdón, señor oficial, pero creo que Dios no va a ponerme nunca en una posición en que tenga que verme cara a cara con un enemigo y matar a un hombre.»

El instructor era hombre que se jactaba de su conocimiento de los hombres y de su capacidad como disciplinario. Creía que ya había pasado por todo desafío, directo o indirecto, a su autoridad, y que sabía cómo tratar y negociar toda situación. Al principio vaciló un momento ante la respuesta, que era inesperada: este hombre parecía sincero de veras. Estos soldados eran todos voluntarios, sin embargo, y por tanto, ¿por qué tenía que cargar con algún maniático religioso? Quizás estaba haciendo comedia. Con hostilidad a causa de la respuesta y molesto por su incapacidad del comprender del todo la situación, ordenó a Bill que le diera su nombre y su número.

«G 49155 Drost, W. F.», le contestó Bill.

«Preséntate esta noche de servicio después de las 6.»

Esto le sentó muy mal a Bill. Él tenía planes de ir a la iglesia. Pero se presentó para servicio aquella no-

che; le entregaron dos cubos de agua y le mandaron que fregara el suelo del comedor y de los cobertizos. Después de cuatro horas pasadas de rodillas y sudando, lo había terminado todo. Vino el oficial para inspeccionar el trabajo.

«¿A esto llamas limpio?», exclamó el oficial después de dar una breve mirada al suelo.

«¡Sí, señor, es todo lo que se puede hacer!», contestó satisfecho Bill. El capitán, con movimiento lentos y deliberados, dio una patada a los dos cubos de agua sucia que se derramaron rápidamente sobre el suelo.

«¡Limpia el suelo de este edificio!», tronó, «¡estás aquí para trabajar, no para bobear!». Bill se encogió de hombros. No había manera de rebelarse. Simplemente fue a llenar los cubos y empezó la tarea otra vez. Hacia la media noche lo había repasado todo, y exhausto, se fue a dormir a su cama.

A la mañana siguiente se le dio un buen rapapolvo, y se le dijo que se le había castigado y disciplinado por burlarse de las reglas del ejército. Esto no era verdad, pero Bill sabía que no habría servido de nada el protestar. Con miras a dejar este punto bien claro se le confinó a no salir del campamento en un par de semanas.

Cuando se le dejó salir otra vez, emprendió el camino de la iglesia, con la misma alegría con la que un marinero, al hacer escala el barco, se dirige hacia el barrio alegre del puerto, en que podrá divertirse. Durante la reunión en la iglesia se hizo un anuncio: Habría reuniones de avivamiento especiales, que se celebrarían cada noche, y vendría un predicador especial para las mismas. Después de la reunión, el pastor, hermano Jacques, fue a hablar con Bill.

«¡Alabado sea Dios, Bill! Escucha, quiero que estés aquí cada noche, y que nos ayudes en todo lo que puedas.»

«Gracias», replicó Bill, «estaré aquí cada noche sin falta». Esperaba que no iba a ocurrir nada otra vez que le confinara al campo... no quería estar fregando suelos, cuando los ángeles podían estar regocijándose

con él, por pecadores que «se arrepientieran», estando él en la iglesia.

A mediodía, el día siguiente, estaba Bill comiendo en el cobertizo, cuando sintió de repente un dolor agudo en la garganta, y empezó a tener dificultades para respirar; se quedó pálido como la pared, e incapaz de sostenerse sentado, por lo que tuvo que echarse sobre la mesa. Algunos de sus compañeros se lo llevaron a la sala del oficial médico cercana. El médico lo examinó con cuidado.

«Tienes alguna obstrucción en la garganta, por lo que tendré que ponerte en el hospital», le dijo inmediatamente, y sin contemplaciones.

El «hospital» resultó ser una casa particular, que el ejército estaba usando para este objetivo. Lo llevaron al tercer piso y le pusieron en la cama. La habitación, tratándose de una casa particular, era más bien pequeña, y él estaba solo en ella. Después de un nuevo examen descubrieron que se había tragado un fragmento de hueso de pollo, y le dijeron que tendría que quedarse internado en el hospital por lo menos diez días. Bill se quedó muy decepcionado, era indudable que no podría ir a las reuniones después de todo, pero recordando que la Biblia dice que demos gracias por todo, simplemente expresó sus alabanzas al Señor.

A un lado de la habitación había una ventana que miraba a la calle. Bill pensó con tristeza en la gente que podía ir a la iglesia aquella noche y en su promesa al hermano Jacques de que estaría allí sin falta. Luego, después de un rato, notó que tenía el cuello despejado. Llamó a la enfermera.

«Mire, enfermera, siento la garganta despejada y puedo tragar bien la saliva. ¿Cree usted que puedo irme?»

«Tienes que quedarte aquí durante diez días», le contestó ella rápidamente, sin tomarse la molestia de examinarle, «pero se lo diré al doctor, y el te examinará por la mañana». La enfermera se marchó, cerrando la puerta al salir.

Había otra puerta en el otro extremo de la habitación. Bill se preguntó adónde se iría por ella, y se

levantó de la cama para averiguarlo. Vio que daba a una pequeña habitación llena de vestidos y enseres personales. En el cuarto había una ventana, y mirando hacia fuera se dio cuenta que por ella se salía a la escalerilla de hierro para casos de incendio, y que terminaba abajo en la calle. Le vino la idea de que podía escaparse e ir a la iglesia. Pero, ¿qué pasaría si alguien daba una mirada, durante el tiempo que estaba fuera y lo descubría? Al fin decidió marcharse e ir a la reunión e hizo la cama de modo que daba la apariencia de que había alguien durmiendo en ella. Si se limitaban a dar una mirada desde la puerta, lo más probable era que no se dieran cuenta.

A los pocos minutos se había vestido, y se escurrió hacia el otro cuarto y descendió por la escalerilla de escape a la calle. Era un poco antes de las siete y la reunión era a las 7,30. A esta hora se hallaban en la iglesia. Una vez inmerso en el espíritu de la reunión dejó de preocuparse por completo de lo que ocurriría si descubrían que se había escapado. Si Bill hubiera estado en la rutina del servicio normal, habría tenido que estar de vuelta a las 10,30, pero estando de baja por enfermo, ya no importaba la hora de regreso, así que se quedó hasta el final de la reunión. Cuando volvió a encaramarse por la escalerilla hacia su cuarto era cerca de la medianoche. Examinó su cuarto y la cama y vio que nadie había estado allí, por lo que se metió en la cama y se durmió. Durmió toda la noche a pierna suelta.

Al día siguiente lo llamaron para examinarle. «Bien Drost», le dijo el médico de guardia después de examinarle, «encuentro que tienes la garganta limpia, pero supongo que no te importará quedarte aquí durante el resto de los diez días. ¡La comida es mejor aquí, no cabe duda!»

«¡No, señor!», dijo Bill sonriendo. Le dio las gracias al médico, saludó y se volvió a su cuarto. Allí pasó el rato gozándose en la lectura de la Biblia. A las siete estaba vestido y de nuevo se deslizó hacia la calle por el mismo procedimiento y se dirigió hacia la iglesia.

Lo mismo ocurrió durante cada una de las diez noche en que hubo reuniones.

Algún tiempo después de salir del hospital, Bill iba a dirigirse hacia la reunión en la iglesia, una noche, cuando uno de los soldados le llamó y le dijo: «Hermano Drost, mi hermano está en el hospital, ¿podrías ir a verle?» Bill conocía al hermano de este hombre, pues una vez había hecho unos trabajos por cuenta de él. Este hombre no se había portado muy bien con él, por el mero hecho de que él era pentecostal. Sin embargo accedió a ir.

En el cuarto del hospital se notaba un fuerte olor a desinfectantes y antisépticos, que no disimulaba un desagradable hedor a podredumbre. El paciente estaba echado, con las mejillas hundidas, y al lado de la cama había una bolsita de goma, que contenía parte de los intestinos del enfermo. El médico le había dado como máximo seis semanas de vida. Era un espectáculo tristísimo.

«Bill, estoy contento de que hayas venido», le dijo el enfermo débilmente. Luego hizo memoria de que se había portado mal con él. Le pidió perdón con sinceridad, y le pidió a Bill que orara por él.

Bill no sabía en realidad qué decir. Mentalmente hizo una rápida oración, y tuvo la impresión de que debía leer la porción de la Escritura que empieza: «No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo...» Al leerla la presencia del Espíritu Santo era real en la habitación del enfermo.

El enfermo lanzó un gemido y gritó angustiado: «¡Ora a Dios para que me dé tiempo de arrepentirme y ser bautizado, Bill!» Sintiendo que Dios estaba obrando un arrepentimiento verdadero Bill persistió orando.

Un día o dos después de que Bill orara en el cuarto de este enfermo, el destacamento al que él pertenecía fue enviado a Petawawa, en la provincia de Ontario, para recibir más entrenamiento. A Bill le llegó la noticia, más tarde, de que el hombre había muerto al cabo de dos meses, pero que durante este período había sido llenado por el Espíritu Santo y había hablado

en lenguas. Luego, deseando ser bautizado, otros le habían llevado al río y fue bautizado en el nombre del Señor Jesús.

Capítulo 4

ENTRENAMIENTO MÁS AVANZADO

Al enterarse de que les enviaban a Petawawa, entró sobre Bill la aprensión de tener que abandonar la comunión de sus amigos en la iglesia de Fredericton. Era el mismo tipo de aprensión que sienten los emigrantes cuando están a punto de embarcar; cuando se dan plena cuenta de lo que les está ocurriendo realmente, y los recuerdos felices de los tiempos antiguos en su país, que ahora están abandonando, se amontonan en su mente. Echado en la cama, fue haciendo inventario de lo ocurrido en los meses transcurridos. Y entonces le vino la idea: «Sí, has estado con buena gente, pero has tenido también ocasiones difíciles, por parte de personas que no eran cristianas. No has escondido la luz —has permitido que brillara— pero, ¿ha sido de algún valor el dar el paso adelante, y decirles a rajatabla a la gente que necesitan ser salvos? Cuando algunos pidieron que fueras con ellos a jugar y a beber, al instante respondiste: "No, esto no es lo mío; yo conozco a Jesucristo." Algunas veces se burlaron o se mofaron, o te llamaron "diácono", o "predicador", o cosas semejantes con sorna. ¿Usaste el método y enfoque apropiados? ¿Podrías haber hecho las cosas de modo distinto?» Después de pensarlo mucho tiempo, Bill decidió probar un nuevo enfoque, menos directo, en el nuevo campamento, suponiendo que se hallara rodeado de gente que no le conocieran todavía.

Estaba pensando en todas estas cosas cuando el tren iba avanzando por la provincia de Ontario, la mañana del día siguiente. Los otros soldados que le rodeaban estaban contándose los chistes acostumbrados, usando un lenguaje a tono de los mismos, mientras que Bill se hallaba sentado, quieto, meditando. Uno de los chicos se dirigió a él:

«Bueno, Drost, ¿crees que vas a ser tan dichoso como afirmas que eres?»

«No me cabe duda, estaré muy contento. Sé lo que Jesús ha hecho en mi vida», contestó Bill. En realidad, en aquel momento no se sentía muy alegre, pero por fe sabía que todo iría bien.

El traqueteo del tren continuaba, y se veían desaparecer, uno tras otro, pueblos y aldeas de aspectos soñoliento, tranquilos en su aislamiento, en tanto que los soldados iban siendo transportados a un punto que nunca habían visto antes. Al llegar a Petawawa, los rayos del sol, muy inclinados, pintaban de color púrpura las colinas del este, y el ambiente estaba lleno de una gran tranquilidad y paz. Pero para los soldados no iba a ser una noche de mucho sosiego. Había un gran bullicio y trajín por todas partes; su equipo se hallaba en los camiones que estaban parados allí cerca, en las tinieblas de la noche, que ya había caído para este tiempo. Se les inscribió de modo provisional: «Nombre, rango y religión, si la profesaban», antes de destinarlos a sus alojamientos en los cuarteles. Por lo general, Bill contestaba a las preguntas sobre la religión con un testimonio sobre la posesión del Espíritu Santo y de qué hablaba en lenguas, pero ahora adoptó la nueva actitud más moderada que había decidido presentar. Sin embargo, no se les permitió ir a la cama, sino que se les hizo estar presentes a una arenga para que se condujeran «de forma que no causaran problemas a nadie», y se les leyeron las reglas del campamento. «Yo no estoy bajo la ley, sino bajo la gracia», se dijo Bill para sí, después de escuchar la larga lista de ordenanzas, «¡...pero mientras estoy en la carne voy a pasar por todo esto!»

Finalmente, se les alojó apropiadamente, por el orden de sus apellidos, y a él le correspondió la litera o camastro de arriba, colocado encima de otro. La mayoría de los soldados se hallaban cansados del viaje, y se durmieron al instante. Bill también estaba agotado, sintiéndose tan fatigado como el día que su madre le vapuleó con la escoba. Dudaba. Normalmente, se habría arrodillado y orado antes de retirarse a la cama. Pero ahora estaba pensando en su nueva estrategia. No había una sola persona en aquel cobertizo que le conociera, así que decidió orar una vez echado en su camastro. No creía que el Señor fuera a condenarle por orar de esta forma, siempre y cuando no se avergonzara de orar de otra manera. Se echó de lado y oró:

«Señor, aquí estoy, en tus manos. No quiero avergonzarme pero tampoco quiero ser causa de sonrojo y de oprobio para tu obra. Ayúdame a servirte de la mejor manera posible.»

Pronto se apagaron las luces, y Bill, pensando en las nuevas caras que le rodeaban, y en la forma en que iba a contestar las preguntas que se le harían, se quedó dormido... Luego, se despertó y se dio cuenta de que las luces estaban encendidas. Era extraño, porque él no se hallaba en su cama. Poco a poco fue dándose cuenta... estaba andando arriba y abajo, por el cobertizo, con las manos elevadas, hablando en lenguas y prorrumpiendo en exclamaciones como «Aleluya», «Gloria a Dios» y «Estoy contento porque soy de Jesús», delante de un auditorio de soldados que le miraban asombrados. Antes de que pudiera volver completamente en sí, llegaron algunos oficiales para ver lo que ocurría, y le ordenaron que se cuadrara. Tenía la sensación de ser un bobo, allí, en medio de todos, en posición de firmes, medio vestido.

«¿Qué es lo que te pasa?, le preguntaron. «¿Tenías una pesadilla?»

«¡No, señor! No era una pesadilla. Tenía el Espíritu Santo», replicó Bill, dándose perfecta cuenta de lo que había sucedido. Los oficiales, también, quedaron asombrados entonces. Bill siguió explicando, de modo tan claro como pudo, que Jesús ha prometido el Espíritu Santo, y que él lo ha recibido. Esto hacía que Dios fue-

ra muy real y cercano para él, y hacía que hablara en lenguas, que eran como un torrente de palabras igual a agua viva que salía de su interior. Ésta siguió diciendo, era la forma en que Dios hacía que todo aquello se manifestara. Ahora se daba cuenta de que había hecho mal al callar, y que desde el principio tenía que haber hablado claro, cuando le preguntaron sobre su religión. Aunque le pareció raro, el oficial que le interrogaba pareció satisfecho con su explicación y dio órdenes de que apagaran las luces, meramente, y de que todo el mundo se fuera a la cama.

«¡Bien, te has portado como un tonto esta vez!», se dijo Bill para sí, como acostumbraba decir Oliver Hardy en las películas, y no pudo dormir en toda la noche. Llegó, finalmente, la mañana y se levantó algo cohibido, preparándose para ir a desayunar. Le parecía ser el objeto de la curiosidad de todos, algo así como la actitud de espectativa adoptada con aquellos de quienes los demás sospechan, con o sin razón, que no están del todo bien de la cabeza; aquello de «no hay que provocarles, porque son peligrosos, después de todo». Luego se preguntó si su propia imaginación era la que le hacía ver estas cosas.

Sintiéndose todavía incómodo se puso a la cola para el desayuno, y cogió algo, no mucho, en la bandeja, y con ella se dirigió a una mesa que halló vacía, no queriendo dar lugar a ninguna clase de fricción. Pronto se dirigieron a su mesa otros tres soldados, que indicaron su deseo de sentarse junto a él. «¡Cómo no!», les contestó. Se sentaron uno a cada lado y otro enfrente.

«Mira me gusta lo que hiciste anoche. ¡Creo que fue magnífico!», dijo uno de ellos.

«¡Ésa sí que es buena!», se dijo Bill. «Vamos a ver lo que ocurre ahora», preparándose mentalmente para lo peor. El soldado siguió hablando, sin notar su reacción:

«¡Mi madre es pentecostal, y voy a escribirle y decirle que he encontrado un amigo que es pentecostal también!» Bill respiró aliviado. Era evidente que sus palabras eran sinceras, y empezó a sentirse contento

por los sucesos de la noche anterior. Extendió la mano por encima de la mesa y se la dio al soldado de aspecto entusiasta al otro lado.

«¡Alabado sea el Señor!», dijo Bill con gozo.

«¡Alabado sea el Señor!» contestaron los otros tres, estrechándole la mano uno tras otro. Después de un rato de conversación amistosa se pusieron de acuerdo para verse otra vez, y los otros le describieron el modo de ir a la iglesia pentecostal de Pembroke. Al parecer, una vez se había ido a la iglesia del campamento, el domingo por la mañana, se era libre. Para llegar a Pembroke a tiempo había que ir al servicio católico a primeras horas de la mañana. Bill les dio las gracias, sin dejar de notar que ésta sería la primera vez que asistiría a un servicio religioso católico. No tardó mucho tiempo sin que Bill tuviera nuevos amigos en Pembroke, así como buena comunión con ellos. Algunas de las personas que conoció allí siguieron siendo amigos suyos durante el resto de su vida.

Un sábado, después de la limpieza del campamento para una inspección inminente, se les dejó salir con permiso. Todos los muchachos se fueron a la ciudad, pero Bill no pensaba perder el tiempo andando por las calles. Sabiendo que el campo de tiro estaría desierto se fue allí directamente para orar y adorar al Señor. Mientras estaba orando, el Señor le indicó que fuera al hospital, en Pembroke. Bill no sabía que hubiera un hospital en Pembroke, pero como era una ciudad de cierta importancia, no le causó extrañeza. Bajo el impulso del Espíritu regresó al cobertizo para ponerse el uniforme. Luego, al tiempo de salir por la puerta, un oficial, que conducía un jeep, le detuvo y le dirigió la palabra.

«Creía que todos los muchachos se habían marchado.»

«Sí, señor, creo que se han marchado casi todos.»

«¿Tienes intención de ir a Pembroke?»

«Sí, señor, esto es lo que pensaba hacer.»

«¡Pues, entonces, sube!», le dijo el oficial. «Es raro que te encuentres aquí a esta hora. ¿Qué es lo que hacías?», le preguntó el capitán.

«Había ido al campo de tiro un momento.»

«¿Y qué es lo que hacías en el campo de tiro?»

«Bueno, no estaba haciendo prácticas, sino que estaba allí para estar un rato a solas en oración a Dios.»

«¿Para qué?»

«Sí, me gusta estar a solas en oración a Dios. Mientras estaba allí orando he recibido la impresión de que tenía que ir al hospital», prosiguió diciendo Bill de modo natural.

«¿Conoces a alguien en el hospital?», le preguntó el oficial intrigado.

«No, señor.» Con esto habían llegado a la puerta de la valla del campamento. Bill tocó ligeramente el brazo del capitán. «Perdóneme, capitán, pero como no tenía intención de salir, no me acordé de recoger un pase.»

«No te preocupes, vas con un capitán. Quédate tranquilo y no pasa nada.» Los guardas saludaron y los dejaron pasar sin decid palabra a Bill. El capitán condujo el jeep en silencio, reflexionando, en dirección a la puerta del hospital. «Me dijiste que querías ir al hospital. ¡Estás en el hospital!», le dijo a Bill, indicándole la puerta.

«Gracias, mi capitán.» El jeep arrancó y se alejó. Él estaba allí, frente a la fachada principal. Durante unos segundos Bill elevó su corazón al Señor en una oración interior: «Señor, no creo que me hayas traído aquí para que me portara como un necio y quedara como tal. Creo que el Espíritu me ha hecho venir y, por tanto, si puedo ayudar a alguien en algo, estaré muy contento en hacerlo.» Y se dirigió directamente hacia la sala de recepción. Había una enfermera joven de servicio. Era una muchacha pelirroja, muy linda, pero Bill estaba demasiado preocupado para notarlo en ese momento.

«¿Qué deseas?», le preguntó la enfermera.

«Quisiera hacer una visita», contestó Bill, no muy seguro de lo que tenía que decir.

«¿Tienes algún conocido aquí?», preguntó la enfermera.

«Bueno, quisiera hacer una visita», repitió Bill, incapaz de hallar palabras más adecuadas.

«Bueno, pero, ¿a quién quieres visitar?», insistió la enfermera, que al parecer encontraba la situación un poco divertida.

«Bueno, creo que debo hacer alguna visita. Tiene que haber algunos niños enfermos en el hospital... Soy un maestro de Escuela Dominical, y quisiera visitar a algunos de los muchachos», dijo Bill finalmente, en un momento de inspiración.

«Bueno, eso está muy bien», le contestó la enfermera muy amable, un poco avergonzada por haberse divertido con la turbación del joven. Llamó a una tal señorita Johnson, la cual le indicó dónde estaba el ascensor. Subieron al tercer piso en silencio. La señorita Johnson le hizo cruzar rápidamente el corredor y le llevó a una habitación en la que había varios niños. Dirigiéndose a Bill anunció a los niños: «Este señor es un soldado y es maestro de Escuela Dominical, y viene para haceros una visita. ¡Estoy segura que os gustará lo que os va a decir!» Y despidiéndose de Bill salió por la puerta hacia el corredor.

Bill dio una mirada alrededor de la sala y vio unas quince camas pequeñas. Cuando intentó decir algo se encontró con la lengua trabada y todo lo que pudo hacer fue regresar a la puerta de la sala y dar una mirada por el corredor. Siguió, y andando se dio cuenta de una puerta en la que había un letrerito que decía: «No se permiten visitas.» Le pareció que éste era el lugar por el que se sentía atraído, y se dirigió hacia él. Antes de llegar a la puerta salió una enfermera del ascensor, vio hacia dónde se dirigía y le dijo que no podía entrar en aquella habitación porque era un caso muy grave. Entonces, Bill se metió en el ascensor y pulsó un botón, dando tiempo para que la enfermera desapareciera. Luego volvió al corredor, y se dirigió hacia aquella puerta.

La puerta estaba levemente entreabierta, y dentro había alguien que estaba sollozando. Empujó la puerta un poco y miró. En una cama, echado e inmóvil, vio un cuerpo pequeño envuelto en vendas de pies a cabeza, con sólo una rendija visible en la frente y los ojos. A juzgar por el tamaño, Bill consideró que tenía

que ser un muchacho de unos catorce años. Bill dirigió los ojos hacia la dirección en que había oído los sollozos. Arrodillada al pie de la cama estaba una mujer, al parecer la madre del muchacho, que lloraba de modo convulsivo, al mismo tiempo que oraba. Sus manos estaban agarradas al extremo de la cama, y envueltas por la sábana retorcida. Su sufrimiento era algo que daba pena mirar. Bill se conmovió y abriendo del todo la puerta, entró, y se dirigió a ella de puntillas.

«Señora, querida señora, ¿puedo hacer algo por usted?», le dijo con ternura, tocándole levemente un hombro.

La señora miró a Bill sobresaltada y le preguntó: «¿Es usted un pentecostal?»

«Sí, lo soy.»

«He estado orando al Señor para que me enviara a alguien que orara en favor de mi hijo.» Estaba tratando de componerse y sosegarse: «Mi hijo ha sufrido un accidente terrible... No hay esperanza alguna de que se recobre... ¿Quiere usted orar por él?», suplicó, estimulada su fe, y acrecentada su esperanza por la presencia de este visitante inesperado.

«Si, voy a orar.» Bill dio unos pasos inmediatamente hacia la cabecera de la cama; puso las manos sobre la cabeza del muchacho y exclamó: «Señor Jesús, cura a este muchacho ahora mismo.»

En este momento se abrieron los ojos del chico, el cual miró a su madre: «Mamá, ¿por qué lloras?», le preguntó.

«¡Hijo mío! ¿Puedes hablarme?», dijo la madre.

«Sí, mamá, estoy bien ahora... Jesús ha puesto su mano sobre mi cabeza. Sé que estoy bien ahora.»

Bill sabía que Dios había cubierto la necesidad del chico, pero no estaba preparado para un hecho que había sucedido tan rápidamente y se sintió como un intruso en el cuarto cargado de emoción. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta y abandonó el hospital. Fuera soplaba una brisa ligera; adoró a Dios por su bondad y siguió su camino.

Unos tres días después, Bill pensó que haría bien en

ir a ver cómo seguía el muchacho, así que fue otra vez al hospital. Cuando hubo entrado por la puerta principal, la enfermera secretaria fue corriendo hacia él.

«¿Eres el soldado que visitó al muchacho que fue atropellado por la apisonadora?», le preguntó emocionada.

«Sí, pero no sabía que había sido atropellado, yo...»

«Fue algo maravilloso», interrumpió la chica. «Ha sido examinado y le han encontrado completamente restablecido.»

«¡Sí, fue maravilloso... alabado sea el Señor!», contestó Bill. «¿Puedo verle ahora?»

«¿Verle? Ya veo que no lo entiendes. No está aquí. Le han enviado a Ottawa para hacerle pruebas; nadie podía creerlo. Es realmente increíble..., pero, espera un momento, he de ir a buscar a los médicos para que te vean.»

Pronto llegaron varios médicos y enfermeras que le rodearon y empezaron a hacerle preguntas. Todos estaban muy impresionados por lo que había ocurrido, y no era para menos. El muchacho había sido atropellado por una apisonadora de carreteras, la cual le había aplastado prácticamente y, como se le había dicho a la madre, no quedaba para él esperanza alguna. Asombrados por la recuperación lo habían enviado a otro hospital mayor, en Ottawa, para que le hicieran toda clase de exámenes y pruebas. Bill estaba muy contento y todo lo que hacía era dar alabanzas al Señor. Finalmente le dejaron ir, dándole la dirección de los padres del muchacho. Más tarde, en el hospital de Ottawa, encontraron al chico completamente sano y le dieron de alta, y entonces Bill fue a visitarle en su casa, en Coburg. Los padres le trataron como un rey. Con frecuencia, Bill pensó en la forma en que Dios le había hablado en el campo de tiro, y la manera maravillosa en que el Señor había dispuesto todos los sucesos.

Capítulo 5

ENCUENTRO CON RUTH

Después de la aprensión que había sufrido cuando tenía que venir a este campamento, ahora volvió a sentirse triste al tener que dejarlo, para ir a la Escuela de Prácticas en Hamilton, en Ontario. Había disfrutado durante su estancia en el campamento, en especial por la compañía de sus nuevos amigos. Los sentimientos iniciales no siempre eran un buen indicador de la obra de Dios: la oposición satánica le tenía en estado de ansiedad cuando, en realidad, era el enemigo el que tenía motivos para sentirse ansioso en vez de él.

Su estancia en Hamilton tenía que ser de ocho semanas, y, al llegar, estaba decidido a hallar la iglesia pentecostal de allí. Mientras andaba por una calle vio un letrero que anunciada: «Campamento Brayside - Convención Pentecostal.» Qué maravilloso sería poder ir a esta convención, pensó Bill. El letrero decía que iba a empezar el próximo viernes, y como las clases en su escuela no comenzarían hasta el miércoles de la semana siguiente, pidió permiso para asistir a la convención. Se le concedió, pero sólo tenía veinticinco centavos en el bolsillo, por lo que decidió ir a la carretera para hacer auto-stop. El primer coche que se detuvo era conducido por un cristiano que iba a la misma convención, así que pudo llegar a los terrenos en que se celebraba cuando las cosas estaban en plena marcha.

Antes de la reunión un grupo de jóvenes oraban para recibir el Espíritu Santo. Al instante se fue allí para orar con ellos.

Cuando hubo terminado el servicio, Bill volvió a charlar con personas a las que había conocido desde hacía años. Pronto alguien le dio boletos para las comidas, otro cama en su cabina, en tanto que el pastor le pidió que hablara en la reunión de los jóvenes el día siguiente. Se encontraba a sus anchas, y cada noche oraba con los que procuraban conseguir el bautismo del Espíritu Santo.

Había un muchacho que tenía dificultades de modo especial. «Mira», le dijo Bill, «quiero decirte que el recibir el Espíritu Santo no es esforzarse uno mismo, sino entregarse».

Esto causó mucha impresión en el chico, el cual volvió a orar en una actitud diferente. Pronto estaba hablando en lenguas y regocijándose. Cuando cesó de orar, dio un salto y le dijo gozoso a Bill: «¿Quieres venir conmigo y contarle a mi madre lo que ha sucedido?»

Su madre era una mujer campesina, que no había podido asistir a la convención, de modo que fueron a una cabina telefónica y la llamaron. Ella se mostró entusiasmada. El pastor del chico se hallaba en la convención, e invitó a Bill para que fuera a predicar en su iglesia. El muchacho, que se llamaba Bruce, estaba en el campamento con sus dos hermanos, y todos ellos insistieron en que Bill fuera con ellos, para que predicara en su iglesia.

Una vez terminada la convención, Bill regresó a la base militar, donde le llegó una carta de la madre del chico, invitándole a ir a pasar unos días en su casa en el campo, con ellos, cuando a él le fuera posible ir.

Bill miró el mapa. Estaba situada a unas cien millas de Bothwell, lo que significaba que necesitaría pedir un permiso especial, así que lo solicitó. Le fue concedido, desde el sábado hasta el martes, para la quincena siguiente, y les escribió diciéndoles que le esperaran. Luego, regresó al campamento una noche para encontrarse con una sorpresa: todos los permisos habían sido anulados durante dos semanas. Le pareció como si le hubieran dado un mazazo en la cabeza.

Un grupo de soldados se había escapado una noche y habían hurtado cestos llenos de uvas maduras de los campos de las cercanías. Habían regresado con ellas al campamento y allí se habían enzarzado en una especie de batalla compal, lanzándose las uvas por la cabeza como proyectiles, con lo que su cuarto había quedado decorado con manchones color púrpura por todas partes. Por desgracia los había atrapado un oficial durante el alboroto, con el resultado que, como castigo, fueron anulados los permisos. En realidad Bill fue la única víctima real del combate de las uvas.

Echado en la cama Bill pensó: «Estas órdenes no son de Dios. porque, ¿ha de pagar el justo por el pecador?» A la mañana siguiente se dirigió al oficial: «Señor capitán, desearía hablar con usted unas palabras.»

«Muy bien, ¿qué quieres?», contestó el oficial con un tono de aburrimiento en la voz.

«Yo tengo un pase, señor, para este fin de semana, para ir a ver a unos amigos en Bothwell, y ellos me están esperando. Yo no hurté uvas, ni las comí, ni las tiré, y no creo que los justos tengan que sufrir por los pecadores...»

«¡Un momento, un momento! ¿Crees que me has de dar órdenes tú a mí?», le atajó con ira el jefe del campamento.

Bill se mantuvo en su posición, con el mayor respeto. «Señor capitán, esto no es darle órdenes. Lo que hago es solicitar un poco de consideración y un favor.»

«Pero, oye, ¿quién crees que eres tú?», le replicó el oficial, haciendo énfasis en su dignidad.

«No sé lo que pueda ser además, señor, pero sí sé que soy hijo de Dios.»

«Ah, ¿eres uno de estos religiosos?», le contestó el capitán enarcando las cejas.

«Sí, señor, si quiere darme este nombre. Soy religioso.»

«Muy bien, también yo soy un hijo de Dios.»

«¿Ha nacido de nuevo?», preguntó Bill. Ésta es la pregunta que se le ocurría inmediatamente de modo

natural cuando la gente pretendían ser religiosos. Esto le sentó mal al capitán.

«Mira, yo no quiero tener discusiones ni necesito que nadie me dé información teológica. ¡Lárgate y que no te vea más!»

Bill dio un paso hacia atrás, saludó militarmente con presteza y salió de la oficina, orando en silencio. En el momento en que se iba andando corredor abajo, el capitán volvió a llamarle. Había sentido un aguijonazo en la conciencia por haber tratado tan ásperamente al muchacho; también le sabía mal el no haberse comportado con la dignidad que correspondía a su rango militar. «Mira», le dijo cuando volvió a entrar en el cuarto, «me gusta la gente de tu estilo, veo que tienes agallas».

«Muchas gracias.»

«Ahora, cuéntame algo de esta religión tuya.»

Bill dio testimonio de la forma en que había sido salvo, y en que había sido lleno del Espíritu Santo. Su historia hizo impresión en el oficial, y agitó en su memoria recuerdos de cuando era un muchacho: «Yo mismo había asistido a la Escuela Dominical», le dijo a Bill.

«¿No va ahora, señor?», le preguntó Bill.

«No, ahora no.»

«Yo voy siempre que puedo. No se pierde nada yendo a la Escuela Dominical... uno aprende más sobre las cosas de Dios y la Palabra de Dios.»

La conversación había seguido su curso natural, y el oficial había permitido que el Espíritu de Dios pusiera un toque sobre él. Como muchos, era básicamente hombre respetable, a quien las presiones de la vida, careciendo del poder del Espíritu, habían ido alejando de las cosas espirituales. Carraspeó para limpiarse la garganta, y le dijo a Bill: «Bien, gracias por esta pequeña conversación; no quise que te marcharas pensando que soy un viejo cascarrabias y ruin.»

«Muchas gracias, señor capitán», le contestó Bill. Saludó militarmente y salió de la habitación.

Al día siguiente, los soldados fueron llamados a formar. Los oficiales les dieron una repulsa por haber

abandonado el campo, y causar daños en las viñas cercanas, así como por ensuciar y deteriorar propiedad del Estado. En tanto que tenía lugar la reprimenda, un cabo se dirigió hacia el grupo con un papel en la mano, saludo al oficial superior presente y le entregó el papel. Se hizo un silencio completo cuando el oficial estaba leyendo el papel. Después de leerlo gritó: «¡Soldado G 49155!»

Bill se puso en actitud de atención. «¡Presente!», contestó en tanto que tenía una sensación de calor por todo el cuerpo.

«¡Da tres pasos adelante!», Bill dio tres pasos adelante. Los ojos de todos estaban concentrados sobre él, especulando sobre cuál podría ser la causa de que se le llamara de esta forma tan especial.

«Tengo en la mano un privilegio concedido por el comandante del puesto de entrenamiento. Dice que puedes partir para la visita de fin de semana, pero en vez de marcharte el sábado por la mañana puedes partir ya el jueves por la mañana, y que no tienes que regresar para prestar servicio hasta el miércoles de la semana siguiente.» Se oyó un leve murmullo entre la compañía allí presente.

Bill saludó y dio gracias, sintiendo que se le doblaban las rodillas después de oír todo esto delante de la compañía en formación. Una vez se disolvieron las filas, hubo multitud de soldados que le rodearon, preguntándole cómo él podía conseguir estos privilegios cuando el resto se hallaban confinados en el campamento.

«Muchachos», dijo Bill, «esto es porque yo soy un hijo de Dios».

Pasaron los días rápidamente, y por fin se halló en el tren, en dirección a la pequeña población de Glencoe, para predicar según lo convenido. Cuando el tren llegó a la estación vio la cara sonriente del muchacho que había recibido el Espíritu Santo, con sus dos hermanos en el andén. Con ellos se hallaba un hombre mayor, alto, con cara solemne y pelo gris. Los muchachos se dirigieron corriendo hacia Bill, y le presentaron al hombre del pelo gris, era su padre. Luego se hicieron

cargo de su equipaje y lo metieron en el coche, un automóvil pequeño que pronto partió tambaleándose camino a la casa en el campo, pasando por carreteras rurales, de piso muy desigual.

La casa en el campo era bastante grande, el edificio vivienda estaba muy bien cuidado, y lo mismo los alrededores, que eran tan hermosos que pensó que no le importaría quedarse a vivir allí. El padre sacó el equipaje del coche, y Bill, siempre un muchacho entre muchachos, se fue con ellos, con quienes se encontraba muy a gusto. Después de poco la madre salió para anunciar que la comida ya estaba preparada. Por el olor que percibió, Bill sacó la conclusión que sabría algo mejor que el rancho que solía comer en el cuartel.

Había una larga mesa en el centro de la cocina, y a Bill se le hizo sentar a la cabecera. Notó que aparte de la suya había seis sillas. Mientras estaba contemplando la mesa, uno de los muchachos dijo en tono condescendiente: «Ahí viene mi hermana.»

Bill se quedó sorprendido. «¿Tenéis una hermana? ¿Qué edad tiene?», añadió con la curiosidad espontánea de un soltero.

«Tiene diecisiete años.»

«Magnífico», contestó.

«Va a la escuela Bíblica de Toronto», añadió el chico mayor.

«Muy interesante.»

Oyendo pasos, se volvió hacia la puerta. El corazón le dio un salto tal que le dolieron las costillas al ver a la muchacha delgada y graciosa que quedó enmarcada por la puerta, al entrar en la habitación. Pero ella apenas le notó, y sus ojos permanecieron desviados de él. Bill la había visto antes. ¿Le reconocería ella? Fue el año anterior cuando se vieron por primera vez —parecía que fuera ayer— y Bill recordó bien la conversación que había tenido con Larry Price, en la reunión, en el campamento.

«¿Quién es aquella chiquilla que está cantando y toca la guitarra?», le había preguntado a Larry, indicando discretamente con el dedo en dirección a la chica.

«¿Aquella chiquilla?», contestó Larry, como si el epíteto no fuera apropiado.

«Sí.»

«Mira Bill, ésta se halla fuera del alcance. Pertenece a alguien en London, o Chatham o a quien sea. Pero, en todo caso, no es para ti, es demasiado formal y legalista.»

«Quisiera conocerla, ¿podrías conseguir que nos viéramos?», había persistido Bill, sin hacerle caso.

«Muy bien, muy bien... Miraré si puedo hacer algo esta noche en la reunión de jóvenes.»

El corazón de Bill se aceleró con la expectativa. Había ocurrido algo especial en él, como resultado de haber visto a la chica. Se había dirigido hacia el fondo de la iglesia, con la mente absorta en especulaciones de felicidad, cuando le atajaron el hermano y la hermana McKay. «Mira Bill», le dijeron, «te hemos estado buscando. Aquí tienes un telegrama. Dice que tienes que partir inmediatamente y regresar al campamento».

Bill recogió rápidamente su bagaje y se metió en el coche que le estaba esperando. Cuando se alejaron en el coche había podido dar un breve vistazo a la chica de la guitarra. «Adiós, mis esperanzas de vernos», se dijo con tristeza, en tanto que el coche aceleraba. Y con esto acabaron sus sueños.

Sin embargo, allí estaba, sentada al otro lado de la mesa —una mesa muy larga—. Pero, ¿qué pensaba ella de él? Cada vez que los ojos de Bill miraban en dirección a ella, los de ella miraban a otra parte. Ni la menor señal de ánimo, ni una sonrisa. La sinfonía que iba a tocarse, iba sin duda a tener una abertura un tanto discordante.

La comida le pareció que había terminado antes de haber empezado. Antes de retirarse, los hermanos le hicieron algunas bromas respecto a su hermana, y él se preguntó si se habría portado como un tonto. Luego la conversación se dirigió a la reunión del próximo domingo. Irían a la iglesia en aquel coche pequeño, y Bill soñaba con poder sentarse al lado de ella y poder entablar algo de amistad por el camino.

Llegó el domingo. Atildado como un cromo fue di-

latando su entrada en el coche con miras a poderse sentar al lado de ella, en el asiento delantero. ¡Nada! «¡Bill puede sentarse detrás, con los muchachos!», dijo ella.

La chica era legalista. Los soldados no eran ninguna tentación para ella. Bill se quedó alicaído, pero... ¿significaba esto que a ella él no le importaba nada? El culto fue edificante, de todas maneras, y se sintió inspirado en la predicación. Llegó el día de regresar al campamento, demasiado pronto, y tuvo que subir al tren sin tener la menor idea de si había ganado terreno con respecto a ella o lo había perdido. Un cristiano prudente, le había dicho un día: «Bill, como en la música hay que tener presentes tres cosas: hay que mostrarse siempre natural. No hay que ascender al sostenido, ni descender al bemol.» Al intentar tocar la nota natural, ¿había desafinado y tocado un sostenido? ¿O quizá un bemol? Pero la esperanza eleva fácilmente el corazón de los que están enamorados. Se asignó la calificación máxima: sobresaliente, y recordó el pequeño poema «Mi tentación siempre presente»:

He tratado de amarte levemente
Mas no lo he conseguido;
Luego de amarte poco,
Sin cometer excesos.
He procurado amarte a lo discreto,
Pero esto es imposible para mí;
Todos mis votos quedan hechos añicos
Tan pronto pongo mis ojos sobre ti.

Antes de que el tren llegara a su destino ya había formado otro plan. Escribió inmediatamente a los chicos, diciéndoles que fueran a Hamilton, y que allí podrían alojarse unas semanas, en casa de la querida hermana Barton. Una vez los chicos estuvieran allí él podría usar su presencia como una excusa para llevarlos en una visita a Toronto para poder ver a su hermana.

Más tarde, cuando llegó la oportunidad, porque los chicos fueron a Hamilton, y él podía acompañarlos a Toronto, el resultado fue que sus planes quedaron frustrados. Ruth se había ido a tocar la guitarra en algu-

nas reuniones especiales, y no estaría de vuelta antes de que los chicos hubieran regresado a su casa. El destino parecía haber llamado a su puerta, pero el segundo movimiento de la sinfonía era más bien como la retirada de Moscú.

Si la melodía sufría interrupciones, por lo menos podía hacer intentos con la letra. Por fortuna, sus cartas, recibieron respuesta aunque no fue muy alentadora. Pero esto era todo lo que Bill necesitaba para transformarse en un prodigio de arte e imaginación, y poco a poco consiguió introducirse en el corazón de Ruth. Para la época en que Bill fue destinado al otro lado del mar, había ya un acuerdo tácito entre ellos: el intento de llegar a un compromiso de novios si todas las cosas iban como era de esperar.

Capítulo 6

PELÍCULAS DE COLOR SUBIDO

Se hallaban en DeBert, en Nova Scotia, y los muchachos estaban aburridos como una ostra. Después del entrenamiento, el campamento de tránsito que los albergaba en tanto que esperaban su traslado a Inglaterra, era un compás de espera poco estimulante. Estaban demasiado lejos de su casa para poder conseguir permisos de visita (aparte que esto era contra las reglas) y ahora lo que querían era que las cosas se pusieran en marcha y emprendieran la travesía a Europa. Para la mayoría de ellos iba a ser el primer viaje a través del océano, y muchos lo esperaban con gran interés. Algunos de ellos incluso mostraban ansia de entrar en combate.

Para tener a los muchachos ocupados les proyectaban películas de carácter educativo. A las nueve, cada mañana, los hacían marchar por la pista y dirigirse al cine, pero como los días de estancia en el campamento se prolongaron más de lo esperado, las reservas de películas educativas se agotaron. Pronto empezaron a proyectarse películas que eran educativas, pero en un sentido bastante distinto. Bill consideró que eran malas y del diablo, y aquellos eran días en que la conciencia de la gente era todavía delicada y tierna, cuando la televisión no había lanzado oleadas de basura dentro de las casas, y para el público en general no había descendido el umbral para el shock ante la indecen-

cia. Sentado en la sala, sintió que le ardían las mejillas de indignación, protestando y condenando lo que veía en la pantalla y las emociones estimuladas por lo que veía.

Los muchachos que estaban cerca se reían de él, y le decían con sorna: «¡Hoy vas a aprender unas cuantas cosas, Bill!»

De momento no supo qué contestar, pero decidió el curso de acción a seguir. A la mañana siguiente abandonó su sitio en la formación y se dirigió hacia el oficial. «Señor», le dijo Bill, «a mí no me interesa ir al cine para ver este tipo de películas. Esto va contra mi conciencia.

Al oficial esto no le gustó. «Oye, ¿quién crees que está al frente de este campamento:», le preguntó.

«El campamento está a cargo de usted. Es por esto que le estoy hablando.»

«¡Y lo que me dices es que no te interesa ir!», dijo el oficial lentamente, haciendo resaltar cada palabra con un deje de ironía.

«¡Señor, creo que hay algo en mi corazón que debo proteger, y Dios vive conmigo. No creo que a Dios le guste que yo vaya a ver estas películas!», contestó Bill, sin hacer caso de la ironía.

«¡Tú tendrás que ir, y te tendrán que gustar!», contestó el oficial simplemente.

«Es posible que tenga que ir a verlas, pero no me gustarán, de esto estoy seguro.» El capitán le hizo señal de que se retirara, y Bill se puso en su lugar en las filas.

Pronto se hallaba dentro del cine, y halló un sitio hacia la mitad de la sala. Le dijo a Dios: «Bien, Señor, no me gusta, así que tendrás que sacarme de aquí.» Luego, en vez de estar sentado de cara a la pantalla, se arrodilló de espaldas a la misma, orando en silencio. Sabía que en esta situación no podía orar en voz alta y ponerse en ridículo, él mismo y la Iglesia. Orando de esta forma no estorbaba a nadie. Los otros le vieron orando, e hicieron circular la noticia. Muy pronto empezaron a resonar «¡Aleluyas!» y «Amenes» por todas partes, pero él no les hizo caso.

De repente se oyó una voz de «¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!» Bill abrió los ojos y miró alrededor. No cabía duda, el humo estaba llenando el cine, y los soldados salían disparados de sus asientos en dirección a las puertas de salida. Bill esperó hasta que la sala estuvo prácticamente vacía, y cuando ya estaba todo lleno de humo, tosiendo y con lágrimas en los ojos, salió por la puerta. Allí mismo se hallaba el oficial que, poco antes, le había dicho a Bill que tenía que ir, tanto si le gustaba como si no. Bill le saludó militarmente, procurando disimular, con dificultad, una sonrisa.

Pronto se esparció la voz entre los soldados de que Bill había estado orando en el cine, y que esto había sido lo que había dado por resultado el incendio. ¡Una especie de mini Elías!

En la formación, el día siguiente se les dijo que sólo se había encendido la película, pero que el cine todavía funcionaba. De modo que todos ellos tenían que ir otra vez. Bill pensó: «¡Bien, todavía me quedan las rodillas, y sé lo que puedo hacer con ellas!» Mientras pensaba esto, de repente oyó que llamaban en alta voz su nombre, así que salió de las filas y saludó al oficial que le había llamado. El capitán le ordenó que tenía que presentarse inmediatamente al puesto del comandante. Bill se marchó hacia la oficina del comandante, y se anunció al cabo que había en la antesala. Al poco se le hizo pasar.

El comandante estaba sentado con los dos codos sobre la mesa, dándole vueltas a un lápiz que tenía entre los dedos. Sobre la mesa tenía una ficha. Miró directamente a Bill y le dijo: «Según tengo entendido eres un hombre de convicciones.»

«Sí, señor, tengo algunas convicciones», contestó Bill cortésmente.

«Quieres decirme primero si te arrodillaste en el cine y oraste cuando estabas allí.»

«Sí, señor.»

«¿Por qué lo hiciste?», le preguntó, mientras seguía volteando el lápiz.

«Bueno, la Biblia nos dice que todo debe ser hecho

mediante oración y súplica. Sabía que Dios me libraría», añadió Bill.

El comandante puso el lápiz sobre el papel secante y le miró. «Ahora voy a hacerte una pregunta. Si te doy permiso para no tener que ir al cine, ¿qué vas a hacer cuando los otros estén allí?»

Bill lo pensó un segundo. «La capilla fue edificada para que el personal orara y buscara a Dios, y sólo se usa una hora, el domingo. Hay muchos libros allí: Podría leer y orar. Estaría muy contento si pudiera ir allí y presentarme otra vez cuando la película hubiera terminado.»

«Oye», le dijo el comandante, levantando la cabeza y apuntándole con el lápiz a Bill: «Te voy a hacer un favor. No tienes que presentarte para servicio de ninguna clase estos días. Puedes ir a la ciudad si te da la gana, adonde quieras, pero no les hables demasiado a los demás. Podrías ser causa de confusión. Puedes retirarte.»

«¡Muchas gracias, mi comandante!», respondió Bill contento. Otra vez, en la oficina de un comandante, tuvo oportunidad de saludar, dar media vuelta y salir de la habitación, con el sentimiento cálido de que Dios le había reivindicado.

Después de orar en la capilla, cada mañana, Bill subía al autobús y se iba a la ciudad a comer con el pastor pentecostal local y su esposa. Pasó allí tres semanas deliciosas, las que le faltaban para embarcarse en dirección a Europa. Para muchos de los chicos, las luces veladas de Nova Escocia serían la última vista que tendrían del Canadá: iban destinados al peor sector de lucha en el frente occidental.

Capítulo 7

¿DE QUIÉN SE ENAMORÓ CAÍN?

Aunque la travesía fue relativamente tranquila, ya que el tiempo era benigno, y no encontraron submarinos, para Bill el viaje fue algo espantoso. La mayor parte del tiempo la pasó echado, tragando píldoras. Bill se mareaba incluso andando sobre césped mojado.

No se puede decir que Liverpool sea uno de los más hermosos puertos de entrada a Inglaterra, incluso ni en un día precioso, pero después de una travesía por mar de varios días, en un barco cargado de tropas, pareció tener un aire más atractivo. Las calles, formando terrazas, el acento peculiar local y las costumbres curiosas de los ingleses, les parecían divertidas a los muchachos canadienses. Poco después de llegar se les asignó, de modo inevitable, a Aldershot. Al contemplar la campiña lozana, llena por el esplendor y promesa de la primavera, la guerra les parecía tan alejada como lo había sido en el Canadá.

En Aldershot, Bill se encontró con unos pocos pentecostales, a los cuales había conocido en el Canadá. Todos ellos daban testimonio de modo activo entre los muchachos que les rodeaban, y formaron grupos para celebrar servicios. Cuando daba un tratado una vez a un soldado, éste le dijo: «Billie, ¿no me recuerdas?»

Bill le miró y se quedó perplejo. La cara le era fa-

miliar, pero no podía recordar el nombre. Y aunque conocía bien el rostro parecía que había cambiado de modo palpable. Luego Bill se dio cuenta: el rostro había perdido el resplandor que antes había visto en él. Hubo un momento de vacilación ahora: «Sí, te conozco, pero me es imposible recordar el nombre», confesó Bill.

El muchacho sonrió: «Soy Morris. Tú solías enseñar en la iglesia de mi padre, en el Canadá.»

«¡Oh, sí, lo recuerdo ahora!», dijo Bill. Después de una breve conversación le preguntó: «¿Vas a venir a la iglesia esta noche?»

«Billie», contestó Morris tristemente, «soy un derrotado.»

Bill miró al muchacho y sintió compasión por él. Morrir era el hijo de un pastor respetado, y había estado un tiempo lleno de celo y entusiasmo por la obra. «¡Entonces, éste es el lugar adonde debes ir!», le dijo Bill animándole, poniéndole el brazo alrededor de la espalda. «Voy a verte esta noche, ¿no?»

Morris se sonrió, algo menos tenso: «Bueno, Bill, iré.»

Fiel a la palabra dada, Morris se presentó a la reunión aquella noche. Al final de la misma avanzó hacia el altar para volver a dedicar su vida a Dios. El resplandor volvió a irradiarse de su rostro, y tuvo un rato maravilloso en comunión en el Espíritu, hablando en lenguas y adorando a Dios. El día siguiente Bill y Morris volvieron a verse para charlar un rato, y Morris le pidió a Bill si quería escribir a su padre para decirle que las cosas iban bien otra vez para su alma.

Con lágrimas en los ojos, Bill le escribió al padre de Morris en New Brunswick, recordándole que él había tenido a Morris en la Escuela Dominical, y contándole la forma en que el buen Dios había hecho arreglos para que se hallaran en Inglaterra, de modo inesperado. Luego le daba la mejor noticia de todas: Bill le contaba en detalle la forma maravillosa en que Morris se había recobrado y había sido lleno del Espíritu después de volver a dedicar su vida a Dios.

Poco después de escrita la carta el pastor recibió

un telegrama con la noticia de que Morris había muerto en un accidente. El mismo día recibieron la carta de Bill, que fue leída en el servicio recordatorio fúnebre. Fue un gran consuelo para todos.

Bill fue destacado después a Whitney, en el condado de Yorkshire, para un curso médico. La capilla allí estaba siempre abierta, de modo que iba regularmente, cada mañana, a orar y a adorar a Dios. Una mañana, mientras estaba orando, oyó un ligero crujido en la puerta, que alguien estaba abriendo, lo cual era algo excepcional; sin embargo, él siguió orando. Cuando terminó, al salir, pasó junto a otro soldado que había en el fondo de la capilla. Éste abrió los ojos y le dijo al pasar: «¡Alabado sea el Señor!»

«¡Alabado sea el Señor!», contestó Bill.

«Yo soy Jack West, y tú eres Bill Drost. Sabía que te habían trasladado aquí porque estuve inquiriendo desde que llegamos a Inglaterra. Había oído hablar de ti en Nova Scotia, y he estado esperando el momento de encontrarte y hablar contigo.»

Bill se quedó un poco cohibido, pero inmediatamente sintió gran simpatía por aquel muchachos. Era evidente que estaba lleno del Espíritu y de celo por ganar almas para Cristo. Le tendió la mano: «Muy bien, mucho gusto en conocerte.»

«¿Qué piensas de este campamento?», le preguntó Jack.

«Que necesitan a Dios», respondió Bill.

«Esto es precisamente lo que yo estaba pensando.»

«¿Qué crees, Jack? ¿Qué podemos hacer?»

«¿Podríamos usar la capilla para celebrar algunas reuniones?»

«Desde luego, no podemos a menos que se nos dé permiso.»

«Bueno, esto es precisamente lo que intento conseguir», contestó Jack, decidido.

Como era todavía muy temprano, antes del desayuno, fueron a ver al capellán. Éste estaba afeitándose cuando se le acercaron: «Hola, muchachos, ¿qué puedo hacer por vosotros a estas horas tan temprano?», les preguntó alegremente.

«Hemos venido para hacerle una petición», dijo Bill. «Si puedo hacer algo por vosotros lo haré con mucho gusto.»

«Nosotros somos cristianos, nacidos de nuevo, y hemos notado que hay mucho desánimo en el espíritu de los hombres aquí. No hay mucha actividad ni cosas que puedan hacer, y hemos pensado que sería una buena idea si pudiéramos celebrar una reunión evangelística cada noche.»

«¡Ah!, ya entiendo lo que queréis decir», dijo pensándolo imentras se quitaba el resto de la espuma de la cara. «Ya sabréis que yo estoy a cargo del bienestar espiritual del personal.»

Sí, entendemos eso. Pero, con el debido respeto, señor, pensamos que por la gracia y el Espíritu de Dios podríamos añadir nuestro testimonio.»

«Bueno... supongo que sois de la clase de los que creen en el Espíritu Santo.»

«Exacto. ¡Ni más ni menos!», respondieron los dos a la vez.

«Me hago cargo... pero como podéis suponer, yo saco la carne y dejo los huseos.»

Jack le dio una mirada: «¡Señor, cuando se trata de la Biblia y las verdades que contiene, no hay en ella un solo hueso!»

El capellán devolvió la mirada a Jack, sabiendo que no cejarían hasta haber conseguido lo que querían. «Bueno, muchachos, supongo que podríais usar la capilla una hora cada noche.»

«¡Muchas gracias! Podría usted dar órdenes formales para que sea legal», dijo Bill.

«¿Para mañana?», preguntó el capellán.

«¡No, señor, para hoy! Si usted lo escribe, yo llevaré la nota a la imprenta inmediatamente», dijo Jack. El capellán estuvo conforme.

Camino al comedor, para el desayuno, Jack le dio una palma a la espalda de Bill con alegría. «No fue tan difícil después de todo.» Estando en diferentes compañías tuvieron que separarse para ir a sus respectivos comedores. Cuando los demás soldados estuvieron sentado, Bill se puso de pie, y tomando una cuchara y dando con ella contra el plato de estaño, consiguió que le prestaran atención. Era contra las reglas hacer algo semejante, pero tenía un anuncio que hacer: «Muchachos, un momento», dijo Bill con interés: «tengo un mensaje quedaros de carácter especial. Esta noche va a celebrarse un servicio evangelístico en la capilla, y el reverendo Jack West, un soldado a quien vais a conocer, va a ser el que hablará». Con esto se sentó. Sin saberlo Bill, Jack había hecho lo mismo en el comedor de al lado, anunciando que Bill sería el que hablaría en el servicio. Luego se pusieron de acuerdo en que Jack sería el que hablaría y dirigiría el canto, en tanto que Bill, si fuera necesario, haría la llamada al altar.

Se presentó un buen número de soldados, algunos por mera curiosidad, y Jack predicó sobre la forma de entrar a bordo de la nave de la salvación. Durante el curso de la reunión el capellán entró y se sentó, de modo inconspicuo, entre los demás. Jack terminó y dejó a cargo de Bill el hacer el mensaje de llamada.

En tanto que Bill estaba en el Espíritu, Jack se dirigió por el corredor hacia el capellán, el cual se sintió algo incómodo. «Padre», le dijo Jack con osadía, pero de modo sincero: «¡Por qué no es usted el primero que entrega su corazón a Jesucristo y da un ejemplo a los muchachos aquí esta noche!»

El capellán no volvió a aparecer en las reuniones, pero durante varias semanas éstas se celebraron, y cierto número de soldados se arrepintieron y fueron llenos del Espíritu Santo. Pero no ocurrió todo esto sin que hubiera que luchar. Llegó a oídos del comandante que se celebraban las reuniones, y se les ordenó que se presentaran a la oficina de mando. Se presentaron ante el comandante que era un hombre corpulento, de New Brunswick. Estaba arrellanado en su sillón, pero parecía algo nervioso. «Mirad, he oído acerca de las reuniones que celebráis. La religión es una cosa, pero el gritar y el jalear, y todo esto del Espíritu y los arrebatos no me interesa por aquí. ¡Queda claro!»

Bill y Jack no dijeron nada, sino que aceptaron la reprimenda con una sonrisa. Su silencio le incomodó;

se levantó y dio unos pasos hacia un estante que había al lado de la habitación, luego dio media vuelta y dirigió a Jack: «Hay una cosa en la que me he atascado, y en la que creo que también os vais a quedar atascados vosotros, y si os la pregunto no sabréis qué contestar.» El hombre se sonrió con aire indulgente, saboreando la situación. Se sentó y preguntó a Jack: «¿Podrías decirme, West, quién era la esposa de Caín?»

Jack era alto, rubio, y guapo... todo lo cual tenía su miga en la respuesta que le dio al comandante. Miró sonriente a su interlocutor y contestó: «Bueno, mi comandante, no es ésta la primera vez que me han hecho la pregunta. Pero debo decirle una cosa, nunca me he interesado mucho en las mujeres de los demás.» Bill tuvo que aguantarse la risa mordiéndose la lengua y chupándose las mejillas para controlarse. El comandante, ofendido, se puso furioso.

«¡Fuera de aquí, no quiero veros la pinta!», gritó levantándose del asiento rojo de ira. «Ya sabía que no podríais contestar esta pregunta. ¡Esta música celestial es algo que se me atraganta, así que no vengáis más con cuentos!»

Unos pocos días después hubo una inspección de la compañía, de modo que los quinientos hombres se hallaban en formación en los terrenos de ejercicios. Bill se hallaba en una fila y Jack en la otra. El comandante llegó, y fue paseándose, dándose aires, de arriba abajo, con bastón en la mano: un verdadero epítome de dignidad militar.

De repente se paró y miró a su gente.

«Muchachos», dijo con gracia, algo que era excepcional: «Sé que algunos de vosotros habéis asistido a los servicios evangelísticos, de modo que me gustaría haceros una o dos preguntas. Voy a preguntar a Jack West algo que no supo contestar el otro día, a ver si después de habérselo pensado, lo puede contestar ahora.» Los ojos de todos se centraron en Jack, el cual se puso en posición de firmes y dio un par de pasos hacia adelante. «El otro día tú y tu amigo vinisteis a mi oficina y no pudisteis contestarme, pero ahora os voy a dar otra oportunidad delante de vuestros

compañeros. Recordaréis», dijo con tono algo burlón, «que os pregunté: ¿Quién era la esposa de Caín?» Bill oraba con fervor a Dios para que diera a Jack sabiduría, en tanto que en la compañía se había hecho un silencio completo.

«Señor», contestó Jack con voz firme, que resonó estentórea en el silencio, ante la expectativa de todos, «cuando llegue al cielo, si Caín está allí, voy a preguntárselo... y si no está allí, tendrá que preguntárselo usted mismo». El comandante se quedó sin palabra, y bajó la cabeza, y se retiró sin mirar a nadie, en tanto que el personal de la compañía hacía esfuerzos extremos para no desternillarse de risa. Estos sucesos hicieron su impacto, porque este mismo comandante se presentó ante el altar y aceptó a Cristo, después de la guerra, en un servicio dirigido por... Jack West.

Era típico que Jack y Bill no se dejaran amedrentar por el rango; por las calles de Londres los dos estaban distribuyendo tratados un día, cuando pasó un coronel. «¡No quiero saber nada de esta basura!», fue el primer comentario; pero cuando ellos persistieron hablándole, el hombre sintió una profunda convicción de pecado, y acabó entregándose a Jesús, allí mismo. Su filosofía era que no había necesidad de una iglesia para que un hombre encontrara a Cristo, sólo era necesario que hubiera personas que estuvieran dispuestas a compartir con otros el mensaje, dondequiera que fuera.

Capítulo 8

LA GUERRA

Estamos en el verano de 1944. Hay un número incontable de barcos en la costa de Normandía, desembuchando hombres y máquinas, en un continente devastado por la locura y la indiferencia. En Francia, el movimiento de la resistencia había causado daños angustiosos a los nazis, entorpeciendo su libertad de movimientos. Hitler había sido inducido por Satanás a que esperara la invasión en el Paso de Calais; en tanto que Aquel que era y es y ha de venir, el elemento definitivo en la metafísica de la historia, cuya causa afirmaban defender los liberadores, observaba y mantenía bajo control los elementos. Pero no el elemento humano. El hombre no quería saber nada de Él. Y las pesadillas de locura de los nazis se transformaron en un amanecer angustoso de dudas, temores y deseos de venganza. La nación que había engendrado a Lutero había renegado de su historia, y se entregaba a un loco, que les hacía cometer locuras. Sobre todos se cernía la megalomanía del «Mein Kampf». Así que los pecados de los padres iban a ser visitados sobre los hijos también: los pecados nacionales de la apatía, el silencio, el consentimiento, la soberbia, el nacionalismo, y la mayor cobardía moral estaban a punto de dividir en dos la nación. Un demonio llamado Stalin iba a hacerlos bailar a todos.

Con respecto a los aliados, los pecados nacionales de la apatía y el silencio, de la «desmitologización» y dilución del Cristianismo, primero a deísmo y luego a un vago humanismo deísta, con una interpretación impropia de la naturaleza humana y las fuerzas de la historia; estos pecados y muchos otros, iban a hacer descender sobre ellos una larga época de inseguridad e incesantes antagonismos. Consiguieron la victoria, pero las democracias no tuvieron la fortaleza de ánimo para forjar el nuevo mundo. Dieron confirmación a la afirmación de Hegel de que la historia no nos enseña nada. La sangre joven de los héroes, que fue derramada lejos de su patria, no fue derramada para una nueva civilización cristiana, sino para que pudiéramos entretenernos mirando la televisión, en tanto que los marxistas predicaban a un mundo cansado su Evangelio, el mensaje del determinismo económico. A éste acompañaron una monstruosa máquina de guerra; porque no tuvieron la menor compunción en convertir al mundo con la espada.

Los imperios mundiales aliados van a tener la palabra Icabod escrita en sus epitafios; luego, vendrá algún pseudointelectual, que no tiene respeto a ningún dios, y mucho menos a uno llamado Jesús, para volver a escribir su historia e intentar cambiar incluso su gloria en oprobio. Serán bastante necios para creérselo.

Pero para los que se hallaban en las embarcaciones de acero para el desembarque, el futuro era un libro cerrado, lo que era un acto de misericordia. El hoy era de ellos. La retribución divina seguía su curso fijado, de modo tan seguro como la tierra da vueltas alrededor del sol, y ellos iban a ser sus instrumentos. Un puente en Arnhem podía estorbarlos durante un tiempo, pero no en realidad, a causa de la incompetencia de los generales, sino porque Dios quería desmembrar a una nación en complicidad con un genocidio.

Bill estaba con la sección de ingenieros, construyendo puentes en la escena de acción, la mayor parte del tiempo. La vida era para él una vasta viñeta de bombas, humo, sangre, fuego, vapor; el hedor de los cuerpos muertos, la vista de entrañas humanas, pegadas a los vehículos; su suerte era padecer frío y el sufrimiento; y tenía muy poca comunión con nadie excepto con su Hacedor. En su guerrera conservaba una cajita de «promesas preciosas», y cuando las cosas iban realmente mal, tomaba una y la aceptaba como si la Palabra del Señor fuera especialmente para él.

De vez en cuando, había un desfile victorioso; en Bélgica le besaron tantas chicas en un día que le daba vergüenza el contarlo. En Holanda se encontró varias veces con Jack West, pero se vieron separados pronto para entrar en acción de nuevo.

Una noche hubo un respiro en la lucha; nadie estaba seguro de lo que iba a suceder, pero circuló el rumor de que iba a tener lugar un ataque en masa. Luego llegó la orden de que todos tenían que presentarse ante el oficial encargado de su compañía. Se presentaros vestidos «de faena», ya que no había tiempo para ponerse el uniforme de combate. Iba a tener lugar un ataque sorpresa a través de un río profundo y todos, incluso los ingenieron recibieron ametralladoras, fusiles, granadas y lanzallamas. Todo lo que se moviera u ofreciera la menor resistencia —hombre o animal— tenía que ser eliminado inmediatamente.

Al oirlo, Bill se inmutó y recordó que, allá en Fredericton, el Señor le había llenado de risa santa y le había prometido que nunca tendría que usar un fusil ni nada con que matar a otro ser humano. «Señor», dijo Bill con fervor, «¿qué voy a hacer ahora? No puedo salir de esta situación.» Buscando en su cajita de «promesas preciosas» sacó una y leyó: «YO SOY EL SEÑOR TU DIOS; YO ESTOY CONTIGO Y ESTARÉ CONTIGO A TU DIESTRA Y A TU SINIESTRA.» Bill dio gracias a Dios y luego llegó la orden de que tenían que ponerse en marcha. Estaba en formación para que les dieran las armas, pero Bill no se daba prisa y se hallaba hacia el final de la cola, el número setenta y nueve en el orden. Cuando el encargado de repartir las armas iba a entregarle la suya, un oficial exclamó: «¡Un momento, un momento! En este grupo hemos de tener algunos hombres para los primeros auxilios y no se ha

destacado a nadie para ello.» Mirando a Bill le dijo: «¿Sabes algo de curas de urgencia?»

«Sí, señor. He estado trabajando en el Cuerpo de Ambulancia.»

«Muy bien, pues, no le des ningún fusil, sino el botiquín de urgencia. Te quedas con los chicos y servirás como Cruz Roja.»

Bill sintió que la misma risa de la primera vez le volvía a aparecer. ¡Qué fiel era Dios a su palabra! Esta vez, sin embargo, no tendría que ir dando vueltas al edificio del cuartel. Desde el remolcador se desparramaron en barcazas para el ataque en el río, y Bill se encontró echado al lado de un lanzallamas. Cerca de allí había un camión semi oruga de ataque. Le vino una melodía a la mente, y empezó a cantar el himno, en el cual se dice que el amor de Dios llega hasta las profundidades del mismo infierno. Se sentía feliz.

En frente había un soldado con cara triste, mirándolo, que gruñó: «¡No sé cómo puedes sentirte contento en unos momentos así!»

«¡Porque tengo la vida eterna!», explicó Bill.

El ataque no fue contrarrestado, no hubo oposición, y cuando alcanzaron la otra orilla saltaron de las barcazas a la zona pantanosa, y desde allí subieron colina arriba. El enemigo se había retirado, y todo lo que vieron fueron unos pocos prisioneros de guerra.

Pocas semanas después recibió una carta de la hermana Morrow, del Canadá, en que le preguntaba lo que le había ocurrido el día antes de Pascua. Éste era el día en que cruzaron el río. Ella le decía que había tenido la visión de una gran máquina, con un número en ella, número que le indicaba. Al mismo tiempo el Espíritu le había ordenado que orara. Este número era el del camión semi oruga que había junto a Bill en la barcaza. Hasta ahora Dios había tenido su mano sobre Bill y le había reivindicado en todo.

Todas estas cosas se hallaban en el fondo de su memoria, mientras observaba los muertos y heridos que tenía delante en un claro que había frente a una gran roca, mientras le ponían una bolsa o mochila con dinamita en la espalda. «O.K., Drost, ahora tú», le ordenaron. Bill hizo una breve oración: «Señor, si tienen que herirme, antes de que alguien tenga que cuidarme, prefiero morir instantáneamente.» Luego, sin vacilación, salió a descubierto con la cabeza alta, hablando en lenguas. Si alguna vez había apreciado la oración en el Espíritu fue ahora. Se veían balas trazadoras por todas partes, las balas daban contra el suelo, delante y detrás de él; con todo, él seguía a paso seguro adelante, sin apenas darse cuenta de que las ametralladoras y los rifles estaban escupiendo metal alrededor suyo. Llegó a la roca y colocó la carga explosiva en ella. En vez de huir a escape y ponerse bajo cubierto, levantó las manos y adoró a Dios en lenguas, glorificándole por su bondad. Luego vio una visión en el cielo: los cielos se abrieron y se le presentó un gran mapa de Sudamérica. En parte norte, el territorio de Colombia estaba ardiendo: el fuego de un avivamiento espiritual. Con la visión llegó una voz suave y delicada: «Te he llamado para ir a Sudamérica; es allí que quiero llevarte.» Bill sabía con ello que ni el enemigo ni el diablo tenían municiones suficientes para barrerle de este mundo, hasta que Dios hubiera terminado su obra en él. Siguió adorando un rato antes de regresar al punto en que se hallaban los suyos, orando con la cabeza erguida. Sus camaradas sabían que algo extraordinario había ocurrido —como los que estaban con Pablo en el camino de Damasco—, aunque ellos no vieron la visión. Pronto era notorio que siempre que tenía que efectuarse algo extraordinariamente peligroso, Bill Drost era el hombre con quien había que contár. Siempre salía ileso.

La visión hizo pensar a Bill. Tenía que escribirle a Ruth para decirle que todo lo que habían dicho quedaba anulado, porque le era necesario ir a Colombia como misionero. Le dio a conocer la visión a ella, y con el corazón bastante dolorido le dijo que olvidara todo lo pasado. Sin que Bill lo supiera, para el tiempo en que él había tenido la visión, Ruth, estando presente en una reunión en la Escuela Bíblica, recibió una llamada para hacerse misionera. El mismo día en que él le escribía, ella le escribió a él, diciéndole que lo ol-

vidara todo, porque había recibido una llamada para ir a... Sudamérica. Las dos cartas se cruzaron en el Atlántico: estaban destinados a ir juntos a Colombia, después de todo.

Capítulo 9

LA PREDICCIÓN DE UN FONTANERO

No muchos días después de Pascua todo había terminado en el frente, fueron enviados otra vez a Inglaterra. Estando allí, Bill se sintió dominado por la idea de ir a ver el famoso Smith Wigglesworth, que vivía en Bradford, en Yorkshire. Era el autor de «Una fe siempre creciente», que siguió publicándose durante décadas después de su muerte, un evangelista que había viajado por todo el mundo, llevando el toque de Dios para curar a millares. Wigglesworth, tenía entonces ochenta y seis años, y había sido fontanero gran parte de su vida, y obrero cristiano a horas libres. Cuando tenía 48 años, Wigglesworth recibió el bautismo del Espíritu Santo. Esto le llenó de energía, como si fuera un hombre en cuyo corazón hubieran implantado un reactor, haciéndole incansable en su celo evangelístico. Dios le había usado para hacer muchos milagros especiales, a través de sus manos, y su fe era legendaria.

Bill consiguió tres días de permiso y compró el billete del tren. Más tarde, aquel mismo día, se encontraba delante de una casa de aspecto vulgar y corriente. Llamando a la puerta, se sentía emocionado ante la idea de ver y hablar con este hombre que estaba tan lleno de fe. Oyó que alguien daba vuelta al pestillo. Delante de él estaba una señora anciana, cuidadosa-

mente vestida, con el cabello blanco, recogido en un moño. La mujer le miró con aire de interrogación y ojos penetrantes, que revelaban una mente joven: «¿Qué desea?»

«¿Vive aquí el hermano Smith Wigglesworth?», preguntó Bill con cortesía.

«Sí... vive aquí», replicó la señora con cautela.

«¿Podría verle, por favor?»

«¿Es algo importante?», preguntó ella, como una secretaria hábil que defendía el terreno del director de la oficina.

Bill siguió mostrándose deferente: «Mire, he leído su libro, y he oído sobre la forma en que Dios le ha bendecido... quisiera conocerle personalmente.» Mientras la anciana parecía vacilar, Bill estaba orando mentalmente.

«No sé si estará dispuesto a verle o no... pero voy a subir y se lo preguntaré», decidió al final. Bill se quedó de pie en la puerta, puesto que ella no le había invitado a entrar.

Luego, la anciana bajó lentamente las escaleras, algo pensativa. «¡Oh!», exclamó al ver a Bill delante de la puerta, «perdóneme, entre por favor y siéntese; creo que el hermano Smith Wigglesworth va a verle».

Bill se sentó en una silla, con los ojos dirigidos hacia los peldaños. Ahora el corazón le latía más rápidamente, al considerar cuál sería la apariencia de este poderoso varón de Dios. Pronto oyó una voz más bien áspera que decía con reverencia y en tono bajo: «¡Alabado sea Dios! ¡Aleluya!» Bill sabía que éste era el lenguaje de un alma que sabía cómo adorar a Dios. Miró en dirección a los peldaños más altos. Allí estaba su hombre... pero su aspecto era el de un mortal corriente y ordinario. Había tenido ideas extrañas sobre Wigglesworth, no sabiendo si debía esperar a uno como Elías, o con aspecto ángélico o qué otra cosa. Tenía una sensación peculiar ahora; le parecía casi decepcionante el observar a este anciano que bajaba las escaleras, y que pronto se halló frente a su silla. Wigglesworth le miró fijamente y de modo brusco. Bill se levantó para saludarle.

Con un gesto rápido de la mano, Wigglesworth le dijo: «No, no; siga sentado y póngase cómodo.» Luego: «¿Quién le envía?»

Bill se quedó sobresaltado por la pregunta; pensó un momento: «Bueno... me parece, me parece que he venido por mi propia cuenta.»

Wigglesworth prosiguió con sus preguntas: «¿Qué es lo que va usted a hacer con su vida?»

«¿Qué voy a hacer con mi vida?» Bill acostumbraba repetir las preguntas que se le hacían cuando le dejaban sorprendido. Le proporcionaba tiempo para pensar en la respuesta y absorber la sorpresa.

«Bueno, realmente creo que Dios va a tener cuidado de esto... Creo que Dios me ha llamado.»

De nuevo Wigglesworth le dio una mirada más bien brusca: «De modo que Dios le ha llamado, ¿no?»

«Sí, señor. Sí, hermano.»

Notó su ojo penetrante que le perforaba el alma. «¿Cree usted que Dios va a llamar a un hombre que tiene orgullo en su corazón?»

«¡Orgullo en mi corazón!», exclamó Bill anonadado.

«Usted tiene orgullo en su corazón», afirmó Wigglesworth de modo decidido.

«Hermano, si tengo orgullo en mi corazón es que no lo he descubierto», contestó Bill con sinceridad.

«El diablo se interesa en que usted no lo sepa», le contestó. Luego mirándole la mano le señaló un dedo: «¡Quítese este anillo del dedo!»

Estas palabras fueron como una revelación en la mente de Bill. Este hermoso anillo que llevaba en el dedo, se lo habían regalado en Holanda, y más de una vez había pensado lo elegante que era llevándolo puesto; estaba orgulloso de él, ¡mirándolo a la luz del sol de verano que lo hacía brillar! «¡Tírelo ahora mismo!», le ordenaba la figura ahora profética que tenía delante.

Bill se quedó asombrado, pero no tenía palabra que contestarle. Al punto se quitó el anillo del dedo, y lo echó a los pies del anciano. Al botar el anillo sobre la alfombra Wigglesworth levantó las manos y empezó a hablar en lenguas. Hablaba de modo lento y firme.

Luego le dio la interpretación, en tanto que Bill escuchaba dando apenas crédito a sus oídos:

> Dios le ha hablado a través de una visión llameante. Usted va a ir a Colombia, para ser testigo de Jesucristo; pero recuerde: allí los demonios están en la calle; allí hay demonios en el aire; allí hay demonios por todas partes. Prepárese para luchar contra el mismo diablo. La lucha será contra los poderes del demonio, porque usted no sólo tendrá que luchar con ellos en las calles, sino que los hallará entre las mismas personas con las cuales se asocie, de modo indudable. Va a hallar que está con muchas personas que usted creerá que son amigos suyos, pero no lo serán.

El hermano Smith Wigglesworth entonces miró al joven que tenía delante con ojos llenos de compasión. Poniéndole la mano sobre la cabeza, empezó a orar en favor suyo. Bill apenas podía contener la emoción, y se sentó en la silla por miedo de caerse de cabeza, nunca se había sentido tan sobrecogido por el Espíritu de la profecía. ¡Todo! El Espíritu se lo había mostrado todo a Wigglesworth. Bill cerró los ojos y miró hacia Dios.

Wigglesworth se sentó entonces en una silla, al lado de Bill. Empezó a darle consejos y hacerle bendiciones, añadiendo: «Dios tiene un plan para su vida. Él le dará esposa. No sólo irá a Colombia, sino a muchas otras partes del mundo.» Le advirtió que procurara mantenerse siempre en contacto con Dios. Bill sabía lo que esto quería decir: una vida de mucha oración. Ésta era ya su vida, después de todo. Esta reunión fue uno de los últimos grandes sucesos de la vida de Smith Wigglesworth, tan digna de cosas notable. Dentro de un año estaba con Aquel a quien había servido tan fielmente.

Se despidieron con la profunda comprensión que existe entre los viejos luchadores, y los jóvenes, que recogen la antorcha de sus manos. La llamada de Colombia ardía más llameante que nunca en la mente de Bill.

Capítulo 10

BILL DROST, EL PENTECOSTAL

La gente, en Inglaterra, había sido buena con él, como lo había sido la de Holanda; y Europa le había resultado muy agradable una vez que la guerra hubo terminado. Pero ahora se sentía contento pisando la pasarela, camino al barco que iba a llevarle al Canadá, y a la vida civil. Tenía precisamente treinta años. La mitad de ellos como cristiano lleno del Espíritu, y después de la mitad de su vida, el entusiasmo no había disminuido, sino que se hallaba tan vivo como siempre. El secreto era doble: primero, pasaba mucho tiempo en la presencia del Espíritu; segundo, mantenía los ojos abiertos a las necesidades de los hombres, y no sucumbía a los sentimientos egocéntricos, en sus muchas facetas. Podía resistir las dificultades, y lo que le faltaba, quizá, en brillantez intelectual lo compensaba más que de sobra en perceptividad y sensibilidad espiritual. Y su fe. Dios se cuidaría totalmente de él, como lo había hecho hasta entonces.

Pero Bill no podía hallar fe que le ayudara contra el mareo. Tuvo que hacer todo el viaje de Liverpool a Nova Scotia echado, incapaz de levantarse incluso cuando llegaron a la vista de Terranova. Al fin, llegaron a Halifax, y se les dio una bienvenida de héroes: bandas, familias, novias. El barco se inclinó peligrosamente hacia babor cuando se acercaban al muelle, ya que

todos los hombres se agolparon a un lado, tratando de ver caras conocidas. Antes de que se les permitiera desembarcar, la banda empezó a tocar, y luego llegó la noticia por el altavoz: «Muchachos, ya estáis de vuelta de modo definitivo; la guerra ha terminado. Gracias por todo lo que habéis hecho y os deseamos lo mejor de la vida en las actividades civiles de nuevo. ¡Gracias, gracias!» Todo el mundo aplaudía y vitoreaba en el muelle, y por fin los dejaron salir. Todos hablaban, algunos lloraban, otros reían. Había gente contenta por todas partes. Abrazos, despedidas entre los camaradas, promesas de escribirse. Bill no halló la cara que esperaba ver, porque se hallaba en Toronto.

Antes de ir a Toronto, sin embargo, creyó que debía ir a su casa, a New Brunswick, a ver a su madre, que había ido a una iglesia pentecostal por primera vez cuando él estaba al otro lado del mar. Había sido un acto heroico para ella el hacerlo, y había prometido que iría a la iglesia otra vez cuando Willie regresara de la guerra. Habían orado juntos antes de que él se marchara, según recordaba Willie. Ahora su madre se hallaba inconsciente, porque había sufrido un ataque de apoplejía, y no podría ir a la iglesia con el hijo por quien había orado para que fuera predicador, incluso antes de que naciera.

En Fredericton, tuvo que presentarse ante un oficial para la entrevista final, antes de ser desmovilizado definitivamente. Su ficha se hallaba encima de la mesa del despacho del oficial, y éste le dio una bienvenida calurosa al joven de aspecto distinguido. «¿Qué piensa hacer al volver a la vida civil?», le preguntó.

«Pienso ir a Sudamérica», le contestó Bill.

«¡Ah! ¿Qué piensa hacer en Sudamérica? ¿Va a trabajar para una compañía de petróleo?»

«Bueno, voy a trabajar para una compañía muy importante.»

«Tiene que ser muy importante si tiene que desplazarse todo este trecho para ir a trabajar allí, ¿está seguro de la plaza?»

«Sí, sí, estoy completamente seguro», contestó Bill con aire resuelto.

«Hábleme un poco más de sus intenciones», inquirió con cortesía el oficial.

Bill respiró a fondo: «Mire, me voy allí como misionero.»

«¿Como misionero?», repitió reflexivo el oficial dando una mirada a su reloj de pulsera, «me gustaría hablar un rato, más despacio, con usted, ¿qué le parece si nos vemos a la hora de comer, a eso de las doce?»

«Muy bien, si usted quiere», contestó Bill con entusiasmo.

«Vamos fuera de la ciudad, y hablamos. Le llevaré a un buen restaurante, donde podemos charlar durante la comida. Yo me llamo Goforth», añadió, dándole la mano.

Bill se la estrechó con calor: «¿Quiere decir los Goforth que eran misioneros en la China?»

«Mi madre era la que estaba como misionera allí. Le admiro a usted», prosiguió. «He dado una mirada a su ficha y usted ha mantenido un expediente digno de un cristiano en todo momento, ¿no es así?»

«Supongo», contestó Bill, «es para esto que me salvó Dios».

Durante la comida, el capitán Goforth compartió con Bill muchas de las experiencias que habían tenido sus padres. Prácticamente la totalidad de la familia Goforth había experimentado el bautismo del Espíritu Santo, y Bill se sintió animado por todo lo que le dijo. Después de la comida se dirigió inmediatamente hacia la estación del ferrocarril.

«Thedford, Ontario», dijo Bill en la taquilla. Ruth era ahora diaconesa, ayudando a otra señorita en su trabajo. Cuando el tren llegó al andén la vio, tímida como de costumbre, ruborosa, y su aspecto era más dulce y tierno que nunca. Unos días después llegó Jack West y los tres estuvieron juntos en varias ocasiones. Bill y Ruth decidieron la fecha del casamiento para el quince de junio.

En un día caluroso, un poco antes de que se casaran, Bill estaba trabajando con el padre de Ruth en el campo, recogiendo heno, cuando llegó uno de los ministros locales para pedirle si quería ir con él a visitar

a un enfermo. Bill estuvo de acuerdo, sin saber que su propio futuro suegro había hecho los arreglos para esta visita. Bill no tenía idea que iban a un manicomio.

Entraron por las enormes puertas de hierro forjado en el camino de gravilla y, al instante, se sintió conmovido por las miradas huecas y sin vida de los pacientes que los miraban. En la sala de recepción les dieron un número, y tuvieron que permanecer en la sala de espera hasta que llamaron su número. Cuando les llegó el turno vino un guarda con un juego de llaves y abrió la puerta que conducía a un amplio corredor. Les indicó que le siguieran de cerca. Era la primera vez que Bill había visitado un hospital mental, y la atmósfera que se respiraba en él la halló más opresiva que la de un refugio subterráneo en Alemania. Acababan de entrar en el corredor cuando un hombre de unos cuarenta años, a quien Bill no había visto nunca, se les acercó. Luego, inesperadamente, el paciente puso la mano sobre la espalda de Bill y le miró fijamente a la cara: «Te conozco, eres Bill Drost.»

Bill se quedó estupefacto. Estaban en London, provincia de Ontario, y él no conocía a persona alguna en aquella institución; ni siquiera conocía a la persona a quien iban a visitar. Al instante, sintió un avivamiento del Espíritu Santo, y vio que tenía que habérselas con un hombre que era usado por el mismo Diablo. Recordó que Smith Wigglesworth le había dicho que nunca tratara de echar ningún demonio a menos que este demonio estuviera en actividad en alguna persona. Era evidente que Satán había revelado a este hombre que él era una persona llena del Espíritu. Bill miró directamente a los ojos del enfermo y contestó: «¡Te reprendo demonio del infierno!»

«¡Ah!», gritó el individuo, dando un salto y corriendo en dirección a otros dos internados en el corredor. Éstos se dieron las manos y formaron un círculo alrededor de Bill, dando saltos y cantando extraños coritos, reminiscentes de los de las brujas, en Hamlet. «¡Bill Drost, el pentecostal! ¡Bill Drost, el pentecostal!» Todo esto había ocurrido de modo tan rápido

que el guarda no había tenido tiempo de reaccionar; simplemente lo contemplaba todo asombrado.

Finalmente, el guarda ahuyentó a los internados que estaban danzando, y mientras se alejaban, Bill se sintió preparado por el Espíritu para todo suceso que Satán pudiera prepararles.

Siguieron por el corredor hasta una puerta cerrada con llave, que daba a una celda almohadillada, incluso el suelo. Sólo había una cama en esta habitación. En ella, amarrado de una mano y una pierna por una cadena, se hallaba un hombre completamente demenciado. «Oremos», dijo el ministro, arrodillándose junto a la cama. Pronto se hallaba orando en lenguas fervorosamente cuando, de repente, el enfermo pegó un bote hacia arriba, levantándose de la cama toda la longitud que le permitieron las cadenas. Luego soltó un grito penetrante diciendo: «¡Babilonia! ¡Babilonia! ¡Todo es Babilonia!»

Inmediatamente, sintiendo el poder del Espíritu Santo, Bill increpó al demonio en el nombre de Jesucristo. Todos se quedaron atónitos cuando el hombre se calmó del todo, y luego mirando al suegro de Bill preguntó: «Archie, ¿qué estoy haciendo aquí?»

Todos se regocijaron, reconociendo que Dios había hecho un portento, y que el demonio había sido expulsado. Al cabo de unos días dieron de alta a aquel hombre, aunque al examinarlo físicamente le encontraron que padecía tuberculosis, y de momento hubo que mandarlo a un sanatorio. Ésta fue la primera vez que se había descubierto la enfermedad en él, y Bill creyó que se trataba de un golpe final asestado por el diablo al tener que partir de él. En el hospital de tuberculosos, los amigos del enfermo tuvieron oportunidad de hablarle del Señor, y más adelante se entregó a Cristo.

A partir de entonces Bill pasó a ser conocido como «¡Bill Drost, el pentecostal!». Había sido una excelente introducción al mundo de los demonios: en América del Sur, como había profetizado Smith Wigglesworth, iba a tener muchos otros encuentros con ellos.

Capítulo 11

DESÁNIMO

Después de la boda, las cosas fueron bien al principio. El hermano Stairs se encargó de los trámites de su solicitud de residencia, en tanto que las iglesias, seguras de que ésta era la voluntad de Dios, prometieron su apoyo económico, y compartían su entusiasmo. Mientras esperaban los papeles y el visado se trasladaron a Grey Rapids, y viajaban cada día a Chatham en un Ford viejo, tipo A, para ayudar al hermano Dudley en su campaña de campamentos de verano. Chatham, sin embargo, era una ciudad muy católica, y fueron muy pocos los que se pasaron a la iglesia pentecostal. Si hubieran tenido tantas visitas como personas habían ido a tirarles piedras y huevos, habrían estado contentos. Bill pensó que esto era un buen entrenamiento para ir a Colombia, sin embargo, a fines del verano se trasladaron a Chatham para pastorear el grupito.

Ruth estaba esperando un hijo para abril. Como algunos amigos habían tenido una experiencia desagradable en el hospital local, que era dirigido por monjas, decididamente hostiles a los pentecostales, Bill insistió en que Ruth diera a luz en casa; esto aparte de que no tenían dinero para gastarlo en hospitales. Nació un niño, Gerald, y cuando la enfermera lo puso a un lado para atender a Ruth, Bill entró quietamente y se lo

llevó abajo. Allí, arrodillado sobre la alfombra, adoró a Dios pidiendo en oración que Dios guiara al niño e hiciera de él un vaso para su gloria.

A principios del 1948 se les informó que ya podían partir. Hicieron las maletas, con sus escasas posesiones, y Bill, el primer día de la primavera, predicó su sermón de despedida en Chatham, tomando como texto Isaías 13:12: «Haré más escaso que el oro fino al varón.» Luego recorrieron las iglesias locales, pero mientras terminaban estos preparativos llegaron noticias de un alzamiento en Bogotá, la capital de Colombia, así como del hecho que sus papeles habían sido quemados y que era imposible que se desplazaran allí.

La política en Colombia era y siguió siendo más bien inestable. En abril, fue asesinado el político liberal Gaitán, un candidato fracasado para la presidencia en las elecciones anteriores, y su muerte socavó la influencia moderada entre las facciones políticas. El asesinato fue atribuido, aunque sin prueba alguna, a los comunistas. Ahora Bill se quedó sin saber qué hacer, ni tampoco tenía idea del tiempo que tardaría antes que se les concediera el visado otra vez, además del hecho que no tenía casa adonde ir. Los pastores le dieron apoyo, invitándole a celebrar reuniones evangelísticas, en tanto que el hermano Stairs, con la ayuda de una señora misionera en Cartagena, empezó a trabajar para conseguir un nuevo visado.

Pasaron los meses del verano sin que se recibiera noticia alguna. En octubre llegaron, finalmente, las noticias de que su visado estaba listo y le sería entregado por sus colegas cuando llegaran al aeropuerto de Barranquilla, en la costa nordeste de Colombia. Como tenían un pequeño Austin blanco, que había de ser embarcado, fueron a Nueva York para tomar el avión; éste fue su primer viaje aéreo. Habían transcurrido tres años llenos de contrariedades de todas clases, pero ahora estaban ya en camino y todo les pareció haber pasado rápidamente.

El libertador sudamericano Bolívar fue, en gran parte, el que dio lugar a la creación de Colombia, que salió del antiguo imperio hispanoamericano a principios del siglo diecinueve. En su origen se llamaba Gran Colombia, y bajo Bolívar estaba unida a Venezuela y Ecuador. Después de la secesión de éstos países se la llamó primero Nueva Granada; después Confederación Granadida, Estados Unidos de Colombia y, finalmente, en 1866, la República de Colombia. Su historia, como la de muchos otros países sudamericanos, está llena de luchas internas. Ha habido dos facciones básicas que han procurado conseguir control de Colombia: los conservadores, que apoyaban a la Iglesia Católica, y los liberales, más bien anticlericales, y anticentralistas. En 1948, el presidente era Ospina Pérez, un conservador. Había tensiones superficiales y subterráneas, todo lo cual llevó al país al borde de la guerra civil, como se vio en el alzamiento de Bogotá.

A Bill no le preocupaba mucho la política, ni en realidad se interesaba en ella. Pero estaba interesado en lo que resulta de la actividad política: el bienestar del hombre.

Barranquilla era una ciudad calurosa, pero el aeropuerto era más caluroso aún, a causa del sol que se reflejaba en el pavimento de asfalto. Al llegar, no vieron ni rastro de los Larsen, que debían haber estado allí para recibirlos y entregarles los papeles, así que se sentaron sobre las maletas, agotados, aturdidos, y sin poder pasar por la oficina de inmigración. Los viajeros colombianos los miraban con curiosidad, en tanto que los chiquillos se les acercaban para verlos de más cerca. No había sombra, y desde luego tampoco había una sala de tránsito con aire acondicionado, que hoy en día existen en todos los aeropuertos. Por fin aparecieron los misioneros, pasaron los trámites de inmigración y la aduana y se dirigieron todos hacia el centro, para coger el autobús que había de trasladarlos a Cartagena.

El primer viaje en autobús fue inolvidable. En esta parte del año, en Colombia, se hace de noche hacia las seis, y fue un poco antes de esta hora cuando partieron. En las ventanas del autobús no había cristales, posiblemente con miras a una mejor ventilación. Iban encajonados como sardinas en una lata; todos juntos

como un grupo, un mundo en pequeño. Juntos quiere decir personas, gallinas, cerdos, cestos de productos agrícolas, niños chillando, niños con la nariz mocosa, insectos atraídos por la luz, y toda clase de cosas que pudieran meterse en el ínfimo espacio que quedaba libre. A cada parada lo más probable es que alguien o algo fuera a parar sobre las rodillas de los que estaban sentados, especialmente al intentar bajarse los que habían llegado a su destino, que se abrían paso con los codos. El olor del conjunto sería imposible describirlo. Aparte de esto había, en las paradas, numerosos vendedores ambulantes, que procuraban colocar su mercancía vendiéndola a los pasajeros. El niño, Gerald, chillaba asustado por todo este pandemónium Las cuatro horas les parecieron cuatro años.

Bill era un hombre alto, más bien fornido, pero Pearl Cooper, la misionera con quien tenían que alojarse, en Cartagena, era junto a él, como un peso pesado a uno ligero. Por lo menos, de lado, ocupaba mucho más espacio que Bill. Después de irlos a esperar a la estación del autobús, los llevó a su piso, que resultó ser un apartamento, en una tercera planta, sobre un bar o taberna, en el distrito de peor fama de la ciudad. Para subir al piso había que ascender por una escalera metálica de incendios, que se hallaba al exterior de la pared.

Si uno miraba hacia abajo desde el rellano superior de la escalera podía contemplar una escena que habría sido el fondo apropiado para una película del oeste de Tom Mix; en la taberna, debajo, había borrachos dormitando sobre burdas mesas de madera, en tanto que los otros parroquianos estaban discutiendo a grito pelado, cuando no peleando.

El calor espantoso hacía que el hedor de los retretes se difundiera por todas partes. Había suciedad abundante y papeles tirados por todas partes.

Lo más probable era que Pearl no se inmutara viviendo en medio de aquel desbarajuste, y podía dar buena cuenta de sí en caso necesario, pensó Bill, pero Ruth quedó petrificada, y le preocupaba especialmente la posibilidad de que el niño, Gerald, se metiera en la

boca y se tragara alguna de las porquerías que se hallaban por todas partes. (Y en realidad, se demostró que no era posible impedirlo siempre.) A Pearl nada de esto parecía hacerle mella, y arrollaba las dificultades como si fuera una apisonadora. Bill notó que por allí había gatos de aspecto escuálido y roñosos que asomaban por todas partes. Al pensarlo, sin embargo, le consoló el hecho de que eran útiles para evitar que las ratas hicieran de las suyas.

Aunque tenían un hambre atroz, Pearl no había pensado en prepararles comida; simplemente le dio una bebida refrescante y unas galletas (lo cual era un lujo en aquellos días, pero no eran muy sustanciosas). No hicieron comentario alguno y se fueron a la cama hambrientos y agotados. Para desayuno hubo sopa de leche, comida de carácter local, agradable una vez uno se ha acostumbrado. Lo que no apareció por ninguna parte fue lo que sus estómagos deseaban, algo simple y suculento, como huevos con jamón.

Vivir con Pearl no resultó del todo fácil. Pearl tenía dos perros de color blanco, que la seguían por todas partes. Incluso se sentaban a su lado en la tarima de la iglesia. Trataba a la gente del país como si fuera un coronel en una colonia, lo cual le molestaba a Bill, que hizo la resolución de no tratar con aire de protección a nadie, en ninguna circunstancia. Pearl parecía hostil a los hombres, y aunque había empezado obra en varias partes de la ciudad, sólo permitía a Bill que actuara como su chófer. Nunca le permitía predicar, y creaba problemas al tratar a Ruth como una persona de su confianza, pero no a Bill, aparte de que a veces creaba situaciones antagónicas entre los dos. Bill tenía grande dificultades para dominar el idioma. Ruth no tenía tantos problemas, pero Bill, por ejemplo, al oír «Sí» pensaba siempre en «See», o sea «Ver», y lo mismo ocurría con otras palabras. Y eso que él había pensado que el lenguaje sería el problema de menor importancia que tendría...

Después de casi un año de ser tratado como el «muchacho» por Pearl, luchando con el español sin mucho éxito, combatir la malaria y otras cosas, Bill se sin-

tió desanimado. El individuo a quien pagaba para que le diera clases de español, en vez de enseñarle a él, aprovechaba la oportunidad para mejorar su inglés. Una mañana, no pudiendo aguantar más, Bill escribió una carta a la misión pidiéndoles que le volvieran a llamar, y prometiendo que devolvería hasta el último centavo que habían gastado en él una vez pudiera hallar trabajo en el Canadá. Aunque la carta era una admisión de fracaso, respiró con alivio tan pronto como hubo cerrado el sobre. La idea del fracaso era una carga más pequeña que la que estaba llevando, y el dinero podía ser usado en otra persona.

«Haz las maletas, querida, que nos vamos a casa. Me voy a echar esta carta al correo.»

A Ruth le dio pena su marido, pero no dijo nada. Tan pronto como Bill se hubo marchado, Ruth se arrodilló y pidió a Dios que les ayudara y les fortaleciera. Bill empezó a andar en dirección a Correos, pero en vez de ir allí se dirigió hacia el mar, donde acostumbraba ir a orar. Arrojándose sobre la arena gimió en el Espíritu... y oró durante mucho tiempo.

Unas horas después regresó a la casa sonriendo: «Me parece que no nos vamos al Canadá. He hecho pedazos la carta que iba a enviar. Jesús nos va a ayudar.»

Ruth se sintió aliviada y agradecida. La crisis que ella ya veía venir había sido superada por fin.

Capítulo 12

LA LLAMADA A CALI

Casi inmediatamente después llegó un telegrama, pidiendo a Bill, el único misionero que no estaba establecido en una misión, que partiera para Cali inmediatamente. En Cali, Sanford Johnson, un misionero veterano que procedía del mismo área de Canadá que Bill, y que le conocía desde que era un muchacho, se había puesto gravemente enfermo de tuberculosis. Bill recordó al Sandford Johnson del pasado: había pertenecido a los Testigos de Jehová, y con frecuencia había tratado de convertirle a él a su fe. Pero la esposa de Sanford se había hecho pentecostal; y después él había seguido canalizando su entusiasmo incansable en el Evangelio de Jesucristo.

Bill tenía bastante dinero para coger el avión, así que dejando a Ruth que estaba embarazada otra vez (con gemelos), emprendió el vuelo hacia el sudoeste. Por primera vez empezó a ver el tamaño y la hermosura de Colombia: sus desiertos, montañas y bosques lozanos.

Cali, la capital provincial del Valle del Cauca (valle del río Cauca), era un ciudad muy hermosa. Situada entre colinas, era más fresca que Cartagena por la noche. Bill notó que la gente allí eran más españoles o mestizos (personas de color mixto), que indios, en comparación con la costa del norte de donde procedían.

Estas impresiones, sin embargo se desvanecieron pronto de su mente cuando vio a Sandford. El hombre, más bien bajo y delgado, se había quedado arrugado. Echado en cama en su humilde hogar de dos habitaciones, el misionero era todo él una evocación del espíritu pionero y consagrado de los grandes misioneros del siglo pasado.

En el cuarto más espacioso, que había sido usado como capilla, había unos bancos de madera, construidos por Sanford con los últimos restos de sus fuerzas. La otra habitación, en la que ahora estaba echado, era utilizada como cocina y como dormitorio, funciones que quedaban divididas por un cortina. Los Johnson apenas habían podido empezar cultos, y ahora Bill veía al misionero ya cerca de la muerte. Ahogando sus lágrimas trató de mostrarse animoso. Sanford le saludó débilmente, pero con gozo. Su esposa, agotada también, se comportaba con valor. Sin fuerzas para recordar el pasado, Sanford pronto estuvo hablando sobre Cali:

«Hermano Billy, quiero que usted, cuando tenga la oportunidad vaya a las montañas cercanas, al punto en que están las tres cruces. Quiero que contemple el valle. Una vez estuve yo allí orando y tuve la visión de un gran avivamiento que iba a tener lugar en todo este valle...» Sanford se había quedado dormido.

Billy se echó también y durmió junto a él, en tanto que la esposa de Sanford se fue también a dormir, agotada, a la otra habitación. Temprano, por la mañana, Bill sintió frío, y le despertaron los quejidos apagados de su compañero. Se inclinó hacia él y se dio cuenta de que estaba empeorando rápidamente. Sanford le cogió la mano y acercó a Bill hacia él.

«No olvide la visión. Creo que ésta es una carga que caerá sobre usted. Dios va a usarle. Usted es joven y lleno de vida; tiene el mensaje, su vida es movida por el Espíritu de Dios. Puedo dejar esto en su mano y estar tranquilo...» Antes de veinte minutos Sanford había pasado a la otra vida.

Según las leyes de Colombia, el muerto tenía que ser enterrado dentro de las veinticuatro horas, así que

se hicieron apresuradamente los preparativos para el entierro. Sanford fue enterrado con muy pocas ceremonias (el español de Bill no estaba a la altura), y los presentes eran escasísimos.

Se decidió que lo mejor sería que la hermana Johnson regresara a Cartagena, con Bill, en tanto que éste hacía los planes para regresar a Cali, tan pronto como fuera posible. Aquella noche deambuló por las calles, rogando a Dios que mantuviera viva en su memoria la visión de Sanford. El día siguiente fue a la cima de la montaña de las tres cruces, y miró hacia el valle. Llegó allí avanzada la tarde, y las grandes cruces proyectaban su sombra alargada sobre las casas y camiones debajo. Se podían ver desde allí por lo menos cuatro de las mayores ciudades del valle, así como muchas otras más pequeñas. Bill tuvo también la visión, la misma que había visto por primera vez en Alemania; una llamada de avivamiento que se extendía por el valle. Habló en lenguas otra vez, como había hecho durante la guerra.

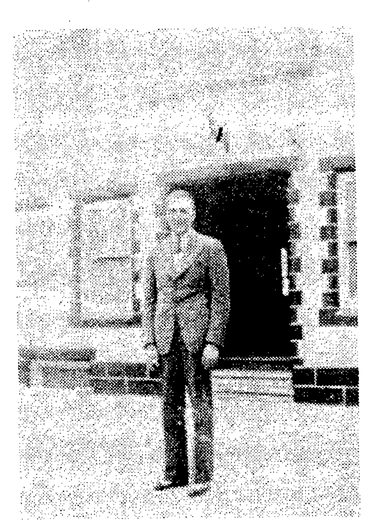
«Oh, Dios, sé que sólo Tú puedes traer este avivamiento.»

Este valle era parte de su destino.

Las comunicaciones laterales eran muy difíciles en Colombia y no había posibilidad de conducir un coche hasta Cali, así que, más adelante, Ruth y la hermana Johnson tomaron el avión para ir allí con el pequeño Gerald, mientras que Bill puso el coche y el bagaje en un barco para viajar a través del canal de Panamá.

Era casi de noche cuando ellas llegaron a la casa en Cali, y sin sus esposos se sentían nerviosas y solas. Una vecina les dio algo de sopa caliente y les habló de los alborotos más recientes, en los cuales habían resultado muertas muchas personas inocentes en los distritos cercanos. Llenas de temor improvisaron una cama juntando dos bancos de la capilla, la cual tenía pocas ventanas, y por tanto, era el lugar más seguro. Ésta fue su cama durante varias semanas. Por la noche era difícil dormir: el ruido de la gente que corrían, los gritos y los silbidos de las balas las mantenían despiertas. Por la mañana llegaron las noticias de que aquella no-

che habían muerto ochenta y siete personas por las calles de Cali. Se proclamó el toque de queda: todo el mundo tenía que estar en su casa a las 6 de la tarde. La situación continuó así durante algún tiempo, pero una vez que Bill llegó se quedaron mucho más tranquilas. La hermana Johnson estuvo con ellos durante sus primeros años en Cali, antes de regresar al Canadá. Ella también estaba resuelta a ver la visión cumplida.



Bill enfrente de la antigua iglesia Pentecostal de St. Stephen, New Brunswick. Era el líder de los jóvenes en aquel tiempo



Bill y Ruth con ocasión de las reuniones en la tienda, en Chatham, New Brunswick



La casa de la esquina, que fue la primera casa de Bill y Ruth en Cali, donde nacieron los gemelos y donde Dios les concedió un poderoso avivamiento



Rosalba (izquierda) fue la primera en entrar en la casa de Cali para escuchar el Evangelio y aceptar al Señor. Alicia (derecha) es la viuda de Martin

Capítulo 13

EL COMIENZO

Parecía que toda esperanza de que se cumpliera la visión podía considerarse caducada. Con el comienzo de la nueva década, así como a causa de la elección presidencial colombiana, la violencia fue empeorando, hasta el punto que no se permitían reuniones de más de dos personas, incluso de día. La casa de los Johnson era evidentemente insatisfactoria, y a pesar de haber buscado un nuevo cobijo durante meses no se había conseguido nada. Además de todo esto Ruth iba a dar a luz de nuevo, y los indicios eran que se trataba de gemelos.

Bill oraba y ayunaba casi con desesperación. Poco después encontró a un individuo en Correos que le habló en un inglés apenas inteligible. El hombre se mostró amistoso, cosa rara en aquellos días, ya que la gente creía que los protestantes no eran mejores que los ateos. Al oír que necesitaban una casa que pudiera ser usada como iglesia les dijo que un abogado vecino suyo poseía una que reunía estas condiciones. Fueron a verla, y se quedaron muy contentos al hallarla aprovechable. El piso de abajo se podía transformar fácilmente de modo que cupieran en la casa unas 100 personas.

Se esperaba a los gemelos para el día en que hicieron la mudanza. Pero casi un mes más tarde aún no habían nacido, y Ruth estaba muy enferma. Tuvieron

que llevarla al hospital. El médico, conociendo la reputación de Bill y su temor respecto a la forma en que podía tratarse a su esposa, le invitó a que estuviera presente en la sala de operaciones, pues iba a ser necesaria una cesárea. Nacieron dos niños, pero el primero parecía exánime y su color era azulado, de modo que después de habérsele aplicado oxígeno para respirar sin que respondiera, el médico se lo entregó a Bill, sin darle esperanzas. Inmedatamente Bill se arrodilló y clamó a Dios para que permitiera al niño conservar la vida.

El muchacho vivió y hoy es un misionero en la América Central. Lo llamaron Tomas Wynn. El otro niño estaba también muy enfermo, pero no tan grave como Tomas Wynn, y éste también es misionero, en América del Sur. Lo llamaron Timoteo Wayne.

Pero Ruth seguía en estado grave. Con la idea de celebrar cultos en la nueva casa había traído los bancos construidos por Sanford; el diablo atormentaba a Bill con la idea de que los bancos serían usados por primera vez para el servicio de entierro de Ruth. Sin embargo, Ruth se recuperó, y dos meses después de haber nacido los gemelos, habiendo sido suprimido el toque de queda, hicieron planes para empezar los cultos.

Aunque la casa estaba muy bien situada en una esquina, con árboles a cada lado, tres dormitorios y un patio (en el que Bill puso un tejado, para usarlo como comedor, puesto que las dos habitaciones principales eran usadas ahora como capilla), las cosas llegaron a hacerse desagradables en extremo.

Los vecinos los trataban como si fueran escoria: Gerald estaba durmiendo un día, con el brazo colgando en el exterior de la ventana, cuando de repente empezó a chillar y a llorar. Una mujer de la vecindad, al pasar, le había dado un pellizco horrible, acto resultante del fanatismo religioso que se les había enseñado durante generaciones por parte de la Iglesia Católica, con miras a tener dominada a la gente, algo típico de Colombia en aquellos días. Pero este dominio férreo pronto iba a aflojarse.

En mayo abrieron la puerta de la iglesia, con los bancos puestos alrededor de la pared. La congregación consistía en cuatro personas: la hermana Johnson, Bill, Ruth y Gerald. A pesar de ello procuraron dirigir un culto completo y escucharon la predicación de Bill en un español insuficiente. Ruth tenía una joven colombiana, Eloísa, que vivía en la casa para ayudarle. Aunque venía de una familia presbiteriana —cosa rara— esta joven no se atrevía a asistir a los cultos. Pasaban los días y no había respuesta alguna. El único resquicio de esperanza eran los gemelos. Los niñitos, rubios como el oro, ablandaban el corazón de los vecinos, una vez que éstos llegaban a persuadirse de echarles una mirada. Cuando aún eran muy pequeños sus padres se arriesgaron a dejarlos fuera en el cochecito, y al revés de Gerald, recibían sólo muestras de afecto y caricias. El Señor los usó para resquebrajar el hielo.

Aunque no había congregación, las cosas estaban muy movidas, quizá demasiado movidas. Los ministros protestantes de allí no se atrevían a salir e ir a las tiendas; enviaban a las muchachas de servicio que tenían. Pero Bill pensaba de otro modo. No que fuera un Bill sin miedo —porque en realidad era más bien pusilánime—, pero sabía que tenía que hacer frente a la realidad si había de conseguirse algo, y que si las personas a las que habían de conquistar para el Evangelio iban a ser perseguidas, también ellos tenían que colocarse en la línea de fuego, en vanguardia. La gente se reía de su español, pero él se guardó el orgullo en el bolsillo —tal como había tirado un día el anillo—. Esto es decir lo menos posible, porque Bill, en realidad, adquirió gran notoriedad, aunque negativa. Por todas partes adonde iba era reconocido, abucheado, escarnecido, silbado e incluso escupido; todos se mofaban de él... después de todo, no creían en la Virgen, ni en la Santa Iglesia. Bill procuraba dar testimonio en toda oportunidad, pero casi siempre sin resultado.

Era difícil decir dónde sentían más temor, si dentro de la iglesia o fuera. Las reuniones nocturnas eran siempre enfrentamientos. En ocasiones hasta doscientas y trescientas personas estaban fuera de la puerta,

siempre abierta, mirando, instigándose el uno al otro, echando piedras e interrumpiendo con gritos. Se juntaban para cantar a coro: «No queremos protestantes.» Con frecuencia alguien mostraba lo valeroso que era entrando a todo correr, diciendo algo insolente y saliendo del mismo modo. Se requería control de los nervios, valor, paciencia, perseverancia, amor, comprensión... pero todo esto Dios podía dárselo.

Después de algún tiempo, una joven desafió a los perseguidores y atravesó la puerta, sentándose en el extremo de un banco. Hizo esto durante una semana o dos, antes de comprometerse en alguna otra forma. Su nombre era Rosalba; era más bien bajita, delgada, con ojos reflexivos, inquiridores, que devoraban los mensajes. ¡Los mensajes! Bill se esforzaba tanto como podía, escribiéndolos primero en inglés y luego, con trabajo y esfuerzo, con la ayuda de libros los traducía al español. Y después de todo este trabajo con frecuencia estaba tan nervioso por las interrupciones de la turba que le era imposible presentarlos de modo coherente. Deseaba poder hablar el español tan bien como Ruth..., pero a pesar de que su español era pobre, hablaba sin vacilación siempre que se presentaba la oportunidad de hacerlo. Con fallos e imperfecciones, pero con todo, hablaba. Y la gente, sin duda, sabía cuál era su mensaje.

Había algo que hacía que le tuvieran un respeto no regatetado, y era el que se identificaba con el pueblo, tanto si se trataba de ricos como de pobres, allí no había clase media en realidad. En las áreas rurales especialmente, la gente vivía prácticamente en cobertizos; pero Bill siempre procuraba ser natural, amistoso, sin ninguna clase de aires de protección, tratando a la gente como habría tratado a sus amigos en su país. Esto significaba renuncias a algunas de las ventajas que podría haber conseguido de otro modo, pero ¿qué significaba esto en comparación con la causa? Otros misioneros racionalizaban más su actitud. Pero Bill no. Con todo... ¿cuáles eran los resultados?

Después de haber sido bautizada Rosalba, empezaron a entrar algunas otra personas. Eloísa se animó,

fue a los cultos, y fue bautizada en el nombre de Jesús, después de lo cual, un par de sus amigas y parientes empezaron a asistir. Para este tiempo una pobre madre cuya hija padecía la forma fatal de disentería de las veinticuatro horas, trajo a la niña consigo para que se orara por ella. El señor la sanó.

El hacer frente al ridículo y a la hostilidad de la muchedumbre, cada vez que se asiste a un culto requiere mucho valor de parte de los colombianos y había muchas cosas que les desanimaban de hacerlo. De los ocho o nueve que asistían sólo unos pocos habían recibido el Espíritu Santo o habían sido bautizados, y algunos no se habían arrepentido todavía. De los pocos hombres que asistían, había uno que no sólo era difícil y arisco, sino que había cometido un asesinato en el pasado.

En un período en que Bill se sentía descorazonado, llegó una carta de un amigo, desde Texas, contándole las cosas maravillosas que Dios estaba haciendo mediante el movimiento llamado «de la lluvia tardía» (al parecer el último y gran movimiento del Espíritu) y le invitaba a que se uniera a él. El amigo le ofrecía pagarle el viaje de vuelta al Canadá.

«Ésta es la forma en que puedo conseguir nueva inspiración», pensó Bill, «ésta es la respuesta».

«Querida», le dijo a Ruth, «voy a llevarme a Gerald e iremos al monte para orar; creo que deberíamos ir a Texas».

Esta vez fue a informarle a Dios, no a pedirle guía. El pequeño estuvo jugando y corriendo, en tanto que Bill tenía la cabeza inclinada.

«Dios, aquí estoy ...quiero decirte que me voy a Texas, y te doy gracias por el hecho de que me vayas a ayudar. Amén.»

Pero el hombre propone y Dios dispone.

«¿Para qué vas a ir a Texas?», le dio a entender el Espíritu.

«Señor, para poder conocerte mejor», contestó Bill.

«Vas a conocerme por medio de mi Palabra», le dijo el Espíritu.

Toda idea de ir a Texas o a parte alguna desapareció.

«Señor», dijo Bill con convicción: «Sé que vas a hacer algo.»

Al regresar a la casa Ruth vio que la cara de Bill resplandecía. «Bueno, ¿qué te ha pasado?», exclamó Ruth.

«Oh, Dios me ha visitado, y sé que va a obrar aquí, sin que yo me vaya a los Estados Unidos; va a bendecirnos», añadió con gran aplomo.

Aquella noche hubieron nueve colombianos presentes. La reunión cayó bajo la poderosa unción del Espíritu, y desde el púlpito Bill vio la visión de una llama, que flotaba descendiendo como una hoja dorada, y se posaba sobre la cabeza del antiguo asesino, el cual empezó a hablar en lenguas. El hijo de éste, sentado al otro lado de la habitación, que también vio la visión, recibió el Espíritu Santo y comenzó a hablar en lenguas. Aquella noche hubieron siete personas bautizadas por el Espíritu Santo. Unos pocos días después, en la reunión de señoras, otras recibieron el Espíritu. Al cabo de tres semanas había más de veinte personas que habían recibido el Espíritu Santo y hablablan en lenguas. Había empezado el avivamiento.

Capítulo 14

EUCARIS ENTRA EN ACCIÓN Y SOMETE A SAÚL

A medida que el avivamiento se extendía, fue acrecentándose la persecución. Algunas veces los vecinos azuzaban sus perros contra los protestantes que circulaban por la calle, mientras que muchos del orden religioso establecido, sintiéndose amenazados, hacían todo lo que podían para detener el avivamiento.

El país, en cuanto a la política, estaba en plena efervescencia. Laureano Gómez, un conservador extremo, que había regresado del exilio en el Ecuador, era archiclerical. Este hombre fue elegido presidente. Las cosas fueron degenerando en dirección a una guerra civil; los conservadores echaban la culpa de la situación a los liberales; los liberales contestaban que era una reacción del tipo de «bandoleros» que se enfrentaba con la corrupción del Gobierno. Las cosas iban de mal en peor. En los distritos rurales y montañosos las personas se veían especialmente amenazadas, siendo con frecuencia víctimas de las facciones contendientes, en tanto que el Gobierno sospechaba que las simpatías de los pobres se inclinaban hacia los «bandoleros».

Mucha gente en los distritos montañosos, alrededor de Cali, abandonaban sus casas y se iban a vivir a la ciudad, pensando que allí estarían más seguros. Después de haber sufrido tantos horrores y pasar tanto

miedo, muchos estaban contentos de poder entregar sus vidas a Jesús, y fue en este grupo que empezó realmente el crecimiento. Después de algún tiempo, algunos regresaban a sus hogares y a sus parientes, llevándose el Evangelio con ellos con gran entusiasmo, y hablándoles del bautismo del Espíritu Santo.

Entretanto, los vecinos acabaron indignándose contra la multitud de asistentes a los cultos que iba creciendo cada día. Presentaron peticiones al propietario de la casa para que les hiciera desistir, pero éste no quiso saber nada y dijo que podían continuar con las reuniones. Cuando vieron que esto no daba resultado acabaron personándose en las reuniones, con una pistola, ordenándole a Bill que parara. Bill dio una mirada al cañón de la pistola, y siguió predicando en su español detestable, aunque le temblaban las rodillas.

Entre el grupo había una joven de unos diecisiete años, dulce como un querubín, de ojos negros, que procedía del distrito de las montañas. Resplandeciente de gozo y daba un gran testimonio. Sintiendo la carga espiritual de sus parientes, no tardó mucho en volver a La Morena para hablarles.

«Hermana Drost», le dijo a Ruth una noche después de la reunión, «¿quiere ayudarme a orar pidiendo guía? Siento el deseo de ir a la montaña para hablar con mi familia».

«Claro», contestó Ruth, «vamos a orar sobre esto ahora mismo».

Ruth sentía un poco de inquietud. La gente de La Morena tenían la fama de «Robin Hoods» modernos (el bandido que daba a los pobres lo que robaba a los ricos, según la leyenda inglesa) —sin la influencia del fraile Tuck—, y no tenían miedo a nada. Luego, Ruth le habló de ello a Bill.

«¿Qué te parece si Eucaris vuelve a su casa para hablar con su gente? Ella cree que debe ir, y me pidió que orara con ella.»

Bill pensó un poco; era poco probable, incluso, que uno pudiera llegar allá, y a menos de ser muy conocido, había pocas probabilidades, si se iba, de salir vivo de allí. Eucaris era conocida, y siendo joven no presentaba ninguna amenaza para nadie. «Bueno, es muy joven, de modo que no veo ningún peligro para ella en que vaya. Voy a orar sobre esto, sin embargo, y hablaré con ella después.»

No hubo ningún freno por parte del Espíritu. Unas pocas noches después dio una mirada a Eucaris. Era bajita, de poca fuerza física... una niña casi... y con todo, en el Espíritu era resuelta, enérgica, indomable. Ella le dio una mirada a Bill, sin saber nada de su aura de Juana de Arco. «Eucaris, creo que si quieres ir a la montaña, haces bien. Dios te bendiga, y... nosotros oraremos en favor tuyo.»

Eucaris se sonrió con alegría: «¡Alabado sea el Señor!», y pronto estaba en camino.

Eucaris no tuvo muchos problemas respecto al equipaje, porque poseía muy pocas cosas. Cantando uno de los coritos que había aprendido en la iglesia, anudó su pequeño hatillo contenta, y se sintió llena del Espíritu. Estaba decidida a compartir su gozo con la gente allí arriba, y nada la iba a detener; ni aun su primo Saúl.

Saúl era un hombre singular; él era también un hombre muy decidido; éste era un rasgo familiar. Alto, enjuto pero musculoso, astuto e intrépido, era prácticamente el reyezuelo de aquel territorio. Tenía unos treinta año, pero era soltero, y era el dueño de la taberna «La Última Oportunidad», el único bar en aquel vasto territorio. Al servir licor a crédito a los parroquianos que no siempre podían permitírselo, había conseguido que todo el mundo se sintiera en deuda hacia él, y como todos los tratos de negocios se discutían en su taberna, había conseguido que no se le escapara nada; nada había oculto para Saúl, y todo el mundo le temía.

El bar mismo estaba aislado, tan remoto como un salón de Nuevo Méjico, excepto que en vez de estar situado en una llanura polvorienta tenía una magnífica vista sobre el Valle. Se trataba de un cobertizo de madera, simplemente, rodeado por una baranda, a la que amarraban los caballos. Saúl vivía allí, solo.

Eucaris fue subiendo, arriba y más arriba, más allá

de las plantaciones de plátanos, más allá de los tortuosos caminos de las plantaciones de café, orando constantemente para que Dios quisiera ayudarla a hablar a su gente. Muchos la reconocían y la saludaban durante el trayecto, preguntándole cómo se encontraba. Casi todo el mundo estaba relacionado allí en una forma u otra. Ella aprovechó la oportunidad para mencionar sus experiencias, e invitarlos a una reunión que tenía la idea de celebrar en la casa de su padre.

La gente de montaña, a pesar de ser agrestes, eran espontáneos, francos y curiosos. No había muchas cosas allí para proporcionarles distracción. Irían —no sólo por curiosidad— sino porque el Espíritu de Dios empezaba a extenderse por aquel lugar.

Debido a una extraña coincidencia, el primo Saúl, que generalmente estaba bien informado de todo, no sabía nada de la vuelta de Eucaris, y de qué iba a celebrar una sesión evangelística aquella misma noche.

Al llegar la noche fueron apareciendo docenas de personas, que venían andando a paso lento por los caminos, desde sus casas esparcidas, al punto de reunión. Eucaris se sintió algo sobrecogida cuando vio tanta gente, pero hizo una breve oración y empezó a cantar con su voz dulce y melodiosa, acompañándose con la guitarra. Luego les explicó la forma en que había conocido al hermano Drost, había sido bautizada por el Espíritu Santo y hablado en lenguas, habiendo hallado de esta manera un inmenso gozo en servir al Señor. Aquella noche, sintiendo una potente unción, siguió cantando y enseñando coros al grupo. El primo Saúl estaba ausente, algo de lo que ella se dio cuenta.

Toda la tarde Saúl se había notado nervioso... a lo cual no estaba acostumbrado. Había algo raro; lo podía notar en su propia persona, pero no podía dar con la causa. No había tenido un mal día, y esto hacía las cosas aún peor, porque no podía achacar la culpa a nada. Había pasado buena parte del día abajo en el valle, haciendo tratos sobre un trozo de terreno, y ahora regresaba a toda prisa para abrir el bar otra vez. Esperaba verse allí con sus compinches.

No tardaría en descubrir por qué se sentía de aquella forma, pensó, mientras daba un vistazo a sus pistolas y las colocaba otra vez en su lugar bajo el mostrador. Eran las siete, hora en que los hombres acostumbraban a aparecer por la puerta, pero aquel día no asomaba nadie. Salió fuera y venteó el aire, como un caballo salvaje; pero no le llegó ninguna pista. Escuchó para notar si se oían pasos por la maleza, pero nada. Dio una mirada, tratando de penetrar la oscuridad en dirección a las trochas y caminos de la montaña... todo estaba desierto. Regresó al bar y con impaciencia fue limpiando unos vasos, con la mirada fija hacia la puerta, y colocando otro pistola cerca, bajo el mostrador del bar... por si acaso. Empezó a repasar mentalmente las posibles razones de por qué estaba solo: ¿Había alguien que estaba preparando un asalto? Pero si fuera así, ¿por qué ni uno de sus lugartenientes le había avisado? Así que descartó la idea. ¿Había ocurrido algún accidente? Mientras estaba considerando estas cosas oyó fuera el ruido de las herraduras de un caballo; después de asegurarse de que el jinete iba desarmado, salió fuera. «¡Hola!, ¿qué es lo que ocurre aquí? ¿Dónde está la gente esta noche?», le gritó.

El jinete se detuvo.

«¿Cómo? ¿No has oído? Todo el mundo ha ido a una reunión evangelística que celebra la chica.»

«¿Qué reunión evangelística? ¿Qué chica?», preguntó Saúl sorprendido.

«La pequeña Eucaris, tu prima. Estuvo en Cali... halló una religión... algo en que se habla en otra lengua. Como sea, todo el mundo está allí para escucharla. Yo voy allá.» Y espoleó al caballo entrando en la noche.

Así que ¡esto era todo! Saúl se puso furioso. Eucaris, la mequetrefe de su prima, dándose aires porque había estado en Cali. ¿Qué se había creído? Él iba a hacerla entrar en razón... Saúl volvió a entrar en el bar y agarró dos pistoleras, ensilló rápidamente el caballo y emprendió la marcha, bajando el camino de montaña a todo correr, decidido a poner fin a esta tontería. ¡Religión!, él iba a dar buena cuenta de esta majadería.

Al acercarse a la casa vio muchos animales amarrados, a la luz de la luna. Desmontó al instante, ató su caballo a una rama con un movimiento rápido de la muñeca. Echando una mirada por la ventana se hizo cargo de la situación. No cabía duda, allí estaba su prima —parecía que estaba orando o algo así— con toda la gente arrodillada. Ahora era el momento. Con aires de matón y sacando el pecho entró como una tromba por la puerta, que empujó con el hombro, con un gesto dramático, y con sendas pistolas en las manos.

Pero esto fue todo lo que hizo.

Eucaris nunca había sentido tal espíritu de exangelismo. Recitaba todo lo que había aprendido en Cali, y predicaba un mensaje sencillo del amor de Dios y la necesidad de arrepentimiento. Contando historietas simples, los presentes habían entrado en una tremenda convicción de pecado, y algunos estaban llorando, arreglando sus cuentas con Dios. Eucaris lloraba con ellos, orando fervorosamente a Dios para que los bautizara con su Espíritu.

En aquel momento había entrado el primo Saúl dando un gran portazo. Echándole una mirada sobresaltada, Eucaris se hizo cargo de la situación y oró a Dios pidiendo que impidiera que Saúl echara a perder la reunión.

Saúl no podía moverse. Se quedó como clavado en la puerta, confuso y desconcertado. Era como un sueño; no podía mover nada, ni brazos, ni dedos, ni tan sólo los párpados. Era como si hubiera quedado encajonado en una lámina de acero transparente. La gente de la habitación seguían arrodillados orando. De repente, en aquella atmósfera, Saúl se sintió irremediablemente sucio, impuro: su prima se le acercó, en lo que le pareció movimiento retardado; el aspecto de ella era radiante, hermoso, la vio... pura. Los ojos negros de ella le miraban desde profundidades insondables, con una ternura que él no había experimentado nunca. Era como si hubiera alguna otra fuerza en aquellos ojos. Saúl se quedó marchito y exánime cuando miró aquellos ojos. Ella le puso las manos sobre la cabeza, y él sintió un fuego abrasador que le penetraba cuando ella le dijo «necesitas a Jesús».

En aquel momento, libre de la fuerza que le retenía, cayó de rodillas. No podía hacer otra cosa. Todo lo que quería era llorar y confesar y quedar libre del horror de su condición, para hallar la hermosura que percibía a su alrededor. Saúl se quedó en aquella posición bastante tiempo. Cuando se levantó, lo primero que hizo fue regresar a su taberna y echar todo el licor por un barranco. Todo aquello había terminado. Para siempre.

Capítulo 15

LA MORENA: MI PRIMER AMOR

Ésta es la historia que oyó Bill de Eucaris, cuando ésta regresó a Cali. Eucaris insistía en que él debía ir a La Morena, que todo el mundo le estaba esperando, y que habían muchos que querían ser bautizados en el nombre de Jesús. Bill estaba un poco nervioso al pensar en la idea de ir allí, no sólo a causa de la espantosa violencia que era común en aquellos lugares, sino también por lo inadecuado de su dominio del español. Pero Eucaris se mantenía firme, y por fin, Bill, sintiendo que tenía la sanción de Dios, consintió en ir, y Eucaris mandó recado de que Bill iría y que los esperaran.

Temprano por la mañana, un lunes, después de un domingo ajetreado hasta muy tarde por la noche, los dos subieron al autobús para Tulua, que se halla a unas tres horas de camino de Cali. Allí pasaron a otro autobús más pequeño, para un trayecto de una hora hasta Boca del Monte. En Boca del Monte había una taberna aislada, de madera, bien conocida porque era el punto de partida de los que se dirigían hacia la tierra alta. Si los pasajeros del autobús le habían mirado hasta ahora con curiosidad, cuando vieron que descendía en Boca, en la taberna, no podían creer lo que veían.

Eucaris le guió hacia un puente de maroma, que cruzaba un río, de unos cien metros de anchura. Bill

tenía la impresión de ser un Tarzán, al ir pasando el puente de punti:as, iba solo cruzando el puente que bailaba por encima de las aguas torrenciales, se unió otra vez con Eucaris, que le esparaba al otro lado. Ahora sí que entraba en terreno salvaje y abrupto. Vio allí a un grupo de personas montadas a horcajadas en mulas, los cuales le saludaron afectuosamente, y le indicaron que montara una de las mulas. Habían estado esperándolos. Era la primera vez que montaba una mula, y la bestia no tardó en darse cuenta de ello. Después de ponerse una cobertera de cuero sobre los pantalones, para proteger las piernas de la maleza, emprendieron la marcha por caminos muy estrechos.

«¿Cuánto falta para llegar?», preguntó Bill al cabo de un rato.

«¡Oh!, no está muy lejos. Cerquita, allá arriba», le contestaron de modo vago, señalando la cima de la montaña.

Las horas iban pasando. La cabalgata parecía interminable. En algunos puntos había bosque espeso, en otros plantaciones de plátano o de café: algunas veces el sendero no era más ancho que un hombre; en otros, se abría a un lado en un precipicio que daba casi en línea vertical sobre el valle. Bill confiaba en que su mula se mantendría más segura en el camino que él, que iba encaramado en ella. La gente que encontraban por el camino, como es costumbre en la montaña, se paraban para charlar un rato. Todos, al parecer, le conocían. Después de intercambiar saludos afectuosos él los invitaba a que fueran a la reunión aquella noche.

Hacia el mediodía el sol parecía abrasarlos, pero todavía seguían ascendiendo. A estas horas a Bill le daba la impresión, no de que había estado montando la mula, sino de que la mula le había estado coceando todo el rato. Preguntó otra vez: «¿Cuánto falta?» Y otra vez le señalaron la cima:

«Está allí mismo. Se pueden ver las flores blancas de aquel árbol. Un poco más arriba.» Y así siguieron, hasta últimas horas de la tarde.

Hacia las siete, aquella noche, Bill estaba comiendo en casa de Eucaris. El estar sentado no era lo que más le apetecía. Terminada la comida se echó sobre un saco de café, completamente agotado. Hacia las siete y media empezó a llegar la gente, y pronto vio asombrado a más de doscientas personas reunidas, aguardando en la penumbra. El Señor le ayudó a hablar, y el Espíritu Santo se derramó en tal abundancia que a medianoche estaban orando todavía. Bill les dijo que los que deseaban ser bautizados esperaran un día o dos, para que él pudiera explicarles las Escrituras con respecto a este punto.

Temprano por la mañana, el día siguiente, llegó un hombre mientras él se estaba afeitando. «Quiero ser bautizado, pero no sé si puedo serlo», le dijo.

«¿Por qué no?», preguntó Bill.

«Es que tengo tres esposas.»

Bill se quedó estupefacto. El hombre era muy joven. «Tiene tres esposas», repitió, pensando la cosa lentamente.

«Sí, pero no sé a cuáles debo despedir y cuál debo quedarme. Me parece a mí que tendré que hacer una decisión.»

Como Bill nunca se había visto frente a un problema semejante no sabía exactamente qué decirle.

«Espere hasta mañana y le contestaré», le propuso.

Aquella noche, después de un buen culto, con una lámpara de bolsillo se dirigió hacia los arbustos de café. Arrodillándose en el suelo fresco, colocó la Biblia delante, y después de orar un buen rato dijo: «Dios, tiene que haber algo en tu Palabra que resuelva este problema. No sé dónde está... tienes que ayudarme.»

Abrió la Biblia y sus ojos se posaron sobre estas palabras del Apocalipsis: «el primer amor».

Bill pensó: «Este texto no puede ser para este individuo; esto se refiere a la Iglesia.»

Apagó la lamparilla y esperó un poco en las tinieblas. Luego dijo: «Señor revélame lo que quieras.»

De nuevo abrió la Biblia. Una vez más apareció ante sus ojos: «el primer amor». «Señor», dijo, «no lo en-

tiendo, pero si esto es lo que me has dado, esto es lo que tengo que decir a este hombre».

Julio estaba esperándole a las seis y treinta, cuando Bill iba a afeitarse.

«¿Qué es lo que me dice como respuesta?»

«Me sabe mal», se excusó Bill, «pero no tengo más que dos palabras para decirle: "el primer amor".»

«¡Esto es!», exclamó alborozado Julio.

«¿Qué», preguntó Bill intrigado.

«Estoy contento de que el Señor se lo haya dicho, porque la primera mujer es la que amaba, pero ésta me dejó», dijo. «Tengo que ir a buscarla otra vez y conseguir que vuelva a vivir conmigo, para que podamos vivir una vida cristiana.» Julio, absolutamente convencido de que Dios había revelado la solución a Bill, partió inmediatamente. Regresó el jueves, y le contó esta historia.

Julio tenía un problema. Su primera esposa, por lo que él había averiguado, se había ido a vivir a la ciudad de Pereira, donde hacía vida de prostituta. Pero él fue a Pereira, y la encontró en alguna de las callejuelas en que las prostitutas esperaban los clientes, arrimadas a un portal.

«¡Vaya, vaya! ¡Si es mi antiguo hombre!», exclamó ella sorprendida. «¿Qué es lo que quieres? ¿Traes dinero?»

Él le dijo que su antigua vida había terminado y que se había hecho cristiano. Ella se echó a reír y se burló de él, negándose a hablarle más. Si él la quería, lo que debía hacer era pagar el precio.

Julio se fue otra vez a su habitación en el hotel y pidió a Dios que le diera gracia y que tocara el corazón de ella. Una hora después fue a verla otra vez. Ella estaba allí todavía. Esta vez consiguió convencerla de que fuera con él a comer, y durante la comida le contó en detalle todo lo que le había sucedido; al fin logró que su primer amor accediera a regresar con él a La Morena. Julio terminó diciendo que ella estaría en la reunión.

Antes de predicar, Bill anunció un culto de bautismos para el día siguiente. El Espíritu se movió durante la reunión con gran poder, y el primer amor de Julio vio su resistencia quebrantada y se arrodilló, con lágrimas de arrepentimiento. Quería ser bautizada, lo mismo que las otras esposas de Julio.

Pero, ¿qué había que hacer con los cuatro hijos de las otras dos?, ¿quién iba a cuidarlos?, ¿cómo podían ellas mantenerlos si estaban separadas de Julio?

«Esto no es ningún problema», dijo la primera esposa, «yo los cuidaré como si fuera su madre. Pueden estar aquí y vivir con nosotros».

La Morena era el nombre de la montaña. La Morena podría haber sido el nombre del primer amor de Julio. La Morena, también, iba a ser el primer amor del avivamiento, y le daría impulso.

«Hay una hora de camino, por lo menos, para encontrar algún sitio donde poder celebrar bautismos», pensó Bill, mientras descansaba, temprano, echado sobre su saco de café.

Entonces tuvo una visión. Vio un caballo blanco; junto a él había un hombre gordo, con la cara roja, y frente al hombre un estanque con patos que nadaban en él. La visión le afectó de tal modo que se lo dijo a la gente de la casa.

«Oh, sabemos donde está esto», dijo uno, «esto es el amo por el que trabajamos todos, el señor Fandiño».

«Pero, ¿dónde vamos a encontrar el estanque?»

«Él tiene un estanque, pero», advirtió el que hablaba, «este hombre no está en favor del Evangelio».

«No importa. Decidme dónde vive.»

«A unos cinco minutos de aquí andando.»

Bill envió a un joven a decirle al señor Fandiño que deseaba hablar con él. Pronto se halló delante del hombre a quien había visto en la visión.

«¿Podemos usar su estanque para bautizar a algunas personas, señor Fandiño?», le pidió Bill cortésmente.

«¿Por qué quiere usted bautizarlos, no fueron bautizados cuando eran pequeños?»

«No, éste es un bautismo de arrepentimiento», explicó Bill. «Mire, si usted no lo entiende y puede esperar...»

«No, no, yo me marcho ahora», atajó el señor Fandiño.

«Espere un momento», sugirió Bill, «...puedo oír a la gente que están en camino hacia aquí».

En esto, casi un centenar de personas, que había oído acerca de esta visita, habían descendido por el camino montañoso y se hallaban alrededor del estanque, esperando ser bautizados. Bill se disculpó y se metió en el agua. Comenzó explicándoles por qué los bautizaba. Después de un rato, el señor Fandiño gritó en inglés: «¡Espere, míster!, ¿puedo ser bautizado yo también?»

«Si usted cree en el Señor Jesucristo, y se ha arrepentido, no cabe duda de que puede ser bautizado», replicó Bill.

El señor Fandiño al oír esto se fue corriendo a su casa y regresó en pijama, listo para el bautismo. Bill le bautizó en el nombre del Señor Jesús, y el señor Fandiño salió del agua bautizado en el Espíritu Santo, hablando en lenguas. De hecho, estaba tan lleno del Espíritu que durante cuatro días apenas pudo decir una palabra en español; simplemente estaba alabando y adorando todo el rato. Pero en un intervalo, dio órdenes de degollar varios terneros y hacer una gran fiesta. Se reunieron alrededor de trescientas almas alrededor de la galería de su casa enorme, comiendo juntos, en un gran festejo espiritual.

Muchas veces, más adelante, hicieron el viaje hasta la cima de la empinada montaña para estar en compañía del señor Fandiño. Saúl, el antiguo propietario de la taberna, pasó finalmente a ser el pastor de la iglesia de Cali.

A medida que el avivamiento fue creciendo, Bill tuvo que enfrentarse con el problema de no tener obreros suficientes. Dio ocupación a muchos, en distintas formas, y gran parte del tiempo él lo pasaba ayudándoles. En los suburbios de la ciudad de Cali, muy espaciados, había otras dos casas de reuniones, en tanto que muchos creyentes de La Morena requerían que se les hicieran visitas frecuentes. En las otras ciudades del valle se extendió también la llama cuando los

convertidos hablaron a sus parientes de sus experiencias. Los años de gran actividad habían empezado. Pronto Bill estuvo pastoreando a los mismos predicadores, así como a los muchos convertidos. En muchas de las ciudades de los alrededores empezaron a celebrarse reuniones en casas humildes, con un puñado de convertidos. Sólo en Cali hubo pronto catorce iglesias que se sostenían a sí mismas, todo ello procedente de aquella humilde casa en que murió Sanford Johnson.

En La Morena, un día, Bill estaba bautizando cuando se le presentó un sujeto, conocido por su mala reputación, profundamente convencido de que quería ser bautizado, pero que creía que antes debía reconciliarse con su peor enemigo, que residía eu la montaña. Cada uno había jurado que mataría al otro cuando éste se cruzara en su camino, simplemente a la vista, y la cosa iba en serio. Ambos iban siempre armados. Bill le dijo que ellos se unirían en oración mientras el hombre, por fe, iba a ver a su enemigo. El individuo montó su caballo, sin armas, pálido de miedo y se dirigió hacia donde esperaba hallar al otro, decidido a hacer las paces. Llegó a la propiedad de su enemigo, el cual al verle, le apuntó el revólver y le dijo: «Si das un paso más disparo, ya sabes lo que he dicho.»

«¡Escucha!», gritó el otro. «Ahora soy otro hombre, porque me he hecho cristiano; quiero hacer las paces contigo.»

Su enemigo se quedó quieto un momento, observando cuidadosamente y pensando, y notó que el otro no iba armado. El cristiano estaba orando fervorosamente. Finalmente, en su cénit espiritual el otro bajó la pistola. Se le acercó lentamente. Cuando estuvieron a unos pasos el uno del otro, Dios les redarguyó a los dos de tal modo que ambos ascendieron a la montaña para ser bautizados.

«Hermano Drost», fue a decirle un recién convertido un día, «¡tiene que venir enseguida! Mi esposa está diciendo cosas disparatadas. Cree que es una nueva profetisa...»

Fueron los dos rápidamente a uno de los barrios más pobres de Cali, a una media hora de la casa en

que se celebraban las reuniones. Bill obtuvo más detalles por el camino. La mujer había estado ayunando. Esto habría estado bien si hubiera sido guiada por Dios. Pero esta mujer lo había hecho bajo la dirección de un espíritu malo, y se había vuelto loca.

Si Satán no puede empujar a las personas a que pequen, trata de desacreditarlos y anularlos empujándolos hacia el fanatismo, y al parecer esto era lo que había sucedido aquí. La mujer, que siempre había sido voluntariosa, había dado órdenes de que sacaran todos los muebles de su habitación, excepto un pedacito de papel que se hallaba en medio de la misma. Estaba de pie sobre el papel, que era su «trono», desnuda como Eva, «profetizando».

Cuando Bill entró en la habitación ella levantó las manos en el aire, lanzando ruidos estrafalarios. Bill reconoció la actividad satánica.

«¡Sal de ella, diablo!», ordenó Bill.

La mujer fue librada; la envolvieron con una sábana, y más tarde pasó a ser una buena obrera para la obra.

Entretanto, arriba en La Morena (donde el señor —ahora hermano— Fandiño, tenía cuidado de la obra), ocurrían sucesos que obligaron a Bill a que fuera allí inmediatamente. Lo que le contaron fue que el hermano Fandiño había adquirido la costumbre de azotar a los miembros de la iglesia, y no quería dejar de hacerlo. Había dicho a la iglesia que los «disciplinaba en el Espíritu». Esto era algo nuevo para Bill. Al inquirir de Fandiño porqué lo hacía, éste replicó: «¿Cómo? ¿No está escrito que el Señor a quien ama disciplina?» Bill le explicó que daba un sentido demasiado literal a las Escrituras y puso fin al «disciplinar en el Espíritu».

Si dentro de la iglesia había problemas, fuera arreciaba la persecución. Había lanzamientos de piedras, amenazas, interrupciones en las reuniones, y todo ello muy frecuente. Una noche, no mucho después, tuvo lugar un incidente muy desagradable en la casa de Fandiño. Bill había sido amenazado de muerte varias veces, y se había visto más veces frente al cañón de una pistola que sentado a la mesa en restaurantes respetables, pero hasta ahora no había dormido nunca al lado de un forajido. Ahora tuvo este privilegio: una de las habitaciones de la inmensa casa le había sido asignada a él como dormitorio, para que pudiera estar solo, y estaba precisamente a punto de meterse en la cama cuando sin que él supiera cómo, entró en la habitación un sujeto armado.

«¿No tendrá inconveniente en que duerma aquí con usted, verdad?», le preguntó el otro. A Bill le pareció que no tenía posibilidad de negarse, dada la situación. Tampoco tenía sentido preguntarle al otro quién era. El forastero tenía la tez oscura, su aspecto era ruin y arisco. Lo más importante era no mostrar temor.

«¿Cómo no?, ¡quédese, póngase cómodo!», añadió, indicándole un espacio en el suelo.

El intruso extendió una alfombra en el suelo en la forma acostumbrada. Parecía algo nervioso; colocó sus atuendos cuidadosamente en el suelo, como para poder agarrar lo que quisiera rápidamente en la oscuridad. Bill también, con toda calma fue preparándose para pasar la noche echado.

«¿De veras que no le importa?», le dijo otra vez el intruso, mirándole con una expresión perpleja.

«De ninguna manera. Hay mucho espacio aquí», replicó Bill cachazudo.

El forastero no podía tragar la calma del otro. «¿Está bien seguro que no le importa?», repitió de nuevo.

«¡Ya le he dicho que no! No veo problema alguno», le aseguró Bill otra vez. Bill pensaba que le convendría poder sentir por dentro la calma que mostraba con los labios, pero apagó la luz, y se echó sobre la cama, en la oscuridad, orando. Oró hasta primeras horas de la mañana, y cuando se filtró la luz del día en la habitación... no había en ella señal alguna del forastero.

Bill no tenía la menor idea de la forma en que el hombre podía haber desaparecido. Había algo en la

mentalidad de esta gente que lo desconcertaba cuando uno daba evidencia de no temer la muerte. Por desgracia, aunque los desconcertaba, no siempre impedía que cometieran las atrocidades que maquinaban.



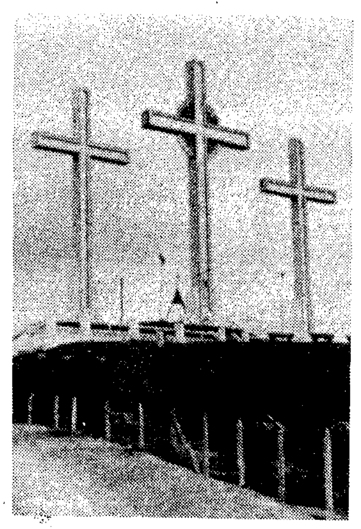
Bill y Ruth con Gerald, que tenía seis años, y Tomás y Timoteo que frisaban los tres



Bill con Eduardo García, que fue el primer pastor oficial en Cali



Bill en la «Boca del Monte» listo para empezar su primer viaje a La Morena. La chica, Eucaris, fue la primera persona que llevó el Evangelio a la gente de la montaña



Las tres cruces que se pueden ver en la montaña, en las afueras de Cali

Capítulo 16

ENCONTRONAZOS Y VIOLENCIA

Los nuevos cristianos estaban esparciendo el Evangelio por todas partes, cuando llegaron noticias, desde el distrito montañoso de Galicia, que habían echado a la cárcel a dos jóvenes por el hecho de testificar. Los padres de los chicos pidieron a Bill que intercediera ante las autoridades. Bill emprendió el camino hacia Florida —una ciudad tan primitiva como la que llevaba el mismo nombre, al otro extremo del Imperio Español, siglos antes—. No lo hizo sin que se le alborotara el corazón. Los bandoleros que pululaban por la región no tenían por qué recibir lecciones de nadie en cometes desafueros, ni aun del viejo pirata Henry Morgan. Después de horas de trayecto en autobuses desvencijados, llegó, finalmente, en un taxi no menos desvencijado, a un pueblo en que estaban celebrando alguna fiesta. Era un festival religioso, en honor a María. Bill se dirigió directamente a la comisaría, donde estaban detenidos los dos muchachos. Explicó al policía allí (aunque el epíteto no corresponde al sujeto que se hallaba tras la mesa de despacho), que había venido para ver lo que se podía hacer por los dos muchachos. El policía adoptó una actitud hostil, y le mostró una estatua.

«¿Cree usted en la Virgen?», le interrogó.

«Sí», contestó Bill, «creo en la Virgen».

«¿Cree usted que ésta es la Virgen?»

«No, esto es una imagen.»

En este momento llegó un cura, indignado de hallar a Bill allí, hablando de la forma que hablaba.

«¡Hazte cargo de este sujeto!», le ordenó al policía, e inmediatamente salió de la sala.

Al instante se fue a la iglesia, anunciando por el altavoz que el extranjero protestante estaba allí, y que iba a morir. Dio orden a todos los autobuses y taxis de que se negaran a transportar a Bill o a los jóvenes fuera de la ciudad, y una gran multitud empezó a congregarse en la plaza que había delante de la cárcel. El policía los tuvo detenidos a los tres hasta que quedó preparada la trampa; luego entregó a los dos jóvenes a Bill, y le dijo que los tres podían irse.

Al salir por la puerta, la turba empezó a gritar y a maldecirlos. Un individuo fue y le arrimó el puño a las narices de Bill. «¡Mátalo, mátalo!», gritaba la gente.

Otro se acercó con una gran piedra, que llevaba agarrada con las dos manos.

«¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar! ¡Protestante asqueroso!», dijo, y le lanzó la piedra.

Bill se agachó, y la piedra le dio en la cabeza a un muchacho que estaba allí mirando, el cual cayó desplomado. «¡Has matado a mi hijo! ¡Has matado a mi hijo!», gritó la madre, tratando frenética de restañar la sangre que salía de la herida que el chico tenía en la cabeza.

En aquel momento pasó un taxi, que llegaba de otra ciudad. Bill vio la oportunidad de huir, e hizo meter a los muchachos en el taxi y se sentó en el asiento delantero junto al chófer. Éste accedió a llevarlos, pero cuando estaba a punto de arrancar se presentaron dos policías que habían estado hablando con el cura. Los policías de un salto se metieron en el coche, uno en el asiento posterior y otro en el delantero. Sacaron cada uno su pistola y las encañonaron a las costillas de Bill y de uno de los chicos, en tanto que el chófer descendía a toda marcha por el camino. Un policía ordenó al chófer que se parara. Pero éste se negó en redondo, y aceleró más todavía, tomando las curvas a toda velocidad. Bill y los jóvenes estaban muy calmados.

«¿No tiene miedo a morir?», le preguntó a Bill el policía.

«No tengo miedo de morir, porque tengo la vida eterna», contestó Bill fríamente. El policía le miró desconcertado.

Al llegar al próximo pueblo el taxista los hizo salir a todos, negándose a seguir más adelante. Los policías, no pudiendo matarlos allí delante de todos, los dejaron. Bill envió a sus dos compañeros para que se las arreglaran como pudieran para ponerse a salvo. Era mejor para ellos estar sin su compañía, porque podían pasar fácilmente inadvertidos entre los suyos. No pudiendo encontrar medios de trasladarse, Bill, buscó una habitación donde pasar la noche. Apenas se disponía para irse a la cama cuando el dueño de la hospedería le trajo un aviso urgente: «Míster, saben donde está y han venido a buscarlo. Lo mejor es que se escape por la puerta trasera...»

Por fortuna, Bill estaba todavía vestido. Dio rápidamente gracias al hombre y salió en la dirección que éste le indicaba; una vez fuera, subió una tapia y se metió por una calleja oscura. Entonces pudo oír el ruido de hombres y caballos, y de repente apareció uno al extremo de la calleja:

«¡Aquí está!», exclamó el jinete y empezó a galopar tras él. Bill huyó por el otro lado, y se metió por unos arbustos que le llevaron al bosque. Aquí su entrenamiento en el ejército le fue muy útil para esconderse en el terreno escabroso. Pronto empezaron a oírse voces y ruido de herraduras que se hacían cada vez más cercanas. Algunos gritaban: «¡Por aquí, por aquí!», sin saber realmente dónde se encontraba. Se metió más adentro entre los arbutos cuandio vio que los jinetes estaban algo distantes. Finalmente estuvieron bastante lejos para que él pudiera introducirse en el bosque sin que le vieran.

No había luna, y la luz de las estrellas que se filtraba por la espesura era muy escasa. No tenía idea de dónde se hallaba. Su corazón latía alocado. Fue andando en la dirección que le pareció. Al cabo de una hora o más de andar por el bosque oyó el rumor del agua

de un río. Esto, según sabía Bill, significaba que había una carretera cerca, así que siguió por la orilla, procurando mantenerse escondido. Después de un rato llegó a la carretera, y se quedó tendido bajo la maleza. Pasó un vehículo, raro de aspecto, pero no podía fiarse de los que venían de Florida.

Bill estaba todavía preguntándose qué haría, cuando pasó un camión que llevaba bidones de petróleo, el cual se paró cerca del puente, porque el conductor quería comprobar si la carga estaba bien amarrada. Bill decidió aprovechar la oportunidad; esperó que el chófer subiera otra vez a la cabina, y de un salto, sin ser visto, se encaramó en la parte trasera del camión, escondiéndose entre los bidones de petróleo. El camión fue traqueteando carretera abajo, y los bidones balanceándose, de forma que Bill tenía miedo que acabaran aplastándole en un vaivén o un bache. Algún tiempo después el camión disminuyó la marcha y Bill, asomando la cabeza con cuidado, pudo ver un punto de control. De un salto se metió otra vez en el bosque y fue andando paralelo a la carretera. Por la mañana llegó rendido a la ciudad próxima, donde cogió un taxi y se dirigió a su casa.

Ruth se quedó de una pieza al ver los cuajarones de sangre sobre su marido cuando éste entró en la casa, pero a Bill le fue imposible decirle nada. Completamente exhausto, física y mentalmente, se tendió sobre la cama y se puso a llorar como un niño, y al poco se quedó completamente dormido. Así estuvo bastantes horas.

Al día siguiente, llegó la policía local con acusaciones falsas, que habían recibido de sus colegas de la montaña, y Bill fue llevado ante el juez, el cual le ordenó que no se presentara más en Florida. No es que él pensara hacerlo, por cierto. Los dos jóvenes se escaparon de momento. Uno de ellos, más tarde, fue muerto de un tiro cuando estaba predicando el Evangelio en otro lugar. (Hoy, en cambio, existe una gran iglesia pentecostal en Florida.)

Esta historia tuvo un colofón sorprendente unos dos meses después. Un día, conduciendo por la carretera principal, Bill vio un coche parado junto a la cuneta. Parecía que estaba averiado, así que paró para ver si podía ayudarles. Los individuos que allí estaban le miraron con curiosidad cuando él les preguntó si podía serles útil de alguna forma, pero le replicaron que quizá podía ayudarles. Bill se inclinó sobre el motor, cuando uno de ellos le preguntó: «¿Usted no me conoce, verdad?»

Bill se enderezó, le miró y dijo: «No, no le recuerdo.» Y volvió a ocuparse del motor.

«Usted no recuerda quién soy, pero yo recuerdo quién es usted», insistió el otro. «Usted es a quien intentamos matar aquel día en el trayecto que desciende desde Galicia.» Al erguirse para mirar a su interlocutor, Bill dio casi contra el capó del coche. El individuo prosiguió en tono natural.

«El cura nos había pagado para liquidarle cuando usted estuviera en un lugar solitario. Cuando tratamos de conseguir que el chófer se detuviera usted pareció no tener miedo alguno, y pensamos que en realidad no sería muy divertido matar a un hombre que no tenía miedo de morir. Usted nos dejó atónitos, no pudimos entenderle; esto nos parecía tan extraño, muy diferente de otras personas con quienes nos hemos encontrado en ocasiones similares.

«Pero, ¿quiénes eran los jinetes que me perseguían?»

«Ésos eran otros. El cura los había enviado de antemano, para que le pillaran, en caso de que se escapara de nosotros.»

Antes de partir, Bill les habló de su necesidad de buscar al Señor, y luego se despidieron amistosamente, como personas que acaban de conocerse en una fiesta.

Mientras el diablo los perseguía, Dios hacía milagros de curación donde se hallaban. Se había empezado un nuevo local de reuniones, en una casa en Cartago, otra ciudad del valle, y Bill estaba allí, ayudando, cuando una noche un chiquillo trajo a su abuelo.

«Mi abuelo quiere que ore por él», dijo el chiquillo.

«Muy bien, ¿qué le pasa?», respondió Bill.

«Es un leproso.»

Mirándole de cerca, Bill pudo ver que de la cara del

viejo rezumaba un líquido verdoso amarillo, que descendía alrededor de los ojos. En la cabeza tenía varias áreas completamente calvas, a causa de la enfermedad.

«Muy bien. Oraré en favor suyo», le contestó.

Dirigiéndose hacia él, Bill empezó a orar, pero no le puso las manos encima, recordando la ley de Moisés que ordena que no se toque a los leprosos, y creía estar justificado al obrar así, cuando el Espíritu le dio a entender: «Sobre los enfermos pondrán sus manos y sanarán.»

Sin vacilar un momento impuso las manos sobre la cabeza del anciano. Al día siguiente volvió el niño diciendo que su abuelo estaba muy contento, porque estaba curado. Bill le vio más adelante. Le había crecido pelo sobre las áreas antes calvas y su piel de viejo era como la de un niño.

Capítulo 17

LA PRIMERA CONVENCIÓN - LOS PRIMEROS MÁRTIRES

En la maraña de la política de Colombia, los cristianos, al no ser católicos, eran tenidos como liberales, por lo menos por parte de algunos. El partido conservador, bajo Laureano Gómez, estaba en el poder y en lo básico, apoyaba y defendía las aspiraciones de la Iglesia Católica. Algunos revolucionarios apoyaban a los liberales, pero otros eran simplemente bandoleros que usaban pretextos políticos. Para hacer las cosas más complicadas, algunos de los bandoleros eran conservadores, en tanto que otros apoyaban al mejor postor. Prevalecía un estado cercano a la guerra civil. Había numerosas víctimas de estas rencillas de facciones. A veces los asesinatos eran instigados por los curas, temerosos de perder su control de las cosas. Estas muertes eran en su mayor parte políticas, o pseudopolíticas, pero aparte de esto las detenciones por predicas fueron incrementándose, y los cristianos pentecostales pronto se encontraron frente a ataques más directos.

Se anunció la primera convención, que había de celebrarse en Cali, y la gente montañesa esperaba de modo especial poder asistir a la misma. Lionel era un muchacho de diecisiete años, siempre contento, que estaba cantando constantemente, y que se había con-

vertido en La Morena. Este joven se ofreció para quedarse y vigilar las tierras de la gente, mientras ellos estaban en la convención. También se cuidaría de Pastor, un anciano de noventa y siete años, que nunca había llevado calzado, el cual no podía ir a Cali. Cada día, después de terminar el trabajo de cuidar los animales, Lionel iba a orar y leer la Biblia con Pastor.

El domingo por la tarde, el último día de la convención, cinco jinetes se presentaron ante Lionel, cuando éste salía de la casa del viejo.

«Mira, tú tienes que nega tu fe y regresar a la iglesia. ¡Este Bill Drost es un gángster!»

El corazón empezó a latirle desaforado, pero Lionel no perdió la calma. «No voy a negar la fe de Jesucristo.»

En esto cayeron sobre él y lo ataron con una cuerda que a su vez estaba amarrada a la grupa de un caballo.

«Niega tu fe», le amenazaron.

«No voy a negar mi fe en Jesucristo», contestó Lionel resueltamente.

«¡Qué bien!», gritaron entonces, y los caballos empezaron a galopar cuesta abajo, arrastrando al muchacho. De vez en cuando se paraban para ordenarle que negara su fe, pero cada vez, aunque más débil por la sangre perdida y el magullamiento, Lionel rehusó. Lo llevaron finalmente tras una casa, donde lo desataron y apoyaron su cuerpo exánime contra una tapia. Una vez más, le dijeron bajo el cañón de sus revólveres: «¿Estás dispuesto a negar a Jesús?», sin hacer ahora comentario alguno sobre el hecho de que siguiera a un gángster, o de que regresara a la iglesia.

«No voy a negarle», les contestó, y haciendo un último esfuerzo, añadió: «¡Hay poder en la sangre de Jesús!» Entonces los desalmados dispararon sobre él. Éste fue el primer mártir del avivamiento de Colombia.

(Los detalles proceden de un testigo presencial. Como en el caso del incidente de Galicia, una noche, Bill encontró a un hombre en un bar, varios meses después, el cual se le acercó y le confesó que había sido uno de los que participaron en el asesinato. Le contó a

Bill toda la historia, y que había quedado conmovido por la firmeza de Lionel.)

Al oír las noticias del suceso la gente, se quedaron consternados. Bill, poniéndose él mismo en peligro, fue con los familiares del joven a enfrentarse con las autoridades, identificar el cuerpo y celebrar el entierro.

Poco después, Bill estaba en la casa de campo de Fandiño, cuando sintió gran ansiedad por otro joven llamado Martín. Éste estaba casado con una cariñosa chica llamada Alicia. Tenían una casa en una región remota de la montaña. No tenían hijos. Los dos habían abrazado la fe de Jesús, y aunque eran gente sencilla de la montaña, querían dedicar sus vidas a la obra del Evangelio. Sin familia y también sin dinero, Alicia y Martín decidieron que ella recidiría en Cali y trabajaría para poder sostener a su marido como obrero evangelista, de modo exclusivo. Ruth les permitió usar una de sus habitaciones, pero la mayor parte del tiempo Martín estaba fuera. Dios realizó varios milagros por medio del ministerio de Martín, y fueron abiertas nuevas áreas de predicación por él. Hubo varias amenazas contra su vida, y se le advirtió que dejara de predicar, pues de otro modo le matarían.

Temprano, una mañana, cuando Bill estaba preocupado por él, llegó un jinete galopando a la casa. El hombre se veía turbado.

«Anoche, mientras Martín estaba predicando, alguien abrió repentinamente la puerta y le disparó un tiro desde fuera, en la oscuridad. Martín cayó mortalmente herido. Sus últimas palabras fueron: «¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea Dios!» Los asesinos pudieron escaparse, pero tienen planes de venir esta noche para liquidar al extranjero y a todos los que le siguen», anunció lúgubre, como final, el mensajero.

Profundamente trastornado por la muerte de Martín, Bill escribió una nota a Ruth, y se la envió con aquel joven. Entonces empezó a preguntarse qué es lo que tenía que hacer hacer, y orar para averiguarlo... si cancelar el servicio aquella noche o continuar. Sin-

tiéndose asegurado firmemente, decidió seguir con la reunión.

En Cali, Ruth estaba a punto de salir de la casa. Alicia se había marchado antes, para orar en la iglesia, cuando llegó el mensajero de La Morena. Completamente trastornada Ruth interrogó al joven con detalle, porque a pesar de la afirmación de Bill de que a los demás no iba a pasarles nada, ella sabía que estaban en grave peligro. Con el corazón apesadumbrado, no sabiendo cómo dar las noticias a la joven viuda, fue a la iglesia para hacerse cargo del culto.

Alicia estaba todavía orando. Ruth, tiernamente, le puso el brazo sobre los hombros, con los ojos velados por las lágrimas. Alicia la miró, y una sombra de temor cruzó su rostro, previamente radiante. Ruth le dio las noticias con toda la delicadeza que pudo. Alicia salió fuera, para llorar.

No hubo cantos en la reunión de Cali aquella noche. Todos oraron por la seguridad de los que estaban en La Morena. Al cabo de un rato, Alicia volvió a entrar en la sala del culto, y en medio de sollozos ahogados, dijo que se sentía muy sola, pero que rendía su vida a Dios para salvar almas dondequiera que fuera. Esto fue lo que hizo. Alicia no volvió a casarse; su vida fue dedicada a llevar a otros a la vida eterna. El resplandor que desprendía su presencia atraía a todos aquellos a quienes ministraba.

Entretanto, en La Morena se estaba celebrando una gran reunión, llena de poder y de gloria. Sucedieron grandes cosas en ella y muchos fueron bautizados en el Espíritu Santo; los asesinos no cumplieron la promesa de presentarse. Por la mañana fueron a las montañas, donde Martín había sido asesinado, para celebrar su entierro. Al llegar allí las autoridades no le permitieron a Bill que lo dirigiera. Siguieron al cadáver hasta las afueras de la ciudad, contemplando mientras lo ponían en un nicho en una pared. Un hombre se acercó a Bill.

«¿Piensa regresar a la ciudad?»

«Sí.»

«Venga, que vamos a llevarle.»

«¿Por qué?, yo estoy bien», dijo Bill, «y quiero hablar con algunas personas...»

Tuvo el presentimiento de que se cernía algún peligro, y el Espíritu le dijo: «Vé y no mires atrás.» Sin vacilar dio media vuelta y se dirigió hacia la ciudad, andando un kilómetro y medio sin mirar hacia atrás. El individuo que le había hablado quiso protegerle de un complot de asesinato. Cuando llegó a la ciudad la policía se quedó sorprendida; ya habían recibido la noticia de que lo habían eliminado de un tiro. Bill y su grupo partieron de allí tan pronto como les fue posible.

Más tarde al pasar por el pie de la montaña, alguien los llamó desde el bar en Boca, sorprendido.

«¡Cómo! ¿Estáis vivos aún? Los asesinos estuvieron aquí con sus caballos anoche, haciendo planes para despacharos a todos. Entonces empezó a llover a cántaros, y no pudieron pasar, estaba demasiado resbaladizo para los caballos, así que fueron por otro camino.»

«No es posible que hubieran llegado arriba por el otro camino, la lluvia era demasiado espesa. Probablemente se ahogaron.»

Bill comprendió que Dios lo había hecho para protegerles.

«¿Cómo es posible? Allí no cayó una gota. ¡Todo lo que tuvimos fue una verdadera inundación del Espíritu Santo que fue derramado en todos los que se sentían hambrientos de Dios!»

No muchas semanas después de la muerte de Martín, Bill fue a Sevilla, una ciudad acurrucada en las montañas, a unas cuatro horas de Cali. La madre de Alicia vivía allí, cocinando para los obreros en una plantación de café, y había empezado un avivamiento en la casa en que residía, un poco más abajo de la ciudad. Cada noche se celebraba un culto, con gente que venían del área circundante, y aunque sólo asistían unas diez personas, se había mostrado mucho interés. Bill viajó de día, ya que era demasiado peligroso viajar de noche (ni aun los autobuses querían viajar, por miedo a los bandoleros) y conduciendo por una recta de la carretera vio a un hombre que le

hizo señas con la mano desde un autobús que se acercaba. Era Eduardo García, el cual había sido nombrado el primer pastor oficial de La Morena. García dejó el autobús para subir en el coche con Bill, puesto que iba para verle.

«Tengo noticias tristes para usted, hermano Drost. Algunos de los hermanos fueron asesinados anoche, en la casa en que celebraban los cultos, incluyendo a la madre de Alicia. Los alinearon contra la pared y les ordenaron que negaran su fe y regresaran a la Iglesia Católica. Sólo escapó un hombre que nos lo ha contado. Todos insistieron en que no la negarían, por lo que simplemente los fusilaron. Hemos de ir a la ciudad para identificar los cadáveres, pero hemos de tener cuidado, porque hay gran tensión en Sevilla, Y, hermano Drost, le advierto, el espectáculo es horripilante.»

El depósito de cadáveres estaba lleno de curiosos cuando llegaron, y Bill pudo ver que muchos deseaban que el extranjero se hallara entre los siete que yacían allí. Como había dicho Eduardo, era un espectáculo espantoso. Bill se quedó horrorizado al ver el número de balas que habían metido en el cuerpo de la madre de Alicia.

El terrorismo continuó. Tulúa, Palmira, Cartago, Armenia, Pereira, en todas estas ciudades aparecieron puertas abiertas para celebrar reuniones en las casas, ofrecidas por parientes de cristianos que habían comunicado el Evangelio a los suyos. Pero se necesitaba valor. Durante las reuniones, por fuera de las puertas abiertas, había turbas que gritando y arrojando piedras intentaban intimidar a los que estaban dentro, y a veces amenazaban a los propietarios de las casas. La mayoría tenían bastante valor, y los martirios sólo servían para incrementar el interés en la obra de Dios, demostrando el hecho conocido, que «la sangre de los mártires es la semilla de la iglesia».

En La Morena, sin embargo, las cosas se hicieron al fin insostenibles y la persecución era tal que una noche, todos los cristianos huyeron dejando abandonadas sus casas y sus propiedades. Una buena parte de la población de la montaña desapareció una noche;

algunos fueron a Cali, otros a otras ciudades más distantes en el valle. Una familia fue al Ecuador. Más tarde, Bill contó quince iglesias que habían sido establecidas como resultado del éxodo de la gente de la montaña. Como la primitiva persecución de Jerusalén, sólo sirvió para esparcir el Evangelio más rápidamente y dar lugar a un mayor número de puertas abiertas.



Bill con sus hijos; Gerald tenía tres años y medio y los gemelos, Tomás y Timoteo, tenían 6 meses

Capítulo 18

CUESTIONES SOBRE DOCTRINA

Era ya a mediados del 1952, pero parecía que sólo hacía unos pocos meses que habían empezado en Cali las reuniones en la casa (en mayo de 1950), tan grande había sido la actividad. Apenas les quedaba tiempo para pensar en los éxitos que Dios les daba, oprimidos como estaban por la persecución, y continuamente luchando con la fatiga. Los recursos financieros eran escasos, así que la fe era indispensable para toda nueva empresa. En realidad éstas se empezaban sin que fuera posible ver de dónde iban a salir los recursos necesarios. Sin embargo, llegaban de todas formas a tiempo. Gran número de personas comían a su mesa, y con todo la mesa nunca estaba vacía. Se satisfacían las necesidades de docenas, a menudo con estrecheces e inquietud por su parte, pero de alguna forma se salía adelante.

Una vez otro misionero se quejó de que Bill recibía más que los otros, pero se quedó sorprendido al hallar que Bill recibía menos que él. Su casa era un cauce para risas y gozo así como para bendición y no tenían pretensiones, hasta el punto de la verdadera humildad. Era uno con los colombianos —pues la familiaridad para él no era motivo de temor— por lo que la gente le amaban como uno de la familia.

Si Bill tenía puntos flacos, él no se daba bastante

importancia como para tratar de esconderlos manteniendo la distancia con respecto a los otros; ni tampoco buscaba destacar sus puntos fuertes mediante una mística de super espiritualidad. Era pura y simplemente natural, Bill Drost. Siempre en movimiento, siempre a disposición de otros, siempre franco, siempre en control del miedo. No tenía dotes naturales extraordinarias, fuera en el canto o en la oratoria, pero estaba lleno de dones espirituales en virtud de su contacto sólido con Dios. Ruth era un complemento para él, por su carácter reflexivo, y él se apoyaba mucho en ella. Ella poseía una solidez como la de un roble, y podía aceptar que otros se apoyaran en ella, no sólo Bill, sino muchos más. Si se le preguntaba a ella, no habría admitido más que el ser un arbolillo.

En la dispersión de los creyentes, uno de ellos había ido a la hermosa ciudad de Neiva, situada entre los montes, en el río Magdalena, al sudeste de ali. Al este de Neiva las montañas se elevaban en un noble macizo que daba lugar a la divisoria de las aguas, que luego se separaban entre el Amazonas y el Orinoco, donde vivían tribus remotas, y que, como había ocurrido desde siglos, morían sin haber visto nunca un blanco que se estableciera entre ellos. Al oeste de Neiva, el monte Huila se elevaba a más de cinco mil metros, como para contemplar mejor la hermosa luna de la América del Sur. El creyente que fue a Neiva era hombre de convicciones arraigadas, de donde le venía su fuerza, y a pesar de la fanática oposición habitual había reunido un grupo de creyentes en su propio hogar. Después de repetidas peticiones, Bill pudo dedicar unos días a un viaje a la ciudad de las nubes. Era un viaje en coche a través de muchas millas por pésimas carreteras desérticas en los altos Andes, y aunque había sólo unas cien millas en línea recta, la distancia por carretera era más del doble, ya que la ruta se dirigía primero hacia el sur, para llegar a la ciudad de Garzón. Bill llegó a Neiva por la tarde, cubierto de polvo, pero pudo tomar una ducha fría antes del culto, así como dedicar tiempo a animar al joven ministro.

La noche había descendido pacíficamente sobre Neiva, a la hora en que las nueve o diez personas llegaron para el culto. Pero sin saberlo los creyentes, había llegado aviso al cura local de que el «extranjero» estaba allí. El mismo cura se ocupó activamente de reunir una banda de sus feligreses para poner fin al intruso, «una vez por todas».

Sin sospechar nada, Bill empezó la reunión con el canto de «Hay poder en la sangre de Jesús.» No habían cantado muchas estrofas cuando se oyeron unos martillazos en la pared izquierda. Los ladrillos de adobe cedieron y pronto se vio a una turba que trataba de entrar. Si hubieran llegado antes podrían haber entrado por la puerta. Simultáneamente, la ventana de la pared derecha fue derribada por una lluvia de piedras... en fin el movimiento clásico de pinza.

Uno de los asistentes recibió en la cabeza el impacto de una de las piedras, causándole una herida de la que empezó a manar sangre. (Fueron necesarios doce puntos para cerrarla, y mientras se los aplicaban recibió el Espíritu Santo.)

Detrás de Bill, en el patio, había una pared como de unos nueve pies de altura. No era difícil encaramarse por ella, y era un buen modo de ponerse a salvo. Hizo una seña a los convertidos nuevos, que estaban asustados, y empezó a ayudar a su gente a subir por la pared y saltar al otro lado. En esta operación se le lastimó la mano, de modo que cuando le llegó el turno, él no pudo escalar la pared. Pero entonces la pared de la casa había sido derribada del todo, y la gente se metía dentro del edificio; no podía hacer nada más que entregarse a la turba indignada, empeñada en destruirle por traer un mensaje falso. Tal como había visto en otras multitudes, fueron acercándose lentamente, dando tiempo a que les aumentara el valor para la matanza. De repente se oyeron los silbidos de una compañía de policía que se personaron en la escena y le arrestaron y le pusieron las esposas. Por lo menos se había escapado de que le descuartizaran, pensó, mientras se dirigían al cuartelillo.

Le echaron, sin contemplaciones, en una celda y le cerraron con llave. Tenía por compañero único a un

perro, que daba la impresión que tenía tantas ganas de salir como él mismo. Durante la noche fue meditando en lo que iba a traer el día siguiente, y las escrituras proféticas le ayudaron mucho:

> Se levantará nación contra nación... habrá hambre y sucesos espantosos... Cuando vengan todas estas cosas se apoderarán de vosotros... Sí, vienen días en que el que mate a uno de vosotros pensará que ha hecho un servicio a Dios. No penséis en lo que habéis de decir, porque Yo pondré en vuestra boca palabras de sabiduría en aquellos momentos, que vuestros adversarios no podrán desmentir ni resistir.

El Señor, luego, le dijo: «Por esta causa os he traído al mundo.»

Aunque pensaba mucho en su situación, no pensó en cuál sería la respuesta que daría a las acusaciones que podían presentar contra él.

Por la mañana temprano, al día siguiente, estaba todavía meditando, cuando se abrieron las puertas y le esposaron otra vez. Sin darle más que un vaso de agua los policían le escoltaron fuera, llevándole por la ciudad a través de una muchedumbre que canturreaba:

«¡No queremos protestantes! ¡Mueran los protestantes!»

La gente azuzaban a los perros contra él. La policía no interfería en todas estas cosas. Finalmente le dejaron el Juzgado donde iban a formalizar las acusaciones.

Había un juez militar que presidía. El cura estaba allí en calidad de acusador principal, y le miraba con los ojos llenos de odio. Se le acusaba de perturbar el orden público. A Bill le parecía que el orden público estaba perturbado afuera, sin que estuviese él allí. En el tribunal había más orden impuesto por la presencia del ejército. Bill explicó que no estaba perturbando el orden público, sino que predicaba el Evangelio. El juez parecía ser un hombre razonable, y no le permitía al cura que influyera en sus procedimientos; el cura se dio cuenta de esto. Temeroso de perder el caso, trajo una nueva acusación: «Señor juez», dijo

con el aire triunfante del enemigo que acusa de un pecado imperdonable: «¡Este hombre niega las santas creencias!»

«Señor juez, ¿me da permiso para hablar al cura?», le pidió Bill.

El permiso fue concedido.

«Señor doctor«, dijo Bill dirigiéndose al sacerdote con gracia, «¿ha estado usted presente alguna vez en alguna de nuestras reuniones para poder decir esto?».

Bill sabía perfectamente que no.

«No.» Pero el cura, no queriendo ser silenciado, insistió: «Usted niega las santas doctrinas, ¿no es verdad?»

Bill no se hallaba delante de un tribunal eclesiástico, ni el juez tenía capacidad para juzgar sobre complejidades teológicas. Bill contaba con el Señor. Y pronto se encontró diciendo: «¿Puedo hacerle una pregunta?»

«Sí», contestó el cura.

«Me gustaría saber qué piensa usted de este árbol que hay delante de usted y de mí, aquí en esta sala.»

El cura miró a Bill asombrado, dio una mirada alrededor, porque apenas podía creer lo que oía, y luego miró otra vez a Bill más asombrado aún. Luego se sonrió de modo sarcástico: «¡Ah!», le dijo al juez. «Como ve, este hombre está loco o es un demente.»

«Señor», insistió Bill, «¿niega usted que este árbol está aquí enfrente de usted y de mí?».

«¡No niego nada de eso, porque no veo ningún árbol que esté aquí... no hay ningún árbol que yo pueda negar!», contestó el cura.

«Señor», replicó Bill, «pues yo tampoco niego ninguna de estas doctrinas que uste dice, porque yo no las veo por ninguna parte. No hay nada que yo pueda negar.»

El juez había seguido la conversación con interés, y ahora empezó a sonreír. «¡Muy bien!», exclamó, dando un golpe con la mano sobre la mesa. Hizo una señal a un alguacil del tribunal para que se acercara y le susurró algo al oído. El alguacil se dirigió a Bill y le quitó las esposas. Bill se sintió aliviado, cuando pudo

dejar caer las manos sueltas, sujetas antes en una posición violenta. Dio una mirada al juez.

«Ahora que le he dejado libre, ¿qué planes tiene?», inquirió el juez.

«Señor, pienso celebrar esta noche otra reunión en la colina, en el mismo lugar.»

El juez miró hacia la muchedumbre, estudiando lentamente la situación. «Muy bien; vaya y mandaré a diez soldados para que tengan cuidado de usted y le protejan.»

Bill dio las gracias a este hombre honorable. Aquella noche la publicidad de su encarcelamiento atrajo a muchos, y hubo un culto poderoso, lleno del Espíritu, que fue celebrado bajo la protección de la ley.

Hoy Neiva tiene una obra pentecostal floreciente.

«¡Oh, Dios mío!», exclamó el juez con un suspiro. Tenía la impresión de que los curas se le iban a echar encima por la forma en que había actuado.

Capítulo 19

APERTURA EN EL ECUADOR

Ocurrió una cosa extraña un día en una montaña remota. Una anciana, que apenas había salido del distrito en que vivía, recibió el Espíritu Santo y dijo repetidamente en perfecto inglés: «Málaga necesita el Evangelio... Málaga necesita el Evangelio.» En la creencia de que Dios le estaba dirigiendo, consultaron un mapa. El único lugar que pudieron hallar llamado Málaga estaba situado en la costa, y se dirigieron a él. Celebraron reuniones allí durante unos días, pero no sucedió nada, ni parecía que iba a suceder, por lo que dejaron el lugar decepcionados, pues la anciana había hablado muy claramente. Sin embargo, pronto olvidaron el asunto, ya que había distintos y numerosos lugares en que ministrar.

Habían pasado unas ocho o diez semanas desde la huida, a la luz de la luna, de la gente de la montaña, y Bill apenas se había respuesto del viaje a Neiva, cuando llegó una carta de Santo Domingo de los Colorados, en el Ecuador. Alguien de la Morena había ido allá y como era habitual había empezado a dar testimonio con fervor. Había conseguido que cierto número entrara en convicción del pecado para arrepentirse, ser bautizados y llenos del Espíritu Santo. ¿Estaba Bill dispuesto a ministrar para ellos?

Bill consideró que debía ir, pero tenía muy poco

dinero. Decidió, finalmente, ir por fe, y cargó su equipaje en la camioneta para el viaje hacia el sur.

Ecuador, «la tierra del ecuador», había sido anteriormente un territorio inca. El jefe inca, Tupac Yupanqui había invadido el Ecuador, desde el sur, en 1470, subyugando las tribus locales para formar el reino de Quito, la fortaleza norte del imperio. Su sucesor, en la mejor tradición europea, terminó la obra casándose con una princesa india ecuatoriana. La progenie de este matrimonio fue el famoso pero desgraciado emperador-dios Athualpa, que reinó a lo largo de tres mil millas de territorio andino. En una historia más emocionante que «Otelo», el anciano Pizarro, antiguo porquero, se confrontó con el rey-dios en el cénit de su poder, le aprisionó, y exigió un rescate de rey para soltarlo. Consiguió el rescate. Pero Atahualpa murió en sus manos —una historia más sangrienta que Macbeth— y el imperio se tambaleó. Siguieron trescientos años de control español estricto, quebrantado por Bolívar, en 1822. Bolívar formó la Gran Colombia, que también se dividió a los ocho años, dejando al Ecuador como la parte más pequeña y más al sur de las tres en que se dividió.

Durante los primeros cien años de su independencia hubo unas cuarenta juntas, presidentes o dictadores que gobernaron y desgobernaron el país. Incluso este período fue pacífico comparado con los años 1925-1948, cuando hubo sucesivamente veintidós jefes de Estado, los cuales, uno tras otro, tuvieron que abandonar Quito. Las cosas se han calmado a partir de entonces.

Bill emprendió el camino hacia Santo Domingo de los Colorados, un pueblo a unas cincuenta millas al oeste de Quito, donde todavía sobreviven los indios colorados, con su pasta colorada y su pelo cortado en forma de escudilla, en las selvas ecuatoriales. Tenía la intención de estar ausente durante un par de semanas.

El viaje a través del territorio andino se hizo sin incidentes, hasta que cruzó la frontera, cerca del nido de contraabndistas de Ipiales, un poco al sur. Después de la primera ciudad del Ecuador, Tulcán, viene la

«cadena», una carretera que se va empinando por las monañas, y es más estrecha y tortuosa que las acostumbradas incluso en estos territorios llenos de precipicios. En estas zonas, el tráfico se hacía en forma de convoyes, cerrándose la carretera con una cadena hasta que ha pasado todo el tráfico en una dirección en cierto trayecto. Sin embargo, la carretera era larga, y el sistema tenía muchos fallos. En la cumbre de esta «cadena» había un pueblo pequeño, Los Ángeles; muchos habían tenido su primer encuentro con los ángeles del cielo antes de llegar a la cumbre. La cadena estaba puesta cuando llegó Bill, y se estaba formando una cola esperando, pero como el suyo era el único coche pequeño le hicieron pasar al frente. Después de una hora, en que fue pasando el tráfico, y cuando pareció que el último rezagado ya había pasado, dejaron caer la cadena. Bill avanzó por las formidables laderas cubiertas de bosque, en tanto que los altos Andes se veían más allá, mirándole con desprecio. No había avanzado mucho cuando a través del follaje notó un camión que a toda velocidad se dirigía hacia él en una curva. La carretera era demasiado estrecha para pasar, y todo lo que pudo hacer fue frenar a fondo. El camión no pudo parar a tiempo, sin embargo, y arremetió contra su vehículo. El radiador de su camioneta empezó a perder agua, pero aparte de esto, el daño quedaba limitado a unas pocas abolladuras en la carrocería. El conductor del camión le ofreció toda clase de excusas, explicando que no había podido seguir el paso de los otros en la cola. «Son cosas que pasan, señor», y se encogió de hombros, a estilo español.

Sin dinero para hacer reparaciones, Bill tuvo que hacer frecuentes paradas para rellenar el radiador, y era ya tarde cuando llegó a la capital del Ecuador, a tres mil metros de altura. Aún a mayor altura, tres mil metros más alto que Quito, podía verse el Cotopaxi, un volcán cubierto de nieve que brillaba bajo la magnífica luz de la luna. Después de contemplar la hermosura de la ciudad, buscó y halló un hotel barato, escribió una carta a Ruth, pidiéndole que le enviara el correo allí, y se retiró a descansar. A la mañana si-

guiente se fue a Santo Domingo, un poco preocupado, no sólo porque no tenía dinero para alquilar una sala para predicar, sino que no lo tenía ni aún para comer. Bill decidió que ayunaría durante la quincena, a menos que ocurriera algo especial, y al llegar al pueblo se fue a un hotel, el de aspecto decente más barato que encontró. Los hermanos de allí no le esperaban (no había escrito porque la carta habría llegado después de llegar él), y Bill tuvo la agradable sorpresa de oír una exclamación a través de la ventana de la camioneta: «¡Aleluya! ¡Gloria a Dios!» Era algún colombiano que había reconocido su vehículo. Le recibieron con entusiasmo, y cuando supo que ellos ya habían alquilado una sala para iglesia en la que cabían más de cien personas, sintió un gran alivio.

A pesar de la oposición y los disturbios, acudió un buen número de ecuatorianos a los cultos, y se quedaron hasta el final. No ocurrieron cosas importantes, de modo que después del culto Bill se fue al hotel y se echó sobre la cama, agotado. Agotado o no, la cama, hecha de planchas de madera parecía dura en exceso, así que todavía estaba despierto cuando oyó pasos precipitados delante de su puerta. A los pasos siguieron varios golpes dados con los nudillos y la orden: «¡Abra!»

«¿Quién es?», inquirió Bill, un poco sobresaltado.

«¡Es la policía. Queremos hablar con usted!»

Bill se puso rápidamente los pantalones sobre el pijama y abrió la puerta. Al instante le arrestaron por alteración del orden público, y camino de la cárcel trataron, además, de acusarle de un montón de cosas distintas. Le echaron en la celda común, pero los otros presos parecía que tenían idea de quién era, por lo que se apartaron de él como de la peste, dejándole solo en un rincón. La cama era más cómoda que la del hotel, sin embargo, por lo que después de un rato se quedó dormido.

Al día siguiente, por la mañana, le llevaron al Juzgado debidamente esposado. Como en Neiva, el cura estaba presente para colaborar en los procedimientos. Lo mismo el resto de los presentes, casi todo el pue-

blo. La gente que no había podido entrar en la sala asomaban la cabeza por las aberturas. En la sala, todo el mundo se encaramaba en lo que podía, para verlo todo mejor. Si se le hubiera acusado de alta traición no se habría armado mayor revuelo. Bill permaneció filosófico (en un sentido espiritual), en calma y control, sabiendo que Dios había prometido sabiduría para los que se encontraban en situaciones semejantes.

El juez acusó a Bill de alterar el orden público, y le preguntó por qué estaba allí.

«He notado que sólo tiene un visado de turista», añadió.

«Señor juez, el ser turista no significa que no se es cristiano, y un cristiano da automáticamente testimonio de Cristo no importa el lugar en que se encuentra.»

«Veo en el pasaporte que sólo le quedan unos pocos días de estancia en este país», prosiguió el juez. «¿Sabe usted que está prohibido el predicar?»

«No señor.»

«En este país es necesario tener un permiso especial una licencia, antes de poder predicar.»

«Bueno, puedo decirle, señor juez, que yo tengo...», dijo Bill tranquilo.

«Mire ...no está en su pasaporte», le atajó el juez.

«Claro, no está. No tiene porqué estar en mi pasaporte.»

«Si usted tiene un permiso para predicar, ¿tiene inconveniente en presentármelo?»

«Con mucho gusto», contestó Bill, y sacándose el Nuevo Testamento del bolsillo, leyó en Mateo 28:

«Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura.»

Y entregó el Nuevo Testamento al juez, el cual lo miró con curiosidad.

«Señor juez, quisiera hacerle una pregunta. Ahora estamos en el Ecuador, ¿no es cierto?»

«Sí», replicó el juez.

«¿Puede decir si usted considera, como yo, que el Ecuador es parte del mundo?»

«Naturalmente», dijo el juez.

«¿Son estas personas aquí parte de este "toda criatura", como yo entiendo?»

«Naturalmente.»

«Pues, bien, señor juez, ésta es mi licencia para predicar, Jesús me la dio, y si no está en mi pasaporte, esto no altera el hecho. Tengo libertad y permiso del Dios del cielo para anunciar su reino dondequiera que vaya. ¿No lo cree usted así? Después de todo, ¿qué cree usted que es el Evangelio?»

El juez dio muestras de sentirse incómodo.

«¡Oiga, no se le ha hecho presentar aquí para que me predique!», replicó desabrido. Después de una corta pausa, sin embargo, añadió: «Le doy libertad para que pueda marcharse.»

Bill le dio gracias y se fue otra vez al hotel. A partir de entonces las reuniones estuvieran llenas a rebosar, y el Espíritu de Dios cayó sobre ellos en forma poderosa, en tanto que las monjas y curas procuraban, sin éxito, disuadir a la gente de que entrara. La misma noche en que Bill fue puesto en libertad un joven recibió el Espíritu Santo y habló en lenguas... el primero de muchos que siguieron luego.

Una vez más estaba echado en su dura cama cuando oyó pasos y unos golpecitos con los nudillos en la puerta. Se levantó y con la lámpara de bolsillo fue a abrir la puerta. Al dirigirles la luz a la cara vio a varias personas, que eran distintas de los de la vez anterior.

«Oiga», le dijo uno de ellos, «nosotros somos amigos suyos. Hemos venido para decirle que no tiene que hacerles ningún caso al juez, al alcalde, a la policía o a los curas, porque por cada uno que hay aquí contra usted hay diez que está en favor suyo, así que siga predicando».

Bill les dio las gracias, y ellos le invitaron a ir a un restaurante, donde bebieron café y tuvieron una larga plática sobre las cosas de Dios. En el grupo había el antiguo alcalde, el antiguo jefe de policía, y algunos médicos. Les dijo que tenía intención de celebrar bautismos al día siguiente por la mañana, y uno se ofreció para llevar a la gente con su camión.

A las seis de la mañana estaban treinta y dos personas dentro del camión, para ser bautizadas en el río, en el nombre de Jesús. Fue el primer bautismo por inmersión que se celebraba allí, y el Espíritu se derramó sobre ellos. Había un ejército espiritual ecuatoriano.

Al regresar al hotel, Bill fue recibido por el jefe de policía. «Tengo un telegrama de las autoridades de Quito, ordenándole que vaya allá para presentarse ante ellos.»

Bill contestó que iría a verlos. Antes de partir fue a visitarle el juez para hablar con él, ya que se había esparcido el rumor de que tenía intención de celebrar bautismos. «Usted no bautiza conforme a la Iglesia Católica. Tengo órdenes de prohibirle que bautice a nadie.»

«Muchas gracias», replicó Bill, pero ahora ya es demasiado tarde para comunicármelo, porque esta mañana ya he bautizado a treinta y dos, en el nombre de Jesús, en el río.»

El tiempo de su estancia en la ciudad se estaba terminando; tenía que marcharse a primeras horas de la tarde, incluso ya le habían comprado un billete en el autobús; tal era el deseo que tenían todos de librarse de él. Pero en vez de ir en autobús viajó en su propia camioneta hasta Quito, añadiendo agua cada dos o tres kilómetros. En Quito volvió al hotel en que se había alojado previamente. No había correo para él.

Quito tiene cuatro estaciones; la mañana es la primavera; el mediodía, el verano; la tarde, el otoño; y la noche, el invierno. No tenía ni un céntimo para tomar un café, pero hizo tratos con un individuo para venderle al día siguiente, las ruedas de recambio de la camioneta, y se fue a la cama sin quitarse la ropa, para no pasar frío. Al día siguiente, por la mañana, fue al Ministerio para hablar con el individuo indicado en el telegrama. Nadie conocía a esta persona, ni tenía la menor idea de quién era. El telegrama resultó ser falso. No había motivo alguno para que fuera a Quito.

Al regresar al hotel, el anciano recepcionista le saludó. «Hay una carta para usted.»

Era de Ruth. Todo iba bien, ¿y a él le iban igual-

mente bien las cosas? Le esperaba pronto, y los demás también le esperaban. «Bien haré todo lo posible para regresar», pensó Bill. En la de su esposa había incluida una carta de un antiguo alumno de Escuela Dominical; el correo la había llevado con retraso. Ruth comentó que ella no creía que fuera importante, por ello no la había abierto.

En su prisa por encontrar al hombre de las ruedas, metió la otra carta en el bolsillo sin leerla. El otro no se presentó a la hora prevista, así que Bill se sentó al sol y abrió la carta de su antiguo amigo. Se quedó sorprendido y complacido cuando del sobre sacó un billete de cincuenta dólares —una suma enorme en el Ecuador en aquel entonces—, de modo que ahora se consideraba un millonario. Las ideas que tenía de vender las ruedas para sacar dinero se evaporaron, y se fue a un restaurante a llenar el estómago hambriento con un buen filete de ternera, dando gracias y alabanzas al Señor. El antiguo alumno de Escuela Dominical había prometido, según le escribía, que le enviaría su primer salario semanal cuando empezara a trabajar. La remesa había sido el cumplimiento de una promesa —por correo muy lento— pero a tiempo.

En un pueblo, camino a casa, tuvo que dormir en la camioneta, porque nadie quería alojar a un protestante. A pesar de todo, se sentía con buen ánimo, porque Dios estaba obrando en su vida. Había podido mandar arreglar la camioneta, había tenido dinero para comer y ahora esperaba volver a ver a Ruth y a los niños.

Capítulo 20

EL TERRIBLE

Fue hacia el final del año 1952 cuando Juan empezó a hacerse preguntas. Hasta entonces, Juan pensaba que no había nada que pudiera causarle asombro, pero la atmósfera en la casa había cambiado tanto desde su última visita que él apenas reconoció el lugar. Halló que su madre mostraba una actitud de piedad que él creyó convincente, y lo mismo sus hermanos y hermanas más jóvenes. También estaba todo este asunto del Espíritu Santo y del hablar en lenguas, que ellos hacían. Era algo increíble, y Juan no sabía qué pensar. Había motivos para ello.

Juan dejó la casa unos años antes. Era alto, fornido, emprendedor. Tenía un fuerte sentido de la injusticia. En realidad uno de sus puntos flacos era que esto le hacía entrar en desavenencias y reyertas, antes que él mismo se diera cuenta. Pronto adquirió una reputación, poco halagüeña y fue distanciándose de la ley. Ahora Juan era uno de los peores proscritos o forajidos de Colombia, pues era el brazo derecho de El Terrible, el líder rebelde de cuarenta mil bandoleros, asesinos e insurgentes, que desafiaban al Gobierno en las remotas montañas del norte. En su casa, en Palmira, sin embargo, la relación y actividades de Juan con El Terrible no eran conocidas o en todo caso las conocían muy pocos.

En cuanto al apodo de El Terrible, al cabecilla le gustaba que le llamaran así. Era tuerto y tenía sólo una oreja; su cara era como una parrilla, cruzada de cicatrices de antiguas heridas, un nuevo Iván el Terrible. Vivía para el asesinato y el pillaje; le seguía siempre una estela de terror y de caos.

Juan, ahora, estaba en su casa con su madre leyéndole la Biblia, tratando de convertirle, y él la escuchaba manso como un cordero. Una vez más su sentido de la injusticia había sido estimulado, esta vez por el Espíritu Santo, y antes que él se diera cuenta de lo que estaba pasando, Juan se había entregado ya a Cristo. Su entrega fue real, y aunque no había sido bautizado todavía en agua, había recibido una tremenda carga de preocupación por sus camaradas en los territorios agrestes del norte. Iría otra vez a ellos, sin armas, para hablarles. ¿Estaba Bill dispuesto a ir con él?

Bill tragó saliva un par de veces antes de contestar. La cosa era arriesgada en extremo. Los extraños que trataban de penetrar en esta sección tenían suerte si sólo salían vapuleados y robados; muchos dejaban el pellejo. Además, era imposible ir allí en coche, pues no había carreteras. El único modo era en mulas. Era casi seguro que si Juan iba se estaba arriesgando la vida, de modo que Bill no podía pasar por alto la petición; en realidad, cuanto más oraba sobre ella, más sentía la compulsión de ir, a pesar de las dificultades. Cuando estaba inquiriendo acerca de unirse a un tren de mulas, un oficial del ejército habló de un nuevo aeropuerto en la región que habían empezado a construir para avioneta ligeras, de tres asientos. Bill obtuvo permiso del Estado para usarlo, si había espacio disponible, así que se dirigió hacia la ciudad del norte donde había que empezar el recorrido. Bill oraba con fervor, porque el avión hacía su viaje inaugural, y saldría sólo una vez por semana. Dios le concedió una plaza. Durante veinte minutos estuvieron volando sobre montes y valles, hasta que, a través de la lluvia típica de la temporada, pudieron ver una mancha de pavimento alquitranado abajo en el valle. El piloto se deslizó lateralmente al aterrizar y Bill pudo ver a Juan entre la

multitud de espectadores. (Juan había ido con antelación por la ruta usual, dando testimonio en el camino.)

Los espectadores se quedaron boquiabiertos al ver a Bill bajar del avión, pues, para muchos era la primera vez que veían a un hombre en vestido occidental, y también una avioneta. Tan aislados estaban del siglo veinte que un individuo le dijo a Bill que pensaba que el avión era una especie de pájaro grande, y quedó asombrado cuando salieron hombres de dentro. La ciudad, aunque contaba con unos cinco mil habitantes carecía de carreteras, coche o electricidad; muchos no habían visto nunca un automóvil. No había representación gubernamental de ninguna clase. La mayoría de la gente se dedicaba a la agricultura, y enviaban los productos cosechados a lomo de animales a otros puntos para venderlos, y en los días de mercado, había una recua de unas setenta bestias o más que iban bajando por los senderos de la montaña. Había mucha sangre india allí, y predominaban las caras ovaladas con ojos oscuros sobre pómulos salientes. Los hombres todos llevan ponchos, las mujeres, el vestido largo español, típico de la montaña, que procedía del siglo pasado.

El lugar donde vivían Juan distaba unos cinco kilómetros de la pista de aterrizaje. Juan no había pensado en traer un borrico, así que tuvieron que andar el camino, con fango hasta la rodilla. Había anochecido ya cuando llegaron a la casa. Hasta ahora Bill no había notado hostilidad alguna por parte de la gente, sin duda, debido al hecho que iba con Juan que le respaldaba, así que el grupo extenso que se había reunido para recibirlos cuando llegaron a su destino era amable. El testimonio de Juan había dado lugar ya a que varios creyeran, y después de una comida sin prisas, salió con ellos a la veranda, con su lámpara de bolsillo y la Biblia. Querían que predicara.

Presentando excusas por su pobre español, Bill empezó contándoles la historia de Felipe cuando fue a Samaria y predicó a Cristo a los samaritanos. Aunque habló durante una hora y media, nadie se movió ni dijo una palabra. Hacia medianoche apareció la pregunta: ¿Estaría dispuesto a bautizar a los que habían

creído y se sentían convictos de pecado? De buena gana. Hacia las seis de la mañana, el día siguiente, fueron a una pequeña corriente, que remansaron con un dique improvisado; casi todo el pueblo acudió allí, para ver a los treinta y seis que iban a ser bautizados.

Después se trasladaron al pueblo siguiente, llamado El Espejo. Las noticias de su llegada les habían precedido. Después de celebrar otro culto, hubo diez personas que querían ser bautizadas. Los bautismos se celebraron por la tarde, otra vez en un arroyo, pero ahora iba aumentando la ansiedad y la tensión, porque se estaban acercando al territorio de El Terrible, y el pueblo se llamaba El Espejo con mucha razón. Estaba situado en un cerro, rodeado completamente de colinas más altas. Todo lo que se hacía en El Espejo podía ser observado desde los alrededores, y ahora iban a ser bautizados algunos de los hombres de El Terrible, que lloraban y confesaban toda clase de delitos, robos, y asesinatos. La gente del pueblo estaba asustada, ya que no sabían cuál sería la retribución que les caería encima como resultado de estos acontecimientos.

El Terrible estaba enterado, naturalmente, de todo lo que sucedió. Envió recado aquella noche, pidiendo a Bill que subiera a su territorio, porque quería hablar con él.

¿Se trataba de una petición genuina o más bien del juego del gato con el ratón? Bill no tenía manera de averiguarlo, pero de todo modos accedió a ir.

Una vez las mulas listas, a las cinco de la madrugada se pusieron en marcha, de modo dramático, para la frontera final. El terreno iba empinándose, cada vez más alto y más abrupto, sin comparación con el que habían cruzado hasta entonces. El viento era recio y llovía sin cesar; se calaron bien los sombreros para que les taparan y protegieran el rostro; había en ellos unas ranuras para los ojos. Con la cabeza inclinada iban cabalgando en silencio; Juan al frente, Bill detrás, y otros cuatro o cinco los seguían. No se oía otro sonido que el ulular del viento en las altas sierras, ningún signo de habitación humana; se veía el rostro de algún

animal salvaje, lo que puntuaba la desolación del yermo. Siguieron cabalgando hora tras hora.

Después de seis horas de marcha sin parar, aparecieron cuatro jinetes, que los rodearon de repente, salidos como por ensalmo de detrás de una roca. Dijeron que había demasiadas personas en la comitiva. El Terrible sólo daba permiso a Bill y a Juan. Los otros tenían que volverse. Bill dio una mirada a Juan, pero no sacó nada de los ojos de éste. ¿Se trataba de una celada? ¿Iban a ser torturados hasta la muerte por atreverse a penetrar hasta allí y por quitarle hombres a El Terrible? Sus acompañantes dieron media vuelta y desaparecieron rápidamente bajo la lluvia torrencial. Bill vio que no había otra cosa que hacer: seguir adelante. Los jinetes les precedían y los seguían en completo silencio. Ahora, a veces, el sendero se estrechaba de tal modo que era necesario desmontar y avanzar a pie, arrimados todo lo posible a la roca, guiando a la vez a los animales. La lluvia descendía sin parar, había que andar con sumo cuidado, pues un resbalón en el piso fangoso significaba una caída en el precipicio. Este territorio podía ser defendido por cuarenta hombres, pensó Bill; no eran necesarios cuarenta mil.

Hacia las dos llegaron a una aldea situada contra un precipicio completamente vertical, debajo del pico más alto. El único camino a los cobertizos de piedra y de madera cruzaba un trayecto de terreno algo más elevado, cubierto por manojos de hierba. Detrás de las casas daba la impresión que en el precipicio había cuevas naturales, un escondrijo perfecto. El monótono chirrido del viento y el azote de la lluvia daban al lugar un aspecto aún más siniestro. Sin decir una palabra se dirigieron a la casa mayor de todas, que estaba rodeada por una veranda. Había mucha gente allí, tanto en la casa como en la veranda; todo estaba lleno de hombres con ponchos, de pie, y por tanto era imposible saber si llevaban armas o no debajo. No hubo presentaciones de ninguna clase; llevaron a Juan y a Bill a la veranda, y les dejaron enfrente de un mar de rostros. Dentro de la casa estaba completamente oscuro, y sólo se podían ver vagamente formas de perso-

nas. «¿Estaba El Terrible entre ellos?», pensó Bill. Si estaba, «¿cuál de ellos era?».

No había sentido en estarse de pie sin hacer nada, y sintiéndose libre en el Espíritu, Bill decidió celebrar un culto como si estuviera en la iglesia, pero esta vez con una congregación excepcional. «No pertenezco a los vuestros», empezó, «pero pertenezco a Jesucristo, y he venido para daros las buenas nuevas del Evangelio.

Le escuchaban en un silencio completo. Juan le entregó un himnario; llevaba una nota escrita: «El Terrible está aquí.» Pero, ¿dónde? No se podían distinguir las caras. El Espíritu Santo le dio inspiración, y cayó sobre ellos un sentimiento de convicción. Bill habló sin vacilaciones, al manifestarles el poder de Dios para salvar. Pasaron las horas. Al fin del mensaje hizo la invitación acostumbrada, impertérrito: «¿Hay alguno que quiera aceptar a Cristo y ser bautizado?»

Se notó un cambio perceptible en la actitud de los presentes. Bill lo reconoció inmediatamente, era un sentimiento opresor de miedo. Había fuerzas espirituales tremendas en oposición, y el pobre Bill no podía hacer más que seguir el curso de las cosas. Éste era, sin embargo, el momento que Juan esperaba... el momento que entraba en sus planes. Atrevido, dio un paso adelante. «Yo quiero ser bautizado», anunció.

Todos los ojos se fijaron en él, porque sabían que El Terrible había amenazado a Juan con la muerte si se sometía al bautismo. Juan sabía demasiados secretos. La única manera en que este hombre podía dejarlos era a través de la muerte. Ahora se encontraba en franca rebelión. «Quiero ser bautizado», repitió con voz que temblaba un poquitín.

«Muy bien, vayamos, pues, a una corriente para el bautismo», dijo Bill. Y se separó del grupo, junto con Juan. No hubo ningún intento de restringirles los movimientos, pero la tensión había llegado a un punto culminante. Los hombres estaban esperando órdenes de El Terrible. Pronto se encontraron en la corriente que corría al pie del precipicio. De nuevo hicieron un pequeño dique, y esperaron a que se remansara suficiente agua. Los hombres los habían seguido. Ocho o nueve de ellos se encaramaron a un saliente de la roca, a unos pocos metros de la charca. Se quedaron allí, contemplando cómo se elevaba el nivel del agua, tal como uno observa subir el nivel de la arena en el receptáculo de un reloj. Todo el mundo sabía que cuando el agua llegara a bastante altura iba a ocurrir algo decisivo.

«¿Cuál es El Terrible?», susurró Bill a Juan mientras esperaban.

«Lo tenía tan cerca que podía haberle tocado, estaba en la primera fila delante de usted en la casa», contestó Juan con precaución.

El agua había subido bastante ahora. Bill se metió en ella primero, y le dijo a Juan que esperara. Una vez más dijo a los presente que tenían necesidad de creer en Jesús y ser bautizados. Entonces llamó a Juan para que entrara en el agua. Los hombres del saliente en la roca se enderezaron y pusieron las manos en sus pistolas. Se oyeron varios chasquidos amenazadores cuando amartillaron las pistolas que encañonaron unánimes hacia Juan. Juan se dio cuenta, pero dominando el miedo natural empezó a andar dentro de la charca.

«Juan, yo no puedo decir lo que tú piensas. ¿Por qué no das tú mismo testimonio de por qué quieres ser bautizado?»

Juan, con las pistolas encañonadas, empezó a hablar con voz algo trémula. Los dos hombres se miraban ahora. Parecían inconscientes del peligro inminente que les rodeaba. Bill puso una mano sobre la cabeza de su amigo y la otra detrás de la espalda, e invocó sobre él el nombre de Jesús.

En aquel momento se oyó un grito muy agudo al cual siguió la caída del cuerpo de un hombre corpulento, que de un salto se había lanzado al agua y había ido a parar frente a Bill, levantando un gran chapoteo. No cabía duda de quién era aquel hombre tuerto: era El Terrible. Con su único ojo le miró a Bill de hito en hito... con las pistolas colgando del flanco, todavía amartilladas. Pero con aquel penetrante gemido había

salido algo de él. Era como si le hubieran arrancado el viejo espíritu.

Con voz quebrada por la emoción dijo: «Yo también quiero ser bautizado. He sido un hombre terrible, pero quiero ser un hombre nuevo. Quiero tener lo que tiene Juan. Le prohibí que se bautizara, pero veo que está decidido a hacerlo. Veo bien claro que la cosa es auténtica...»

Y Bill sabía, también, que el hombre hablaba de modo genuino y sincero. Sin vacilar; sin esperar a incluso que El Terrible se quitara las pistolas, Bill bautizó por inmersión el viejo rebelde. El simbolismo inconsciente de las pistolas empapadas de agua hizo un efecto profundo en todos los presentes. El Terrible salió del agua clamando con su voz estentórea en el nombre de Jesús. Esto rompió el hielo y un buen número de rebeldes fueron también bautizados.

Aquel día fueron bautizados diecisiete, incluyendo el hijo y la esposa de El Terrible. Más tarde celebraron una reunión de oración que duró toda la noche. El Terrible y los otros fueron llenos del Espíritu Santo y hablaron en lenguas. Su vida cambió realmente; antes era la de una fiera, ahora sería la de un ser humano.

Al día siguiente, Bill aconsejó a El Terrible que se entregara a la justicia. Bill creía que el hombre demoraría el hacerlo, pero El Terrible estaba decidido a hacerlo inmediatamente. Entretanto, se esparció la noticia por la montaña de que El Terrible se había convertido en un hijo de Dios. Hizo todo lo posible para enmendar los daños que había causado, antes de presentarse, acompañado de Bill, a las autoridades del Estado.

Al escuchar la historia cuando se presentó El Terrible, las autoridades acordaron concederle un completo perdón. El Terrible regresó a sus montañas; pero otros no obraron con el mismo espíritu perdonador y adoptaron otras medidas. Tres semanas después de su conversión El Terrible fue muerto a tiros. Nadie supo quién lo había hecho, pero murió victorioso, con la sonrisa de Dios en los labios. Cuando se esparcieron

las noticias de estos sucesos, tal fue el impacto que hicieron, que la revista «Time» de los Estados Unidos publicó un relatos de los mismos. El Terrible murió, pero la obra sigue hoy en las montañas más remotas.

Capítulo 21

UN TÚNEL MÁS ALLÁ DEL TIEMPO

Poco después de la conversión de El Terrible llegó el día que Bill y los suyos tenían que regresar a su país de origen para el período sabático reglamentario. Tenían que representar su campo de actividades, hacer recorridos por las iglesias y contribuir al sostén de la obra. Era algo que interfería con su trabajo y su misión, que no veían venir con deleite, pero que en la organización de las cosas era algo necesario.

Sally Morley, una misionera norteamericana, con Campo Bernal, un joven colombiano destinado a ser uno de los líderes del movimiento, se hicieron cargo de la obra en Cali, en tanto que los Drost estaban ausentes. Las cosas siguieron progresando debido al gran entusiasmo y consagración de todos. Aunque en los Estados Unidos y en el Canadá todo el mundo era amable, Bill estuvo muy contento cuando llegó el momento de regresar a Colombia. La ausencia había sido demasiado prolongada, hubo demasiados viajes y charlas; en conjunto había sido un período de contrariedad, lejos de la América del Sur que amaba.

De los Estados Unidos se llevó consigo una camioneta nueva. Bill esperaba que haría con ella muchos kilómetros. No sabía, sin embargo, que la camioneta tenía un defecto serio en el mecanismo de conducción. En vez de llevarle a sus queridos colombianos, estaba destinada a llevarle por un túnel, más allá del tiempo.

No hacía mucho que estaban de vuelta cuando Bill decidió llevar a la familia a Medellín, para pasar allí dos semanas, ya que era necesario dar estímulo a la obra. Colocó a los tres niños detrás, con el bagaje, y con Ruth sentada a su lado en la cabina, emprendieron la marcha por las tortuosas carreteras de montaña en dirección norte. Pronto decidieron poner a los niños también dentro de la cabina, para que estuvieran más seguros. Todo fue bien, excepto los altercados corrientes entre los pequeños, ninguno de los cuales quería sentarse en medio, hasta que se acercaron a la ciudad de Pereira. Al acercarse a un puente, sobre un riachuelo, y en el momento en que iban a entrar en el mismo, falló el mecanismo de la dirección súbitamente, y Bill perdió el control de la camioneta. Ésta se ladeó instantáneamente hacia la derecha, salió de la carretera, se despeñó por el talud y fue a parar al río, a unos veinticinco pies más abajo. Ruth agarró los hombros de su marido, presa de pánico, en tanto que la camioneta dio contra el agua, dando media vuelta de campana, y fue a parar al fondo del río casi completamente sumergida.

Al dar el tumbo la camioneta, Ruth fue proyectada lateralmente de modo que se encontró con la cabeza fuera del agua, dentro de la cabina. El motor se hallaba más cerca de la orilla que la parte trasera, por lo que no estaba tan hundido, pero la camioneta estaba algo ladeada, de modo que el lado del chófer estaba por completo sumergido. Ruth se dio cuenta de todas estas cosas en un segundo. En aquel momento sintió que el pequeño Gerald se le agarraba tirando desde debajo del agua. Lo sacó rápidamente, y al poco Timoteo asomó también por debajo, y Ruth, lo agarró con la mano que le quedaba libre y le sacó la cabeza del agua, para que pudiera respirar.

«Tengo a Gerald y Timoteo», gitó frenética, pensando que Bill la oía. «Pero, ¿dónde está Tomás?»

Sin embargo, Bill no podía oírla; había sufrido una contusión en la cabeza y estaba inconsciente. Además, aunque hubiera estado consciente, tampoco habría po-

dido moverse, pues había quedado apresado por el volante, debajo del agua.

Llegaron rápidamente unos obreros que estaban sacando arena del río y que, viendo el accidente, se apresuraron a prestar ayuda. No pudieron abrir la puerta que quedaba expuesta en el lado libre, pero, por suerte, la ventana estaba abierta.

Ruth empujó primero a Timoteo y luego a Gerald por la abertura. Cuando sacaban a Gerald asomó la mano de Tomás en el aire —todo esto había transcurrido en menos de un minuto— así que tiraron de él, notando que le salía sangre de una herida en la cabeza.

Los obreros sacaron de un tirón a Tomás y unos se lo llevaron para ver lo que se podía hacer con la herida. Luego tiraron de Ruth, sacándola también por la ventana y la tendieron sobre la hierba, junto a Gerald y Timoteo. Consternada, Ruth se dio cuenta que Bill quedaba dentro, bajo el agua turbia del río, donde los hombres no podían verle, así que les gritó que su marido estaba dentro. Con esto habían pasado ya unos minutos. Los hombres no estaban seguros de lo que tenían que hacer.

«¡Darle vuelta a la camioneta! ¡Darle vuelta a la camioneta!», gritó Ruth desesperada.

Los obreros se lanzaron hacia la parte inferior de la camioneta, tratando de darle la vuelta, pero con el agua dentro, la camioneta pesaba demasiado y les fue imposible moverla. Con esto pasaron varios minutos más.

«¡Es inútil, necesitamos más gente!», exclamó uno de ellos y salió corriendo. Ruth corría arriba y abajo, en la agonía de la impotencia, pidiendo a Dios que les ayudaran. Pasaban más minutos y los hombres no llegaban. Los obreros que se habían quedado trataban de calmarla a ella y a los niños, en tanto que apartaron a Tomás de su vista, porque estaba sangrando en abundancia. Finalmente regresó el obrero que se había marchado a buscar refuerzos a una fábrica cercana, y con él un grupo numeroso. Entre ellos había uno que parecía ser el director de la fábrica. Éste dirigió las operaciones. Dio una mirada al reloj y preguntó a los hom-

bres cuánto tiempo hacía que había tenido lugar el accidente.

«Temo que unos dieciocho minutos. Cuando la camioneta dio en el agua miré al reloj, precisamente...», se oyó la voz de uno de los que atendían a Tomás.

El director de la fábrica inclinó la cabeza. Pronto habían sacado la camioneta del agua, y Ruth pudo ver en ella a su marido desplomado tras el volante, con una tremenda herida abierta sobre uno de los ojos. No tardaron mucho en poder separarlo de la columna de dirección, y lo llevaron a la orilla donde lo tendieron boca abajo. No se movía y tampoco daba muestras de respirar. Ruth se hallaba fuera de sí. El director le dijo con ternura:

«Señora, nos sabe muy mal, pero hemos hecho todo lo que hemos podido. Su esposo ha permanecido veinte minutos bajo el agua. Temo que es demasiado tiempo... no podemos hacer nada por él... porque está muerto.»

Ruth estaba completamente aturdida. No comprendía lo que le estaban diciendo.

«¿Muerto... Bill, muerto? Dios le guardó de modo milagroso durante la guerra. Le había preservado de las manos de los asesinos más de una vez en Colombia. Es imposible que haya muerto ahora, de esta manera, en un accidente, ¡con todo el trabajo que le queda por hacer...!»

Pero Bill no había partido para la eternidad. Por más de 20 años había de seguir viviendo, sirviendo al Señor en el campo misionero, hasta su muerte definitiva el 5 de marzo de 1979 en Málaga.

¿Qué le sucedió, pues, en aquella terrible experiencial al fiel servidor de Dios? Sintió que estaba fuera de su cuerpo, presenciando la trágica escena de su rescate de la muerte.[1]

Unos 20 minutos antes, Bill Drost, «El Pentecostal», el hombre sin armas a quien el ejército alemán no había podido matar en su primera juventud, había entrado a los 40 años en el túnel que lleva a la eternidad;

pero todavía no era su hora y el Señor quiso que regresara para continuar con el mayor éxito su gran obra.

Existe el propósito de publicar otro libro que explicará sus trabajos en este segundo período de su vida; pero ya en aquella crisis la profecía se había cumplido: el avivamiento había tenido lugar, había nacido la iglesia que iba a ser la fuerza protestante (o mejor dicho evangélica) de mayor envergadura en el dilatado y difícil país de Colombia.

1. La editorial CLIE tiene publicados varios libros psíquico-científicos que cuentan experiencias similares a la que tuvo el fiel misionero Bill Drost. Sus títulos son: *El regreso del futuro*, por George Ritchié; *En el otro lado*, por Marwin Ford, y *Una visita a la eternidad*, por Betty Malz.

Dichos libros confirman la maravillosa experiencia del fiel misionero, y la realidad de la existencia del alma, que tantos ponen en duda.

JUICIOS ACERCA DEL LIBRO «UN HOMBRE CON UNA MISIÓN - BILL DROST, "EL PENTECOSTAL"»

Conocí al hermano Bill Drost cuando él actuaba como misionero en la Convención de Bath, New Brunswick (Canadá). El Señor preparó a su humilde siervo para hacer una poderosa obra para Dios en Colombia. Millares fueron añadidos al reino de Dios por su ungido ministerio, acompañado de poderosas señales y maravillas.

En 1975, tuve el privilegio de trabajar con este dedicado misionero en Málaga (España). Era un hombre de acción que impartió su visión misionera a muchos jóvenes que están trabajando por Dios hoy día al otro lado del océano. Bill Drost y su familia han sido uno de los más altos ejemplos misioneros en mi ministerio. Recomiendo en gran manera este libro.

Reverendo F. J. Rosick, pastor *emeritus* de la Full Gospel Church Calgari, Alberta (Canadá); antiguo presidente de ACOP (Canadá); misionero evangelista.

Todos mis recuerdos de Bill Drost me traen inspiración. Nos juntamos durante la Segunda Guerra Mundial, estando en Inglaterra. La fe firme de Bill, su incansable celo en la oración y su prontitud en dar siempre testimonio de Cristo, eran fuentes de grande inspiración para mí y para centenares de soldados cristianos que le conocieron al otro lado del Atlántico.

En más de una ocasión, tuvimos juntos el gozo de conducir a otros soldados a Cristo. Los tiempos de oración que compartimos son memorias de haber estado en terreno santo.

Seguí las labores de Bill en el campo misionero con el más vivo interés y fui muy afligido al conocer su partida de esta vida; pero Dios sabe las cosas mejor que nosotros.

Su historia merece ser contada y estoy agradecido de que su bien amada esposa, la señora Ruth Drost, ha emprendido esta tarea, instruyendo en detalles a sus autores. Recomiendo la lectura de esta inspiradora historia a mis amigos por todas partes.

Pastor Jack West
Burlington, Ontario (Canadá)

Volumen 2.

Un Destino Más Allá De La Muerte



El libro "Un Destino más allá de la Muerte" es la segunda parte de la interesantísima, y por largo tiempo esperada, historia de Bill Drost, el hombre llamado por Dios para ser misionero en América del Sur, y depués en España.

La vida de Bill está llena de milagros. En esta segunda parte, titulada "Un Destino más allá de la Muerte", se cuenta el caso de cómo, a consecuencia de un accidente automovilístico, el cuerpo del gran misionero cayó a un caudaloso torrente, al lado de la carretera, y como se recuperó, pese a un largo tiempo de inmersión. Asimismo, su maravillosa curación de un cáncer; y muchos otros casos en los que tuvo lugar una clara intervención divina en la vida del gran servidor de Dios, vulgarmente conocido, en Bolivia y otras naciones de Centroamérica del Sur, como Bill el Pentecostal.

Bill sirvió al Señor en los últimos años de su vida como misionero en Málaga, (España). Habia empezado a escribir sus memorias, cuando Dios llamo su alma al cielo, antes de que pudiera terminar su relato.

Las impresionantes historias que se refieren en este volumen han sido escritas por su esposa, Rut, ayudada por sus amigos y hermanos en Jesucristo, Miguel y Lorna Wieteska.

Clasifíquese: BIOGRAFÍAS - Personajes Modernos
Ref. 223362



UN DESTINO MAS ALLA DE LA MUERTE

Bill Drost

CLIE

UN DESTINO MAS ALLA DE LA MUERTE

Bill Drost El Pentecostal

Bill Drost
Mike y Lorna Wieteska

UN DESTINO MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Bill Drost el Pentecostal

Bill Drost
con
Mike y Lorna Wieteska



Libros CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Depósito Legal: B. 15.079 - 1988
ISBN 84-7645-272-1

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. 265 S.G.- Polígono Industrial Can Trias,
calles 5 y 8 - VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

INDICE

Dedicatoria

A nuestros cuatro hijos
Gerald, Wyn, Wayne y Verner,
los cuales fueron entrañablemente amados por
su padre, y han sido una fuente de tanto
consuelo y fortaleza para su madre,
desde que se quedó sola.

PREFACIO

Durante algún tiempo he tenido la impresión producida por el Espíritu del Señor de que había de escribir algo sobre la vida de Bill Drost. Quisiera tener el gozo de compartir estas «pepitas de oro» con los muchos que van a leer este libro.

Tuve el privilegio y la oportunidad de andar por la senda de la vida con él durante 34 años. El aprecio que sentía por él fue creciendo a medida que vi cómo obedecía a las llamadas de Dios, bajo penosas pruebas, al parecer en condiciones imposibles. Pronto me di cuenta, una vez casados, que era inútil tratar de hacerle mudar de opinión cuando había oído órdenes de Dios para efectuar cambios importantes en lo que estábamos haciendo. Ningún sacrificio era demadiado grande, ninguna barrera demasiado alta, cuando se trataba de ir a buscar almas para Jesús, porque había recibido la visión del valor de un alma, y su deseo principal en la vida era ganar tantas como fuera posible para el Señor. Sus experiencias en el ejército, cuando fue encarcelado por causa del Evangelio y escapó apenas con la vida, sus caminatas agotadoras y prolongadas por las trochas de la selva, en períodos en que su cuerpo estaba macerado por el dolor y la fiebre, todo esto contribuía a impulsarle a mayores victorias.

El amor de Bill hacia nuestros cuatro hijos era evidente, y aunque sus deberes le llevaban a hacer grandes viajes, estaba ansiando volver a casa para estar con la familia y juguetear con los hijos y ser su amigo. Los hijos siguieron las huellas de su padre, no porque él insistiera en que se

hicieran misioneros, sino porque él había vivido una vida plena y satisfactoria ante sus propios ojos. Los hijos sentían el latido de su corazón y le contemplaban trabajando con valores eternos a la vista, y ellos captaron su visión del valor de un alma.

He tenido el gozo de ver cómo ha crecido la obra de Dios en España, donde Bill últimamente pasó a trabajar y laborar en terreno virgen. Varios de los pastores locales son hombres a quienes él bautizó y nutrió en el Señor. Su tumba se halla como un monumento a un hombre que amó entrañablemente al pueblo español, y cuya labor, impregnada de amor incansable, todavía vive, puesto que otros han escuchado la llamada del «Id». Muchas veces, desde su fallecimiento, aunque he tenido que luchar con la soledad y el temor, me he sentido alentada por el amor de Jesús a cumplir mi misión, a animar, estimular y confortar a estos pastores y a mis hijos, debido al ejemplo valeroso que Bill había dado delante de mí.

¿Dónde se hallan los jóvenes que digan «Sí» a la llamada del Maestro hoy? Hay una escasez grande de obreros y los campos están blancos para la siega. Se presentan oportunidades por todas partes. No es posible que tú puedas ocupar el lugar de Bill Drost, y esto no se requiere de ti. Pero hay un lugar que puedes ocupar, y la voz de Dios está rogándote ahora mismo, a ti, que leas estas palabras. Haz caso de la llamada para hacer lo que se te dice que hagas: sé un ganador de almas para Jesús.

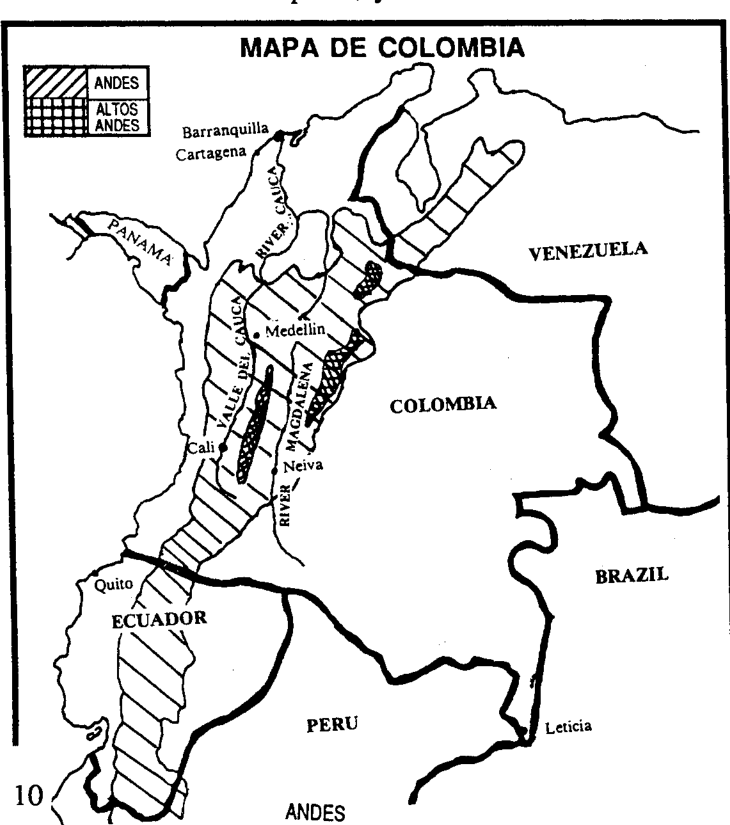
Ruth Drost

PRÓLOGO

Bill Drost, misionero en Colombia, estaba contento de estar de vuelta en Cali. Había ido a su país en viaje sabático, que en realidad era un programa pesado y exigente de viajes para hacer obra de propaganda en favor de la misión, compartir los éxitos de la obra en Colombia y solicitar ayuda continuada para la misión. Por suerte tenía éxitos que compartir; antes de su partida de Colombia para el viaje sabático había empezado y proseguía un avivamiento de proporciones hasta entonces desconocidas. El Valle –su región en los magníficos altos Andes del occidente de Colombia–, y también La Morena, «La Montaña de la Virgen Morena», seguían produciendo conversiones en abundancia. Estos convertidos eran a su vez el origen de otros. Las perspectivas eran tremendas y Bill estaba contento de empezar la nueva etapa.

Sólo que ahora, conduciendo por carreteras, llenas de rodadas, que le eran familiares en su campo de trabajo, sentía el alivio de las contrariedades en que había vivido constantemente hacía un tiempo. Para un misionero, el hogar es el punto a que uno es llamado, y, por lo menos de momento, su llamada era a Cali. Mirando hacia abajo a la ciudad, desde las Tres Cruces, la escena de la visión del viejo Sandford Johnston (y la suya propia), se sintió plenamente satisfecho. Aquellas lucecitas parpadeantes desparramadas por el Valle se confundían con el ambiente, dándole la bienvenida para estar con los suyos, para comer y hablar, aquella noche..., todo ello tan cálido y amable en comparación con la luz lívida y dura de neón y halógenos de las ciudades canadienses.

Mientras bebía el aire vespertino, estimulado por la situación ecuatorial y la altura, a la vez solazante y vigorizante, recordó otras noches –noches intranquilas que había pasado echado y agotado por los acerbos campos de batalla europeos...–, y una nota de tristeza sombría se introdujo en su mente. «La vida, sin duda, no importa mucho perderla, pero los jóvenes no piensan así; y nosotros éramos jóvenes», escribió un poeta de la guerra. «Pero si pierdes la vida lo pierdes todo si no conoces a Dios», pensó Bill. Fue por esto que se había hecho misionero. Poniendo la furgoneta en marcha, partió, recordando y avanzando hacia su casa. Por la mañana tomó a su familia para ir a Medellín, donde la obra necesitaba un nuevo impulso, y él necesitaba descansar.



I

EN EL TÚNEL DEL TIEMPO EN UN MOMENTO INOPORTUNO

Mucho antes de que el sol lanzara sus dardos por entre las nieblas matutinas, Bill estaba levantado y oraba. Nada más levantarse sintió uno de aquellos sentimientos vagos de intranquilidad que habían precedido con frecuencia a problemas ulteriores. Ahora el sentimiento había pasado a segundo plano, y él trataba de olvidarlo. Puso a sus tres hijos en el asiento trasero con Mariela, la muchacha, y, con su esposa Ruth a su lado, emprendió la marcha por entre las tortuosas carreteras de la montaña. Aparte de los niños, que altercaban por quién tenía que sentarse en medio, el viaje pasó sin ningún incidente de interés hasta que estuvieron cerca de la ciudad de Periera. Allí, al acercarse a un puente que atravesaba el río, la dirección de la furgoneta falló súbitamente y Bill perdió el control del vehículo. Éste viró al instante hacia la derecha, dejó la carretera y se precipitó por la pendiente hacia el río, veinticinco pies más abajo. Ruth agarró los hombros de su esposo, presa de pánico, cuando el vehículo chocó contra el agua y, dando un tumbo, fue a reposar en el lecho del río y quedó casi sumergido por completo.

Habiendo sido ladeada rápidamente por el coche al dar el tumbo, Ruth se encontró con la cabeza sobresaliendo del agua, pero dentro de la furgoneta. La parte delantera del

vehículo estaba más cerca de la orilla que la posterior, y por tanto no se había hundido tanto. Sin embargo, quedó inclinado, y el lado de la dirección estaba totalmente sumergido. Todo esto lo captó Ruth en un instante. Al punto sintió que Gerald se arrastraba hacia arriba desde debajo del agua, y, al poco, que Wayne también lo hacía. Ruth agarró a éste con la mano libre y le levantó la cabeza al aire.

«Tengo a Gerald y a Wayne», gritó frenética, pensando que Bill la oiría, «pero ¿dónde está Wynn?»

Pero Bill no podía oírla. Había recibido un serio porrazo en la cabeza durante el accidente y estaba inconsciente. En todo caso, no se había movido, si es que estaba en sí; se hallaba atrapado detrás del volante, debajo del agua.

Algunos obreros que sacaban grava y arena del río vieron el accidente y corrieron a prestar ayuda. No pudieron abrir la puerta visible, pero por suerte la ventana estaba abierta.

Ruth empujó primero a Wayne y luego a Gerald a través de la ventana. Al pasar Gerald por la ventana, Wynn sacó un dedito al aire –y todo esto ocurriendo en menos de un minuto – y Ruth tiró de él, notando que le salía sangre de la cabeza.

Rápidamente los hombres tiraron de Wynn y lo pasaron a otros para que lo examinaran. Luego arrastraron a Ruth y a Mariela por la ventana, sacándolas fuera, y las depositaron sobre la orilla al lado de Gerald y Wayne. Ruth, desesperada, se dio cuenta entonces de que Bill seguía atrapado, debajo de las aguas turbias, donde los hombres no podían verle, y les gritó al instante que su marido estaba dentro. Habían pasado unos minutos. Los hombres no sabían qué hacer.

«¡Dad vuelta a la furgoneta! ¡Dad vuelta a la furgoneta!», gritó Ruth.

Los obreros corrieron al lado inferior de la furgoneta, intentando levantarla y darle vuelta, pero estaba llena de agua y pesaba demasiado; era imposible moverla. Pasaron unos minutos más.

«¡Es inútil, necesitamos más personas!», exclamó uno de los obreros, y se fue corriendo. Ruth andaba de un lado a otro

por la orilla, en la agonía de la frustración, pidiendo ayuda a Dios. Pasaron unos minutos más. Los hombres no regresaba; finalmente regresaron (habían ido a la fábrica, abajo de la carretera) y se presentó todo un grupo. Entre ellos estaba su capataz. Éste dirigió el rescate. Mirando el reloj, preguntó cuánto tiempo hacía que había tenido lugar el accidente.

«Temo que unos dieciocho minutos. Cuando la furgoneta entró en el agua yo miré el reloj...», dijo uno que atendía a Wynn.

El rostro del capataz se quedó sin expresión. Sin embargo, la furgoneta pronto estaba en tierra, y Ruth pudo ver a su marido sentado inerte tras el volante, con una profunda herida sobre el ojo derecho. Después de unos minutos consiguieron soltarle de detrás del volante y, tirando de él, lo pusieron sobre la orilla, echado. No se movió, y no daba señales de respirar. Ruth estaba ahora fuera de sí viendo la situación. El capataz le habló con ternura.

«Señora, lo lamentamos. Hemos hecho todo lo que hemos podido. Pero su marido ha permanecido veinte minutos bajo el agua. Me temo que es demasiado...; no podemos hacer nada..., está muerto...»

Ruth estaba consternada. Apenas entendía lo que le estaban diciendo:

«¿Muerto?, ¿Bill, muerto? Dios le preservó milagrosamente durante la guerra. Le ha guardado muchas veces de las manos de los asesinos en Colombia. Sin duda, no puede estar muerto ahora, por un accidente, con todo el trabajo que le quedaba por hacer...»

Pero Bill estaba muerto. Con todo, las profecías se habían cumplido. El avivamiento había tenido lugar. La iglesia que había de crecer y ser el grupo protestante más importante de Colombia había nacido. Y hacía unos quince minutos que «Bill Drost el Pentecostal» –el soldado sin armas a quien el ejército alemán no había podido eliminar–, a la edad de cuarenta años, había entrado en el túnel por el que se sale del tiempo.

Cuando la furgoneta cayó por el precipicio, Bill llamó a Dios. Al instante todo quedó a oscuras. Después de lo que entonces le parecieron unos momentos, despertó, pero se encontraba un poco confuso. Evidentemente, había sucedido algo extraño, porque estaba mirando a su propio cuerpo..., que era idéntico... a él mismo. Podía verse bien claro, echado dentro del agua, sangrando de la herida en la cabeza. Luego vio a sus hijos echados sobre la orilla. Notó que Ruth estaba muy agitada y que gritaba llamando a alguien. Sin embargo, todo era como una película muda, porque, aunque podía verlo todo, no oía nada. Pensando en lo que había sucedido, empezó a darse cuenta de que se hallaba en el otro mundo, y, con todo, él se cernía sobre su propio cuerpo.

«¿Estoy vivo o muerto?», pensó Bill de sí mismo. Las palabras resonaban como si alguien las hubiera gritado al otro lado de una larga tubería, y luego reberveraban, sacudiendo su mismo espíritu. Se sintió envuelto por una niebla color de púrpura, que le rodeaba con una fuerza que le era difícil explicar, y a través de la niebla apareció una luz brillante, que parecía refulgir y latir en todo. Entonces le pareció que le lanzaban a un paso casi infinito por un gran túnel resplandeciente. Casi inmediatamente apareció delante de él un lugar de hermosura indescriptible, refulgente de luz y lleno de música. «Debo estar en el cielo», se dijo con sorpresa, pero con calma.

Poco antes de entrar en la expansión celestial, un poder se impuso a su espíritu, y una voz le dijo: *«TU OBRA NO HA TERMINADO TODAVÍA, TIENES QUE REGRESAR»*. Después de haber visto su destino, le inundó una ola tremenda de desengaño. No quería volver a recobrar aquel cuerpo que había dejado sangrando bajo el agua. Pero unas manos suaves le empujaron los hombros y una vez más se hallaba en el túnel, avanzando en dirección al tiempo.

Entretanto, en la tierra, unas manos bastante menos suaves arrastraban el cuerpo de Bill fuera del agua.

«¡Dadle golpes en las mejillas!», gritó Ruth cuando tendieron el cuerpo en el suelo.

«Señora, no va a servir de nada...», intentó explicar el capataz.

«¡Dadle golpes en las mejillas! ¡Dadle golpes en las mejillas!», seguía gritando Ruth frenética.

El capataz se resignó y, encogiendo los hombros, se dirigió a Bill y, obedeciendo, comenzó a darle golpes en las mejillas. Bill volvió en sí de súbito. Pálido y chorreando agua, con esfuerzo se puso en pie. El capataz se quedó pálido de sorpresa, atónito.

Ruth, en estado de *shock*, no comprendía que estaba ocurriendo un milagro, y prestaba atención a Wynn, que se hallaba inerte en brazos de Mariela. Le salía sangre de una herida abierta en la cabeza y Ruth corrió a ayudarle.

Bill volvió a unirse a su cuerpo, con grandes dolores. Le pareció que Satanás le había aporreado las costillas, y estaba tambaleándose al borde de los acontecimientos. Tenía la mente todavía en el lugar en que había estado antes.

Buscaron un taxi, y Ruth reunió en él a la familia. El chófer les llevó a toda prisa al hospital.

Después de unos días pudieron salir del hospital y regresar a su casa para recobrarse. A través de esta experiencia, Bill aprendió experimentalmente lo que ya sabía por la fe: la muerte, para el creyente, no es nada que él haya de temer.

Las reuniones especiales de Medellín, a las cuales se dirigían con anterioridad al accidente, ahora habían sido olvidadas. Pero no importaba realmente, puesto que todo el país se hallaba en un estado de combustión espiritual espontánea, ya que los mismos creyentes de las iglesias estaban evangelizando por todas partes.

II

LAS SERPIENTES DE CHOLOMANDO

Tan pronto como la familia se hubo recuperado lo bastante para poder viajar, llegó una petición urgente del hermano Israel, un convertido joven de La Morena, que pastoreaba una obra pequeña en la ciudad montañosa primitiva de Cholomando. Éste era un viaje que ellos no deseaban hacer, porque significaba pasar por la misma carretera de Medellín en que había tenido lugar el accidente. La pregunta de por qué Dios había permitido que sucediera les estaba atormentando todavía.

Pero el deber llamaba, y con cierto nerviosismo subieron en la nueva furgoneta (que había sido reemplazada por la fábrica) y emprendieron el camino por la tortuosa ruta. Iban pasando, viraje tiras viraje, precipicio tras precipicio. Por lo menos el paisaje era hermoso, con inmensas vistas de los Andes imponentes que dominaban los hermosos valles, en los que había terrazas o bancales desde tiempo inmemorial. Con el aire fresco de la montaña, los Andes se veían con tanta claridad como en el hielo de Patagonia. De vez en cuando una corriente de agua plateada se desplomaba en forma de cascada por el abismo, yendo a parar al valle, y seguía luego al lado de la carretera, a la que cruzaba a veces, formando un barro peligroso y profundo. Cuando se acercaron a la escena del accidente el silencio era completo. Una vez pasada, Bill y Ruth respiraron aliviados.

«Papá, ¿hay serpientes grandes de veras allí donde vamos?», preguntó Wynn, pensativo, después de un rato.

«Sí, muchas», contestó Bill, sin darse cuenta de lo correctas que eran sus palabras, según vieron luego.

Haciendo sonar la bocina con entusiasmo, finalmente entraron en Cholomando. Hacía mucho tiempo que Bill no había visto a Israel. Había un grupo de creyentes junto con Israel y estaban esperando para recibir a los Drost. Se hicieron las presentaciones, cuando uno de los chicos, con un grito sobresaltó a todo el mundo:

«¡Papá! Una serpiente, ¡rápido!», gritó Wynn.

Bill corrió hacia Wynn, y se quedó inmóvil a su lado. Una boa constrictora enorme, mayor que ninguna de las que había visto nunca Bill, iba arrastrándose saliendo del bosque y culebreaba a través de la carretera. Los demás se habían juntado ahora, formando un círculo alborotado alrededor de la criatura. La serpiente, sintiéndose amenazada, retrocedió un punto e irguió la cabeza, moviéndola a uno y otro lado, pero la gente, agarrando palos y en la forma corriente, empezó a ablandarla para la olla, vapuleándola hasta que le dio muerte. La carne de serpiente es para ellos más suculenta que el pollo.

Después de todo este trastorno acompañaron a los Drost a una humilde habitación para tomar la comida. Bill terminó rápidamente y luego se fue a orar pidiendo guía. Ésta era la primera vez que esta gente había recibido visitantes, y estaba esperando recibir de él el contacto con el dedo de Dios. Al poco, la congregación fue entrando en la habitación a la luz vacilante de una vela. El ruido de cascos de caballos, y el leve resplandor rojizo de los cigarrillos moviéndose en la oscuridad, les anunciaba que un número creciente de inconvertidos se hallaba fuera escuchando, pero que temían entrar. Los cristianos cantaban a pleno pulmón, y Bill predicó con poder. Al final de la reunión un hombre se adelantó a través de la muchedumbre que había fuera.

«¡Oiga, venga acá!. Quiero hablar con usted!», requirió bruscamente.

Bill le miró, y el corazón le dio un salto. El individuo que le interpelaba no se veía muy afable. «¿Por qué los bandidos me escogen siempre a mí para darme órdenes?», pensó. Era peligroso rehusar, pero no se veía muy claro si el aceptar la invitación no sería peligroso también. Una vez más confió en el Señor y dio un paso adelante. Bill podía ver ahora al hombre de modo más claro. Su faz tenía una mirada vacía, hosca, que puso a Bill aún más intranquilo.

«¡Suba al coche! ¡Sigamos abajo por la carretera!», le ordenó el extraño, rápidamente.

Emprendieron la marcha por la noche, y el hombre permaneció silencioso, hasta que por fin apareció un puente a cierta distancia. «¡Párese aquí!», le ordenó, señalando el puente con aire de extrema agitación.

Por el rabillo del ojo Bill echó una mirada a su acompañante. ¿Qué le pasaba? ¿Estaba loco? ¿Tenía intención de tirarle puente abajo al torrente que se oía rugir?

El hombre prosiguió: «¡Salga! Quiero hablar con usted.» Bill pensó con aprensión en lo que tenía por delante.

El aire frío de la noche, más frío aún por el torrente que bajaba dando saltos desde la montaña y se precipitaba por debajo del puente, contribuía a hacer la situación más amenazadora, de modo que Bill sintió un escalofrío en el espinazo y entró casi en pánico. Los faros del coche, que había dejado encendidos, atravesaban la oscuridad, y Bill vio que un sudor copioso se deslizaba por el rostro del individuo, que tenía aspecto de alocado. El extraño puso su mano izquierda encima del hombro derecho de Bill, y ambos se apoyaron sobre el pretil de piedra del puente, y le señaló con la mano libre hacia abajo. Ahora los ojos del extraño se abrieron aún más; la cabeza se movía en sacudidas rápidas, como uno forzado a algo inevitable, y empezó a temblar.

«Escuche, ¿no oye usted el agua debajo? ¿Oye usted a esta gente que grita pidiendo socorro?», preguntó el hombre.

Bill no oía nada, pero él mismo estuvo a punto de gritar pidiendo socorro.

«Me vuelven loco. Sí, noche y día me vuelven loco», prosiguió el extraño, mirándole con los ojos desorbitados. «¡Me persiguen estos gritos, me vuelven loco!»

Bill se enderezó, aliviando con ello la presión sobre su estómago, que había apretado contra el parapeto. Viendo que el hombre no tenía malas intenciones contra él, le examinó con más calma. En realidad, este hombre estaba como embrujado, más que Macbet, y el rugido incesante de las aguas era para él como los gritos vengativos del Hoyo. El hombre miró a Bill a los ojos, con una mirada desesperada.

«¿Hay alguna esperanza para un hombre como yo? ¿Es verdad lo que usted dijo esta noche? ¿Hay esperanza para un hombre como yo...?», le preguntaba. Luego prosiguió: «He tenido a muchas personas gritando sobre estas aguas, para torturarlos. Después los he echado al río helado debajo... ¿No puede usted oírlos?» Volviéndose hacia Bill, con el rostro resplandeciendo por una mezcla macabra de agua pulverizada y de sudor, volvió a preguntar: «¿Hay alguna esperanza para un hombre como yo?» Con los ojos desviados dio una última mirada al predicador y, sin esperar respuesta, desapareció en la noche.

Bill no volvió a verle. Con el corazón latiéndole con furor, regresó con la furgoneta a Cholomando, tratando de serenarse. Las palabras atormentadas del desespero del hombre –«Oiga, ¿hay esperanza alguna para un hombre como yo...?»– le obsesionaban a él ahora. Era como una pesadilla. Y Bill se preguntaba: ¿Puede un hombre tan desesperado por el pecado perdonarse a sí mismo, o bien es como Judas, que se suicidó? Quizás es uno de los horrores del mismo infierno, el decreto desolador adherido a cada una de aquellas cadenas eternas: *«¿Hay alguna esperanza para un hombre como yo?»*

El temor llenaba el corazón de todos los que se habían quedado en el pueblo, porque tan pronto como Bill se hubo marchado, la gente le había dicho a Ruth, en su estilo directo y poco diplomático, que aquel hombre era uno de los peores

asesinos de aquellos contornos. Cuando la furgoneta regresó, Ruth sollozó con alivio. Ahora, habiendo regresado, estaban todos emocionados y querían escuchar la historia. Un buen número se entregó a Dios aquella noche. Bill se fue a la cama.

Si algo necesitaba era una buena noche de reposo. Los cinco durmieron juntos, en el suelo de la pequeña habitación, con Bill cerca de una puerta que no cerraba bien. Sus piernas eran demasiado largas, como de costumbre, para la manta. Poco rato después de haberse dormido le despertó la sensación de que había algo húmedo y frío que se deslizaba por entre los pies. ¡Serpientes! Le entró un sentimiento de horror al darse cuenta de ello, y el corazón empezó a palpitar desbocado. Forzándose a no temblar, procuró evaluar la situación. Parecía que eran de una especie pequeña, venenosa –pues había más de una–, que tenían no más de unos 30 centímetros de largo. ¿Qué debía hacer, despertar a la familia? Ellos se quedarían aterrorizados también, y quizás esto haría que las serpientes los mordieran. De momento estaban tratando de conseguir el calor del cuerpo, para pasar así una noche confortable. Después de reflexionar decidió que lo mejor era no hacer nada. Nada; esto es, orar, sí. Durante toda la noche. Muchas veces las sintió moviéndose, y aunque le hacían cosquillas, no tenía muchas ganas de reír. A primeras horas de la madrugada, las serpientes, después de haber pasado una noche cómoda, se marcharon.

La familia se quedó sólo una noche en aquella habitación.

Y, por si esto no hubiera sido bastante, el camino de vuelta de Cholomando estaba situado en el lado de la carretera donde había más precipicios.

III

CUANDO LOS HOMBRES PRUDENTES DICEN ADIÓS

Allá por el año 1953, cuando el general Rojas Pinilla se hizo cargo del poder, inicialmente fue muy popular –principalmente porque había prometido mejoras económicas y poner fin a la violencia–. Como sucede con frecuencia con las promesas de los políticos, éstas no fueron cumplidas. La violencia y la sangre derramada dominaban todavía como árbitros en Colombia, y el credo de la crueldad conservaba toda su vigencia. Era un tiempo difícil para los creyentes, y aunque algunas veces Bill bautizaba a un centenar de personas en un mes, había muchos martirios. El Ejército estaba especialmente desengañado, y en 1957, cuando los precios del café bajaron a un nivel desastroso, la estrella de Pinilla finalmente se eclipsó.

Una tarde soleada de septiembre, siete camiones del Ejército, cargados de explosivos, se dirigieron al parque, tras el estadio de fútbol, a corto trecho de la casa de Bill. Pero, antes de que los chóferes se marcharan, recibieron órdenes de proseguir hasta los cuarteles en el centro de la ciudad, así que volvieron a ponerse en marcha. Este incidente pasó casi sin ser notado. Ruth esperaba el cuarto hijo en aquel entonces, y se retiró, con Bill, a una hora tardía. No hacía mucho tiempo que estaban en la cama, cuando oyeron una explosión tre-

menda que sacudió todo Cali, rompiendo ventanas y abriendo las de su casa. Bill se asomó para ver lo que pasaba. El centro de la ciudad era una bola de fuego, y a distancia se oían gritos pidiendo socorro. Se vistió rápidamente y corrió hacia la ciudad. Ruth conectó la radio y escuchó con ansiedad por si daban noticias.

Al entrar en el área del centro, Bill volvió a pensar en la guerra. Había una área enorme devastada, con cuerpos destrozados y moribundos y muertos por todas partes. Otros, heridos menos gravemente, andaban medio aturdidos, sin saber lo que había pasado. Y lo que más impresionó a Bill fue la vista de unos hombres sentados en las sillas altas de un bar, sorprendidos en el mismo acto de beber, y que habían muerto de modo fulminante por la explosión. Las sirenas ululantes anunciaron la llegada del personal de rescate, y el área quedó pronto acordonada.

En la casa, Ruth había oído por la radio la llamada urgente a doctores y enfermeras para que se presentaran y ayudaran a los heridos. Aquellos siete camiones de municiones (fuera por un accidente o por sabotaje, no se sabía) habían estallado. Durante días fueron sacando vivos y muertos de entre los escombros, y cuando se contó el resultado del desastre, habían perdido la vida cinco mil personas. Excepto por el desplazamiento en el último momento, los Drost habrían quedado dentro de la zona de muerte.

Dos semanas más tarde nació su cuarto hijo, Verner, sano y fuerte.

«Ruth, creo que debería visitar a los Baker en el Brasil», le dijo un día Bill, sorprendiendo a su esposa, por la mañana. «Creo que debería ir esta semana», añadió, esperando que ella reaccionara.

«Bien; si crees que esto viene del Señor, está bien para mí», le replicó ella cuando se hubo repuesto de la sorpresa. Verner tenía sólo unas pocas semanas.

Estaré con ellos una semana o dos. Los Baker no tienen

muchos visitantes, y hace ya años que no los he visto. Les animará un poco el ver a alguien de fuera. Es una lástima que los gemelos no sean algo mayores..., podría llevármelos conmigo.»

«¡No les digas nada, que no habrá modo de retenerlos aquí!», aconsejó Ruth. «¡Ya es bastante difícil ahora!»

Los Baker eran viejos amigos de los Drost, además de misioneros incansables. Bill no había estado nunca en el Brasil, así que cuando entró a bordo del *Dakota*, un par de días después, fue con un placer doblado. El vuelo le llevó hacia el Sudeste, a través de las fabulosas selvas vírgenes de la cuenca del Amazonas; luego, por encima del Mato Grosso, a la región más densamente poblada de la zona costera, y a la gran ciudad de Sao Paulo.Como el lenguaje era portugués, Bill tuvo aún más problemas para predicar que en Colombia, de modo que las reuniones tuvieron que celebrarse con un intérprete. Después de diez días se despidió de los Baker, pero no pudo por menos de pensar que debía regresar algún día para un período más largo.

Colombia extiende una lengua de territorio, en su ángulo sudeste, que lame el río Amazonas en la ciudad fronteriza de Leticia. Situada entre Manaus en el Brasil e Iquitos en el Perú, como uniendo a las tres naciones juntas en medio de una área agreste, éste es un punto de cruce de rutas remoto, pero importante. Por el lado de Colombia la carretera más cercana está a trescientas millas de distancia y pasa entre una espesa selva; ningún río fluye hacia el Norte, así que hay que viajar por el aire. Bill llegó allí muy animado, esperando ver pronto a su familia. Pero sus ánimos se hundieron cuando vio que la frontera estaba cerrada.

«Hay una revolución en marcha en Colombia; no se permite viajar a nadie», fue la información escueta de los empleados. Con gran ansiedad intentó telefonear a su esposa.

«Hay una revolución. No se pueden hacer llamadas telefónicas a Colombia hasta nuevo aviso. Ni telegramas; ni cartas; no se puede hacer nada hasta que las cosas se hayan

aclarado allí», le contestó el empleado de Correos. Bill estaba desesperado. Después de andar un rato preguntándose qué podía hacer, se dirigió a su habitación.

«¡Dios mío!», exclamó, «guarda a mi esposa y a los niños. Ten cuidado de todos los creyentes». Incapaz de dormir aquella primera noche, se pasó las horas andando arriba y abajo de la habitación orando. Por la mañana todo estaba todavía en la misma situación; nadie podía hacer nada, nadie podía decirle nada. Tenía ganas de abofetearse por haber abandonado Cali a tontas y a locas en unos días tan inseguros. Con todo... Colombia era siempre un país inseguro...; ¿quién podía predecir el futuro allí?, se excusó a sí mismo.

Había estado pensando mucho en el futuro recientemente. Ruth no lo había notado, pero hacía poco tiempo que Bill había sentido que la nube empezaba a moverse. En parte, ¿no era por esto que había viajado al Brasil? Una intranquilidad divina le venía perturbando, pero ahora había descendido una nube espesa: ¿Le quedaría familia para continuar con él en la obra? ¿Por qué no había insistido en que ellos fueran con él? ¿Le había sacado Dios del país para salvarle la vida?... Turbado por pensamientos tan sombríos, regresó una vez más al hotel. Era inútil pedir nada a aquel hombre, y recurrió a la rutina diaria de suplicar sólo a Dios, escuchar las noticias de la radio e ir por las calles para enterarse de los últimos rumores. Un día dio paso a una semana, y la frontera estaba todavía cerrada.

Tan pronto como la gente oyó que había una revolución en la capital, los terrores gemelos de la anarquía y la confusión saltaron fuera de Bogotá para abarcar toda Colombia. Ruth estaba acurrucada en su casa con los niños, y algunos de los santos, porque se había declarado el estado de guerra. Varias facciones luchaban por el poder, así como los terroristas, que luchaban por las calles. Volaban las balas por todas partes, y no había soldados ni policías que impusieran orden alguno. Sin duda ellos tenían sus propios problemas para decidir a quiénes tenían que apoyar, o luchaban sus

propias batallas. Era como los primeros días después de la muerte del hermano Johnson, una vez más (ver libro número uno) con Bill fuera y el terror en la terraza; pero esta vez Ruth tenía a cuatro hijos que le causaban temor añadido, así como varios creyentes. De vez en cuando se asomaba a la ventana y miraba rápidamente a la calle, preguntándose, entre otras cosas, cuándo podrían conseguir más alimentos, ya que lo que les quedaba desaparecía rápidamente.

Hacia el sexto día las cosas parecieron aquietarse algo. Ruth se quedó sorprendida, y muy asustada, cuando hacia medianoche vio a muchos de los vecinos, cubiertos sólo con vestidos de noche y con niños en los brazos, que abandonaban a toda prisa sus casas. Se vio que se dirigían hacia la iglesia católica, un poco más abajo en la carretera. ¿Por qué lo harán? Finalmente abrió la ventana y preguntó la causa ansiosamente.

«Vamos a pasar la noche en la iglesia porque hay mucho peligro y han dicho que iban a hacer volar toda esta sección de la ciudad esta noche. Recoja a sus hijos con mantas y venga con nosotros», dijo un hombre.

En esto, un vecino que había estado escuchando sacó la cabeza por la ventana y dijo: «Señora, yo no voy. Parece que hay mucho peligro, pero yo he decidido quedarme aquí con mi familia; y si usted quiere, puede traer a sus hijos y estar con nosotros. De otro modo, si desea quedarse donde está, si le parece, llámenos y procuraremos ayudarla.»

Estas palabras hicieron pensar a Ruth, y, procurando calmarse, decidió confiar en el Señor que los protegiera. «Gracias, pero voy a quedarme aquí», respondió con resolución. «Si necesito ayuda ya le llamaré», respondió al vecino.

«Sería más prudente si viniera con nosotros», insistió el hombre debajo en la calle. «La iglesia no la van a destruir. Tenemos que marcharnos. ¡Adiós!»

Apenas había transcurrido una hora cuando se oyó a distancia el ruido sordo de un gran camión. Ruth fue a mirar

con precaución por la ventana, y al acercarse el camión vio que estaba lleno de soldados. Se pasearon por la vecindad durante un tiempo. ¿Significaba esto que por fin restablecían el orden? Después de un rato los soldados fueron a la iglesia. «No hay que preocuparse, porque vamos a tener cuidado de vosotros», aseguraron a la gente. «Id a casa y a la cama, y podéis dormir.»

Se cuidaron de la gente, es verdad; pero Ruth creía en una mano más alta que había puesto esto en sus corazones. Llegó la mañana de un nuevo día, más pacífico políticamente. Al poco tiempo abrieron la frontera y Bill pudo regresar. Muy aliviado y agradecido de hallar a todos sanos. Era otra lección en la vía de fe.

A principios de 1958 se firmó un concordato en España. Por su parte, Colombia entró en un período de estabilidad relativa. La iglesia, entretanto, seguía expandiéndose rápidamente; y también lo hizo la nube, que no era mayor que la palma de la mano de un hombre cuando Bill había visitado el Brasil. El liderazgo de la iglesia por parte del personal del país iba desarrollándose ahora, y Bill sabía que continuaría prosperando, porque ya los colombianos estaban resolviendo sus problemas en una forma sensata y madura. Los pastores iban aumentando, producidos por ellos mismos, trabajando juntos sin celos o envidias y motivando a la gente a mantener un elevado nivel cristiano. Se había puesto un buen fundamento, pero Bill no sentía que le correspondiera edificar la superestructura. Se acercaba para él el tiempo de trasladarse.

Más tarde, aquel año, le ofrecieron a Bill que fuera a Uruguay para hacerse cargo de una obra en tanto los misioneros de allí iban en viaje sabático. Fue muy doloroso dejar a los colombianos con los cuales había hecho frente a tantos peligros, y una gran multitud fue al aeropuerto a despedirles. Tenían grande el corazón, pero pequeños los recursos. Se le partió el corazón a Bill cuando le ofrecieron lo mejor que

podían: unos pocos huevos, un pollo y algunos plátanos. Una señora anciana gastó gran parte del dinero que tenía para comprarles lo que en Colombia era un fruto raro: una manzana. Emocionados de modo que apenas podían expresar nada excepto con el lenguaje universal de las lágrimas, los Drost cruzaron el pavimento alquitranado del aeropuerto, dándose cuenta de que dejaban tras de sí gran parte de ellos mismos.

De hecho, Bill y Ruth habían dejado algo más detrás, y este algo era su método misionero. Eran pioneros de técnicas misioneras para plantar iglesias, que hoy son consideradas corrientes. Los métodos primarios de Bill para la expansión de la obra, aparte de su completa identificación y amistad con la gente, eran estimular la evangelización inmediata por medio de los nuevos creyentes, y acelerar el desarrollo de nuevos pastores por un proceso de «selección natural» espiritual, eliminando así la necesidad del entrenamiento formal teológico.

Donald Palmer informaría en profundidad sobre el «método Drost» en su libro *Explosión de evangelismo popular* (Moody Press). La misma estrategia, con resultados muy similares en éxito, sería presentada por un matrimonio joven, llamado para ir a Cambodia, en su libro *Ungidos para el entierro* (Logos), dos décadas más tarde. En realidad, no podía decirse que fuera un «método», sino que era sólo un redescubrimiento de la práctica de los apóstoles, que, enseñados en la escuela «peripatética» del Maestro, simplemente le emulaban. Ellos también habían encargado comisiones locales a los discípulos simples y corrientes..., y al hacerlo habían evangelizado efectivamente al mundo.

En tanto que la gente local seguía de modo natural lo que se le había enseñado, otros misioneros que habían quedado allí adoptaron el principio, de modo que después de tres décadas de la llegada de los Drost había toda una infraestructura de ministros e iglesias nacionales que saturaba el país. En Colombia había iglesias por todas partes.

IV

OTRA BATALLA EN EL RÍO PLATA

«¿Cuánto tardarán en llegar los visados?», preguntó Ruth a su marido. Se hallaban en Buenos Aires (Argentina), y allí se sentía en el aire la primavera fresca de la zona templada. Después de diez años en los trópicos el tiempo era nuevo y algo desapacible.

«No sé; creo que unos tres o cuatro días; por lo menos esto es lo que me dijeron», replicó Bill con calma, mirando cómo el río Plata iba transportando su precioso sedimento al Atlántico del Sur. A unas cien millas más o menos hacia el Este se hallaba Montevideo, su punto de destino, al otro lado del vasto estuario.

Bill estaba pensando otra vez en los años de la guerra. En este río, llamado «Plata» por los conquistadores, que pensaban sólo en tesoros, el barco de guerra *Graf Spree* había buscado refugio después de haber sido acosado en un sitio y otro entre tres continentes. Como sabuesos manteniendo a raya a un toro, los diminutos destructores británicos, llamados apropiadamente según el héroe griego, esperaban impacientes en las aguas internacionales cercanas, decididos a destruir a aquel salvaje merodeador de la marina mercante. Ya herido, el *Graf Spree* prefirió hundirse antes que luchar o arriesgarse a ser capturado. Sin duda su capitán había

salvado muchas vidas al hacerlo, pero no salvó la suya. Bill pensó: «¿Por qué siguen los hombres sacrificándose por causas equivocadas?» Sintió un dolor en el abdomen, en su parte inferior –los había sentido con frecuencia recientemente–, y esto le hizo abandonar sus reflexiones. Se volvió hacia Ruth: «Vámonos, hemos de ir al hotel a reposar. Me siento cansado.»

Tres días más tarde pudieron hacer la travesía a Montevideo; como de costumbre, Bill pasó el viaje devolviendo el desayuno, y, al poco, el té y la comida del día anterior. Luego entró en lo que los marineros llaman segundo grado de mareo, cuando se está tan mareado que uno teme que no se vaya a morir. Al llegar, hallaron que el país ofrecía un gran contraste con Colombia. Aquí la gente eran casi todos europeos, mucho más educados y relativamente prósperos, porque las llanuras ondulantes y fértiles que forman el Uruguay tenían sólo tres millones de bocas que alimentar. El pueblo uruguayo se sentía orgulloso, justificadamente, de los progresos que había hecho la nación, aunque en aquel tiempo estaban pasando un período de intranquilidad económica. Siendo los uruguayos algo liberales en temperamento, y algo conservadores en aspecto, Bill halló que podía estrecharles las manos tranquilo. En Colombia, a veces, tenía que contarse los dedos después de hacerlo.

Además de tener que acostumbrarse al español local, tardaron algún tiempo para acostumbrarse a la casa de los misioneros, y al hacerlo por poco pierden la vida. Arriba de las escaleras había una salita que contenía la provisión de gas embotellado; estaba llena de libros y periódicos viejos, como suele ocurrir en las casas de los misioneros. Ruth estaba buscando algo en esta habitación una noche, a la luz de una vela, y, de algún modo, uno de los periódicos empezó a arder sin que ella lo notara. Horas más tarde se despertaron y hallaron la casa llena de humo y la antesala en llamas. El camino escaleras abajo estaba bloqueado, así que, a pesar del peligro de una explosión, tuvieron que intentar apagar el

fuego. Una vez más Dios les salvó, y pudieron controlarlo sin que ocurriera ninguna catástrofe.

En otra ocasión se despertaron una mañana casi asfixiados por el gas. Uno de los gemelos había casi perdido el conocimiento, en tanto que Bill se quedó enfermo todo el día a causa del gas. Si Ruth hubiera dormido unos minutos más todos se habrían despertado en la eternidad.

Aunque hacían todo lo que podían, y la iglesia prosperaba, puesto que nuevos convertidos iban siendo bautizados en el río Plata, la salud de Bill se desmejoraba. Lo había notado ya en Cali por primera vez, un desinterés general y una lentitud al hacer las cosas. Debido a que su resistencia no era mucha, al parecer el residir en la parte alta del país le exponía a frecuentes ataques de disentería, y durante seis semanas había sufrido un ataque severo de cierto tipo de amiba que le había dejado completamente agotado. A pesar de mucho descanso y clamar continuamente al Señor, no mejoraba. A veces sentía como si su cuerpo estuviera lleno de llamas ardientes, pero se esforzaba para que Ruth no se enterara de su condición.

Sentándose en la cama, tratando de hallar alivio del dolor que parecía oprimirle el corazón, Bill se preguntó: «¿Cómo puedo decirles a esta buena gente que estoy casi terminado?» Miró a su esposa, que parecía estar durmiendo. ¿Dormía de veras? ¿Había notado ella cuántas veces le era imposible dormir y se había levantado para ir a dar unas vueltas inquieto por las calles? Otros misioneros habían tenido que ser llamados del campo debido a enfermedad..., ¿era esto lo que iba a sucederle a él? El doctor, en Colombia, le había dicho hacía un año que necesitaba descanso, pero él descansaba y, con todo, iba empeorando. Además, estaba perdiendo peso, y a veces perdía el conocimiento por unos momentos. De mala gana decidió consultar a otro doctor.

«Es necesario que se vuelva usted al Canadá tan pronto como pueda para hacer un cambio y un reposo completo; y cuando llegue allí vaya a ver a su médico inmediatamente»,

le dijo después de examinarle. «Usted está muy enfermo.» «Nos iremos a nuestro país dentro de unas pocas semanas. El misionero cuyo puesto ocupamos va a regresar pronto», replicó Bill. «Creo que estaré mejor cuando llegue a casa», añadió optimista. El doctor no hizo ningún comentario.

Esta vez la despedida no fue tan difícil, porque sólo habían estado en el Uruguay un año y no habían formado los lazos íntimos con la gente que resultan de compartir el sufrimiento. Mirando desde el avión el cielo claro, tuvo la premonición de que una gran batalla le esperaba, que le fue dada por el Señor. El resto del vuelo lo pasó en meditación algo preocupada.

Cuando llegaron a Miami para cambiar de aviones, Bill se sentía agotado. «Descansaremos aquí en el aeropuerto hasta la noche», le dijo a Ruth, sentándose cansado. En esto una voz le saludó.

«¡Hermano Drost, hermano Drost!» Era el reverendo Dunn, un antiguo amigo que pastoreaba una de las iglesias locales. «¡Alabado sea Dios, qué alegría el verles!» «He oído que venían en esta dirección, así que he pensado venir al aeropuerto y saludarles. Hay tiempo libre, de modo que puede venir y celebrar un servicio con nosotros. ¡Todo está dispuesto!» Y empezó a recoger algunas de las maletas.

Bill puso buena cara y siguió, sinceramente gozoso de ver a este buen hombre de Dios. Ruth, avergozada por lo desastrado de su aspecto, aseó como pudo a los niños, a lo cual, por sistema, ellos se resistían. En la casa del pastor les prestaron toda clase de atenciones.

Sentado en la plataforma esperando predicar, Bill clamó en silencio al Señor: «Oh Dios, sana mi cuerpo y líbrame de esta condición para que pueda seguir adelante con fuerza.» Inesperadamente recibió una respuesta clara: *«ESTE VIAJE SABÁTICO SERÁ UNA GRAN OCASIÓN PARA TI, Y VAS A GLORIFICARME COMO NUNCA ANTES.»*

Bill se sintió corroborado por estas palabras. En las semanas siguientes iba a necesitarlo.

V

¡SE HA APODERADO DE TI!

Acabada la reunión los llevaron otra vez al aeropuerto y emprendieron el vuelo en dirección a London, Ontario, donde muchas personas los estaban esperando para saludarles. Después de unos días de reposo en la casa de campo, emprendieron un circuito de reuniones muy cargado: Brockville; Hamilton; Toronto; e iglesia tras iglesia se regocijaba cuando oían las historias. Raramente podían ir a dormir antes de la una, y este ritmo estaba desencuadernando a Bill. Pesaba treinta y cinco libras menos de su peso normal, y aún seguía disminuyendo. Los vestidos le colgaban y parecían mojados, en tanto que sus mejillas hundidas y su tez color de cera proclamaban a gritos que había algo que iba muy mal; a pesar de todo, él seguía adelante sin ir al médido. En lo más íntimo del corazón no quería reconocer que estaba enfermo, aunque él lo sabía claramente.

Fue en casa del Revdo. Moulton, comiendo una noche, después del servicio, cuando Bill empezó a temblar de modo tan violento que el Revdo. Moulton pudo persuadirle de que fuera a ver a su médico de familia.

«Usted no está en condiciones de seguir viajando, Revdo. Drost», le dijo el médico después de hacerle un examen completo.

«¿Puede darme algo que me mantenga en pie, doctor?», le preguntó Bill, teniendo idea, a medias, de cuál sería la respuesta.

El doctor le respondió, amable: «No tengo ningún remedio para lo que pide. Mi opinión es que usted ha de ir a un hospital para una operación bastante seria; pero primero quiero que le vea este especialista.» La nube iba oscureciéndose. Era lo que Bill temía.

Poco después de salir él, el doctor telefoneó al Revdo. Moulton para decirle en privado que creía que Bill Drost padecía de cáncer. Con lágrimas en los ojos, el Revdo. Moulton hizo muchas llamadas telefónicas para pedir a su gente que orara aquella noche. El día siguiente Bill fue a Montreal a ver al especialista, y se quedó sorprendido al hallar que el doctor era un antiguo amigo de la infancia. El Dr. Arnold Jones se quedó igualmente sorprendido al hallar que Bill era un misionero.

Después de completar el examen, el Dr. Jones se le encaró seriamente: «Sé que eres un hombre de Dios, y en cuanto pueda he de serte franco...», empezó; «tengo la impresión de que tienes un cáncer... en un estado muy avanzado. Necesitas ir al hospital para hacer varias pruebas inmediatamente y una operación. Estarás allí mañana por la mañana», añadió con énfasis.

Bill ya esperaba malas noticias, pero no que fueran tan devastadoras, y de momento se quedó sin saber qué decir. «Doctor Jones, ¿de modo que lo que tengo es cáncer?» exclamó, resistiéndose a creerlo.

Mirándole directamente, el especialista replicó: «Es peor que esto. ¡La verdad es... que el cáncer se ha apoderado de ti!» Siguió diciéndole a Bill que tendría que ponerle un tubo en el costado, y amablemente se ofreció para ser su médico personal. Pero no podía darle muchas esperanzas, ni aun con una larga operación.

«Doctor Jones, tengo que ir a mi casa en New Brunswick para ver a mi gente antes de hacer nada», fue la conclusión de Bill.

«Te advierto seriamente respecto a la idea de ir a ninguna parte como no sea al hospital. Estás muy enfermo.»

«Doctor, he tomado ya la decisión. ¡Voy a New Brunswick!».

El Dr. Jones sacudió la cabeza resignado: «Si vas allí, ve a ver al Dr. Everett Chalmers, en Fredericton. Ésta es su dirección.»

Al dejar el despacho, Bill estaba en estado de *shock* y apenas pudo hablar a su compañero; quería estar solo. Las promesas del Señor parecían muy distantes. ¿Había oído realmente a Dios, o había sido una imaginación suya? No, él sabía que lo había oído. Pero, ¿qué era exactamente lo que significaban aquellas palabras? ¿Era éste el último y prolongado adiós, al que había que hacer frente con fortaleza de ánimo? Si lo era, ¿qué sentido tenía que se sometiera al bisturí en el hospital? Con muchas preguntas y pocas respuestas emprendió el camino hacia New Brunswick.

El primero de junio era un día de compañerismo en Harvey, y Bill figuraba en el programa como orador. Hubiera preferido esconderse, pero el afecto y compasión con que le recibieron le hicieron albergar la esperanza de que los creyentes podían pedir a Dios y conseguir un milagro en sus oraciones. Algunos no parecían tener tantas esperanzas, y se oyó a más de uno comentar que «el pobre Bill no durará mucho». El Revdo. Dudley, en cuya casa se hospedaba, le tenía toda clase de consideraciones. En el curso de los años Bill había aprendido a respetar el poder de la oración de este hombre, y cuando le dejó para consultar al Dr. Chalmers una mañana, estaba esperando que le daría un informe distinto, por más que no se sentía mejor.

Esperando en la sala se sintió muy débil, y temblaba. Sentado frente a él se hallaba un obrero pentecostal a quien había conocido hacía muchos años, y que se había echado atrás. Esta idea cruzó su mente: «Bueno, por lo menos puedes dar gracias a Dios de que mueres victorioso.» Bill sacudió la cabeza y trató de desprenderse de esta idea como del diablo, pero de vez en cuando el pensamiento le volvía.

El Dr. Chalmers le hizo muchas preguntas y luego le

examinó. «Usted debía haber ido a ver a un médico hace mucho tiempo, puesto que ha estado pasando sangre», le dijo; y añadió: «Usted debía haber sido operado hace mucho tiempo. El cáncer está tan avanzado que va a necesitar un tubo en el costado para el resto de su vida.» Pero el comentario final fue como una esquela mortuoria para Bill: «Incluso si la operación sale bien, nunca podrá regresar al campo misionero.»

Ésta fue la paja que hizo descender el platillo de la balanza. Aparte de un milagro, estaba terminado como misionero, quizá terminado del todo, simplemente. Finalmente, Bill dijo: «Doctor, he de ir a Plaster Rock para una convención.».

«Usted no está en condiciones de viajar. Debe ser operado inmediatamente.»

«No, yo me voy a esta convención. Puede hacer los arreglos en el hospital para la semana siguiente», concluyó Bill. La pesadilla proseguía.

VI

ADIÓS A TODO ESTO

Plaster Rock fue una repetición de Harvey Camp, sólo que Bill se sentía peor. No sólo había llegado al fin de sus fuerzas, sino también al fin de su ánimo. Echándose sobre la cama en su pequeña cabina del campamento, Bill clamó a Dios: «¡Déjame quedar aquí!» Por la noche del 7 de julio sufrió una hemorragia y se desmayó, intuyendo que se hallaba camino a la eternidad. Ruth, viendo que algo iba mal, corrió a la habitación, llena de ansiedad.

«Querido, déjame ir a buscar a los hermanos para que vengan ahora mismo y oren», dijo Ruth, procurando mantener la serenidad.

«Oye, son a centenares los que han estado orando en mi favor, y he sido ungido muchas veces. No quiero más oraciones. Pero quiero decirte esto: no te vayas con los niños otra vez a Sudamérica...; son demasiado jóvenes para ir allá.» Exhausto, añadió: «Déjame que me muera en paz.»

No sabiendo qué otra cosa podía hacer, Ruth salió de la habitación orando con desesperación y pidiendo guía. Bill llamó otra vez a su Creador: «Dios, estoy muy desanimado. ¿Qué es lo que retiene las cosas arriba? ¿Por qué, oh, por qué no me curas? ¿Hay algún pecado en mi vida? Oh Dios, muéstrame si soy ciego.» Luego leyó Santiago 5:14 varias veces: *«¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren sobre él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.»*

Esforzándose por levantarse, anduvo hacia la puerta y salió de la cabina. El aire fresco le recordó de momento la escena, que ahora parecía tan lejana, cuando se apoyó contra el pretil del puente, junto al bandido. Ahora, una vez más, se apoyaba en un puente, pero éste cruzaba el río de la muerte, y no tenía fuerzas para retroceder. En aquel momento, Glenn Ireland, un gran obrero cristiano, se le acercó.

«Hermano Drost, tengo una carga en el corazón acerca de usted, y he estado pidiendo a Dios por esta causa. Creo que deberíamos llamar a los hermanos y orar por usted», dijo gravemente.

«Hermano Ireland, no puede decir que Dios vaya a curarme...», empezó Bill, y en realidad no podía; aunque estaba luchando hacía tiempo por poseerla, sabía que la fe que halla la sustancia de las cosas que se esperan no estaba con él. «Pero si usted llama a los hermanos estaré contento», terminó, completamente resignado a todo lo que viniera. Con paso lento se volvió a la cama.

A los pocos minutos sus hijos y su esposa estaban juntos alrededor de la cama, acompañados por un grupo de predicadores. «¡Oh Dios, no permitas que muera papá, no permitas que papá nos deje!», rogaban los niños, en tanto que los pastores hicieron sus intercesiones aparte como mayores, y gimiendo. A pesar de la sinceridad y fervor de sus oraciones, Bill no sentía nada; ningún poder pasó por su cuerpo para disolver el cáncer y quitar el dolor, y empezaron a marcharse; totalmente agotado, Bill cayó dormido.

Al despertarse por la mañana, Bill se dio cuenta de que había dormido sin tener que luchar para poder respirar, y sin ser despertado constantemente por el dolor. Al principio pensó que debía estar soñando; luego, al reflexionar, se quedó asombrado. ¡Por primera vez desde hacía mucho tiempo tenía hambre! La convicción de que Dios le había curado –aunque no la comprensión de ello– estaba aumentando en él por momentos. Se sintió ligero y entusiasmado. Le dijo a su esposa que quería algo de comer, y se dirigió hacia el comedor. Un hermano negro que cumplía el deber de cocina le recibió.

«Hermano Bill, «¿qué hace usted aquí?», exclamó.

«He venido para desayunar. ¡Creo que el Señor Jesucristo me ha curado! ¡Tengo hambre!», contestó Bill.

El cocinero se le acercó y le miró atentamente. «¡Gloria, aleluya! ¡Hermano Bill, creo que le ha curado! Pero ¡el desayuno no está preparado todavía! ¡Espere que le daré algo! ¡Oh, gloria, aleluya!»

Después de un buen desayuno Bill tuvo que ir al retrete, y pudo defecar sin dolor alguno. Durante meses apenas podía ir al baño sin desmayarse. Nunca había sentido su cuerpo, alma y espíritu tan llenos de gozo y alegría y santa reverencia, todo junto al mismo tiempo. Completamente reavivado, dio testimonio a todos los que encontraba de que el Señor le había curado. Algunos se alegraban, pero muchos parecían quedarse escépticos, porque todavía estaba en los huesos. No sin algunas dudas, un individuo echó mano de una máquina fotográfica para sacar fotografías del tipo «antes y después». A pesar de su testimonio, los otros seguían diciendo: «Pobre Bill, no durará mucho tiempo.» Era como la historia de la Biblia en que los creyentes oraban sin cesar para que Pedro fuera soltado de la prisión, pero no podían creer que sus oraciones habían sido contestadas. La familia creía, sin embargo, y estaba eufórica.

Es curioso, pensaba, que no había sentido nada cuando la gente oraba pidiendo a Dios que le curara; nadie había arrancado el cáncer de su cuerpo; no había ocurrido nada espectacular en ningún sentido; ni aun unas cosquillas como de electricidad. Pero aquí estaba, mejor de lo que se había sentido desde hacía años. El Señor parecía haber disuelto la enfermedad silenciosamente mientras estaba dormido. En tanto que pensaba en estas cosas, Satanás dejó caer esta idea en su mente: «Has mejorado hoy. Pero ¡esto sólo durará un día!»

¡Sólo un día! Hoy se celebraba el Día del Misionero, y

él sentía que ya le estaban llamando el Amazonas y el Brasil. Empezando a ponerse nervioso, exclamó: «¡Oh Dios, ayúdame! ¿Quién va a ir al Amazonas? ¿Quién? ¿Quién? ¡Oh Dios, sálvame!» Entonces el Señor le sugirió el pensamiento: «Dios da fuerza para hoy; baste al día su afán. Mañana no habrá ningún problema.» Tranquilizado, se regocijó otra vez y fue a la reunión misionera como quien está muy envuelto en los asuntos de esta vida. El día siguiente se sintió libre y más fuerte que nunca. Cuando dijo adiós al retiro de Plaster Rock, sabía que estaba diciendo adiós a años de sufrimiento. Era algo glorioso estar vivo.

«Hoy tienes la hora asignada en el hospital para la visita», le recordó Ruth. En vez de sonar estas palabras como un toque de muertos, fueron un golpecito en la espalda que avivó su gozo.

«Ya lo sé, pero me dará vergüenza estar allí, porque me siento tan bién. En realidad, ¡tengo tanto entusiasmo como si tuviera dieciséis años!»

«Dieciséis o los que sean, lo mejor es que vayas», se rió Ruth, y juntos se dirigieron al imponente edificio. Como era el día en que estaba señalada la operación, los doctores le esperaban. Vino un doctor para examinarle.

«Doctor, no creo que debiera estar aquí», empezó Bill. «No me siento mal; no siento dolor alguno; me siento muy bien.»

El doctor le miró con una mirada de extrañeza, y no hizo más caso de su comentario. Así que comenzó su examen, pero se quedó sorprendido a medida que progresaba. Llamó a otros especialistas para que también le examinaran, y, a pesar de sus protestas de buena salud, los médicos insistieron en que debía quedarse. ¡Y se quedó! Durante nueve días le hicieron toda clase de pruebas. Le pincharon, le sacaron sangre, le exploraron por rayos X, con y sin bario. Y, como el Gran Duque de York, tan pronto como hubieron terminado empezaron otra vez. Le examinaron el estómago y los intestinos, el hígado y el corazón, en fin todo lo que pudieron. Ya se estaba cansando. A Bill le parecía que tenía dos cabezas. Todo el personal médico del hospital, incluido el dentista, estaba asombrado y sin saber qué decir. Finalmente tuvieron que admitir: «Revdo. Drost, no sabemos adónde ha ido a parar el cáncer.»

«Tampoco lo sé yo», les contestó Bill, «pero sé por qué se marchó: porque había millares de personas que estaban orando por mí al gran Dios y Salvador, Jesucristo.» No quedaba otro recurso que darle de alta, considerando que estaba en perfecta salud. Adónde iba a dirigirse, Bill lo sabía sin la menor duda.

VII

TODO LO QUE PERMITE EL CIELO

El verano de 1960 había llegado y había pasado, y el Brasil le estaba llamando. Esta vez, sin embargo, no iban a ser las inmensidades sin comunicaciones de Amazonia, sino la ciudad activa e industriosa de Sao Paulo, que absorbía obreros de las áreas rurales de todo el país, con un hambre que no podía ser satisfecha, en el curso de su industrialización. Todos los males de la gente y la contaminación del pecado que habían venido acumulándose, se hicieron patentes cuando llegaron Bill y su familia, y no había nada que detuviera el impulso adquirido por el materialismo. La cabeza de Sao Paulo daba vueltas en la intoxicación de los tiempos modernos a los que habían llegado a marchas forzadas. sus habitantes se apresuraban al compás de la música de este nuevo carnaval de la maquinaria. Después de estar metidos en las fábricas toda la semana, los fines de semana eran atraídos por los estadios de fútbol, para presenciar las proezas de un Pelé y, quizás, olvidarse durante un rato de todo lo que habían perdido, frente a lo poco que habían encontrado. Hartados pero insatisfechos por todo ello, algunos empezaban a dirigir sus oídos al sonido de otro tambor. Y los que

querían andar al paso del mismo no iban a sufrir un desengaño después.

Los Baker, a quienes habían de sustituir para un período sabático, fueron a recibirlos al aeropuerto, y se quedaron con ellos durante una semana para orientarlos. El tráfico de Sao Paulo, incluso en 1960, era horrendo, con cuatro millones de personas intentando abrirse paso por carreteras y calles insuficientes, y conducir el *jeep* por ellas ponía a Bill nervioso al principio. Pronto estuvieron solos, con dos iglesias en la ciudad, y una emisión por la radio matutina de la que tenía que hacerse cargo; todo ello en portugués, una lengua que apenas conocía.

Sin embargo, Bill comunicaba el evangelio, y durante este período un pastor con toda su congregación abrió los ojos a una luz más potente, y él y su iglesia quisieron todos ser bautizados. Los creyentes en el área se dirigieron al mar para presenciar la ceremonia, y estaban de pie en la orilla. Primero se presentó el pastor para ser bautizado, y al salir del agua el buen hombre empezó a saltar y agitar las manos.

Bill se sintió animado al oír los sonidos incoherentes que pronunciaba el pastor, y exclamó: «¡Alabado sea el Señor! «¡Esto es! ¡Esto es! ¡Da la gloria a Dios, hermano!» «¡Oh, gloria, aleluya!» En la orilla la multitud se unió al entusiasmo, alabando con energía al Señor por este hermano que había sido tocado con tal poder.

«¡Sí, deja paso al Señor para que muestre su poder!», continuó Bill, y se quedó sorprendido cuando el pastor se sumergió otra vez en el agua y salió balbuceando. Pensando que estaba cayendo bajo el Poder, Bill reunió toda su fuerza alrededor del pastor para apoyarle en su gozo. Los brazos del pastor se movían cada vez más rápidos, y la iglesia alabó al Señor aún más.

Ahora Bill tenía ya dificultades para sostenerle; el pastor, de nuevo se soltó del abrazo de Bill y se dejó caer de cabeza al agua, moviendo los brazos rápidamente. Esta vez Bill le siguió y le sostuvo, en un intento de no interrumpir lo que

parecía un movimiento divino tan poderoso; levantó las manos del pastor una vez más en el aire con un sonoro «¡Amén; sí, alabado sea Dios!»

La gente de la playa pensaba que todo esto era maravilloso, ya que no había visto nunca antes un bautismo así. Bill, sin embargo, estaba empezando a pensar que quizás ocurría algo raro, porque los sonidos que hacía el hombre no eran lenguas reales, y le parecía que estaba luchando para echarse de cabeza al mar. ¿Se había equivocado Bill? ¿Tenía el hombre tendencias suicidas? Bill cesó de adorar y acercó el oído a la boca del pastor para escuchar cuidadosamente las palabras.

«¡A...yú...de...me, se me ca...yó la dentadura postiza en el agua!», estaba gritando el hombre frenético, luchando para encontrarla.

A medida que se acortaba el tiempo que faltaba para el retorno de los Baker, el poder de la Palabra de Dios iba aumentando más y más, en un avivamiento que iba a ser legendario. Habiendo visto a Dios confirmar su Palabra con señales y portentos, Bill estaba contento de haber tenido algo de parte en ello. Una vez más era tiempo de partir. ¿Hacia dónde, ahora? Bill buscó la voluntad de Dios para el futuro.

VIII

UNA INDICACIÓN HACIA LIMA

La voluntad de Dios parecía empujar a Bill hacia el Perú. La Junta de la Misión estuvo de acuerdo en enviar a los Drost a Lima, la capital, como pioneros. Bill disfrutaba ante esta perspectiva, porque se hallaría de nuevo en un país de habla española y, por tanto, estaría más familiarizado con la lengua. Una vez más hacia la estación, los Baker estaban listos para llevar a los Drost al aeropuerto en el *jeep*, pero ahora tres de los cuatro muchachos ya eran adolescentes, y con todo el bagaje necesitarían dos vehículos.

«Querida, iré un momento a Correos con los muchachos en tanto que tú vas delante y facturas el equipaje», dijo Bill, que nunca podía tolerar la idea de perder el correo.

«No estoy segura de que debas hacerlo. Comienza a oscurecer, y ya sabes el tráfico que hay allí...», advirtió Ruth.

«No te preocupes, ya llegaré a tiempo. Tú vas y yo te encuentro allí.» Ruth cedió, aunque convencida de que no debía hacerlo.

«¡LA ÚLTIMA LLAMADA, la última llamada! ¿Quiere la familia Drost subir a bordo inmediatamente?», se oyó por el altavoz. Ruth iba de un lado a otro por el área de facturación completamente frustrada e indignada. Faltaban sólo cinco minutos para la salida y todavía no había señales de Bill ni los muchachos. Trató de explicar el retraso al empleado. Éste se había tomado la situación con buen humor, y contestó que retrasarían algo el vuelo. Ruth le dio las

gracias con efusión, y volvió a pasearse de arriba abajo nerviosamente. Cuando habían transcurrido veinte minutos más, vio que el avión no iba ya a esperar más tiempo, y no se atrevió a pedir una nueva extensión. Sin duda se trataba del tráfico. ¿Por qué les había dejado ir? Con fervor pidió a Dios que detuviera el avión hasta que llegaran. ¿Perderían el dinero que habían pagado por los billetes?

Al cabo de cuarenta y cinco minutos de espera todavía no había señal alguna de ellos. Ruth se sentía prácticamente desconcertada, porque el avión todavía se hallaba sobre el pavimento, y los pasajeros probablemente estaban a punto de estallar.

Cuando hacía una hora que debían haber partido, llegaron corriendo y sudando. Ruth miró a Bill mientras éste explicaba que el tráfico era «el peor que nunca había visto». Ante las miradas airadas y los murmullos de los ocupantes, el empleado los acompañó al avión. «Pasen por aquí, por favor», les indicó; y, con sorpresa, ellos escucharon que les decía: «¡Llevamos pasaje en exceso, así que tendrán que venir más adelante! Espero que no tendrán inconveniente», dijo, más bajo, al oído a Ruth. Ésta le siguió. Ruth habría viajado en el departamento de equipajes, después de haber causado esta demora; en vez de ello los acomodaron en primera clase hasta el Perú.

Perú es la tercera nación en importancia de Sudamérica. Su nombre se deriva de una lengua india quechua, y significa tierra de la abundancia, y durante la civilización inca había sido así, incluso con una población evaluada en unos doce millones. Antes de la llegada de los españoles, diferentes grupos indios habían ocupado las diversas regiones naturales, y el área no fue unificada políticamente hasta 1438. Esto fue realizado por los fabulosos incas, que, empezando como una tribu pequeña alrededor de su capital, Cuzco, habían iniciado una carrera de conquistas que antes de cien años les había permitido establecer un imperio que se extendía desde la frontera de Colombia hasta la parte central de Chile, una distancia de 2.500 millas.

La expansión súbita de los incas fue uno de los sucesos más extraordinarios en la historia; los dos hombres que la realizaron, Pachacuti, el hijo de Viracocha (1438-71), y su hijo Topa (1471-93), han sido comparados a Felipe de Macedonia y Alejandro el Grande. El hijo de Topa, Huayna Capac (1493-1525), continuó sus conquistas en el Ecuador, pero el imperio por entonces ya había alcanzado sus límites naturales. La gran consolidación de la América del Sur en este período, por los aztecas al norte, y los incas al sur, iba a facilitar en gran manera las conquistas de los españoles. Sin duda el hecho no fue accidental.

El descubrimiento del Pacífico en 1513 por Balboa estimuló el interés de los españoles en la costa occidental de América del Sur, y la escena estaba preparada para Pizarro. Junto con otro soldado, Diego de Almagro, y el sacerdote Hernando de Luque, exploraron el Perú, y hacia 1527 se habían quedado convencidos de la fabulosa riqueza de los incas. El gobernador de Panamá, sin embargo, no se dejó convencer, así que Pizarro regresó a España para obtener una encomienda de Carlos I.

En la corte del rey, Pizarro describió con tal habilidad un cuadro de conquista y botín, que recibió autoridad para conquistar y gobernar. Saliendo audazmente, a principios del 1531, con ciento ochenta hombres, estableció una base en el norte del Perú y cruzó los montes para tomar contacto con el inca Atahaulpa, recientemente victorioso en una guerra civil contra su medio hermano, y que residía cerca de Cajamarca con un ejército de treinta mil hombres.

No discerniendo que los españoles estaban cabalgando una ola histórica, Atahualpa aceptó con desprecio la invitación de encontrarse con la banda de Pizarro. Cometió la equivocación de entrar en negociaciones con un cuerpo de guardia inadecuado y fue hecho prisionero a traición, y los españoles exigieron un inmenso rescate para darle libertad. Después de recibir este rescate los españoles añadieron traición a su traición, ordenando que fuera ejecutado,

poniendo como pretexto para ello el asesinato del medio hermano de Atahualpa cometido por éste en la guerra civil. Con miras a controlar a los indios, Pizarro reconoció a Manco Capac, el hermano de Huascar, como inca. En noviembre de 1533 los españoles ya habían ocupado Cuzco, y había empezado el período colonial.

Con la caída de Quito (que ahora forma parte del Ecuador), Diego de Almagro partió para conquistar su propio territorio de Chile. En 1535, Pizarro, para facilitar las comunicaciones con Panamá, fundó una nueva ciudad en la costa, llamada Lima, y repartió las tierras circundantes a los soldados suyos sobrevivientes.

Un año después aparecieron problemas en forma de una rebelión de los indios acaudillada por Manco Capac, pero fue sometida. Poco después, descontento con la pobreza de Chile, Almagro regresó a Cuzco y procuró apoderarse de la ciudad. Sus antiguos amigos ahora eran sus enemigos, y para 1541 ya se había terminado el oro; la traición había dado un círculo completo para apoderarse también de sus vidas.

Durante la segunda mitad del siglo la Corona española estableció un control regio sobre las tierras de los conquistadores, y, temiendo que el hijo de Manco Capac, Topa Amaru, resultara peligroso, el virrey Toledo ordenó que fuera ejecutado. El imperio inca había quedado liquidado.

El virreinato del Perú administraba toda la América del Sur, excepto Venezuela y el Brasil portugués. Si bien se cultivaba la tierra, lo que hacía importante a la colonia española del Perú era la minería de los metales preciosos, y la riqueza, el poder y el prestigio se acumulaban sobre Lima. Más tarde fueron establecidos muchos monasterios... y también la Inquisición.

El resultado fue una sociedad de expatriados altamente estructurada; pero durante el siglo dieciocho la nueva dinastía de los Borbones en España inició una serie de reformas, subdividiendo el territorio de Sudamérica en secciones administrativas más pequeñas, en un esfuerzo por mejorar las

condiciones de la colonia, y ello quitó mucho poder a Lima. El declive en la producción del metal precioso añadió dificultades al Perú, y en 1780 los indios, que ya estaban sometidos a una onerosa taxación y labor forzada desde los tiempos de la conquista, se rebelaron otra vez. Su líder era un descendiente del último inca, Topa Amaru II, un hombre rico e instruido. Topa fue capturado y ejecutado después de un año, pero los indios lucharon hasta 1783, causando graves trastornos económicos.

A comienzos del siglo diecinueve el Perú se vio muy influido por el desarrollo intelectual europeo, pero no por sus revoluciones, como lo fueron otras colonias. Permaneció leal al Gobierno de ultramar, principalmente debido a la actitud conservadora de su aristocracia y a la presencia de mucho poder militar de España. Las liberaciones tendrían que venir de hombres de fuera.

San Martín, el general y liberador argentino, fue el que liberó al Perú. Intentó destruir el resto de la influencia española en Sudamérica; liberó a Chile en 1818 y usó el territorio para un ataque por mar al Perú. En 1820 ya había ocupado el puerto de Pisco en el Perú, forzando al virrey y su ejército a huir al interior. San Martín entró en Lima el 28 de julio de 1821 y declaró la independencia peruana. Faltándole poder para proseguir hacia el interior del territorio español, regresó hacia el Sur, dejando a Bolívar, el liberador de la parte norte de la América del Sur, para que los expulsara. Después de asumir el poder supremo en el Perú, Bolívar terminó su tarea en las batallas de Junin y Ayachucho. A fines del 1824 la independencia del Perú estaba asegurada.

La independencia, como muchas otras naciones habían de experimentar un siglo después, falló en resolver los problemas del país. Las ambiciones de los militares hicieron gran impacto en su gobierno, y, después de haber luchado y perdido una guerra con Chile (principalmente a causa de los depósitos de nitrato), en que Lima fue saqueada, el Perú empezó a entrar lentamente en tiempos más modernos.

El territorio en sí comprende tres áreas principales, de las cuales, una zona a lo largo de la mayor parte de la costa del Pacífico, desértica y árida, ha pasado a formar el centro de la población y la economía. Esta área recibe menos lluvia que el Sahara, y en Lima no llueve nunca, excepto cuando la corriente fría peruana llamada El Niño se muestra caprichosa. Esto ocurre sólo alguna vez cada varias décadas, y entonces el país queda devastado por las inundaciones.

La segunda área comprende las montañas de los Andes, complejas y escarpadas, que proporcionan alivio del calor tropical. En las laderas bajas, relativamente ondulantes –entre los 7.500 y los 11.500 pies (unos 2.000 y 3.500 metros)–, estaban las ciudades principales del imperio de los incas. Esta región es fértil, con suelos de origen volcánico, y está también densamente poblada. A medida que uno se eleva aumenta el frío y la población decrece, pero se producen fruto y patatas hasta los 4.000 metros, que es el límite de la habitabilidad humana.

Hacia el Este los Andes descienden a una región, la tercera, húmeda y densa en vegetación, formada por las selvas primitivas de la cuenca del Amazonas y sus afluentes, ricas en animales variados; aquí hay tribus primitivas que viven con el producto de la agricultura, practicada con métodos rudimentarios en el suelo rico del aluvión de las orillas cambiantes de las corrientes.

Antes del advenimiento del aeroplano, viajar en el Perú presentaba inmensas dificultades, que habían impedido prácticamente la unidad nacional. Iquitos, en la región superior del Amazonas, está sólo a 600 millas de Lima, pero los viajeros preferían tomar una ruta con un rodeo de 7.000 millas, que incluía el Pacífico, el istmo de Panamá, el Atlántico y el Amazonas, para no tener que cruzar los Andes.

Al cabo de cincuenta años de la llegada de los españoles habían perecido casi diez millones de indios. Importaron esclavos negros, y cuando esto fue prohibido importaron chinos para trabajar los campos; más adelante llegaron nuevos

grupos de blancos de los países nórdicos, españoles y japoneses. La mezcla por matrimonios, de estos grupos produjo nuevos tipos raciales: mestizos, blancos con indios; mulatos, blancos con negros; injertos, blancos con chinos o japoneses; zambos, negros con indios y; chinochola, negros con chinos o japoneses. Más tarde esto llevó a mezclas y distinciones adicionales aún más complejas.

Las diferencias en los estilos de vida y las actitudes dentro de los grupos son todavía pronunciadas. Los peruanos de ascendencia española y los mestizos viven principalmente a lo largo de la costa, controlan el país y son los dueños de la mayor parte de la riqueza nacional. Los indios de las montañas, que no destacan por su ambición, forman la mitad de la población y viven en una pobreza extrema.

En medio de este crisol, no sabiendo cuáles habían de ser sus labores, estaban a punto de ser colocados Bill y su familia.

IX

EL CRISOL PERUANO

Los Drost encontraron sorprendente la ciudad, y muy extraña. Estaba llena de la más preciosa arquitectura colonial y de historia del imperio; con todo, situada junto al mar y rodeada por dunas de arena y nada más, todo lo cual tenía por fondo los Andes majestuosos. Antes de una semana se pudo localizar una casa que pudieron alquilar, y los muchachos, que dominaban por completo la lengua española, fueron matriculados en escuelas locales. Bill tenía la impresión de que estaba empezando una nueva aventura.

Pero ¿dónde empezar? Entraron en contacto con muchos traductores de la Biblia Wycliffe, que estaban en Lima para reposar de sus labores en las lejanas selvas, y recibieron mucha información referente a las tribus indias. El hablar con los traductores estimuló su inspiración y su entusiasmo, y les impuso un deseo profundo de ayudar a los indios; pero por alguna razón Bill no se sentía libre de abandonar Lima. Entretanto, iba dando vueltas por la ciudad, observando las cosas por todas partes, como tenía por costumbre. Lo mismo hacían los muchachos, que, deleitándose en la obra del Señor, se habían convertido en evangelistas tan entusiastas y decididos como su padre.

Bill llamó a Ruth: «Voy a dar un paseo con el coche.» Había estado orando pidiendo instrucciones de Dios. Hacía unos dos meses casi que estaban en Lima y ahora empezaba a sentirse inquieto»: tenía necesidad de emprender algo. Era tarde ya, al anochecer.

«Procura estar aquí a la hora de la cena», le gritó Ruth desde la cocina. Esto no sirvió de nada, pues Bill apenas la oyó. Su mente se hallaba muy lejos, llena de anhelos para un avivamiento.

Condujo lentamente por el centro de la ciudad, mirando acá y allá, y con el deseo de recibir la dirección del Espíritu. Nada. Al llegar a las afueras de la ciudad tuvo la impresión de que debía avanzar por cierto camino por el que no había pasado nunca. La carretera, casi al borde de las dunas, tenía un piso pésimo, y había caminos que salían de ella, sin pavimentación, que llevaban a barriadas de aspecto deprimente. Después de avanzar entre baches unos minutos, Bill pensó que había caído en un error transitando por aquella carretera. Luego se dio cuenta de que no había sido así.

Ruth estaba limpiando la mesa después de haber comido los muchachos, cuando Bill irrumpió en el comedor de súbito y con precipitación, diciendo: «¡Oye, querida! Iba conduciendo por cierta carretera al extremo de la ciudad... Estaba a punto de dar media vuelta y regresar, cuando vi que llegaba a una barriada llena de indios, así que me detuve un momento. Entonces, súbitamente, tuve la visión de una gran luz por encima de un grupo de barracas. Sabía que Dios me estaba hablando. ¡Sé que Él tiene algo para nosotros! Iremos allí el domingo próximo, cuando los muchachos puedan venir con nosotros», gritó entusiasmado.

«¡Alabado sea el Señor!», gritaron los muchachos unánimes cuando Bill fue describiendo el lugar.

Apenas pudieron dormir a causa de la curiosidad, y a la mañana siguiente fue de nuevo a la barriada y halló que vivían allí unas cincuenta mil personas. Todos eran indios quechuas, de las selvas y las montañas, a los cuales habían dicho que hallarían oro, riqueza y trabajo fácil en Lima. Incapaces de leer o escribir, con pocos estudios, lo único que hallaron al llegar fue que se habían quedado atascados en la ciudad, perdidos, en la suma miseria. El Gobierno se vio

forzado a concederles tierra donde aposentarse y de alguna forma evitar que se murieran de hambre. Los indios erigían chozas como resguardo donde pasar la noche; sólo tenían esteras de paja en estas barracas; el suelo y el techo eran de barro. No había agua corriente ni facilidades de tipo higiénico de ninguna clase, como es natural. Cada día llegaba el camión-tanque con agua y llenaba unos barriles que estaban colocados a la entrada de la barriada. Algunos criaban gallinas, que picoteaban por todas partes; pero no había comodidad de ninguna clase. Era un «barrio bajo» típico, lleno de tugurios inhabitables.

Las mujeres, vestidas con faldas largas, de colores brillantes, tejidas en casa, llevaban recogido el pelo en una larga trenza, y portaban a sus hijos atados a la espalda con un chal. Los hombres llevaban el pelo trenzado también, bajo el sombrero de fieltro, y todo el mundo andaba descalzo. Estos indios eran considerados como los más humildes de todos socialmente, y para la población educada de Lima la posibilidad de tener algún contacto con ellos era tan factible como si vivieran en la Luna. El mero hecho de tener contacto con estos indios era causa de que uno se viera despreciado y todo el mundo le volviera la espalda, como Bill y Ruth descubrieron muy pronto.

Llegó el domingo y los muchachos se metieron en el coche con sus instrumentos, aunque nadie sabía lo que iba a suceder. Al llegar a la barriada, Ruth se sintió muy conmovida cuando vio las condiciones primitivas en extremo en que vivían los indios. Las calles –si podía llamárselas tales– eran muy estrechas, de modo que estacionaron su vehículo a la entrada.

«¡Santo cielo, las condiciones en que vive esta gente son desastrosas!», exclamó Ruth, mirando a su alrededor cuando salió del coche. «¿Qué es lo que podemos hacer ahora?», se dijo en voz baja, para sí misma casi.

«Quizá podemos dar una vuelta», dijo Bill, como si andar en un lugar así fuera la cosa más natural del mundo. Era casi como meterse en las barracas de los indios, puesto que las

tenían muy cercanas, y, al ser blancos, no podían por menos que llamar la atención.

«No estoy segura si podemos», respondió Ruth con aire de duda. Entre otras cosas, se imaginaba que los muchachos se extraviarían y se perderían en el laberinto de callejas. Al oír a su madre hablando de estas preocupaciones los muchachos protestaron con energía. Todavía estaban discutiendo esto, cuando oyeron la música de una guitarra. Mirando en dirección hacia donde venía la música, vieron al músico sentado delante de una casa. A su alrededor había un par de hombres que empezaron a cantar. Los Drost escucharon con más atención y sus corazones empezaron a latir rápidamente, y les costaba creer lo que estaban oyendo, pues estos hombres estaban cantando cánticos evangélicos. Ahora ya, sin vacilar sobre lo que tenían que hacer, la familia se dirigió a toda prisa hacia ellos.

«¡Oigan, hemos oído lo que están cantando y hemos pensado que podríamos cantar junto con ustedes!», dijo Bill jovialmente, confiando que por lo menos alguno de ellos hablaría español. «Nosotros somos misioneros del Canadá y venimos para empezar una obra evangélica. Yo me llamo Bill; ésta es mi esposa Ruth, y éstos son nuestros hijos.»

Los indios, que por fortuna hablaban español, les dieron una calurosa bienvenida y les invitaron a cantar con ellos. Wynn, Wayne y Gerald empezaron a cantar de buena gana con su propia guitarra y su acordeón, y al final del servicio todo el mundo estaba encantado.

Como ocurrió con los colombianos quince años antes, ésta era gente de la montaña, y los Drost se entendían muy bien con ella. Estos indios habían ido a la ciudad, como tantos otros, para hallar un trabajo que no existía. Habían asistido a algunos servicios evangélicos antes de partir de su casa, y aunque conocían muy poco, sus almas estaban sedientas del amor de Dios. Cuando los indios les pidieron que volvieran otro día y les enseñaran, los Drost aceptaron la invitación de buen grado; no había duda acerca de la guía divina; aquello era perfecto, y Bill rebosaba entusiasmo de vuelta a casa.

X

NUBARRONES Y LLUVIA

El clima de Lima podría hacerle volver a uno loco. Durante ocho meses del año brillaba el sol sin interrupción, y durante los otros cuatro nubes espesas lo envolvían todo de modo que nunca se veía el sol. Cuando había niebla, los que no conocían el clima de allí podían pensar que quizás iba a llover; pero no llovía nunca. El cielo, sin embargo, estaba a punto de abrirse; pero esta vez no iba a ser el «Niño» caprichoso dejando caer tormentas sobre Lima, sino un Padre, cuidadoso y amante, derramando lluvias de bendiciones.

El hecho de empezar la obra en una barriada no era precisamente la manera de ganar amigos y personas de influencia, especialmente una barriada llamada Ermitania. Pero se hacía lo que se podía, o mejor, lo que el Cielo quería, si es que se hacía algo, y Bill sabía muy bien que los actos de Dios no siempre seguían los dictados de la diplomacia. Si Bill los hubiera seguido ya habría fallado al mismo comienzo. Eran mirados con condescendencia incluso por los mismos cristianos en cuanto a su enfoque, en tanto que las gentes que tenían en estima su propia reputación no querían ni saber nada con ellos. No importaba. Sus hombres, procedentes de la montaña, querían subir aún más alto, y era a ellos que había que ayudar.

Los tres primeros convertidos pronto fueron bautizados y llenos del Espíritu Santo, como lo fue un grupo de otros indios que se habían unido pronto a las reuniones evangélicas recientemente inauguradas. Paco, el músico, era un líder natural y evidentemente destinado a ser un pastor, así que Bill tuvo un cuidado especial con él. Antes de poco había surgido una iglesia próspera y llena del Espíritu Santo en Ermitania, en la que los indios presenciaron el poder de Dios para curar a los enfermos y cambiar vidas.

Una señora anciana llamada María recogió todos los ahorros de su vida para comprar una Biblia; no es que supiera leer y escribir, sino que la llevaba siempre consigo y, sin vacilar, detenía a la gente y con muchos modales les pedía que le leyeran o le repitieran algo de ella; de esta manera consiguió que muchas personas conocieran al Señor. Era realmente como en Cali, repetido de nuevo, y recordaban los días tan ocupados con la gente de Colombia.

Igual que en otras barriadas, la palabra se esparció por las regiones montañosas. Bill extendió sus visitas hacia la zona montañosa, y sufrió una dolencia recurrente de malaria, que minaba su energía. Una noche, después de haber hecho un largo viaje a una pequeña ciudad de los Andes, se sintió tan enfermo que no podía tenerse en pie. Se echó agotado sobre la única cama, que era simplemente un jergón de paja sobre unas tablas, y cuando llegó la hora del servicio estaba demasiado enfermo para sostenerse de pie. «Qué clase de hombre eres», pensó para sí. «Predicas curación, la gente está esperando escucharte, ¿y tú no puedes ni aun levantarte del suelo?» Haciendo un esfuerzo llamó a su hospedador. «Mire, ustedes empiecen a cantar. Luego, si me ayuda a sostenerme de pie, voy a predicar», le dijo tratando de dominar un escalofrío.

En una forma u otra consiguió dar el mensaje, pero tuvo que echarse en la misma plataforma después de terminar, mientras se celebraba el servicio de altar. Transpiraba con profusión y las sacudidas debidas a los escalofríos producidos por la malaria eran bien visibles, y las sienes le resonaban con los latidos. Era un tormento terrible. La fiebre le producía la impresión de estar muy lejos, cuando de repente una mujer india, sin ninguna cultura, le dijo en impecable inglés: *«¡El agua viva fluye a través de mí, el agua viva fluye a través de mí!»*

Bill reconoció la voz de Dios en la profecía. «¡Señor, si tú puedes hablar por medio de esta humilde mujer que no sabe leer ni escribir, tú puedes curar mi cuerpo!», respondió con fe. A partir de aquel momento la malaria desapareció para siempre.

De vuelta a Ermitania erigieron una iglesia con esteras de paja. En el techo, por encima de la mesa plegable que servía de púlpito, colocaron una lámina de plástico transparente, para que dejara entrar la luz. Los bancos eran rústicos y sin respaldo, lo cual no era un obstáculo para que la gente estuviera allí sentada horas seguidas para el culto. Ahora se había comunicado esperanza a los que que carecían de ella; los indios, que antes eran apáticos, se sintieron estimulados no sólo a mejorarse para Dios, sino que mejoraron sus alrededores para ellos mismos. Fue especialmente maravilloso ver a estos parias pasar a ser los llamados, cuando vidas jóvenes respondían al reto que se les presentaba de llevar el evangelio a otros.

Como en Colombia, sin embargo, también aquí había oposición alrededor. Los provocadores echaron una lluvia de piedras muy recia una noche mientras Bill estaba predicando, y varias de ellas atravesaron la lámina de plástico del techo y cayeron sobre el púlpito. Sin hacer el menor caso –pues Bill no se inmutaba a pesar de que sabía que no le querían allí–, como si hubieran intentado hacer cosquillas a un rinoceronte, y sin el menor comentario, apartó las piedras de la mesa y prosiguió como de costumbre dando el mensaje. «¡Aleluya!», prorrumpieron unánimes los hombres de la montaña.

Aunque los niños de Ermitania no tenían la menor idea

de lo que era la vida escolar, eran en extremo hábiles para hacer salir de la nada unos pocos céntimos con los cuales poder comprar algo de comer para un hermanito o hermanita que se moría de hambre. Con estos muchachos, Bill y sus hijos empezaron una escuela dominical para arrebatarlos... del Diablo. Algunos llegaron, en el curso de los años, a ser ministros de la Palabra.

Los acontecimientos se sucedían rápidamente, de forma que cuando la Iglesia colombiana –la cual estaba haciendo también grandes progresos y expansionándose– oyó acerca de la obra que estabámos realizando nos ofreció ayuda. Dos señoras colombianas –Isabel y Judit–, por la fe, vinieron para ayudar, junto con Lavern Larson, cuyos padres eran misioneros y todavía estaban trabajando en la obra en Colombia. Esto fue el comienzo de una entrega firme a la empresa misionera por parte de los colombianos. Un poco más tarde iban a enviar misioneros y pastores a tres continentes.

La Junta de la Misión norteamericana, ansiosa de ayudar también, con el antiguo mentor y amigo de Bill de toda la vida, Wynn Stairs, estaba también dispuesta a ayudar y comisionó a Grace y David Wiens para que se trasladaran al Perú con sus cuatro hijos, activos y rubios. Todos ellos se añadieron a la empresa, y, como comadrejas en una madriguera de conejos, empezaron la persecución de los peruanos por todas partes.

«Hermano Bill, tengo un problema.» Bill dirigió una mirada a la persona que le hablaba, para averiguar cuál era el problema. Se trataba de Judit, de facciones recias.

«¿Tiene un problema?», inquirió Bill.

«Bien, no yo en realidad. Estoy visitando a una señora que tiene un cáncer muy malo. Quiere ser bautizada y recibir el Espíritu Santo. Necesitamos ayuda para traerla a las reuniones.»

«Muy bien. Haremos arreglos para que Gerald vaya con usted para ayudarla», contestó Bill.

La señora enferma vino a la reunión. Tenía el abdomen hinchado y lleno de cáncer que una operación y el tratamiento de cobalto no habían conseguido eliminar, y en el hospital la habían enviado a su casa para que muriera allí. Tanto ella como su familia fueron llenos del Espíritu, pero al ir pasando las semanas tuvo que quedarse confinada a la cama, y ahora empeoraba rápidamente. Judit siguió visitándola regularmente, y se negaba a renunciar a toda esperanza, aunque la señora ya había caído prácticamente en estado comatoso.

Un día, inesperadamente, esta misma señora se presentó tranquilamente en la iglesia para dar este testimonio: «La otra noche, cuando yo me sentía muy enferma, de repente se me apareció el Señor. Estaba vestido de blanco y me miraba con cariño. ¡Entonces se dirigió a mi abdomen y me quitó el cáncer! ¡Oh, gracias, Jesús! ¡Oh, alabado sea el Señor!», y empezó a llorar. Después del servicio hizo un viaje de siete horas en autobús por las montañas para ir a contarles a sus parientes y amigos lo que el Señor había hecho con ella. El evangelio estaba amenazando sacudir a los infieles. Y también ocurrió otra clase de sacudimiento.

Hacia el tiempo en que llegaron David y Grace, Bill y los muchachos estaban en la región occidental de Yunga, un sistema de valles cerrados en el fondo de desfiladeros con lados rocosos que se elevaban hasta mil y mil doscientos metros en los Andes inferiores. Los indios trabajaban en los campos o bancales en forma de terrazas en las laderas, bajo un sol ardiente. Una mañana, mientras andaban, Bill y los muchachos se dieron cuenta de que había una quietud peculiar, como si toda la naturaleza estuviera tensa y esperando. El aire se había ionizado y el calor era agobiante, y había un aura de irrealidad alrededor, como si el Señor estuviera ya cerca.

En los campos los obreros empezaron a mirar hacia arriba y alrededor; ellos también habían notado algo. Entonces este algo sucedió. Se oyó un rugido sordo, retumbante, que surgía de sus propios pies y estaba aumentando por momentos en

intensidad. ¡Un terremoto! No habían presenciado antes ninguno de graduación intensa. Todo el ámbito de los alrededores estaba temblando, y el rugido resonaba en ecos por las paredes de los desfiladeros como un cañoneo. Luego, de las mismas paredes de los desfiladeros empezaron a descender enormes peñascos que rodaban dando grandes saltos. En los campos la tierra se abría y se cerraba como la boca de un gran pez hambriento, tragándose lo que había, incluyendo algún desgraciado indio que se hallaba en el sitio en que se producía alguna grieta; estos desgraciados desaparecían en el olvido con unos espantosos alaridos, en medio del fragor de toda la naturaleza que ahogaba sus gritos.

Echado sobre la tierra que temblaba, junto a los chicos, Bill presenció una de las escenas más asombrosas de su vida. Los hombres y mujeres corrían por los campos de un lado a otro sin sentido, presas de pánico, con los brazos en el aire como personas que oraban en una reunión al estilo antiguo. Estaban, en realidad, gritando una oración desesperada a Dios para que les mostrara misericordia y no les hiciera perecer. El temblor pasó, y después, al cabo de unas pocas horas, volvió otra vez, y así sucesivamente varias veces. Como los dolores de una mujer en medio de un parto prolongado, los terremotos y temblores duraron toda una semana. Quedaron afectadas áreas extensas del Perú, y Lima no escapó incólume. Había sido uno de los peores terremotos de que había memoria.

Cuando las cosas se hubieron calmado Bill se sintió impelido a ir y compartir el evangelio con los indios que habían estado en los campos, pidiendo a gritos a Dios que tuviera misericordia de ellos. Si realmente querían que la tuviera, ésta era una buena oportunidad. Jesús, les explicaba Bill, da paz incluso en el momento de un terremoto, y empezó la obra entre ellos.

XI

RUTH, DE VIAJE

A pesar de la ayuda extra que habían recibido, nunca había bastante tiempo para cubrir todas las necesidades. Hacía ahora unos tres años que estaban en el Perú, y además de la iglesia original de Ermitania, había otras tres en otras barriadas en el área de Lima, así como una iglesia en la ciudad. A cuatrocientas millas al Norte, en el lado oriental de los Andes, la ciudad de Chachapoyas tenía una iglesia. Cada día se iban abriendo otros puntos de predicación en otras barriadas y en la selva virgen.

Fue un gran gozo para Bill y Ruth el ver que sus hijos iban creciendo en todos sentidos. Gerald había ya terminado la escuela y estaba empleado en las líneas aéreas. A pesar de su entusiasmo, no siempre estaba disponible para hacer viajes largos si no tenía aviso con antelación. Los gemelos eran ya adolescentes, y Verner tenía seis años, bastante crecido para poder quedarse o para viajar si fuera necesario, lo uno o lo otro. Él prefería viajar. Los domingos por la mañana, junto con las chicas de Colombia, tocaban las trompetas y guitarras en la obra principal en Lima. Después de un corto desayuno, iban a visitar las iglesias de las barriadas, y siempre era bien avanzada la noche cuando regresaban.

Ruth recibió una petición de Lily Erismann, una señora de cierta edad, misionera, que vivía sola en Satipo, una ciudad al otro lado de los Andes, al nordeste de Lima, y consideró que no podía rehusar la invitación. Grace, que no tenía idea

de lo que implicaba el viaje, se ofreció para ir con ella. Emprendieron el viaje temprano el primer día, para unas nueve horas de marcha directamente por las montañas en un viejo autocar, hacia San Ramón, donde habían de pasar la noche. La carretera iba subiendo, al parecer para siempre, hacia uno de los pasos del Perú. Según la ley, los vehículos que viajaban por los pasos –incluidos los coches particulares– debían llevar botellas de oxígeno, porque en el aire enrarecido la gente se desmayaba. Sin embargo, si uno consideraba como un hecho que los vehículos públicos siempre llevaban esta provisión, se podía ser bastante optimista.

Las señoras estuvieron charlando alegremente durante un rato, pero a medida que el viaje progresaba fueron quedando más y más impresionadas por el panorama, y pasaron el rato mirando por las ventanas. El autobús iba jadeando, siempre más arriba, en primera, enfilando algunas curvas tan cerradas que a veces los pasajeros se preguntaban si el chófer sería capaz de pasarlas. En la América del Sur, a veces, no lo consiguen. Ya habían pasado la región templada y la región alta desnuda, y estaban avanzando por una altiplanicie entre los 4.000 y los 5.000 metros, en que crecen sólo hierbas para forraje, y que es el hogar de la llama. Con todo, la carretera todavía subía hacia la Janca, la sucesión de conos volcánicos cubiertos de nieve, llena de precipicios, que constituye la corona del sistema andino.

Era un día totalmente claro, como el cristal, cuando se acercaron al paso. A cincuenta millas hacia el Norte, el lago Junin brillaba al sol como un inmenso espejo en un paisaje lunar, y un poco más al Norte el monte Yerupaja elevaba su pico de casi 7.000 metros en el cielo helado.

«¡Mira, mira! ¿Ves allá?», dijo Ruth a Grace. Como no hubo respuesta se volvió hacia su compañera en el asiento de al lado.

«¡Santo cielo!», exclamó Ruth al verla. Grace estaba inconsciente. Los ojos desvaídos hacia arriba y la boca torcida con un gesto extraño.

«¡Señoras y caballeros», anunció alguien en aquel momento, «nos hallamos ahora en el punto más alto de la cordillera!»

«¡Chófer, chófer, pare, por favor!», interrumpió Ruth. «Mi compañera se ha desmayado y necesita ayuda. ¿Puede traer oxígeno?»

El chófer no se molestó en parar, pero su compañero acudió a donde estaba. «¡Oh, no, señora! ¡Lamento mucho que no traemos oxígeno hoy, no pensábamos que ocurriría esto!»

«¡No pensaron que ocurriría! Pero ustedes tienen la obligación de llevar oxígeno siempre...», replicó Ruth, sabiendo bien que era inútil protestar. No había manera de hacer cambiar la actitud casual de esta gente ante la vida. «Hemos de hacer algo. ¿Hay alguien que pueda ayudar con algo?»

Los otros en el autocar se encontraban todos muy mal, pero ninguno se había desmayado. Alguien sacó de un saco sales fragantes y las pusieron bajo la nariz de Grace, mientras que otro le rociaba la cara con agua. Entretanto, el chófer emprendió el descenso y pronto nos hallamos a una altitud inferior, yendo, como íbamos, cuesta abajo. Grace echó una mirada a su alrededor. «¿Dónde estoy?», preguntó.

«¡Señora, usted se halla al otro lado de los Andes!», le respondió alguien con orgullo.

Cuando llegaron a Tarma, una pequeña ciudad al borde de la altitud habitable, Grace se había recobrado. Tarma está situada junto a un río llamado Tambo. Aunque no se halla a una distancia mayor de cien millas del Pacífico, si se suelta un tapón en el Tambo, después de meses y de haber recorrido miles de millas, llegará al océano Atlántico, porque por debajo de San Ramón pasa a formar un río que se dirige hacia el Norte, a Iquitos y, por tanto, al Amazonas.

Al llegar a San Ramón necesitaban encontrar un lugar donde dormir, cosa bastante difícil. Era extraordinario ver a dos señoras blancas, solas, en un lugar así. La única habitación que pudieron hallar tenía una peculiaridad: carecía de cerradura.

Con nerviosismo amontonaron sillas contra la puerta y esperaron a que llegara la mañana.

Con estos dos pequeños traumas ya pasados al despuntar la mañana empezó el día, que no ofreció contratiempos nuevos

A pesar de tener mucho sueño se sintieron contentas de poder dirigirse al aeropuerto para hacer el resto del viaje. Cuando llegaron al aeropuerto se preguntaron si no se habían precipitado estando contentas. El aeropuerto era realmente un campo vulgar y corriente, y el avión era ligero y con muchos años de servicio. El piloto –o chófer, según tenía costumbre Ruth de llamar con este nombre a todos los que se dedicaban al transporte (algo que no gustaba a nadie)–, sin duda se veía un hombre de experiencia y buen humor, y parecía más bien un político haciendo mítines por un área rural que un capitán de líneas aéreas precavido. Según descubrieron, así tenía que ser.

En el avión, tras el piloto, estaba el lugar destinado para los dos pasajeros, que debían viajar en una carlinga abierta. Se trataba simplemente de un banco, sin cinturones ni correas, y con el bagaje amontonado detrás o encima de ellos. Cuando el avión empezó a dar saltos por el campo preparándose para el despegue, se agarraron al lado de la carlinga y la una de la otra. Luego empezó su carrera por la atmósfera enrarecida, antes de elevarse en el aire. El viento silbaba por entre su largo cabello, que ahora revoloteaba detrás. Tenían la impresión de que el viaje correspondería más bien a un par de chicas aventureras y audaces que a dos madres y misioneras sesudas. Sin duda el piloto pensaba lo mismo.

Poco después de despegar el avión se ladeó un poco y se dirigió hacia un largo valle, manteniéndose a baja altura y casi rozando los árboles. Volaba entre dos crestas montañosas cuyas sombras las miraban ceñudas. Durante media hora las ráfagas de aire turbulento les azotaron la cara horrorizadas, y sin atreverse a abrir los ojos, antes de descender en Satipo. No habían hecho nunca antes un vuelo semejante, y, aparte

del viaje de vuelta, nunca jamás lo harían. Cuando llegaron a Satipo, sin embargo, se dieron cuenta de lo mucho que significaba para su amiga el tener visitantes mientras luchaba sola en aquel puesto de avanzada, y sabían que lo volverían a hacer si fuera necesario.

Bill sacó una carta antigua de un cajón un día por la mañana. Había sido depositada en Correos una semana antes y contenía una petición urgente para que visitara a un matrimonio de misioneros que estaban trabajando en la selva virgen. Se la leyó a Ruth. Aparte de la petición de ayuda, contenía muchos detalles específicos sobre la manera de llegar allí, y era necesario que los diera. Este puesto de avanzada estaba localizado en un lugar llamado Tochachi, algo que parecía más alejado que Timbuctú.

Según la carta, para llegar allí, primero había que ir en avión hasta Juanjui, un pequeño aeropuerto situado a unas cuatrocientas millas al norte de Lima, sobre los Andes. Luego había que viajar en autocar cuatro horas, hasta un lugar llamado Yurimaguas. («¡Aseguraos de subir en el autocar debido, porque el otro va a Rioja, y si lo tomáis, vais a perder tres días!», añadía la carta como aviso.) En Yurimaguas sería necesario pasar la noche allí y después estar en la ribera del río antes de las cinco, para poder ponerse de acuerdo con el barquero de alguna canoa que los llevara, en un viaje de trece horas, corriente abajo, según la carta también explicaba.

Después de localizar Tochachi en el mapa, hallaron que estaba en el río Marañón, que brota al norte del monte Yerupaja. El río, entonces, se dirige hacia el Oeste desde el Norte, como si intentara desembocar en el Pacífico, pero en vez de hacerlo da media vuelta y serpentea hacia el Este, durante otras ochocientas millas, y acaba desembocando en el Amazonas, que es la corriente principal, por encima de Iquitos. La carta decía que el matrimonio estaría esperándoles con ansia hasta que llegaran. Bill respiró con calma. Por más que quisiera ir, aquello era imposible: estaba comprometido

durante la siguiente quincena para unas reuniones especiales en Lima. Ruth intuyó lo que él estaba pensando.

«Yo podría ir con los gemelos», sugirió Ruth.

«¡Y yo!», le atajó Verner, que estaba a la mitad de la comida. «¡Mamá, yo quiero ir!»

«Es lo único que podemos hacer. Quisiera ir, pero... Es un viaje muy largo para que lo hagas tú sola», advirtió Bill.

«¡Todo irá bien! Los muchachos vendrán conmigo», le aseguró ella.

Acordaron que Ruth iría con los tres chicos pequeños, porque Gerald no podía dejar el trabajo. Dos días después emprendieron el vuelo desde Lima en un pequeño avión para recorrer el trayecto que unos años antes habría requerido un rodeo de siete mil millas. Aunque más corto ahora, el viaje todavía era bastante largo.

Subieron al autocar en Juanjui. Los niños estaban emocionados. La carretera, a veces, parecía como un tajo hecho entre plantaciones de azúcar; tan estrecha era y tan alta la caña que rozaba los lados del vehículo. A pesar de esto el conductor, como de costumbre, iba lanzado a toda velocidad, confiando siempre en que no vendría ningún otro vehículo en dirección opuesta. Para decir la verdad, en un área así era muy improbable que esto ocurriera.

El sol ya se había escondido tras las montañas cuando pararon en el puerto de Yurimaguas, pero el aire vespertino era todavía muy caliente. Los ruidos de la selva durante el día –los chillidos de los macacos, y los cantos y pendencias de los otros pájaros– se cambiaron ahora en los ruidos de la selva durante la noche. En el puerto, millones de mosquitos zumbaban su himno de batalla, y las cigarras entonaban otro; en la selva virgen, voces más misteriosas, que sólo conocen los indios, se regocijaban de que se acercara la noche.

Hallaron un lugar que llamaban hotel en aquellos andurriales, y que sólo ofrecía una estera de paja que cubría una tabla sobre la que se podía reposar la cabeza. La advertencia de ir temprano para contratar la canoa tuvo a Ruth despierta

casi toda la noche; de todas formas, y hacia las cuatro treinta, salía del «hotel» y hacía el corto camino en la oscuridad hacia la orilla. Formaban una comitiva notable: una señora blanca en la oscuridad, que llevaba un gran sombrero de paja como protección contra el sol, con un niño en una mano y en la otra la maleta, seguida por dos adolescentes cargados con sus propios paquetes y todavía medio dormidos. Ruth pensaba vagamente en Gladys Aylward mientras se dirigía hacia el río Amarillo. En el río Marañón había un hombre cargando sacos a bordo de una canoa, el cual se paró para mirarla cuando se acercaba.

«Buenos días», le saludó Ruth. «¿Puede usted ayudarnos a hallar un bote para ir a Tochachi?»

El hombre la miró con aire de duda. No era muy corriente que un indio pidiera ir a Tochachi, y mucho menos un grupo como aquél; por fin, decidió que debía tener buenas razones para ir, así que le contestó: «Señora, este bote va a Tochachi hoy, pero el viaje no va a ser muy cómodo. Todo lo que puedo ofrecerle para sentarse son estos sacos de granos de café.»

«Si esto es todo lo que puede ofrecer, supongo que esto es todo lo que vamos a tener», replicó ella.

«Ustedes serán los únicos pasajeros...», añadió el hombre.

«Está bien, está bien», replicó ella.

Como la señora estaba resuelta a ir, les arregló asientos y apoyo para la espalda con los sacos, y les ayudó a subir a bordo. La canoa era larga y estrecha, y sólo podían sentarse dos personas, una al lado de la otra. Puso a los gemelos un poco más adelante, en sus propios asientos improvisados, y la única manera en que podían comunicarse era que ellos se encaramaran sobre los sacos y se dirigieran hacia la parte posterior de la canoa. En un extremo de la canoa estaba el motor con el «chófer», y en el otro un muchacho con un largo palo de bambú; los dos formaban la tripulación. Si había alguna dificultad, el muchacho hundía el palo en el fondo del río y retenía la canoa hasta que el otro resolvía el problema.

Le pareció a Ruth que iba a ser un poco difícil ir al retrete

en un viaje así, por lo que no había bebido mucho. El sombrero de paja era otra parte de sus preparativos, junto con una generosa cantidad de crema cutánea para protección contra el sol. Además, llevaba abundante cantidad de comida y bebida, y armada con estas defensas emprendió el viaje. El bote soltó las amarras y entró en la corriente.

El ruido del motor se perdía hacia atrás, y al deslizarse la canoa por entre el agua quieta, el coro agitado de la selva fue aumentando, *in crescendo*, para saludar a la mañana. Se dirigían hacia el Este, hacia el sol, que surgió de debajo del agua chorreando, y sus rayos horizontales revelaron algo de la gloria velada de la gran región virgen que es la Amazonia.

Al ir pasando las horas el día se fue calentando y la humedad aumentó. Algunas veces la selva cedía a un claro completo con algunas chozas pequeñas, donde los indios habían plantado azúcar de caña o bananas. Al ver a Ruth y a los chicos los saludaban amistosamente y los acompañaban un rato con sus propias balsas. Los muchachos estaban con la boca abierta a la vista de todo esto, mirando siempre por si había cocodrilos, o lo que ellos se imaginaban que lo eran. Los había en abundancia, aunque letárgicos y medio hundidos en el agua, como troncos viejos pudriéndose, pero poderosos y rápidos cuando se despertaban. El barquero los divertía con historias de tosoros esconsdidos, aventuras y vidas perdidas. A cambio ellos trataban de hablarle de la historia de su alma perdida, que él escuchaba con interés.

Al llegar la tarde empezaron a aparecer nubes de aspecto sombrío que llenaron el cielo. Sin embargo, ahora se hallaban ya cerca de Tochachi, así que no se preocuparon mucho. De alguna forma había corrido la voz de que llegaban, y en el dique pequeño de bambú sobre la orilla fangosa estaba esperándoles la pareja. Les supo mal que Bill no hubiera podido venir, pero se deleitaron porque ellos hubieran venido y se dirigieron rápidamente a la casa. «La casa» era lo más primitivo que Ruth había visto como vivienda de un misionero. El puesto destacado estaba totalmente aislado; no había

aviones, ni carreteras, ni coches, ni teléfonos, ni telégrafos, ni electricidad. Además de esto la verdura y frutos frescos eran escasos y sólo los había de vez en cuando; no había carne disponible, y el agua que habían de beber les llegaba de la provisión común. A pesar de estas dificultades, los misioneros eran felices y estaban llenos de gozo, y su fe había hallado favor entre los habitantes de los alrededores.

Siendo nuevos en el lugar, Ruth y los chicos eran objeto de curiosidad; todo el mundo los observaba cuando iban de un sitio a otro por las calles, y las mujeres no podían por menos que acariciar a Verner, que tenía el pelo muy rubio. Ruth había traído su acordeón, los gemelos sus guitarras, e incluso Verner había traído un pequeño tambor, de modo que los servicios religiosos por la noche se veían bastante animados. Los indios, que llenaban el lugar, carecían absolutamente de todo, es decir, no poseían nada. La mayoría no tenía ni calzado, y aunque la única luz era una lámpara de petróleo, se podía ver que iban a la reunión en realidad vestidos de harapos. Sin embargo, parecían estar contentos, y disfrutaban en el culto, en la presencia del Señor, y no se dejaban perder lo que nunca habían visto.

El único problema era la lluvia. Desde que llagaron no había cesado, y la semana que debían pasar allí había casi terminado. Conversaciones con los misioneros, reuniones con la gente del pueblo en sus humildes chozas, excursiones para los muchachos a la selva para ver la vida allí, y servicios por la noche, cada día; esto es un resumen de las actividades con las cuales la semana pasó rápidamente. Sus amigos se pusieron muy tristes cuando tuvieron que despedirlos. Excepto en casos de emergencia, o en sus vacaciones anuales, este matrimonio nunca salía de Tochachi y nunca recibía visitantes. No era posible dejar de admirarlos.

La noche en que habían de partir el barquero que los había traído les dio un consejo. «Señora, creo que sería mejor que se quedara unos pocos días más. Mire, ha llovido muchísimo y el agua está muy alta. Ha de hacerse cargo que es en

extremo peligroso viajar ahora. Hay toda clase de cosas flotando en el río, que va de crecida: ramas de árboles, y aun árboles enteros. Además tardaremos mucho más en el viaje de regreso, porque tendremos que luchar contra una corriente muy fuerte. En realidad, viajar ahora es muy peligroso...; ¿no cree que sería mejor que esperáramos dos o tres días?»

El barquero había descrito la situación de modo correcto y Ruth lo sabía. Había ido a mirar el río cada día y había visto la crecida constante y los restos de todas clases que arrastraba el Amazonas. Si una de aquellas ramas, por no decir un árbol, daba contra el bote, lo más probable es que se hundiera. Ruth no sabía nadar. Con un poco de suerte podrían haber sobrevivido un accidente de día y llegar hasta la orilla antes de ser devorados por los cocodrilos, y aun entonces tendrían que depender de los indios locales para que les ayudaran. Pero habría que viajar mucho durante la noche, cuando era imposible ver un tronco medio sumergido... ni un cocodrilo. Luego, si alguno se caía por la borda, la corriente rápida lo arrastraría muy pronto de modo irreparable. A pesar de todas estas consideraciones, el deseo de estar junto a Bill tiró más fuerte que todas ellas. «No, mi esposo nos estará esperando en el aeropuerto en Lima, y no tengo manera de informarle del cambio de plan. Si no nos presentáramos estaría muy preocupado. Creo que lo mejor es que lo intentemos.»

El hombre se encogió de hombros. Sabía que ella era decidida, y si estaba dispuesta a intentarlo, él era demasiado orgulloso para echarse atrás, aunque le pareció que ella no se daba cuenta de lo peligroso que era realmente. «Bueno, muy bien. Como usted quiera. Pero le advierto de los riesgos que corremos y no me hago responsable de nada que pueda ocurrir. Esté lista a las cinco de la mañana.» Y dejándola con esta advertencia, se marchó.

Por la mañana era oscuro, y, como había ocurrido durante toda la semana, la lluvia seguía cayendo como siempre. Anduvieron por entre el barro a la luz de una antorcha y en medio de los truenos y las exhibiciones luminosas, aún más

espectadores, de la naturaleza. Ruth no las tenía todas consigo al acercarse al puerto con los chicos, y todos estaban ya bastante mojados. No era sólo el barro lo que le hacía sentir los pies pesados como si fueran de plomo. ¿No habría sido mejor que se quedaran un poco más? Forzándose a seguir adelante llegaron al muelle, bajando a resbalones lo que quedaba hasta la orilla. El hombre estaba preparado.

Se quitaron todo el barro que pudieron de los zapatos y subieron a bordo, preparados para decir adiós. Ruth se sentía muy sola y abatida; el río estaba muy alto; los elementos, agitados; el viaje era largo; los hijos eran jóvenes. Les dio un trozo de lona para ponérselo sobre la cabeza y para que lo agarraran por los extremos como protección; el barquero se preparó para partir, así que desde debajo de la cobertura Ruth y los chicos gritaron adiós a sus amigos. Éstos se quedaban detrás y lo mismo la tierra; tristes y pensativos emprendieron la marcha corriente arriba, con el río de un humor bastante distinto de cuando habían llegado. Aunque los chicos no parecían muy preocupados, Ruth no cesaba de orar en silencio, pidiendo protección para todos.

Por encima los cielos encapotados seguían protestando ruidosamente, en medio de los relámpagos. Debajo no se atrevían a sacar las cabezas de la cobertura improvisada, por temor a quedar calados, y el alba trajo muy poca luz. Hacía tres horas que navegaban, cuando al final el barquero les dijo que había cesado la lluvia, el sol brillaba y que podían apartar la lona. Aunque no estaban fuera de peligro, era una respuesta a la oración por la que podían estar agradecidos.

Fue avanzando el día. De vez en cuando el muchacho en la popa tenía que hundir el palo en el fango para anclar el bote porque el motor se negaba a funcionar debidamente cuando los restos de vegetación flotante se enredaban en la hélice.

Con el sol la superficie del río tenía un aspecto aceitoso, con ramas y otros restos de vegetación procedentes de la selva que la corriente iba arrastrando. El progreso era muy lento,

y los muchachos se ponían nerviosos y se impacientaban. «¿Cuánto más nos falta?», seguía preguntando Wayne.

El barquero se iba poniendo de mal humor. Él no hacía el viaje por gusto, sino forzado. «Ten paciencia, muchacho. Nos falta mucho todavía. ¡Estoy haciendo todo lo que puedo!»

Se hizo oscuro. No pudiendo ver nada y con el bote avanzando a un paso más lento por precaución, el nerviosismo de los muchachos iba haciéndose más grande. «¿Cuánto nos falta aún?», seguían preguntando.

«Tened paciencia, tened paciencia. ¡Nos falta bastante todavía!», contestaba el barquero.

Cuando la noche fue avanzando los chicos se adormilaron y dejaron de preguntar, excepto cuando se despertaban al cesar el ruido del motor por alguna razón. El motor siempre volvía a arrancar una vez limpiada la hélice; y cómo conseguía hacerlo el barquero, careciendo de toda luz, era imposible comprenderlo. Al filo de la medianoche Ruth se preguntó acerca del muchacho que iba en la popa. ¿En qué estaba pensando aquel chico? ¿Era dichoso como lo eran los chicos de las barriadas de Lima? ¿Qué propósito veía él en la vida? Ella misma empezó a pensar que era muy incómodo estar sentada sobre sacos de grano de café. Hacía ya dieciocho horas. Los sacos se ponían duros por momentos. ¿Cuándo iban a llegar?

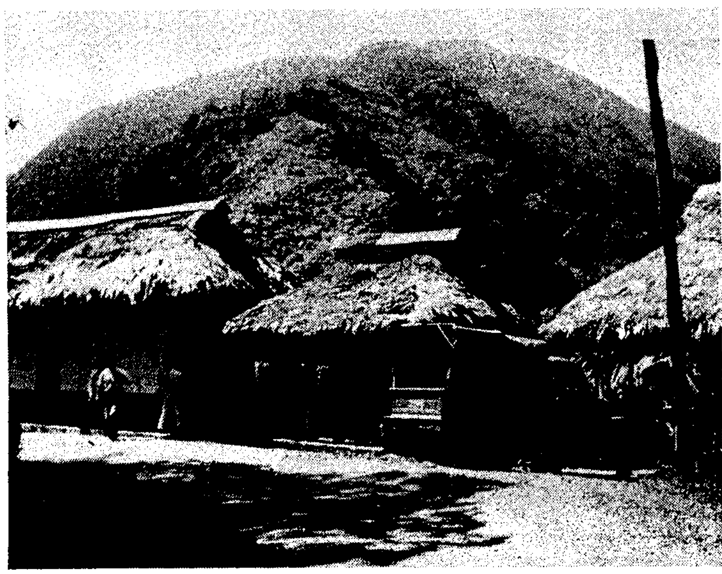
De repente, al parecer surgiendo de ninguna parte, se vio una luz brillante. Era la luz del puerto. Ruth dio un suspiro de alivio y pronunció una breve oración de gracias. ¡Qué maravilloso era el sentirse seguro de nuevo! Los chicos comenzaron a aplaudir de entusiasmo, y, sin duda, el barquero también estaba contento de que aquel viaje llegara a su término. Cuando los niños empezaron a dar saltos de alegría les dijo: «Muchachos, esperad un poco, que no hemos llegado aún. Nos falta todavía una media hora.»

A veces la luz se perdía de vista cuando rodeaban algunas islas pequeñas, pero volvía a aparecer, cada vez más viva, y

pronto estaban subiendo por el embarcadero fangoso hacia el «hotel». Aquella noche no podían haberla pasado más contentos si se hubieran hospedado en el Hilton, y la comida era simplemente soberbia. Las palabras del barquero «Todavía no hemos llegado al término del viaje» seguían resonando en los oídos de Ruth. Al regresar a Lima iba a saber por qué.



La familia Drost 4 años después del accidente. Wynn, Bill, Gerald, Ruth, Verner, Wayne.



La nueva furgoneta al lado de la iglesia y la casa en Cholomando.



Llegando al hogar un mes antes de la curación de Bill.



Bill bautizado a Vermer en la Tierra de los Incas.



Un culto dominical en la barriada, Ermitania, donde la gente vivía en casas de caña y adobe. El hombre de la derecha fue el guitarrista que cautivó la atención de Bill.



Judith, Isabel, Laveme, la familia Drost y la familia Wiens.



Paseo en barcaza. Ruth, Wynn, Wayne, Vemer.



La furgoneta que Dios dió a Bill en su primer viaje a España.



Primeros convertidos en Málaga.

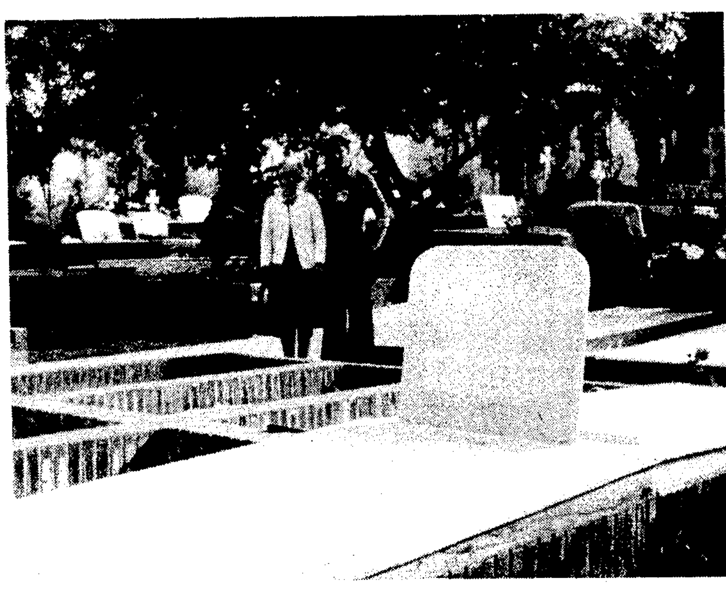


La iglesia edificada en Málaga.

Los hermanos Peter Quist y Wynn Stairs.



Mike y Lorna Wieteska.



Ruth y Verne junto a la tumba en Málaga.

XII

GRACIAS POR EL RECUERDO

«Bill, ahora no puedes marcharte...; no tiene sentido...; estamos en medio de un gran movimiento enviado por Dios.»

«Ya lo sé, Dave, ya lo sé...; pero cuando lo piensas, hallas que lo mismo le pasó a Felipe en Samaria. Es inútil, tengo que partir; sé que tengo que partir.»

Bill le estaba explicando a David Wiens que el Señor le estaba llamando a España, y que después del próximo viaje sabático no iba a regresar al Perú. Había dicho «ellos» por fe, pues los suyos todos pensaban lo mismo que Wiens, incluida su esposa, que estaba absolutamente decidida a regresar a Sudamérica. Pero ¿que podía hacer él? El tambor divino estaba batiendo un aire español. Lo podían oír de modo muy claro, y le tiraba de los pies. Tenía que danzar con la nueva música.

Si bien en el Perú encontraba oposición a su idea, Bill no se preocupaba de que la Junta de la Misión no aprobara su traslado. Sabía que ellos confiaban en él para seguir esta nueva dirección. Sabía, también, que Dios le estaba llamando, que Dios abriría paso, no importaban las dificultades. Pero además sabía que Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos y, por tanto, tenía que hacer ya algunos preparativos cuando regresara a casa.

Dejar el Perú fue casi tan difícil como dejar Colombia; de hecho fue más difícil en un sentido: la obra no había alcanzado el grado de desarrollo de la de Colombia cuando

partieron. Aunque había una iglesia vibrante, era todavía una iglesia en su infancia y aún no le habían caído los dientes de leche. En este proceso –el de madurar un grupo de pastores nacionales persuadidos de las promesas de Dios y ser ellos mismos capaces de reproducirse confiadamente en otros– podían ocurrir todavía muchas infecciones infantiles, y por tanto él anhelaba estar junto a la cama del enfermo por si venían. Una reacción falsa podía debilitar un cuerpo de iglesia por toda la vida. Pablo tuvo que haber sentido la misma ansiedad cuando se dirigía a una nueva ciudad y abandonaba una iglesia recién formada. Con todo, Dave y Grace estaban allí, y los «muchachos», que tan poco prometían al principio, trabajaban de firme. En conjunto había motivos para sentirse optimista.

Por primera vez la familia estaba dividida en el momento de hacer las maletas para partir en viaje de permiso. Bill era el único que tenía la visión de ir a España; los demás estaban convencidos de que debían regresar a América del Sur. El Espíritu Santo tenía que poner las cosas en su sitio.

Era el otoño de 1966, y estaban en el Canadá. Los muchachos habían empezado la escuela secundaria en el Canadá esta vez, y les gustaba. Se hallaban entre compañeros de su propia edad, y estas cosas significaban mucho. Las iglesias estaban bien desarrolladas, y siempre había campamentos, programas especiales y toda clase de actividades para adultos y jóvenes. La vida en la América del Norte, con todas sus comodidades y atractivos, les estaba seduciendo.

Ruth había hallado ocupación en la Escuela Bíblica de Fredericton, contenta de poder enseñar una clase de misiones. Se concentraba en el continente de Sudamérica, maravilloso, vasto, variado, que ella conocía tan bien. Los países más antiguos y cultos de Europa la dejaban fría. Pero Bill tenía todavía la idea de ir a España, y estaba agitando las cosas para despertar interés en ello por doquiera que iba. Había ya persuadido a algunos hombres de negocios locales para hacer

un viaje de exploración con él el año siguiente, pero todo el mundo sabía que no había libertad religiosa en la España de Franco, y ella no podía comprender que la idea tuviera sentido.

Bill estaba muy ocupado, no sólo estimulando interés sino también reclutando apoyo. Wynn Stairs estaba verdaderamente con él, y lo mismo otros. Cuanto más hablaba Bill de ello, más se hincaba en la mente de estos hombres la idea de que debían ir a España. Él sabía que su familia no estaba conforme, así que no intentaba hacer presión indirecta sobre ellos; simplemente no podía por menos que hablar de España.

Cuando vino el año nuevo lo hizo también un contratiempo. El individuo que pensaba ir con él tuvo que abandonar el plan, debido a falta de tiempo, pero le ofreció a Bill mil quinientos dólares para ayudar en los gastos del viaje. Con los demás repitiéndole que no había libertad religiosa en España, que estaba cerrada para la obra misionera, y con la familia opuesta todavía, Bill tenía que pensárselo mucho. ¿Es que había perdido contacto con la mente del Señor? Después de mucha reflexión y oración Bill persistió en su idea.

El avión se estaba acercando y las luces de Madrid se veían brillar debajo. Después de visitar Irlanda, Inglaterra, Holanda y Bélgica para renovar los tiempos pasados, por fin se hallaba en España. Era demasiado tarde y no tenía reserva en ningún hotel, pero sentía una calma y paz profundas cuando al mirar las luces de Madrid oyó una voz interior que le decía: *ESTÁS ACERCÁNDOTE ALLÍ DONDE QUIERO QUE ESTÉS*. Él nunca lo había dudado.

Pasó las Aduanas, y al otro lado se le acercó un señor que le preguntó en inglés: «Perdone, ¿viene usted en el vuelo de Bruselas?»

«Sí, vengo de allí.»

«¿Había un individuo delgado y alto con una barba oscura en el vuelo? Estoy esperándole», le explicó el otro.

«No, no he notado ninguna persona que corresponda a esta

descripción, ni cuando esperaba el equipaje», contestó Bill con seguridad de lo que decía.

«¡Uf!», pensó el extraño durante un momento, «quizá los negocios le han detenido. En fin, ¿puedo ayudarle en algo? Yo hablo español.»

«Muchas gracias, pero no hay necesidad de que se moleste. Yo hablo español también. Soy misionero, como puede ver», declaró Bill.

El otro se fue a esperar junto a la puerta, en la confianza, quizá, de que su amigo llegara. Después de un rato Bill estaba con las maletas ya en orden y pasó junto al extraño que le había hablado. De nuevo éste le preguntó: «¿Dónde va a pasar la noche?»

«No tengo planes de momento.»

«La ciudad está atiborrada. Hay un gran partido de fútbol, lafinal de la Copa, y los hoteles están a rebosar. Si usted quiere puedo llevarle al hotel en que había reservado una habitación para el individuo a quien esperaba.»

«Pues, gracias, sí, esto me será muy útil.»

El individuo le ayudó a meter las maletas en un coche europeo de categoría y partieron hacia el centro de la ciudad. Se pararon frente a un hotel de cinco estrellas; el extraño fue al vestíbulo para inscribir a Bill bajo el nombre de su amigo y le dijo adiós, deseándole buena suerte.

Por la mañana se levantó temprano como de costumbre, y después de la oración bajó para dar un paseo. El tráfico en la calle principal le dejó asombrado por lo intenso, y estuvo andando de acá para allá para tener la impresión del lugar. Perdido en sus pensamientos, ¡de repente se dio cuenta de que no recordaba dónde se hallaba su hotel! ¡No sólo esto, sino que no conocía el nombre del mismo! Andando por la calle vio a un joven. Sintiendo que su situación era algo embarazosa le preguntó: «Perdóneme, pero ¿sabe si hay algún hotel por aquí cerca que sea importante? Tengo que hospedarme allí, pero no recuerdo el nombre y no sé la dirección. Al lado del hotel hay un cine.»

«Voy en esta dirección, y le acompañaré», contestó el joven. Era muy amistoso y hablador. «¿Qué hace usted por aquí?», le preguntó.

«Soy un misionero.»

El joven le miró con una sorpresa de agrado. «Yo soy creyente también. ¿A qué denominación pertenece usted?»

«Soy pentecostal.»

«¡Alabado sea el Señor, yo también lo soy! ¿Quiere usted venir a la iglesia conmigo esta noche?»

«¡Con mucho gusto!», respondió Bill.

Todo el que conoce Madrid sabe lo poco probable que es que la primera persona con que uno tropiece sea un pentecostal. En aquellos días había la posibilidad de uno entre un millón. Pero, vista la cosa debidamente, no fue una casualidad.

Al llegar a la iglesia aquella noche Bill halló que era muy pequeña y que no habría más de unas treinta y cinco personas. Después de hacerle algunas preguntas le invitaron a Bill a que diera el mensaje.

«¿Cómo? ¿No tienen quien dé el mensaje?», preguntó.

«El individuo a quien esperábamos no ha llegado.»

Bill escogió como texto: «Felipe fue a Samaria y predicó a Cristo entre ellos.» La gente parecía contenta de que pudiera hablar en español, y respondieron a su charla. Le invitaron para la noche siguiente, y esta vez había una muchedumbre, muchos más que el día anterior. Aquella noche un hombre se sentó a su lado y empezó a hablarle en inglés. Le explicó que había sido misionero en Cuba, y había oído que un canadiense que hablaba español iba a predicar.

«Sí, me han invitado para que hable», contestó Bill. El individuo le preguntó si tenía inconveniente en que tomara el mensaje en cinta magnetofónica. «¿Por qué? Como usted guste», aprobó Bill.

Al final del servicio el misionero de Cuba le ofreció a Bill llevarle al hotel. Tenía una «Volkswagen», una furgoneta para acampar completamente equipada, y pronto estuvieron allí.

Era algo raro, pero había un sitio disponible para estacionar el automóvil junto a la entrada, y el hombre lo dejó allí. Le hizo algunas preguntas más acerca de él mismo, y Bill le explicó cuidadosamente que había venido para ver qué tal estaban las cosas, y tantear el ambiente, porque creía que Dios le había llamado para la obra en España.

«¿Cómo va a viajar?»

«Oh, puedo hacer auto-stop, o ir en tren o en autocar. En realidad no me preocupo mucho.»

«¿Le gustaría este coche? Quiero venderlo.»

Bill le miró sorprendido. «No puedo comprar un coche así. No tengo bastante dinero», le contestó.

«Mire, yo vine a España con la misma idea de usted, pero ahora creo que Dios no me quiere aquí. Todavía debo una pequeña cantidad del coste del coche. Si usted quiere pagar lo que falta puede quedárselo. Creo que va a ser para usted una bendición.»

Sin duda lo sería. No tendría que pagar facturas de hoteles, ni billetes de autocares; podría pararse donde quisiera. «¡Alabado sea el Señor! Sí, naturalmente, me lo quedo. Gracias.»

«Vendré a verle mañana a las seis de la mañana. Si puede llevarme al aeropuerto, ¡ya puede quedárselo!»

El día siguiente por la mañana le llevó al aeropuerto y entonces empezó inmediatamente un viaje por toda la península Ibérica. Estaba encantado: el Señor le había dejado pasar una noche en uno de los mejores hoteles; el día siguiente le había puesto en contacto con los pentecostales; ahora le proporcionaba un coche. Escribió varias cartas muy largas a la familia, confiando que estas cosas les convencerían. Consiguieron algo, un poco, pero el Señor iba a darles un tirón más fuerte para hacerlos llegar hasta Europa.

Tardó varios meses en visitar el país debidamente. Dirigiéndose hacia el Oeste visitó primero Salamanca, famosa por sus caballeros y sus proezas. Luego al Norte, en el mar Cantábrico y la ciudad de La Coruña, azotada por los

vientos de invierno, en que Tennyson celebró en verso el entierro de Sir John Moore. Después siguió hacia el Este, por Burgos y el País Vasco, donde quedaban, sin duda, algunos de los hijos de Noé olvidados, que eran los habitantes aborígenes del territorio, y luego continuó a Bilbao.

Bordeando los Pirineos se dirigió hacia la ciudad moderna y comercial de Barcelona, junto a la costa del Mediterráneo norte, donde vio la estatua de Colón sobre su columna señalando con su dedo aventurero hacia América. Siguiendo la costa por entre los viñedos de Tarragona llegó a la hermosa Peñíscola, donde un papa decidió construir un palacio. Y así fue prosiguiendo, más y más, por entre pueblos soñolientos blanqueados con cal, llenos de viudas vestidas de negro, que esperaban nadie sabe a quién, y se dirigió hacia el Sur a principios de la primavera. Pasando por La Mancha, donde Cervantes había hecho cabalgar a Don Quijote, se detuvo en la llanura para considerar el problema del comportamiento humano, el mismo que había dejado perplejo a Cervantes.

En el Sur sintió un calor especial. Fijándose en un poste con la indicación de Granada, el nombre le sonó algo familiar y decidió dirigirse hacia allí. Por el camino recogió a unos ingleses que hacían auto-stop, que resultaron personas muy agradables. Aunque no pretendían ser cristianos, les gustó la idea de que Bill lo fuera, y cantaron con él los himnos que habían aprendido en la escuela. Más tarde, aquel día, los dejó junto al alcázar de la Alhambra, con sus jardines en terrazas que se destacaban contra un cielo de marzo azul transparente. Por todas partes se veían flores blancas de almendros. La captura de Granada en el año 1492 puso fin a todo dominio de los moros en España, y la Cristiandad lo celebró, y en Londres, en la iglesia de San Pablo, se celebró un *Te Deum* especial. Como los viajeros que había recogido estaban a punto de marcha el día siguiente, accedió a llevárselos consigo y emprendieron la marcha hacia Gibraltar.

Bill había ido sin ningún plan preconcebido, de un sitio a otro, siguiendo, como se dice en broma, la dirección que

le señalaba su nariz. Dios, evidentemente, estaba haciendo planes, sin embargo, porque precisamente leyó en el periódico que Franco había promulgado un decreto de libertad religiosa.

Después de algunas horas pasando por montañas, vio una ciudad a lo lejos, en la costa. «Muchachos, mirad el mapa y decidme el nombre de la ciudad.»

Al cabo de unos momentos le dijeron que era «Málaga».

Al oír este nombre el corazón le dio un salto, así que decidió dirigirse allá. Esperando que cambiara la luz de un semáforo, pidió direcciones a un muchacho que pasaba, para asegurarse de dónde estaba: «Perdona, ¿cuál es el nombre de esta ciudad?»

«Málaga, señor», fue la respuesta.

En aquel momento notó una impresión especial. El Espíritu Santo le inundó y le trajo a la memoria algo que había ocurrido hacía años en Colombia, cuando en la montaña una hermana, que carecía de toda educación, había profetizado en inglés, que era para ella una lengua desconocida: *«¡Málaga necesita este evangelio; Málaga necesita este Evangelio!»* (ver libro primero). ¡No es de extrañar que no tuviera éxito en la pequeña ciudad de la costa de Colombia que se llamaba Málaga! La profecía era correcta, pero se trataba de otra Málaga; otro tiempo; otro continente: ¡de Málaga, en España! Durante un tiempo Bill habló en lenguas, dando gracias a Dios por el recuerdo. Finalmente había llegado allá.

Antes de pocos días estaba de vuelta en el Canadá, esta vez ya preparado. Pero ¿era suficiente? Gerald ahora estaba dispuesto para el traslado –Gerald, sólido y fiable–. La oposición de Ruth estaba empezando a ceder, pero sólo un poco, y todavía quería volver a América del Sur. En cuanto a los gemelos, definitivamente, no querían ir. De hecho querían quedarse en el Canadá y terminar el último año de escuela secundaria que tenían delante. Verner (¡alabado sea Dios!) todavía era demasiado joven para tener opinión. ¿Como podía Bill acabar de convencerlos?

Usando la palanca de la oración le vino una idea: sugirió a Ruth que diera a sus estudiantes alguna información sobre España. Esto la obligaría a estudiar el lugar, y quizás, estudiándolo ella misma, Dios le mostraría su tremenda necesidad. Después de unos días ella estuvo de acuerdo y empezó a preguntarle lo que había visto. Esto le puso muy contento a Bill. Cuando volvió de clase ella sugirió que hicieran un viaje a España en barco. De esta manera no tendrían que esperar las maletas durante meses. Pero ¿tendrían que esperar a los muchachos?

Daba la impresión de que sí tendrían que esperarlos. Los gemelos todavía querían quedarse, y no había manera de persuadirlos. «Bien, muchachos; Gerald y yo nos iremos durante un año, y mamá estará con vosotros, los tres jóvenes, para que podáis ir a la escuela. Veremos lo que podemos hacer durante este año», dijo Bill, y dejó la cosa así.

Ni Ruth ni Bill estaban satisfechos con este tipo de arreglo, y siguieron orando. Después de unos días Wynn fue a ver a su padre. «Papá, si el que nosotros queremos quedarnos en el Canadá ha de ser causa de que tú y mamá os tengáis que separar durante un año, he tomado la decisión de estudiar el último año por correspondencia. Yo estoy a punto para ir contigo.»

Bill le dio un abrazo. «¡Gracias, hijo!» Dios estaba haciendo cosas tremendas en la vida de Wynn, porque le gustaba el estudio y era un muchacho inteligente. Wynn no se daba cuenta, pero esta buena voluntad estaba preparando su propio corazón para pasar a ser un soldado valeroso para Cristo en la América Central.

Pasaron unas pocas semanas más y hubo una reunión de compañerismo de misioneros en Fredericton. Ellos llegaron tarde y el lugar estaba lleno, de modo que Bill tuvo que ir corriendo a la plataforma y el resto de la familia se situó como pudo al fondo. A los pocos momentos Wynn Stairs se levantó para anunciar que la familia Drost iba a España, y empezó a pedir fondos para sostenerla. Luego pasó a hablar de lo que

Dios había hecho con los Drost, y su consagración como misioneros. Era muy conmovedor. Al lado de Ruth se hallaba Wayne, y su madre podía ver que Wynn estaba muy nervioso. Si bien ella conocía la decisión de Wynn, Wayne todavía no había dado su consentimiento, y se sentía intimidado, aunque los planes de Ruth para estar un año más en el Canadá permanecían igual.

Al final de la charla muchos estaban conmovidos y algunos consagraron sus vidas para el servicio misionero. De repente Wayne se levantó de su asiento y se dirigió hacia el altar, donde lloró mucho rato. Bill y Ruth ya sabían que Wayne iba a España también.

XIII

¡ALELUYA! ANDALUCÍA

Bill telefoneó al agente de viajes en Nueva York. Al principio las noticias eran poco animadoras. «Revdo. Drost, no van muchos barcos a España con pasajeros estos días, pero es posible que vayan algunos a finales de octubre. Espere unos minutos en tanto que lo compruebo y le llamo otra vez.»

Al cabo de poco sonó el teléfono. «Soy el agente de viajes. Lo lamento, Revdo. Drots; el único barco que va en esta dirección sólo tiene dos cabinas vacías, pero no creo que pueda interesarles porque sólo hace escala en uno de los puertos pequeños de España.»

«¿Qué puerto toca?»

«Málaga.»

«¡Aleluya!»

«No, Revdo. Drost, he dicho Málaga.»

«Perdone, perdone, he dicho "¡Aleluya!" porque éste es precisamente el lugar adonde quiero ir. Estaba alabando al Señor.»

El agente no entendió nada, pero esto no fue obstáculo para que siguiera adelante con los planes y les reservara las cabinas para Málaga.

Hubo varios coches llenos de amigos que los acompañaron a Nueva York para despedirlos en el puerto. En el barco Bill tuvo que quedarse en la litera de abajo, y perdió algo de peso durante la travesía de ocho días; el tiempo fue desapacible, el mar movido, y todo lo que comía lo devolvía.

Dejando Lisboa atrás pasaron el cabo de San Vicente, luego el de Trafalgar, ambos escenas de grandes batallas navales. Doblando el Estrecho, y dejando el Atlántico, pasaron entre Sidi Musa en África y el Peñón de Gibraltar, una mole gigantesca en Europa, y entraron en el Mediterráneo. Al pasar por los antiguos «pilares de Hércules» pensaron en lo que se creía antes, que allí terminaba el mundo y el mar se vertía en el abismo. Browning lo había descrito de modo perfecto:

> El noble cabo de San Vicente deja de divisarse hacia el nordeste;
> El ocaso se aleja, glorioso, rojo de sangre por la bahía de Cádiz;
> Azul entre el agua ardiente, asoma el morro de Trafalgar;
> Hacia el nordeste, en la distancia, se divisa Gibraltar, inmenso y gris;
> «Aquí me ayudó Inglaterra, decidme ahora: ¿cómo puedo ayudarla yo a mi vez», dijo;
> Quien quiera hacer como yo esta noche, vuélvase a Dios para alabar y orar,
> En tanto que el planeta de Júpiter se eleva allá a lo lejos, sobre el África.

Si Bill tenía razón, el planeta del Señor prometía moverse en dirección a Málaga.

La noche anterior a la que debían llegar, los muchachos estaban tan entusiasmados que no pudieron dormir y pasaron las horas corriendo entre las dos cabinas, hablando y haciendo comentarios sobre España. A las siete de la mañana, con una brisa cálida que soplaba desde la tierra, el barco entró en el puerto. Después de esto todo pareció un siglo; pasaron las maletas por las Aduanas y quedaron libres para atravesar las importantes puertas del puerto y entrar en la ciudad. Nadie los notó cuando, mezclados con otros millares de turistas, se paseaban por la calle principal en plan de exploración. Pronto

tuvieron hambre, y se acordaron de que ya había pasado la hora de la comida; esto le recordó a Ruth que no tenían ningún lugar donde ir, así que hicieron reservas en un hotel para pasar la noche y empezaron a hacer averiguaciones para encontrar una vivienda razonable donde instalarse de modo permanente.

Las cosas habían cambiado mucho desde el siglo diecinueve en que el novelista Galdós escribió de su patria: «Oh España..., la mitad de fiesta, la otra mitad en la miseria...» Gran parte de la miseria había desaparecido; la fiesta seguía.

Málaga fue fundada por los fenicios, y se halla en la Costa del Sol de España, en la región de Andalucía. Está cerca de la ciudad bíblica de Tarsis, punto de destino de Jonás cuando trataba de huir de Dios. Quizás intentaba ir allí para proseguir adelante, por los pilares de Hércules, hacia el continente perdido de Atlantis, que se rumoreaba existía más allá. Después Andalucía pasó a ser el primer punto conquistado en España por los moros en nombre del Islam, y el que retuvieron más tiempo. En fechas más recientes ha sido conquistado por los turistas del norte de Europa, que van en busca de sol.

El día siguiente hallaron un apartamento, que pudieron alquilar para un período de tres meses, de los destinados a los turistas de la playa de moda en Torremolinos, a unos ocho kilómetros de distancia de la costa. Aquella misma noche pudieron disfrutar de la primera cena hecha en casa, y empezaron a aposentarse.

En aquel tiempo no había en España libertad religiosa, en el verdadero sentido de la palabra. No se permitía hacer anuncios por la Prensa o la radio; no se podía abrir un local y poner un letrero que dijera: «Venid a la Iglesia.» De hecho, no estaba permitido reunirse en una sala a menos que hubiera veinte personas o más que tuvieran las mismas convicciones religiosas. Bill había pasado por todo esto antes en Colombia. Dentro de una semana estaba deambulando por las calles,

parques, y aun arcadas de diversiones, buscando a las multitudes de jóvenes y anhelando ponerse en contacto con ellas.

Llegó la Navidad, y con ella la temporada festiva, cuando la gente joven no tenía mucho que hacer. Habiéndose trasladado ahora a la misma Málaga, Bill decidió establecer mayor intimidad con ellos. Como de costumbre, el Diablo trató de disuadirle. Era mirado con algo de desdén por intentar establecer tratos con los jóvenes; sus motivos eran mal interpretados; y se decía, incluso, que les daba dinero para ganarlos a su religión. Pero habitualmente no hacía el menor caso de las calumnias y siguió con su tarea y sus planes. Encontró a tres muchachos que estudiaban en una escuela de artes y oficios que se interesaron: Antolín, Esteban y Jacinto, y los invitó a la casa para compañerismo y para que conocieran a sus hijos. Entretanto, sus propios hijos estaban ocupados dando testimonio en los bares y cafés del centro de la ciudad. Los tres muchachos españoles empezaron a hablar a sus compañeros de escuela acerca del Señor, y un domingo se reunió un grupo de unos quince en nuestra casa para un servicio. Habíamos estado en Málaga unos cinco meses, y habiendo reunido el número requerido de personas, decidieron abrir un local.

Pronto hubo jóvenes que fueron bautizados, pero con igual prontitud vino la oposición. Las autoridades se enteraron de lo que estaba ocurriendo y enviaron investigadores a hacer preguntas. Luego les dijeron que tenían que cerrar el local, y no se les permitió entrar allí ni para sacar un himnario hasta nuevas órdenes.

El intento de mantener el grupo junto era un problema. Los padres estaban en su mayor parte furiosos, amenazando a sus hijos con echarlos de su casa si iban a ver más a los Drost. Los jóvenes se mantuvieron firmes, incluso cuando sus padres vinieron a amenazar a Bill personalmente, diciéndole que lo harían echar del país. No tenía ningún derecho a intentar cambiar la religión de sus hijos, según le dijeron.

Después de dos meses de oración y visitas a las autoridades recibieron permiso para abrir de nuevo el local, estrictamente durante dos horas, una vez por semana, el domingo por la noche. Seis semanas después dieron permiso para abrirlo de nuevo, esta vez sin cortapisas de ninguna clase.

En la primavera del año 1968 Gerald se casó con Donna, una muchacha a quien había conocido en Brasil y que era hija de unos misioneros. Los extranjeros no católicos no podían casarse en España, así que tuvieron que hacer un viaje a Gibraltar. Aunque los españoles llaman «la lengua del Diablo» a esta fortaleza inexpugnable británica, está unida por tierra a España, pero Franco había decidido cerrar la frontera, pensando, quizá, que si no podía conquistarla, los encerraría dentro. Para llegar allí había que ir por barco, vía África, no directamente.

Andando por las calles estrechas del Peñón como comitiva de boda les daba la impresión de que estaban celebrando una boda judía, especialmente debido a los numerosos mercaderes judíos, que tienen la costumbre de estar de pie fuera de sus tiendas mirando a los que pasan. Al entrar en la oficina les informaron que el acto de la ceremonia había sido retrasado dos horas, precisamente la hora en que se había decidido celebrar la comida. Como no era posible comer más tarde y llegar a tiempo para la salida del barco, decidieron celebrar el ágape primero, y luego descendió por la calle principal toda la comitiva nupcial.

En el otoño de aquel año también tuvo lugar la primera boda entre los creyentes españoles. Fue un gran paso para ellos ir al sacerdote católico y decirle que se habían hecho protestantes, y hubo necesidad de conseguir muchos papeles para poder efectuar la boda.

En la escuela industrial había varios chicos de catorce a quince años que presentaban promesa para el ministerio: Bernardo, Cristóbal, José Miguel, José Luis con su hermano Juan; Enrique, Carlos y otros. Dirigían los cantos por turno, y empezaban a dar mensajes cortos. Poco después de Año Nuevo, Wynn fue a hablar con su padre.

«Papá, creo que el Señor quiere que vaya a Madrid y vea lo que puedo hacer allí por el Evangelio.»

Bill miró a su hijo. No tenía todavía diecinueve años, la edad en que los muchachos están pensando en la Escuela Bíblica, si es que lo hacen, y su hijo quería ir solo y empezar obra en la capital. Bill casi se puso a llorar. «Hijo», le contestó, «voy a orar sobre esto».

Oró acerca de ello y decidió dejarle ir. Pero Bill no podía ofrecerle mucho en cuanto a finanzas, y nadie sabía cómo se las arreglaría y dónde se hospedaría. Acompañándole a la estación de ferrocarril un día al atardecer, sin mucho más que una maleta y una comida preparada, le encomendaron a Dios, que era todo lo que podían hacer. Los sollozos de los jóvenes interrumpieron el silencio cuando partió hacia su destino.

En Madrid tuvo que hospedarse en los hoteles más baratos, e iba andando a todas partes, para ahorrar dinero. Con frecuencia pasaba frío y hambre, pero siguió con persistencia dando testimonio, de modo que no tardó mucho en tener una persona preparada para el bautismo. Telefoneó a su padre y le pidió que fuera a Madrid para celebrarlo.

Luego le llegó a Wayne el turno de dejar el nido. Llegó una carta de Paul Boulton desde el Perú, un joven que estaba esforzándose para empezar obra en Iquitos, en el Amazonas. ¿Estaría Wayne dispuesto a ir y ayudarle como intérprete? Bill recordó la carga emocional que sentía su hijo por la América del Sur. Cuando estaban en el Canadá, una noche se despertó y oyó sollozos en el dormitorio de Wayne. Abrió la puerta y le halló orando, abrumado por el anhelo de trabajar por aquellos con quienes había vivido durante tanto tiempo. El corazón de su padre estaba en contra de la idea de dejarle partir, pero su mejor juicio y experiencia le decían que tenía que dejarle en libertad y no entrometerse, sino confiar a su hijo a la voluntad de Dios. Todo lo que podía hacer era compartir sus experiencias y conocimientos de los peligros y aconsejarle lo que debía hacer.

Como no les era posible comprar un pasaje por avión,

buscaron un barco, que en aquellos tiempos era el medio de transporte más barato, y una vez más hubo despedidas en toda forma. Todo esto sirvió de inspiración a los jóvenes españoles. Si los dos gemelos podían trabajar por Dios a una edad tan joven, pues también podían ellos. Crecieron viendo resultados y esperándolos. Dios iba a obrar por medio de ellos también. Pero había que pagar el precio. Cuando el barco salió del muelle, Ruth se dio cuenta de que Bill no estaba en el grupo. Lo encontró en el coche, con la cabeza sobre el volante, sollozando con el corazón partido.

Algunos de los temores de Bill estaban bien fundados. Al poco de haber llegado Wayne a la América del Sur, Bill recibió un telegrama: *URGENTE. ME HAN ROBADO. PUEDEN ENVIAR DINERO INMEDIATAMENTE.* Naturalmente, no podían, pero tenían que hacerlo. Wayne estuvo en el Perú durante un año; luego regresó a New Brunswick, donde se casó con su novia que estaba en Maine.

En Málaga había agonía y éxtasis a la vez. Esteban, uno de los jóvenes originales, se estaba convirtiendo en un verdadero predicador y un líder. Una noche no estaba presente en el servicio, y como normalmente nunca faltaba al mismo, Bill pensó que estaba enfermo, por lo que envió a unos amigos que fueran a averiguar lo que le pasaba. Las noticias que trajeron fueron tristes: Esteban no volvería más a la iglesia; no dio razón alguna del porqué. Bill recordó las ocasiones en que había visitado las arcadas de diversiones, a pesar de las burlas y críticas de la gente, para conocer a los muchachos. Él y muchos otros trataron de hablar con Esteban, y se hizo mucha oración especial en su favor. Pero no sirvió de nada. Simplemente no quería continuar.

La iglesia colombiana envió a Álvaro Torres y a su esposa, junto con Isabel Torres, para ayudar a evangelizar el país de sus antepasados. Estaban ayudando en Málaga, cuando Wynn, que había seguido escribiendo a una chica en el Canadá, pidió permiso para dejar durante un tiempo Madrid e ir a ver a su novia. Álvaro estuvo de acuerdo en desplazarse

a Madrid y ocupar su lugar. Satanás escogió este cambio para empezar a actuar. Poco tiempo después de haber llegado Álvaro a Madrid, se personaron las autoridades y sellaron la sala hasta nuevas órdenes. Fue peor que en Málaga: no se permitían reuniones de más de veinte personas, a menos que se estuviera en posesión de un permiso especial de la autoridad. Aunque Álvaro intentó repetidamente conseguir uno de estos permisos, no pudo lograrlo. No era posible hacer otra cosa que seguir celebrando las reuniones en su piso y orar para que cambiara la situación.

Durante el período en que se reunían en su piso se pusieron en contacto con una chica de Valencia que visitaba a sus parientes en la capital. Antes de regresar a su casa el Señor tocó su corazón, de modo que, después de despedirla junto con su Biblia, Álvaro se puso a orar con fervor por ella. La muchacha era muy fervorosa y leyó la Biblia a sus padres, y pidió a éstos que permitieran a Álvaro hacerles una visita para que pudieran compartir con ellos su experiencia. Finalmente los padres concedieron el permiso, y la reunión fue un gran éxito. El padre se emocionó tanto que ofreció a Álvaro el uso de un piso vacío para los servicios, y se organizaron reuniones semanales. Pronto habían sido bautizados los miembros de la familia de la chica, y en Valencia, la ciudad del Cid, nació una iglesia.

Sin embargo, los largos viajes hacia la costa cada semana se hicieron algo pesados, y además eran una carga para el presupuesto. Wynn resolvió el problema casándose con su novia, Wanda, en el Canadá y regresando a Madrid. Esto dejó a Álvaro en libertad para trasladarse a la tercera ciudad en importancia de España y residir allí de modo permanente.

Colombia siguió enviando más ayudadores, esta vez en la personas de Noel Ospina y su esposa. Los dos eran de Tulua, en el Valle, y fue en la casa del padre de Noel que Bill había empezado las primeras reuniones hacía unos veinte años. Bill había bautizado a Noel, y más tarde le había casado con su esposa Ana en una doble ceremonia en que el hermano de

Noel se casó con la hermana de Ana. Después de un período inicial en Málaga junto a ellos, en que se hizo mucha oración para que fueran guiados, los Ospinas se sintieron guiados por Dios para trasladarse a Barcelona, la segunda ciudad de España. Bill y Ruth fueron con ellos y se quedaron allí hasta que la pareja hubo encontrado un piso y se había establecido.

Era ahora la primavera de 1970; después de haber estado en España sólo dos años, los Drost habían empezado obra en sus ciudades más importantes. Había llegado la hora de inaugurar una convención anual, pensó Bill.

Antes de que empezara sonó el teléfono desde el Canadá. Era Wayne, de vuelta de sus aventuras en el Amazonas, y que ahora hacía frente a otra clase de aventura. «Papá, estoy muy solo aquí; tengo que resolver algunas cosas... Quisiera ir a verles y hablar de ellas.»

«Conforme, hijo, ven en seguida», le animó Bill.

Cuando llegó Wayne, Bill encontró que su hijo estaba atravesando un tipo de tribulación normal en la familia: estaba enamorado y quería casarse. Los padres de Susan, sin embargo, eran de clase acomodada. ¿Querría Susan casarse en España con el hijo de un misionero pobre? Susan y la familia estaban dispuestos, así que ella hizo el viaje en avión para hacer los preparativos.

Una vez más buscaron asilo en la colonia británica de Gibraltar. Como era muy caro ir allá pasando por África, sólo Gerald y Donna acompañaron a Wayne y Susan. Inmediatamente después de las formalidades civiles regresaron a Málaga para la ceremonia en la iglesia y la fiesta de boda. La ceremonia fue dirigida por Campo Bernal, que ahora era el jefe de la iglesia de Colombia, en una fase de expansión casi explosiva, y que había venido a España para predicar en la primera convención española.

En el curso de los veinte años transcurridos del ministerio misionero de Bill habían nacido tantas iglesias en países diferentes que era imposible contarlas. Todo había sido hecho con un presupuesto muy limitado, en medio de peligros,

combatiendo enfermedades, y a veces luchando con personas obstinadas en nuestro propio país, que aún estaban defendiendo conceptos equivocados de la estrategia misionera. Pero había sido realizado..., ¡aunque todavía estaba luchando con su dominio del español!

XIV

PEDRO EL PERSISTENTE

Cuando Bill visitó Holanda de camino hacia España en plan de reconocimiento, le presentaron allí a un holandés llamado Pedro Quist. Pedro era alto y decidido; su energía estaba templada por una comprensión filosófica de las debilidades de los hombres, así como por la paciencia, a lo cual se añadía un espíritu muy perdonador; y como apóstol entre su propia gente había tenido una vida muy difícil pero interesante. Ya al conocerse había empezado una amistad instantánea y permanente entre los dos.

Pedro había nacido en una familia de tradición antigua calvinista, y padeció de tuberculosis cuando era joven, por lo que no pudo seguir estudios con regularidad. Como la vida ofrecía unas perspectivas reducidas a un muchacho de estas condiciones, se hizo panadero y entró a trabajar en un barco de pasajeros que hacía el trayecto entre Rotterdam y las Indias Orientales Holandesas. Los días prósperos de sus viajes por mar, sin embargo, terminaron súbitamente cuando un día sufrió un colapso por agotamiento, durante una travesía, a la altura del mar Rojo; se descubrió que padecía una afección cardíaca, y la Compañía, al regresar a Rotterdam, lo despidió. Con el poco dinero que había ahorrado, Pedro abrió un negocio, y en el curso del tiempo se casó. Luego vino la gran Depresión y lo perdió todo. Dios le habló y le dijo entonces: *«ÉSTE NO ES MI CAMINO. YO TE HE LLAMADO.»* Como

sólo conocía la Iglesia Presbiteriana, Pedro no podía creer que este mensaje fuera genuino, puesto que si bien leía la Biblia y daba testimonio siempre que podía, carecía de una educación formal teológica. ¿Cómo podía aspirar a ser ministro, cuando ya estaba casado, cerca de los treinta, y sin medios para estudiar?

Se trasladó a un piso más barato y consiguió pagar todo el dinero que debía a sus acreedores, pero no le quedó dinero ni para comprar la comida prácticamente. «¿Dónde está tu Dios ahora?», le preguntó su esposa. «Todavía está en el mismo sitio», le contestó Pedro. Esto era cierto: Dios le envió un mensajero a la puerta aquel día con un donativo de dinero y una promesa de sostén.

En 1932, mientras procuraba hacer propaganda en una elección para un partido antirrevolucionario, una persona extraña le dijo que él no podía hacerlo. «¿Por qué no? ¡Estamos en Holanda, que es un país libre!», replicó con orgullo. La respuesta del extraño le dejó asombrado: «Porque TÚ has de predicar a Jesucristo.» Poco después de esto uno de los hermanos de Jeffrey fue a ejercer su ministerio a Holanda, trayendo consigo milagros y curaciones, y Pedro fue introducido en el movimiento pentecostal. Entonces las cosas se sucedieron rápidamente.

Antes de poco, Pedro pasó a ser conocido como «el predicador callejero de Rotterdam», y en 1933 recibió del Señor la primera serie de visiones respecto a Holanda. Mientras andaba cerca del canal, un día, súbitamente, vio una imagen de aviones que luchaban y dejaban caer bombas sobre la ciudad, y él mismo gritó a un compañero: «¡Hermano, es mejor que busquemos cobijo corriendo bajo aquel puente!» Sin embargo, nadie le creyó cuando intentó compartir su visión con ellos; de hecho, como otros profetas antes de él, le escarnecieron y le despreciaron. Aquel año fue el comienzo del movimiento nazi. La visión se cumplió luego al pie de la letra.

En la primera parte de la ocupación nazi le permitieron

seguir predicando en la iglesia que por entonces había sido organizada, pero Dios el Señor le mostró que sería encarcelado y más tarde puesto en libertad antes que los otros. Poco después de esto, los alemanes, que en numerosas ocasiones habían interrumpido su almuerzo para llevárselo a interrogarle, vinieron otra vez: en esta mañana memorable él sabía que iban a arrestarle. Haciendo frente a su odio, y recibiendo a veces ayudas inesperadas, siguió predicando en el hospital y en los diversos «campos de trabajo» a los que le enviaron, y sobrevivió a varios bombardeos.

En 1945 había quedado reducido a los huesos por estas tribulaciones y sufrimientos, y tenía que ayudarse con un bastón para poder andar; un miembro del movimiento de resistencia le proporcionó papeles falsos y se escapó. Pedro regresó a su iglesia en Rotterdam, que estaba bajo bloqueo aliado y donde se pasaba un hambre terrible. Uno que se había fugado luego le advirtió a Pedro que se escondiera, porque los alemanes le estaban buscando para matarle. Habiéndole Dios prometido su ayuda, se quedó con su grey.

En el mismo año que terminó la guerra tuvo otra visión. En ella vio a los soldados alemanes y holandeses luchando como amigos y escondiéndose debajo de los puentes de Rotterdam para escapar de los ataques aéreos. Una vez más los holandeses no quisieron hacer caso de esto entonces, y una vez más le escarnecieron, sin tener en cuenta que la vez anterior les había dicho la verdad. Esto lo comprendemos nosotros hoy, pero fue necesario que Dios diera lugar a circunstancias que entonces la gente no podía comprender que hicieran aquello posible. Ahora, frente al Pacto de Varsovia, las cosas han cambiado completamente.

Si sus conciudadanos holandeses eran obstinados, Pedro era aún más obstinado, y no tenía el menor miedo de hablar cuando el Todopoderoso le hablaba a él. Si algunos hombres transmitían lo oído de Dios como si el Omnipotente tartamudeara, Pedro no era de ellos. Pedro era el profeta genuino: no producía sonidos inciertos.

Después de la guerra, obedeciendo la llamada de Dios, dejó su iglesia y se trasladó a la Holanda del norte, donde dio a conocer la experiencia pentecostal a muchos. Para hacerlo le fue necesario vivir solo, y durante seis meses el único lugar en que dormía era un pequeño camarote en un bote amarrado en un viejo canal, bajo la litera de un mastrimonio anciano, que eran los dueños del barco. Dios había realizado muchos milagros a través de sus manos, pero permitía a la gente que orara por sí misma para recibir el Espíritu Santo, en oposicion a la noción extraña –corriente entonces– de que el espíritu de la persona que imponía las manos era impartido al que lo deseaba.

Antes de 1950 el Señor le dio una tercera visión tremenda. En ella vio un mapa de Europa; luego, súbitamente, una sombra negra, que había empezado a moverse, recorrió primero Finlandia, luego Suecia, Noruega, Dinamarca y descendió hasta Alemania, en los mismos bordes de Holanda. Se detuvo en la frontera. Al mismo tiempo, en la Europa meridional cayó una sombra de color oscuro, pardo, no totalmente negra; cayó primero sobre la parte sur de Italia, luego España, Francia, Bélgica, y esta vez también sobre la frontera meridional de Holanda. Allí se detuvo. Luego el color pardo fue volviéndose negro. Vino de nuevo luz sobre Dinamarca, Alemania y la parte meridional de Suecia y Noruega, pero no la parte norte, ni tampoco en Finlandia.

Pedro no entendió la visión inicialmente, así que, como Daniel antaño, oró al Señor pidiendo que se le aclarara el significado. El Señor le mostró que lo negro representaba un enemigo terrible. Luego el Señor le dio una palabra clara: *«VENDRÁ EN UNA FORMA DIFERENTE DE LO QUE PIENSAN.»* Y también : *«SI HOLANDA QUIERE CONFESAR SUS PECADOS, ENTONCES LOS SALVARÉ.»*

Cuando más adelante dio mensajes a las iglesias de Suecia sobre este tema, sólo consiguió que se burlaran de él. Desde nuestro punto de vista con ventaja en el tiempo, es fácil ver que se trata del Pacto de Varsovia y su movimiento de pinza,

y la gente ya no se lo toma a risa. La «manera diferente en que vendrá», sin embargo, sigue siendo un misterio.

Después de terminar en el Norte, Pedro se dirigió al Sur, y luego a Bélgica y Alemania, plantando el movimiento pentecostal en cada uno de estos lugares. Finalmente regresó a Rotterdam, y se sintió dirigido para establecer una hermosa iglesia en el centro, la fe y esfuerzo de cuyos miembros les ha permitido estar por completo libres de deudas. Para ayudar a financiar el edificio tuvieron que reunir más de cinco millones de guilders (esto es, más de tres millones de dólares norteamericanos de 1985), conseguidos mediante la recogida de restos y desperdicios por las calles de Rotterdam. Algunas veces se los pagaban a 20 céntimos el kilo, y a veces sólo a dos. Aun promedio de 10 céntimos el kilo, recogie–ron en el curso de los años, día y noche con tres camionetas operando, más de cincuenta millones de kilogramos de desperdicios..., o sea unas 25.000 toneladas (no métricas).

Sin embargo, no todo se había conseguido con papeles y botellas recogidas. Pedro había pasado muchas noches en oración, teniendo grandes facturas que pagar y careciendo del dinero con que hacerlo. En cierta ocasión tenía delante tres facturas, cada una de unos 80.000 guilders (unos 50.000 dólares), que estaban esperando.

«¡No podremos ayudarte», le dijeron muchas personas, «porque esto es un sueño!» «No creo haber pedido a nadie que me ayude», contestó Pedro. «¡Sólo os he pedido que oréis!» En realidad eso era todo lo que había pedido, pero comentarios así le causaban mucha tristeza. Más adelante, una de estas personas le telefoneó con el siguiente mensaje: una tía suya que había muerto le había dejado una casa de campo...; pensaban pasar el verano en ella, pero el Señor les había guiado a que la vendieran... y ¡le enviaban los 60.000 guilders del producto para la iglesia! Otro de los escépticos le telefoneó para decirle que ahora comprendía que debía enviar una transferencia para el edificio de la iglesia. ¡Resultó que era una cantidad de 60.000 guilders más para la iglesia!

¡Estos holandeses obstinados podían hacerle volver loco a uno, pero si se tenía paciencia también eran personas magníficas!

Cuando la Comunidad de Hombres de Negocios del Pleno Evangelio le pidió a Pedro que diera su testimonio, había muchos que se resistían a creer lo que les dijo; no obstante, todo era verdad, y más aún. En el curso de los años el Señor le ayudó no sólo a edificar su iglesia y casa de retiro de gran valor y belleza, sino a ser el instrumento para la organización de un Hogar para ancianos y una casa de campo para retiros valiosa y agradable; asimismo le proveyó de un préstamo importante a interés reducido para ayudarle a organizar una casa de publicaciones cristianas en Holanda, edificar una iglesia en el Brasil y hacer compras de propiedades importantes para la Iglesia en varias partes de España. Pero aunque pasaban millones de guilders por las manos de Pedro, él seguía viviendo en una modesta casita en uno de los suburbios de Rotterdam. Incluso la casa estaba a nombre de la iglesia, por insistir Pedro en ello.

Un homenaje especial para Pedro fue el que Bill le invitara a venir a España para hablar a los jóvenes que se habían congregado recientemente en la ciudad de Málaga. La sala carecía de ventanas, el calor era bochornoso, y la puerta estaba cerrada a causa de las regulaciones policíacas. Pedro se dio cuenta de que no era posible seguir celebrando los cultos en aquellas condiciones indefinidamente. Ahora se hallaba junto con Campo, Wynn Stairs y otros invitados a la primera convención española. «Bill, tú deberías tener otro local, o un local propio», le dijo Pedro.

«No es fácil conseguir un lugar apropiado, incluso teniendo el dinero en las manos. Además, este dinero no lo tenemos», contestó Bill. Su situación financiera era siempre difícil, debido, en primer lugar, a que no recibía mucho, y en segundo lugar a que se extendía siempre de modo excesivo para sus recursos.

«El Señor proveerá, hermano», le replicó Pedro firmemente. «¿Por qué no empezar a echar una mirada en tanto que estamos aquí?»

«¡Claro, podemos buscar algo! Empezaremos a hacerlo después de la sesión de la mañana», dijo Bill, poniéndose a la altura de las circunstancias. Sabía que cuando Pedro pensaba hacer algo la cosa no se quedaría en palabras.

Campo, Wynn, Gerald y algunos de los líderes se dirigieron, en una gira de visita, a los diferentes agentes inmobiliarios, pero al final del día habían quedado derrotados. No había nada apropiado disponible.

«No os preocupéis, hermanos. ¡El Señor tiene a disposición lo que necesita en el momento adecuado!», los animó Pedro.

El día siguiente Bill los reunió. «He estado hablando con alguien», les dijo (parecía que Bill siempre hablaba con la persona apropiada en el momento apropiado), «y hay un lugar conveniente delante del hospital. Es una vieja fábrica situada en una intersección donde converge gran número de rutas de autobuses, y sería un lugar ideal.»

«Parece interesante, Bill. ¿Cuánto piden?», preguntó Pedro guiñando un ojo.

«Aquí está la cosa. Es muy caro. Quieren cinco millones de pesetas» (unos 40.000 dólares EE.UU. de 1985).

«¡Cinco millones de pesetas!», interrumpió Gerald. «Es imposible. No vale la pena ni considerarlo. Tardaríamos ¡unos cincuenta años para poder pagarlo!», añadió después de un rápido cálculo mental.

«No perderemos nada por echarle un vistazo», sugirió Wynn Stairs.

La proposición les pareció razonable y fueron a verlo sobre el terreno. Se dieron cuenta de que tenía potencial, evidentemente. Por detrás había una casa añadida al edificio, por lo que formaba una «L», o sea, que la propiedad tenía salida a otra calle. «¿Está incluida la casa en el precio?» preguntó Pedro.

«No, sólo la fábrica», contestó Bill.

«No podemos tirar adelante a menos que esté incluida la casa», replicó Pedro.

«¿Por qué no?», preguntó Bill. «Tiene poco valor.»

«Mira, si sucede algo a la iglesia, o si hay un incendio, ¿cómo podría escapar la gente? ¡Sólo por la puerta de la fachada!. Se necesita la casa para que las personas puedan salir por ella, pues de otro modo la policía no concedería permiso por razones de seguridad», indicó Pedro.

«Creo que tardaríamos tantos años en poder pagar que no veo cómo pueda interesarnos la casa. Me parece que todo el argumento tiene sólo valor hipotético», les recordó Gerald. Se hizo silencio.

Wynn Stairs tuvo que partir el día siguiente por la mañana. «Pedro tiene mucha experiencia en cosas de edificios. Creo que deberíamos pedir que orara y que nos dijera lo que el Señor le contesta», sugirió Wynn en un momento de inspiración. Estuvieron de acuerdo y dejaron la cosa para disfrutar de la reunión de la noche.

Pedro se quedó orando hasta tarde, cuando de repente supo lo que tenía que hacer. *«OFRECERLES TRES MILLONES. A PAGAR DENTRO DE UN AÑO»*, le hizo sentir el Señor en una voz interior. Pedro pasó mucho tiempo dando gracias al Señor. Bill había ido a llevar a Wynn al aeropuerto cuando Pedro fue para el desayuno, así que tuvo que esperar a que regresara.

«Bien, Pedro, ¿qué es lo que te ha contestado el Señor?», inquirió Bill con curiosidad.

«Tres millones. Que Gerald haga una oferta por escrito.»

«¡Tres millones! Es increíble..., ¡el dueño nunca va a aceptar una oferta así! En todo caso, ¿de dónde van a salir los tres millones? ¡Esto es imposible!», respondió Gerald estupefacto.

«¡Esto es algo que no es de nuestra incumbencia!», advirtió Pedro. ¿Vosotros me pedisteis que orara pidiendo una respuesta, no? Pues ésta es la respuesta que me ha dado Dios. ¡Tres millones, con la casa! ¡Y se pagará en un año!»

Después de mucha discusión se acordó escribir una carta al propietario, a pesar de las protestas repetidas de Gerald. Con un poco de presión Gerald fue convencido para que dictara a Campo una carta formal. Pedro, incapaz de entender nada en español, estaba sentado muy tranquilo, cuando el Señor le advirtió que no habían escrito lo que él había dicho, así que cuando hubieron terminado le dijo a Campo que se lo tradujera al inglés.

«¡No enviéis esta carta! Decid *EXACTAMENTE* lo que Dios me ha dicho. ¡*SERÁ* pagada en un año!», les indicó Pedro con insistencia. (Como el precio era tan rebajado, Gerald no se había atrevido a mencionar lo del pago en el plazo de un año, porque le pareció por completo imposible.) No podían creerlo aún, pero escribieron la carta como se les indicó.

Poco después se presentó el agente del propietario y exclamó: «¡Esto nunca, nunca! ¡Quizás el dueño estaría dispuesto a rebajar unas 250.000 pesetas, pero no más!»

«Yo tengo que regresar a Holanda, pero como agente suyo, usted tiene la obligación de transmitirle la oferta que nosotros hemos hecho», replicó Pedro sin moverse un punto de su posición. «Díganos lo que contesta.»

La cosa se volvió un juego de nervios y de paciencia. Cuando, después de meses, el hombre llegó a rebajar la cifra, poco a poco, hasta cuatro millones, Bill telefoneó a Wynn Stairs en el Canadá. Wynn consideró la oferta tentadora, y si ellos pudieran conseguir un préstamo en el Canadá la cosa era viable. Decidió ponerse en contacto con Rotterdam: «Hola, Pedro, soy Wynn Stairs. Escucha; referente a la propiedad de Málaga, hemos pensado que tomando un préstamo...»

«¡Si tomáis un préstamo no vais a recibir ni un céntimo de Holanda!», le cortó Pedro, indignado. «¡El Señor dijo que lo pagaríamos dentro de un año!»

«¡Bien! Pedro, el dueño ha rebajado la cosa a cuatro millones, naturalmente sin la casa», explicó Wynn para aplacarlo.

Pedro se mantuvo firme: «¡Tres millones y con la casa!» Wynn se imaginó ver a Pedro en Holanda moviendo la cabeza de un lado a otro denegando su autorización, y dio un suspiro de resignación pensando que sería magnífico que tuviera razón.

Los nervios de Gerald iban poniéndose más tensos a medida que iba transmitiendo ofertas hechas por el propietario. Pero, como en una mesa de negociaciones con los rusos, la respuesta de Pedro era siempre la misma.

Pasaron más meses y un día sonó el teléfono de Pedro, con Wynn al otro extremo de la línea. «Oye, Pedro, el dueño ha rebajado hasta tres millones y medio, pero ¡hemos de tomar la decisión *AL INSTANTE*!»

«Hermano Stairs, dile al hermano Drost que comunique al dueño que nosotros pagaremos tres millones por la finca con la casa incluida, y que la pagaremos para el mes de abril», contestó Pedro, subrayando lentamente cada una de las palabras. Sólo faltaban ahora unos pocos meses para llegar a abril, pero Pedro se mantenía inconmovible en lo que le había ordenado el Señor. Wynn se dio perfecta cuenta, por el tono de la voz, que era inútil discutir. Pedro no se movería ni un céntimo de los tres millones, esto era un artículo de fe, y no había manera de apearle. Wynn se encogió de hombros ante la respuesta de obstinado holandés: «Se lo diré a Bill.»

Gerald no se atrevía a presentarse ante el dueño, algo parecido a lo que le sucedía a Moisés cuando se enfrentaba con Faraón; así que Bill fue a ver al dueño con la misma oferta de siempre. Dentro de dos semanas el hombre había decidido dar su consentimiento. Pedro y su iglesia habían hecho preparativos para ello y enviaron la mayor parte del dinero. Todo quedó pagado dentro de un año, tal como había dicho el Señor.

«Bill, habéis de comprar los locales dondequiera os halléis, no simplemente alquilarlos. Haremos todo lo que podamos para ayudaros.» Dios había puesto esto en el corazón de Pedro. Fiel a su palabra, como de costumbre, el

papel y botellas vacías de Rotterdam y la fidelidad de esta iglesia ayudaron a hacer las compras en Barcelona y Valencia. Entretanto, tuvo lugar la muerte de Franco, lo cual contribuyó a un incremento de la democracia y a un alivio en las restricciones a la Iglesia. Había llegado el momento de crecer.

Ahora Madrid necesitaba un local, pero en la capital el coste era muy elevado. Pedro prometió ayudar, aunque no tenía recursos disponibles. Con la fecha del pago acercándose, un día se levantó muy temprano y oró con fervor: «Señor, ¿cómo puedo ir a España sin dinero?» Siendo el día de la Ascensión no había correo, así que al bajar miró al buzón del correo por mera costumbre, pero se quedó sorprendido al ver que había un paquete. «¿Cómo?», se preguntó en voz alta. Lo abrió y Pedro halló que contenía veinte mil guilders (unos doce mil dólares de los EE.UU.) con una nota: «Para España.» Poco después recibió otra carta que contenía diez mil guilders; luego un joven de la iglesia le hizo un donativo de diez mil más. Cuando subió al avión llevaba consigo dinero suficiente para hacer la compra. Siempre era lo mismo: cuando el Señor ponía algo en su corazón, Dios siempre cubría las necesidades, con tal que Pedro persistiera.

XV

ACUSACIONES FALSAS

La mayoría de los yates en la costa de Málaga sirven para que la gente haga deporte al sol, pero algunos tienen propósitos más turbios, o sea, el transportar marihuana y heroína desde Marruecos. En la Costa del Sol hay una población rica y numerosa de turistas que la han convertido en el centro de diversión de los millonarios, y en Torremolinos, la ciudad gemela de Málaga, reside una comunidad de delincuentes británicos expatriados, inmunes a los tratados de extradición; además toda la área tiene un acceso fácil al África, y el tráfico de drogas está bien organizado y protegido.

Tánger, la antigua ciudad de Marruecos, es bien conocida por las actividades de la gente del hampa, y tiene un aire de misterio y peligro, a pesar de la eliminación del área como Zona internacional, y los viajeros que se dirijan allí harán bien manteniéndose siempre alerta. El entrar en las callejuelas de la Casba es como retroceder dos mil años, y es muy sencillo perderse en sus laberintos tortuosos interminables. Uno tiene la sensación de que sería fácil perderse allí para siempre. Bill, procurando establecer algo para el Señor en este reino que prohíbe a los misioneros cristianos, acostumbraba visitar la ciudad con regularidad.

Alguna vez, sin querer, se vio envuelto en alguna intriga relacionada con las drogas. Un día sonó el teléfono, y al otro lado se hallaba una señora judía norteamericana afligida con

una historia muy triste. Su hijo había sido arrestado por traficar con drogas y había sido sentenciado a varios años de cárcel en una prisión local. Ella estaba segura de que el muchacho no era culpable, sino que lo habían amañado con una acusación falsa, así que vino a Málaga con la intención de hacer algo por él. ¿Podía Bill ayudarla en alguna forma?

Bill había escuchado historias semejantes antes; siempre se trataba de hijos inocentes de madres que decían que su hijo había sido arrestado bajo una falsa acusación. Sin duda, la misma madre de Mussolini habría dicho lo mismo. No se puede negar que hubiera la posibilidad de que alguien fuera detenido bajo estas condiciones, pero de todos los muchachos norteamericanos que él había visitado hasta entonces no se había dado ningún caso de que se tratara de una víctima de este tipo.

Bill sabía la forma en que operaba esta gente del hampa. Cuando había que trasladar una gran consignación, se escogía un individuo que no sospechara nada, en cuyas maletas o en cuyo coche se colocaba una cantidad reducida, aunque significativa, de drogas. Luego se delataba a las autoridades que el individuo llevaba drogas, con lo cual el portador inocente era atrapado. Algunas veces se trataba de un recién llegado al área que intentaba hacerse rico, y era usado de esta forma; naturalmente, no merecía simpatía alguna. En todo caso, esto servía para despistar, pues, entretanto, el portador de la cantidad principal pasaba tranquilamente. Es imposible decir si las mismas autoridades locales participaban en el negocio ilegal. Se detenía a algún «traficante»; se hacía «justicia»; se detenía el paso de las drogas. Ésta era una historia no infrecuente. En cuanto a la víctima inocente, se metía en una pesadilla de la cual no había fin a la vista.

«Señora, lo lamento, pero no puedo hacer nada para ayudarle, aun en el caso que sea verdad. Usted comprenderá que no es la primera vez que he escuchado una historia semejante.»

«¡Por favor, ayúdeme! Es inocente de veras, yo conozco

bien a mi hijo. Por favor, ¿por qué no podemos vernos? No sé lo que he de hacer...», prosiguió, entre lágrimas, la mujer.

En los ruegos de la mujer había algo que conmovió a Bill. Incluso suponiendo que el hijo fuera culpable, la madre parecía desesperada, hasta el punto que no sabía lo que se hacía. «Señora, le aseguro que no puedo hacer nada, pero si usted quiere, iré a hablar con usted.»

«¡Oh, gracias, gracias!», exclamó ella; le dio su nombre y el hotel en que se hallaba.

Al encontrarse con la madre, Bill se dio cuenta de que ella creía que su hijo había sido condenado injustamente. Según ella, el chico no tenía historia alguna de drogas; era un buen estudiante y sólo había estado ausente de su casa un corto período al final del semestre de estudio; no tenía problemas de dinero; y no bebía. En resumen, era un muchacho de vida limpia, que amaba el hogar, una excelente persona. Nunca había causado problema alguno. «Voy a visitar a su hijo con usted», dijo Bill, «y si veo que su historia es verdad, le visitaré de modo regular. Pero incluso en este caso usted tiene que comprender que no puedo hacer otra cosa que orar por él».

La vieja prisión de piedra de Málaga fue edificada cuando prevalecía la idea de que los presos no tenían otro derecho que el de recibir castigo, y los húmedos calabozos eran una demostración de su desgracia. Bill siempre sentía piedad por los encarcelados allí, de ojos hundidos, y cada visita era una experiencia deprimente. No obstante, cuando uno pensaba en las vidas que los traficantes de drogas habían arruinado; en los robos, la prostitución, los asesinatos, los suicidios y las muertes prematuras, toda compasión se evaporaba rápidamente.

Fue con una mezcla de emociones, pues, que atravesó la verja de hierro de la sección de visitantes, para esperar al joven. Pidió en silencio al Señor que le diera discernimiento. Hablaron largo rato, y Bill hizo preguntas en detalle durante su relato, pero al fin de la entrevista se hallaba completamente

desarmado. Le parecía evidente a él que el muchacho había sido detenido bajo una acusación falsa, mas ¿qué podía hacer? Las autoridades no iban a concederle la extradición para que el chico pudiera cumplir el resto de su condena en América, y no había posibilidad de conseguir que se volviera a considerar el caso. Bill le dijo a su madre que continuaría manteniendo el contacto con el chico; consideró el problema... y siguió orando.

«Hijo», le dijo un día sosegadamente, «nunca vas a salir de aquí si la ley ha de seguir su curso, y es imposible que te escapes».

El muchacho le miró desolado. «¿Cómo puedo resistirlo?»

«¡Eso es!», susurró Bill, «no vas a poder resistirlo. ¡Vivir así ha de volverle a uno loco! Te vas a volver loco de atar».

El muchacho le miró atentamente, y su cerebro empezó a trabajar rápidamente. «Qué quiere decir, ¿volverse loco de veras?»

«Eso es lo que quiero decir. David se volvió loco cuando estaba entre los filisteos, como puedes recordar. Pero no es fácil volverse loco y seguir estándolo..., y esto requiere tiempo. ¿Qué te parece? ¿No está volviéndote loco este lugar?», y le guiñó el ojo para animarle a esta su última esperanza.

«Pero, Bill, ¿de qué va a servirme esto?», preguntó.

«En las cárceles no retienen a las personas que están locas, sino que las mandan a los hospitales. Los españoles no tienen interés en tener extranjeros en sus hospitales. Si creen que estás loco de veras, estoy seguro que te van a enviar a tu país.»

El joven se quedó quieto un rato. Finalmente cruzó por su cara una sonrisa. «Bill, nunca he estado más cuerdo en toda mi vida; en realidad, yo soy el único que está bien de la cabeza; todos los demás están locos, ¡incluso tú!», y le guiñó el ojo, dándole la mano a Bill. Era un juego desesperado, pero era la única esperanza. Si el muchacho podía seguir loco bastante tiempo, la cosa, quizás, iba a dar resultado. El tiempo lo diría.

Bill no pudo visitar de nuevo a su amigo. El muchacho estaba bajo observación. Le retuvieron durante varios meses antes de llegar a la conclusión de que estaba loco. No queriendo hospitalizar a un extranjero, lo extraditaron para que estuviera en un manicomio de los Estados Unidos. Bill oyó poco después que el muchacho se había recuperado notablemente y que había sido puesto en libertad. Quizás era debido a los métodos norteamericanos...

Marruecos había expulsado al último misionero que quedaba allí: una señora bajita que cuidaba un hogar de niñas. Lo que ocurrió a las chicas después no lo supo nadie, pero, fuera como fuera, era mejor no tener una institución de este tipo si la había de regentar un cristiano. Deben de haber considerado que la mujer era un gran peligro y que el reino estaba amenazado por el Cristianismo, para hacer cosas así. Todo el que de modo racional considera a naciones que excluyen el mensaje de Cristo, ha de llegar a la conclusión de que la ideología local o la clase de religión en estos países deja mucho que desear, pues de otra forma no se sentirían amenazados de esta manera; o bien esto, o bien la ideología local está basada en la coerción, lo cual suele ser el caso.

De vez en cuando, en su intento de abrir una cabeza de puente para el evangelio, Bill reunió pequeños grupos de jóvenes españoles en Tánger. A pesar de que es una comunidad mahometana casi fanática, siempre había salido sano y salvo, y aprovechaba todas las oportunidades para hablar a la gente de Jesús. Su presencia y movimientos eran bien conocidos; en su viaje de vuelta a España visitaba una casa de comidas regentada por una pareja inglesa. Él no lo sabía, pero a pesar de ello había molestado a varias personas con su presencia. Estaban dispuestas a hacérselo pagar.

Habiendo terminado sus negocios en Tánger, iba un día conduciendo hacia el *ferry*, bromeando con los chicos y disfrutando de una comida típica inglesa de pescado y patatas fritas, con la envoltura tradicional de papel, cuando

súbitamente le habló el Espíritu Santo. Miró intencionalmente al espejo retrovisor del coche y se paró en seco. La carretera pasaba a poca distancia del mar; a lo lejos, el *ferry* de la noche estaba cargando y preparándose para partir.

«¿Qué pasa, hermano Drost?», le preguntó Cristóbal, mirando a Bill a la cara.

«No sé, pero el Espíritu Santo acaba de advertirme que pare el coche y mire debajo. Muchachos, salid», dijo con calma.

Los tres jóvenes predicadores salieron rápidamente. Habían oído bastante sobre las bombas adosadas en coches por los terroristas vascos en su propio país y no consideraron un aviso de este tipo a la ligera. «¿Crees que alguien puede haber puesto una bomba?», preguntó José Luis.

«No sé, pero el Señor me ha dicho que mirara debajo del coche», contestó, y tomando una lámpara portátil se arrodilló.

«¿Ves algo?»

«Sí, hay algo que parece un paquete pegado con cinta adhesiva a la carrocería. Voy a arrastrarme debajo para quitarla.»

Bill mostró el paquete. «No es una bomba, parece demasiado ligera y blanda», les aseguró. «Aguanta la lámpara mientras la miramos.»

Cuando lentamente empezó a desenvolver el paquete ya tenía idea de lo que podía haber dentro. Debajo del envoltorio de papel había un paquete de plástico transparente, grueso, muy bien envuelto con cinta adhesiva y que pesaba alrededor de un kilo. Dentro de la bolsa de plástico había un polvo blanco. Mirando alrededor para asegurarse de que no los observaban, abrió la bolsa con la punta del cuchillo y dejó caer un poco sobre la palma de la mano. «¿Qué pensáis que es?», preguntó a los chicos.

«¡Heroína!», exclamaron ellos.

Mojando el dedo lo metió en el polvo y lo probó. «No os equivocáis. Alguien la ha puesto debajo del coche»

«¡Alabado sea el Señor!»; los muchachos respiraron por fin, naturalmente, dando gracias al Señor porque la habían hallado. «¿Qué vamos a hacer ahora?»

«Ahora os diré lo que vamos a hacer», contestó Bill. Hizo una serie de rajas en el plástico, lo volvió a envolver suelto en el papel y lo lanzó a las olas. «¡Esto es lo que haré con él!», contestó riendo. «Voy a limpiarme las manos en la arena, y luego registraremos todo el coche muy cuidadosamente. Que el Señor nos muestre si hay algo más.»

Después de una búsqueda a conciencia no descubrieron nada. «¿Dónde pueden haberla pegado al coche?», preguntó Cristóbal.

«Quizá mientras estábamos comprando las patatas fritas, cuando era oscuro. ¡Alabado sea el Señor que la hemos encontrado! Mirad, no digáis nada a nadie; sea la policía, las aduanas o quien sea, ni una palabra. Alguien ha intentado delatarnos falsamente. Nosotros haremos ver que no ha pasado nada. Recordad, ni una palabra; ni aun discutáis la cosa entre vosotros. Estaríamos en gran peligro en este caso; porque de no ser por Dios nos habrían hallado el paquete y nos hubieran encerrado durante mucho tiempo. Ahora vayamos al bote.»

Cuando los muchachos reflexionaron sobre estas palabras se dieron cuenta de que el Señor los había protegido, y después del susto estaban muy animados. El viaje de vuelta por el Estrecho fue sin ningún incidente, aunque les deparó una ocasión de gran hermosura, ya que la luna llena se elevaba mostrando su silueta por encima del Peñón de Gibraltar. Dejando las boyas iluminadas de modo intermitente de la Colonia a estribor, el *ferry* se dirigió hacia Algeciras, y pronto estaban amarrados. «Ahora, muchachos, ni una palabra», les recordó Bill. «¡Hay que poner una cara y obrar como si fuerais ángeles!» Ellos se rieron.

Los coches fueron saliendo lentamente del *ferry* hacia el área de las Aduanas. «¡Mirad esto!», exclamó Bill. Había un gran contigente de policías y perros..., perros usados para husmear drogas. «Me pregunto si nos han delatado.»

«Sí, me pregunto si alguien nos ha denunciado», comentó Bernardo con cara hosca.

Los guardias no mostraron mucho interés en los coches que inspeccionaban, hasta que se acercó el turno de revisar el de Bill. A partir de entonces miraron con mucho más detalle que antes cuando examinaban los otros. Era evidente que había juego. Para que no se hiciera patente la cosa siempre hacían lo mismo. Ahora Bill estaba seguro de que le estaban esperando.

«¡Los pasaportes!», ordenó bruscamente uno. Sonriendo dulcemente le entregaron los pasaportes, que fueron revisados con minuciosidad. «¿Algo para declarar?»

«¡Nada; ni tabaco, ni vino; nada!», contestó Bill con cortesía.

«¡Ponga el coche allí!»

Bill condujo el coche al lugar indicado. Mientras Bill y los muchachos miraban distraídos para pasar el tiempo, la policía empezó una búsqueda casual por el interior, y especialmente el portaequipajes. Después de esto uno de ellos se tendió en el suelo para examinar la parte inferior del coche y estuvo mirando un rato. Luego asomó y llamó a otro, y los dos estuvieron un rato mirando. Los otros pasajeros los observaron curiosamente, preguntándose qué ocurría. Bill saludó como si nada a los pocos que pasaban a quienes conocía. Los muchachos iban de acá para allá con cara aburrida. Así que hicieron el juego muy bien.

Los policías salieron de debajo del coche evidentemente perplejos. Trajeron a los perros, que comenzaron a husmear por todas partes. Éstos, después de unos momentos, perdieron interés. Los policías se miraron unos a otros de soslayo. «¿Podemos marcharnos ya?», preguntó Bill sonriendo.

Al parecer esto no les sentó muy bien. Al instante las autoridades se encolerizaron y empezaron a escudriñar el coche de modo completo. Las maletas, los asientos, el neumático de recambio, todo lo sacaron, y lo que no pudieron sacar lo hicieron husmear por los perros de Alsacia y examinar por un policía. «¡Hombre!», protestó Bill, «¡qué están haciendo! Yo soy un ministro protestante, ¿qué esperan encontrar?» Le gustaba el juego. Si no, por lo menos que se avergonzaran un poco.

Algunos de los aduaneros se retiraron, sin duda para conferenciar con sus jefes. Vinieron otros para mirar el coche. Estaban interesados especialmente en la parte inferior. Bill se alegró de que sus neumáticos estaban en buenas condiciones, aunque su pequeño «Seat», como los muchos coches que habían sido suyos, tenían muchas abolladuras de otros tantos pequeños accidentes. (Siempre iba de prisa de un lado a otro, gastando los coches como en realidad se gastaba a sí mismo.) Finalmente, aunque era evidente que les dejaba perplejos y se resistían a creerlo, los policías parecían estar conformes en que no había nada. Su fuente de información debía haber sido de confianza. Esto le recordó a Bill los días que había pasado en el hospital cuando los médicos no querían creer que el Señor le hubiera curado del cáncer.

«¿Por qué están haciendo esto?», se atrevieron a preguntar ahora los muchachos. «¿No saben que este señor es un pastor, merecedor de todo respeto?» No les agradaba el juego.

Los policías y los aduaneros conferenciaron. Finalmente les devolvieron los pasaportes. «¡Muy bien, pueden irse!», les dijeron como si no hubiera ocurrido nada.

«¿Irnos?», se quejó Bill. «Tendremos que pasar media hora para volver a poner en orden todo este desbarajuste. ¡Gracias!» Bill y los muchachos se rieron. Los policías no daban la impresión de divertirse. De hecho a Bill le habría gustado poder poner un marco a la expresión de sus caras cuando se vieron obligados a soltarle.

XVI

NAVEGANDO

«Hola, ¿estoy hablando con el Revdo. Bill Drost?»

«Sí.»

«Usted no me conoce, pero George y Marg Shalm nos han hablado de cuando usted estuvo en la India con ellos. Mi esposa y yo hemos navegado hasta Málaga en nuestro yate. Vamos camino hacia las islas del Pacífico para hacer obra misionera evangélica allí. ¿Podemos pasar y saludarle?»

«¡Cómo no!, pueden pasar y saludarme.»

«¿Dónde vive?»

«Bueno, la iglesia está en la esquina opuesta al hospital y yo vivo detrás de la iglesia. Lo único es que tenemos nuestra reunión de oración del sábado por la noche, que empieza dentro de media hora», explicó Bill.

«Vendremos a la reunión y hablaremos después. ¿Les parece bien?»

«Seguro, pueden venir y cenar con nosotros después.» Bill había recibido algunas llamadas telefónicas raras en su vida, pero ésta era una de las más inesperadas. Los Shalm eran misioneros canadienses respetados en la India, de modo que si esta gente era amiga de los Shalm, la cosa estaría bien. Le contó a Ruth la conversación. «¡Palabra de honor que han de ser buenos marinos, para ir navegando hasta el océano Índico!», respondió ella.

«¡Bastante mejores que yo, que me mareo cuando piso hierba mojada!», se rió Bill. «Me pregunto quiénes son.»

Pronto llegó la pareja. Eran más bien jóvenes; la mujer delgada y con el pelo oscuro, el hombre rubio. Los dos estaban bien bronceados por el sol y parecían sanos, como la gente que vive en botes en los alrededores de Marbella. «¡Alabado sea el Señor! Yo me llamo Mike, y ésta es Lorna», dijeron saludando a Bill y a Ruth, sonriendo.

«¡Muy bien, muy bien!», contestó Ruth. «¿Cómo se encuentran?» Hasta aquí la pareja no parecía rara, y los Drost se tranquilizaron. «¿No les importará esperar un poco antes de la cena?»

«¡De ninguna manera! ¡Es bueno estar en la iglesia!», contestaron. Rápidamente Bill les presentó a algunos de los presentes y empezó la reunión.

A la hora de la cena contaron su historia con algún detalle. Aunque Mike hacía mucho tiempo que vivía en Australia, los dos eran británicos. En Australia habían hecho labor evangélica, y luego ido a trabajar como misioneros a Nueva Zelanda, en la mayor parte del tiempo entre los maorís y los isleños. Cuando estaban en Nueva Zelanda habían sentido la carga de la obra entre las islas del océano Índico, así que vendieron su casa y con el dinero se compraron un yate. Ahora estaban camino de vuelta a Australia.

«¿Qué longitud tiene su bote?», preguntó Bill.

«Unos treinta y dos pies.»

«¿Basta con esto para navegar hasta Australia?»

Mike les aseguró que era suficiente, y Lorna tomó la palabra y les contó algunas de sus experiencias. Su modo de contar las historias era algo especial, y se acompañaba de una risa peculiar. Después de vender la casa todavía les faltaba dinero para el equipo del bote, como radar, así que se fueron a Suiza, donde Lorna aceptó un contrato en la Organización Mundial de la Salud y trabajó allí hasta que se casaron. Después de reunir el dinero se fueron a Inglaterra para equipar el bote, pero surgió toda clase de problemas imprevistos que demoraron la partida de Inglaterra hasta el invierno. Así que era demasiado tarde para cruzar navegando el golfo de Vizcaya y en vez de hacerlo se dirigieron a Francia, desmontaron el mástil y siguieron navegando por los ríos y canales de Francia. hasta llegar al Mediterráneo.

«No tenía idea de que era posible hacer esto», comentó Bill.

«Se puede hacer si a uno le gustan las esclusas», exclamó Lorna. «¡Tuvimos que cruzar más de quinientas! ¡Quinientas!»

Mike expresó algo de sorpresa respecto al número y le preguntó si eran tantas; ella insistió y continuó su historia. Una vez llegados al Mediterráneo montaron de nuevo el mástil y navegaron a lo largo de la costa española, sin saber que había iglesias pastoreadas por amigos de Bill en numerosos puertos en que ellos habían hecho escala. Desde Málaga iban ahora a Gibraltar, donde tenían previsto abastecerse de comida para el viaje a través del Atlántico.

«¿Cuánto tiempo tardarán en cruzarlo?», preguntó Ruth fascinada por la historia.

«Entre cuatro y seis semanas, todo depende de los vientos; pero después de las islas Canarias ya se entra en la zona de los vientos alisios, que son constantes», explicó Mike.

Lorna siguió contando, con gran riqueza de detalles, historia tras historia de los peligros de alta mar. «¡Diles lo que nos pasó con el combustible!», sugirió a su marido, el cual de buena gana tomó la palabra.

«Bien; como les dijimos, pasamos demasiado tiempo en Inglaterra para realizar los planes que habíamos hecho, así que no teníamos bastante dinero. Mientras estábamos allí conocimos a una pareja del Canadá, llamados Rex y René. Él había sido editor de un periódico en Nanaimo, en la isla Vancouver, pero se había retirado y vino a Inglaterra, se compró un bote, y estaba dirigiéndose hacia el Mediterráneo, donde tenían planes de pasar un año o dos navegando de un sitio a otro. Habían adquirido un bote exactamente igual al nuestro, así que teníamos algo en común y nos hicimos amigos. Al final nos siguieron por el Canal de la Mancha y pasamos los canales juntos.»

En este punto Mike bebió un sorbo de café con calma, como si se preparara para una larga explicación, y prosiguió. «En los canales navegábamos unas catorce horas cada día, con el motor siempre en marcha, de modo que, debido al gran número de esclusas, la velocidad del bote sería sólo de unas cinco o seis millas por hora, y, dado el curso tortuoso de los ríos conectados con ellos, en conjunto se requirieron varias semanas para cruzarlos todos y llegar al mar. Bien, ocurrió lo que temíamos; no muy lejos de París, después de haberlo pasado, se terminó el combustible que llevábamos de repuesto, y nos habíamos quedado sin dinero. No podíamos comprar ni más gasolina ni comida, y todo lo que podíamos comer eran las provisiones que llevábamos en las latas. Además no teníamos perspectivas de poder conseguir más dinero hasta que pudiéramos aproximarnos a Ginebra, con el fin de llegar allí haciendo auto-stop, o vender algo para que Lorna pudiera trasladarse en tren. (Una vez en Suiza, esperábamos poder sacar dinero de nuestro banco.) La cuestión era, pues, que no teníamos bastante dinero para llegar cerca de Ginebra, y no queríamos hablar del problema que teníamos a nuestros amigos...» Mike interrumpió la historia para tomar otro sorbo de café, manteniéndonos a los dos en suspenso.

«Además de esto», prosiguió con gestos explícitos, «cuando uno se acerca a una esclusa se pasan momentos de mucho peligro, porque el agua del río se precipita por la presa, y si se para el motor es fácil ser arrastrado por el agua, lo cual significaría perder el bote y quizá la vida. Se puede ver, pues, que es esencial poder fiarse del motor, y esto requiere bastante combustible... En todo caso, habíamos trabajado de firme y esperado tanto tiempo, que no podíamos resistir la idea de no proseguir adelante; no se puede avanzar sin gasóleo, así que estábamos en un verdadero apuro. ¿Qué podíamos hacer? Después de mucha discusión Lorna fue abajo y oró. Media hora después regresó a cubierta con la cara resplandeciente. "El Señor acaba de decirme que nunca tendremos menos de seis a ocho pulgadas de combustible", me

informó. (Medimos el gasóleo poniendo una varilla en el tanque.) Yo tenía que creer lo que ella me decía, o retroceder, y decidí creer que Dios le había hablado, así que continuamos. Seguimos navegando días tras día. Cuando Rex y René paraban para llenar sus tanques de vez en cuando, nos preguntaban una y otra vez por qué nosotros no llenábamos los nuestros, y simplemente les decíamos que íbamos bien de combustible. Recuerden, el motor estaba en marcha catorce horas al día, y en el tanque caben unos veinticinco galones; cada vez que nos acercábamos a las presas –y el río se precipitaba rápidamente, porque iba de crecida–, simplemente teníamos que creer lo que Dios había dicho. En todo este tiempo nunca nos preocupamos de medir la altura del tanque. Andábamos por fe. Dos semanas después del día que el Señor habló con ella llegamos a Lyon, bastante cerca para ir en tren a Ginebra si podíamos obtener el billete. Vendimos un par de latas a Rex, que quería comprarlas, y Lorna me dejó para tratar de reunir algo de dinero.

»Al llegar a Ginebra fue a ver a su antigua amiga Gwen. Gwen fue muy amable, y le dijo que se sentía impulsada a darle algunos diezmos que había acumulado, además de algo extra que, le dijo, "vais a necesitar antes de llegar a Gibraltar". Después de uno o dos días Lorna regresó con estos recursos y ya pudimos comprar el gasóleo. Antes de hacerlo acordamos medir el que nos quedaba. Cuando metimos la varilla ¡mostraba que quedaban unas seis pulgadas y tres cuartas partes de pulgada, tal como el Señor le había dicho a Lorna!» Una vez más se detuvo Mike, dejando bien subrayadas estas palabras.

«Ahora tenemos otro punto; Rex y René tenían un bote y un motor como el nuestro. Cuando les contamos lo que nos había sucedido se quedaron asombrados, y nos dijeron: "Nos preguntábamos por qué no llenaban nunca el tanque como hacíamos nosotros...; ¡si no lo hubiéramos visto con nuestros ojos no lo habríamos creído!" ¿No es maravilloso? ¡Dios hizo un milagro creativo para nosotros durante este tiempo, y Él

tenía a alguien allí con un bote y un motor idénticos al nuestro!»

Bill y Ruth estuvieron de acuerdo en que éste era un milagro notable, y se sintieron inspirados para seguir intercambiando episodios de ayuda y liberación divina hasta tarde por la noche. Había tanto de que hablar que los dos navegantes se quedaron con ellos hasta el jueves siguiente. Entonces se dijeron adiós, y, como los barcos que se cruzan de noche, ésta fue la última vez que esperaban verse durante mucho tiempo. Pero unos y otros estaban equivocados.

Amaneció fresco y claro el día en que Mike y Lorna dejaron el puerto de Málaga y se dirigieron hacia el Sudeste en dirección al Peñón. No lo veían aún, pero tarde o temprano, siguiendo el curso que habían señalado en el mapa, iba a aparecer. Había algo simbólico respecto a Gibraltar, porque no sólo señalaba el fin del Mediterráneo: sabían que era el comienzo de un nuevo capítulo de ministerio en sus vidas.

Podían oír ahora, en inglés, la red emisora de las Fuerzas Británicas, que daba el boletín informativo con el pronóstico para la navegación. (Pronto se enteraron que los británicos en Gibraltar tenían tal obsesión por la navegación en bote que todo el mundo competía anualmente en una carrera alrededor de una roca sin importancia llamada Alborán –una verdadera proeza en el arte de la navegación–, y ¡se levantó un gran alboroto cuando un año un jefe de la R.A.F. radió a su escuadrón de cazas que le ayudaran a encontrarla! Quizás, en parte, como consecuencia de esta obsesión el servicio meteorológico era magnífico en los pronósticos, con lo que proporcionaba protección a toda la fraternidad de navegantes en el Mediterráneo sudoccidental.) Ahora, provistos de un pronóstico del tiempo por primera vez desde que entraron en aguas españolas, podían estar tranquilos. Recientemente habían sido atrapados en una galerna similar a la de Euroclidón, en que naufragó el barco del apóstol Pablo, y sólo

habían conseguido entrar en un puerto tan pequeño que, incluso dentro, pasaron una noche ansiosa mirando las amarras, en tanto que el mar, batiendo otras embarcaciones, las destrozaba.

«¡Mira, aquí está!», dijo Mike entusiasmado, entregando a Lorna los anteojos.

A distancia, apenas visible, se erigía el macizo centinela gris, haciendo su guardia permanente. Sobre él los ingleses hacían su propia guardia, controlando los movimientos de todos los barcos que pasaban, como venían haciendo desde centenares de años antes. Pusieron el autopiloto en dirección al Peñón e hicieron una pequeña celebración. Tenían motivos para ello, porque no sólo había sido la galerna reciente, o la falta de combustible con la que habían tenido que luchar. Antes de separarse de Rex y René habían entrado en la Bollène, la esclusa más grande de Europa, que tiene una altura de diecinueve pies. Al descender al nivel inferior, sus gigantescas compuertas de acero parecían tan formidables e inexorables como las puertas del infierno; y en realidad se habían abierto para ellos para lanzarlos a una especie de infierno. Al dejar la esclusa, se quedaron sumamente alarmados al encontrar que soplaba un mistral muy vivo.

El mistral es un viento del Norte que, furioso por que los montes le impiden el paso, se abre camino con fuerza abajo por el valle del Ródano, y a veces alcanza una intensidad tremenda. Esta vez estaba aún más furioso. Tras ellos el cielo era negro como de luto; delante se les venía la noche encima, y el primer lugar en que podían amarrar el bote se hallaba a catorce kilómetros. El viento azotaba con violencia el río, encrespándolo en olas cortas y vivas, y al avanzar precipitadamente hacia abajo vieron fugazmente a los reporteros gráficos de algún periódico en un puente que fotografiaban el remolino; luego se enteraron que había alcanzado casi la velocidad de un huracán.

Con el personal de los dos botes orando con fervor, sabiendo que era imposible que navegaran catorce kilómetros

más ante un viento así y un río a oscuras, se lanzaron corriente abajo. El bote de Rex y René iba danzando detrás de ellos en movimientos alocados, y apenas era visible por entre la espuma pulverizada, en tanto que el agua barría las cubiertas. Era imposible gritar a Rex de modo que pudiera oírles por encima de aquella escena alocada, y lo único que podían intentar era hacerse señales. Mike miraba por entre la espuma a una y otra orilla, esperando hallar algo a que amarrarse. Tuvieron que seguir avanzando en medio de la noche, que ahora era oscura como una boca de lobo. Lo único que tenían eran las luces de algunos edificios en la orilla y el reflector que Lorna sostenía con la mano, y que se movía a sacudidas y penetraba las tinieblas; entre los dos habían impedido que se embarrancaran en algún sitio; pero su suerte no podía durar indefinidamente.

De súbito, a estribor, apareció la enorme silueta de una barcaza vacía, amarrada junto a una pared de retención del río. «Lorna, ¿ves esa barcaza? ¡Voy a intentar colocarme a su lado!» Mike gritó por encima del viento. Por fortuna tenía como parachoques varios neumáticos, que son indispensables cuando se navega por los canales. Sin ellos habría sido imposible, dadas las condiciones de entonces, acercarse a nada sin destrozar el yate. La cubierta de la barcaza vacía era mucho más alta que la suya, pero las olas, barriendo el bote por debajo, a veces lo levantaban casi a la misma altura. Era necesario maniobrar el yate muy cerca de la barcaza; sostenerlo en posición contra las fuerzas hostiles que lo bamboleaban por todas partes, y esperar el momento oportuno en que una ola los levantara bastante para que, lanzando una cuerda para amarrar, uno de ellos saltara de una embarcación a la otra. Equivocarse significaría, probablemente, la muerte, pues no había esperanza de salir del río helado en una noche así. «¡Yo saltaré! ¡Tú agarras bien la rueda del timón!», gritó Mike.

«¡No! Temo que no puedo sostener el bote bastante tiempo. ¡Voy a saltar!», replicó Lorna dominando el fuerte viento

«¡No seas loca!», replicó Mike.

«¡Mike, no puedo sostener el bote!», contestó Lorna con firmeza.

«¿Para eso he estado enseñándote cómo dominarlo?», gritó Mike exasperado. «Muy bien, no podemos hacer nada más.» Confiando que Rex entendería sus intenciones, pasó la barcaza y luego hizo un círculo contra el viento hacia ella, poniendo el poderoso motor diesel a toda velocidad, con lo cual consiguió moverse adelante. Cerca de la barcaza vio que el ángulo no era correcto y el paso era fallido. «Vamos a probarlo otra vez.» Lorna agarró el bote con una mano y la cuerda con la otra. Una vez más estuvieron cerca, a unos pocos pies. Con la cubierta de la barcaza por encima y casi cegado por la espuma, Mike intentó controlar el bote hasta que una ola los hizo subir. «¡Ahora!»

Incapaz de pensar nada por el terror, Lorna obedeció y dio un salto hacia la cubierta; ésta se alejó casi inmediatamente, pero Lorna había quedado sobre ella. Mike pudo ver que corría por la barcaza hasta llegar a sus grandes bolardos y pronto había amarrado la soga. Aunque no había pasado todo el peligro, la cosa ya había cambiado de aspecto. Mike se encaramó a la barcaza, en tanto que Rex y René maniobraron para lanzar una cuerda y pronto los dos botes estaban amarrados firmemente. Pasaron la noche esperando que calmara el viento, agradecidos de hallarse sanos y salvos.

Luego, en su tramo final, había un puente levadizo en exceso. Cuando fue levantado el último puente para dejarles entrar en el mar Mediterráneo, en Sete, y precisamente cuando una barcaza pasaba por allí, por alguna razón el yate dejó de responder y fueron impulsados hacia la barcaza. Pudieron evitar el choque con la barcaza, y luego alguien les lanzó una cuerda; ¡entonces vieron que se les había caído la hélice! La profecía de Gwen se acababa de cumplir: necesitaban dinero extra antes de llegar a Gibraltar. Tuvieron que encargar por avión una nueva hélice a Inglaterra, y pasaron dos semanas antes de estar listos para partir.

Así que al acercarse al Peñón había motivos para la celebración. Dentro de unas pocas horas estarían allí. Según el libro de los pilotos, los yates visitantes podían ir a los embarcaderos del viejo *destroyer*, o bien al centro de deportes de mar o «marina». Prefirieron los primeros, y después de las formalidades de rigor se dirigieron a la ciudad.

«Hola, ¿es la hermana Drost?»
«Sí.» La voz parecía familiar.
«Soy Mike, y aquí está Lorna...»
«¿Ah, sí? ¿Dónde están ustedes ahora?»
«Hermana Drost, estamos en Gibraltar todavía.»
«¡En Gibraltar!», contestó Ruth sorprendida. Hacía varias semanas que habían partido. «¿Qué hacen ustedes ahí todavía?»
«Bueno, ha habido aquí una especie de avivamiento; pero tardaríamos demasiado hablando por teléfono. Si les está bien vamos a navegar para verles este fin de semana, y llevaremos a otros con nosotros.»
«¡Cómo no! Siempre que ustedes quieran. Vamos a celebrar nuestra Convención de Pascua, así que van a conocer gente de diferentes partes de España.» Ahora Ruth ya estaba intrigada. Cuando Bill regresó a casa le contó lo de la llamada. Esperaban casi con ansia la noche del viernes. El tiempo pasó rápidamente, y una vez más se sentaron juntos para tomar café con un grupo, y escucharon otra historia. Mike empezó:
«Cuando llegamos a Gibraltar fuimos a ver las iglesias, y la que tenía más reuniones anunciadas era la Metodista, así que el domingo por la mañana fuimos allí. Después del servicio nos dieron café, y la persona que vino a servirnos a nosotros fue Marilyn, a quien ven aquí (habían traído a Marilyn), la cual nos dijo: "Hola, ¿quiénes son ustedes?"
"Nosotros somos pentecostales, y estamos navegando con nuestro yate en dirección al océano Índico para hacer obra evangélica como misioneros", explique. Su respuesta realmente me sorprendió.

"¡Alabado sea el Señor! He venido leyendo acerca del bautismo del Espíritu Santo, y desde hace dos años estoy orando para que Dios me envíe a alguien que me dirija al mismo!" Siguió explicando que la semana anterior había anclado un barco en el puerto haciendo mucha propaganda. Marilyn había ido a bordo para hablar con alguien acerca de recibir el Espíritu Santo, pero la persona con quien había hablado le dijo que no se preocupara mucho de esto... El barco partió de Gibraltar emitiendo la opinión de que Gibraltar es un lugar difícil para la obra del Señor, y Marilyn se quedó desanimada y decepcionada.
"Naturalmente, hubo un gran contraste cuando nosotros llegamos en nuestro pequeño yate una semana después, sin ser anunciados y sin conocer un alma. Pero, en realidad, no es ni con poder ni con fuerza, ¿no? Marilyn creyó que con nuestra visita Dios había contestado finalmente sus oraciones. Nosotros nos quedamos encantados y le indicamos una hora para que viniera y orara con nosotros. Antes de una semana había recibido el Espíritu Santo, así que la bautizamos en el mar en el nombre del Señor. Ella estaba realmente entusiasmada y trajo a algunos amigos suyos de la iglesia para vernos. No mucho después, algunos de ellos, incluyendo a Fidel y a Sheila, que están a cargo de la Escuela Dominical, recibieron el Espíritu. Los bautizamos, y las cosas empezaron a ponerse en movimiento, como una avalancha de nieve. Brian, otro de los amigos de la iglesia de Marilyn, que está en el Servicio de Radiotransmisión de las Fuerzas Británicas, preparó arreglos para hacernos una entrevista que fue radiada. Para este tiempo pudimos dar algunos consejos al amigo de un amigo, el cual tenía el mismo tipo de bote que nosotros; nos invitó a una comida que resultó ser una reunión de la flor y nata de los personajes británicos de Gibraltar. Parecía que el Señor estaba abriendo una puerta tras otra para nosotros.
»Como sucedieron tantas cosas, no podíamos simplemente abandonar a esta gente, así que empezamos a celebrar

reuniones en el bote de Marilyn. Hay un gran número de personas que viven en botes en Gibraltar, y es una encrucijada para los marineros de todo el mundo. Luego vino Jónathan; después otro matrimonio que vivía a bordo de su bote, Rodney y Margaret. Todos necesitaban instrucción, y ahora estamos intentando entrenar a Fidel para que se haga cargo de la gente cuando nosotros nos marchemos. Es una lástima que la frontera esté cerrada...; los jóvenes de ustedes podrían ir allá y ayudar en la obra empezada.»

«¡Diles lo que sucedió a Marilyn!», le recordó Lorna.

«Sí. Marilyn, cuando la conocimos, estaba a punto de sufrir un colapso nervioso porque su matrimonio se venía desmoronando desde hacía un par de años. Tan pronto como recibió el Espíritu Santo se sintió mucho mejor. Entonces dijo: "¡Tengo que ir a Inglaterra y hablarles a mis padres de lo que ha sucedido!" (Son bautistas.) Al llegar a la casa de su madre, antes de quitarse el abrigo, oró en el vestíbulo con ella, ¡la cual recibió el Espíritu inmediatamente! Todo esto era maravilloso, pero el día que Marilyn regresó a Gibraltar sucedió algo más. Yo estaba con Rod y Marg en su bote, y al dejarlos para ir al nuestro tenía que pasar por delante del de Marilyn. Pensé asomarme para ver si había vuelto de Inglaterra, y vi que ésta ya había regresado. Cuando puse el pie en la cabina se me erizaron los pelos. "Mike", me dijo en estado de pánico, "gracias a Dios que ha vuelto. ¡Los demonios se han apoderado de mí otra vez!" Y era verdad. Podía sentirlos alrededor. Inmediatamente los reprendí en el nombre de Jesús, y se marcharon. Para darle más confianza le pasé la mano por la espalda varias veces, y ella dio un suspiro de alivio y se calmó. Satanás había intentado atraparla por medio de sus recuerdos; el bote estaba asociado a dos años de tortura viva. Habiendo estado ausente en Inglaterra, el demonio le había susurrado que ahora estaba de vuelta en el mismo lugar, el lugar de tormento. Al oír el susurro ella había hecho caso, se había asustado y estaba aterrorizada. El temor había sido la puerta por la que los demonios intentaron

atacarla. "Marilyn", le dije, "¡*NO TEMAS*! El temor atormenta. El temor es la puerta de los demonios. Los demonios no pueden entrar en ti si estás llena del Espíritu Santo, pero el temor les permite atacarte desde fuera. Te mintieron diciéndote que aún tenían poder sobre ti. No lo tienen, pero si pueden empujarte hasta que entres en pánico no podrás hacer valer sobre ellos la autoridad que tienes –y entonces parecerá que ellos tienen todavía poder–. ¡Usa esta autoridad!" Marilyn ha rehusado hacer caso de las mentiras, o entrar en pánico otra vez, y está disfrutando de su victoria.»

«Es verdad, los demonios siempre intentan aterrorizarnos», comentó Bill. «Lo primero que hay que aprender es a no tenerles miedo nunca: "Mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo." Lo que hay que hacer después es no escuchar nunca sus mentiras. Es inútil discutir y razonar con las mentiras; tienes que negarte a escucharlas. ¡El escucharlas e intentar razonar cargado con toda la basura que Satanás pone en tu mente, es como irle sacando las capas a una cebolla tan grande que nunca vas a llegar al centro! Los demonios intentan que tú les mondes sus cebollas. De este modo te impiden toda victoria para Dios!»

«¡Amén!», asintieron los ministros en la mesa de Bill. La conversación continuó con diversas historias de liberación de los demonios, y de hombres dados de alta de instituciones mentales después de haber estado recluidos en ellas sin esperanza.

«Hay una pareja que viene a la conferencia por la mañana, y que quisiera que conocieran, llamados los Baker. Estaban haciendo obra en la América del Sur con nosotros. Ahora están en Madrid», dijo Bill a Mike y Lorna cuando fue avanzando la noche. Sería un encuentro excepcional.

Nadie tenía idea de lo escasos de recursos que andaban ahora Mike y Lorna, excepto, quizá, Marilyn. El quedarse tanto tiempo en Gibraltar había consumido todos sus recursos, y sólo habían podido venir a Málaga gracias a que Marilyn les había hecho presión para que aceptaran diez

libras esterlinas. (Aunque el viento sopla gratis, cuando no sopla y tú tienes prisa, necesitas combustible para el motor. Además habían ido en el yate sólo a Estepona, desde donde tuvieron que tomar un autocar hasta Málaga.)

«Stan, te presento a Mike y Lorna, de Australia», dijo Bill a los Baker. Con los Baker estaba el líder de los jóvenes de Argentina.

«¡Hola!» Stan, luego, presentó a su esposa, y al joven de América del Sur. «Esto es interesante; ¿de Australia, no? ¡Quizás ustedes podrían ayudarnos!»

«¿En qué forma?», preguntó Mike.

«Bueno, hace tres años y medio, cuando nosotros estábamos en Buenos Aires, teníamos a cargo un departamento nacional de jóvenes. Los jóvenes de todas las iglesias hicieron una colecta aquel año, y oramos al Señor pidiendo a quién debíamos dar el dinero. ¿Conoce usted la revista *Global Witness*?»

«Sí», contestó Mike. (Era la revista misionera de la Iglesia norteamericana.)

La esposa de Stan, entonces, metió baza: «Nos supo muy mal. Al leerlo vimos la foto de una pareja de Australia que había ido a Nueva Zelanda para hacer obra misionera. Tuvimos la impresión, bien definida, de que debíamos dar este dinero a la pareja...; pero nunca pudimos hallar su dirección para enviárselo. ¿No es terrible esto? He llevado conmigo este dinero durante todos estos años. Todavía lo tengo aquí. ¿Conocen a esta pareja, por casualidad?»

«¡Si los conocemos!», exclamó Mike; «¡nosotros somos esta pareja!» Los Baker se quedaron tan asombrados como Mike y Lorna. «¡Era nuestra fotografía la que aparecía en la revista! La enviamos a la revista hacia mediados del 1973... ¡Alabado sea el Señor!»

Al oír la historia de que Dios había hecho provisión con antelación de más de tres años, la había preservado, y luego concertado una reunión a una distancia tan enrome, precisamente en el momento en que un líder de las juventudes

argentinas estaba presente para ser testimonio de su entrega, la Convención se sintió en gran manera alentada en su fe. Era un ejemplo conmovedor en extremo de la presciencia fantástica de Dios, de sus preparativos perfectos y su gran cuidado.

Mike, Lorna y el grupo de Gibraltar fueron visitantes frecuentes de Málaga en los meses siguientes. Por este tiempo el joven Bernardo fue instrumento de un avivamiento en Antequera –una ciudad a unos cincuenta minutos de Málaga, en las montañas–, en el que participaron gran número de jóvenes. Bill, sin embargo, empezó a tener problemas con el corazón, y el médico le recomendó un régimen estricto y ejercicio; pero esto no disminuyó sus actividades. Más bien sus planes de trabajo aún aumentaron. La fuerza presente en las semillas de los ministros futuros iba creciendo y robusteciéndose, y parecía imposible poder irse temprano a la cama y no levantarse temprano a su vez. Mientras España siguiese en su sopor espiritual, Bill no podría dormir más tiempo.

Entretanto, algunos autores cristianos conocidos empezaron a interesarse en que escribiera su biografía. «¡La gente que escribe la historia de su vida se muere a continuación!», comentó riéndose, y se negó a hacerlo. Tenía demasiado trabajo por hacer, y no quería tentar al destino.

Con respecto a los marineros, habiendo agotado de nuevo sus recursos, se dirigieron a Suiza. Allí hallaron personas a las cuales habían dado testimonio, y oraban para recibir el Espíritu Santo. Querían que empezaran una iglesia. Lo hicieron. Luego, dejando la obra en las manos de un ministro que tenía intención de trasladarse a Suiza, regresaron a Gibraltar y a su yate.

De vuelta en el Peñón, Marilyn y Fidel habían mantenido las cosas en marcha. Hubo mucho trabajo que hacer con los preparativos para la despedida final. Entre tanto Lorna marcaba las latas de comida con los nombres que las identificaban, Mike vio que había algún punto débil en el aparejo, que

exigía reparaciones. Fue una buena oportunidad para llevar a algunos a visitar a Bill y a Ruth de nuevo, así que metidos todos en el yate emprendieron la marcha hacia Estepona, navegando a motor contra el viento del Este.

Bill no sabía exactamente cuál era la causa, pero había algo que le intranquilizaba. La gente de Gibraltar está allí otra vez; los Drost habían tenido placer en recibir sus visitas, y con Lorna cerca siempre se oían risas, pero Bill sentía un desasosiego extraño. Decidió inquirir del Señor el motivo del mismo.

Era el domingo, en el servicio de la mañana, unas horas antes de que los visitantes partieran para el Peñón. Mike estaba mirando la Biblia, cuando un texto de la Escritura en el que nunca se había fijado llamó su atención, le dio directamente en la cara podríamos decir, y le dejó en extremo preocupado. Era Isaías 33:23: «Tus cuerdas se aflojaron; no aseguran el mástil, ni entesan la vela.» El día era ventoso en extremo; abajo en el mar el viento aún sería más vivo. ¿Les estaba advirtiendo el Señor que el yate se había soltado de sus amarras? Le fue imposible esperar más tiempo para ir a Estepona a fin de averiguarlo.

Llegado a Estepona, habiendo compartido el texto de la Escritura con sus amigos, se sintieron todos aliviados al ver que el bote estaba en perfecto estado. Con todo, el viento era muy fuerte, escala 6 a 7, y seguía soplando del Este, o sea que les impulsaría directamente hacia su destino, si bien los movimientos bruscos del yate serían muy incómodos. Ésta sería la primera oportunidad de poner a prueba las modificaciones que había hecho en el cordaje y aparejo. Largando algunos rizos en la vela mayor, Mike se dirigió hacia el Peñón. Apenas habían salido del rompeolas oyeron un tremendo crujido, seguido del ruido de algo que se rompía. El viento había arrancado el caballete de la vela principal y el bote empezó a moverse a sacudidas fuera de control. Con las cuerdas y poleas bamboleándose al viento, Mike se apresuró

a arriar la vela. Por fortuna nadie había sufrido daño alguno. Puso en marcha el motor, y sin la vela que los mantuviera firmes el bote se bamboleaba de un modo espantoso; cuando el bote entró en el embarcadero la noche del domingo la tripulación estaba sufriendo seriamente por el mareo.

«Ruth, hay algo que no va bien, pero no sé qué es. Quisiera saberlo. Cuando Mike y Lorna estuvieron con nosotros la última vez estuve muy intranquilo por causa de ellos.»

«¿No tienes idea de lo que se puede tratar?»

«No, de veras. No quisiera vivir en aquel bote, sin embargo. Voy a orar en favor suyo. Quisiera que me ayudaras.»

«¡Seguro que lo haré!», le aseguró Ruth a su marido. Bernardo y Cristóbal vinieron luego para hablar de algún asunto, y de momento olvidaron la conversación.

Gerry, un ex submarinista, fue la última adición al grupo que se reunía en el bote de Marilyn; le gustaba la idea de navegar con Mike y Lorna hasta las Canarias, y les prometió que iría con ellos. Después de haber hecho una modificación en el velamen, Mike estaba seguro ahora que podían pasar incluso el cabo de Hornos. Lo único que estaban esperando era que se levantara el viento. Tuvieron que seguir esperando. Durante cuarenta y dos días, algo excepcional, estuvo soplando desde el Sudoeste –es decir, desde las islas Canarias– sin amainar un instante. Al entrar en el Estrecho el viento quedaba embotellado entre los Pilares de Hércules, y se arremolinaba en forma que era inútil pensar que un bote o un yate podía salir del Mediterráneo. Con tantos infortunios, al parecer, en su contra en el pasado inmediato ya, ¿significaba esto una nueva oposición? La gente del servicio meteorológico estaba asombrada. No había posibilidad de hacer otra cosa que esperar.

Cuando finalmente dejó de soplar desde el Sudoeste, se dirigieron al Servicio Meteorológico, en el cual les ayudaron

muchísimo, como de costumbre. El empleado les mostró las cartas y las lecturas del satélite, junto con la actividad eléctrica, o sea rayos en la ruta que planeaban, según informes de los barcos. Esto confirmó lo que Mike pensaba: vientos moderados desde el Nordeste durante tres o cuatro días. Las condiciones eran perfectas. Telefonearon a España para decirles a Bill y a Ruth que el día siguiente, por fin, emprendían el viaje.

Bill tenía una carga en su corazón que no le permitía dormir. La mente le daba vueltas pensando en el matrimonio que al día siguiente –es decir, aquel mismo día, pues ya era tarde– intentaba cruzar el Atlántico. Se deslizó fuera de las mantas y se dirigió a su estudio para ponerse delante de Dios. Estaba rayando el alba cuando se puso de pie. Pero antes había leído la mentalidad del Espíritu: «*NO ES EL MOMENTO DE QUE MIKE Y LORNA SE VAYAN.*» «¿A qué hora pensaban partir?», se preguntó. Tenía que alcanzarlos a tiempo...

Bill despertó a Ruth: «Querida, ahora sé cuál era la carga que tenía en el corazón. Esta noche el Señor me ha dicho que no es el momento para que partan Mike y Lorna. Tengo que ir a Gibraltar y hablar con ellos. Espero llegar a tiempo.» Mirando el reloj vio que no eran todavía las cinco de la mañana.

Después de las festividades de la noche anterior, Torremolinos estaba profundamente dormido, y Marbella apenas se movía, así que Bill cruzó a gran velocidad por las ciudades del cinturón turístico, hacia Algeciras y el hidrofoil. Llegaría a primeras horas de la tarde a Gibraltar, yendo, como era obligado, vía Tánger. ¿Llegaría a tiempo?

El mar estaba liso y como bruñido. Deslizándose del embarcadero haciendo el menor ruido posible, Mike, Lorna y Gerry avanzaron a una velocidad reducida hacia el malecón. Luego pusieron proa hacia África, dejando atrás las luces de

La Línea, la ciudad fronteriza con España, que parecían eclipsadas por la luz roja de sangre del Sol que asomaba por el Este. Estaban en camino.

En este momento Bill entraba en el terminal de pasajeros de Algeciras; sin saberlo se cruzarían en el Estrecho. Cuando Bill llegó al Peñón ellos estaban rodeando el cabo Espartel, a motor, porque el viento nordeste que esperaban no había llegado todavía. Procurando mantenerse a distancia del grueso oleaje que se producía en los rompientes de la costa del Atlántico de Marruecos, sin puerto alguno, el autopiloto les puso en ruta directamente hacia las Canarias. En unos cuatro días pensaban llegar allí.

«¡Oh, qué desgracia!», exclamó Bill al ver vacío el lugar en que estaba antes el yate en el embarcadero. Con el corazón apesadumbrado se dirigió al bote de Marilyn. «¿A qué hora partieron?»

«¡Cómo! ¡Hermano Drost! ¿Qué está haciendo aquí? ¡Entre y tome una taza de té!», exclamó alegremente sin esperar respuesta. Al estilo típicamente británico, todo podía esperar y todo parecía mejor después de una taza de té.

Bill removió el líquido con la cucharilla dando vueltas dentro de la taza, y explicó su misión. «Bien, es demasiado tarde ahora. ¡Tendremos que esperar a recibir noticias de ellos desde las islas Canarias!», le dijo Marilyn en la forma realista que adoptan muchos cuando están preocupados: no haciendo con ello otra cosa que poner al mal tiempo buena cara.

Recordando otros casos, como la ocasión en que en la casa de huéspedes de la señora Darrah (ver libro primero) había llegado literalmente demasiado tarde, se quedó muy acongojado. Fue un mal día en todos los sentidos: de vuelta a España se averió el hidrofoil y todos los que estaban a bordo tuvieron que pasar la noche bamboleándose en medio de una zona de rutas marítimas, esperando recibir auxilio. En Málaga le aguardaban nuevas victorias, pero de momento Bill estaba mareado, no sólo en el estómago, sino también en el

espíritu. Y si hubiera mirado la región elevada de la atmósfera, habría visto que el cielo se estaba aborregando. Estas nubes, causadas por las corrientes que cruzaban por el estrato, son con frecuencia precursoras de grandes tormentas. Las señales del cielo eran claras y correctas. El boletín de pronóstico meteorológico equivocaba. Se estaba preparando una gran tormenta desde el Sudoeste.

POSDATA

Una vez casados Wayne y Susan fueron a Zaragoza para empezar obra. Wayne testificaba por las calles, y se puso en contacto con algunos estudiantes universitarios del otro lado del mar que estudiaban medicina. Pasó noche tras noche con ellos y los invitó a la reunión la noche que Wynn Stairs fue allí a predicar. Bárbara, ciudadana de los Estados Unidos, pero nacida en Cuba, entregó su vida al Señor aquella noche. Después de recibir el Espíritu Santo, trajo un cierto número de sus compañeros al Señor. Entre ellos había un estudiante joven llamado Pedro Castro. El Señor lo llamó al ministerio, y ahora Pedro está pastoreando la iglesia de Zaragoza. ¡Ah, sí!, de paso, se casó con Bárbara.

Poco tiempo después de regresar de Gibraltar, Bill, quizá con algún presentimiento, puso la historia de su vida en cintas magnetofónicas. Lorna le había venido haciendo presión para que lo efectuara.

Por este tiempo su sobrino Joseph vino del Canadá para hallar curación. Era joven y padre de tres hijos. La enfermedad llamada esclerosis en placas le había marcado, sin embargo, como una de sus víctimas, y ahora Joseph sólo podía andar con la ayuda de un bastón. Su futuro era oscuro. Él y Bill pasaron largos períodos en oración y ayuno para su liberación, y la iglesia se añadía a las peticiones. Durante unos meses no hubo cambio alguno en su condición.

Joseph estaba entrando en la sala, un día, cuando de repente se dio cuenta que estaba curado. Dando un grito de

alabanza empezó a andar rápidamente de una habitación a la otra sin la ayuda del bastón. Agarrando sillas las levantaba en el aire, y hacía multitud de cosas que antes no podía realizar. Joseph se imaginaba el gozo que tendría cuando regresara al Canadá y podría levantar en el aire a su hijo de seis años.

Desde el principio Bill había estimulado a la congregación a creer en su curación, y hubo un gran gozo en la iglesia cuando Joseph testificó, rompiendo el bastón delante de elllos para mostrar que ya no lo necesitaría más. Temprano por la mañana del 3 de marzo, Joseph regresó al Canadá, ahora un hombre rebosando dicha.

De regreso del aeropuerto Bill fue a Correos para recoger las cartas, su ocupación favorita. Entre ellas había una de un joven del Canadá, llamado Jeffrey, a quien Bill conocía y por quien Bill había orado con frecuencia. Jeffrey tenía la intención de venir a Málaga en una excursión con otros de su escuela, pero había ocurrido algo que le impidió hacer el viaje. Bill quedó decepcionado porque sabía que el muchacho estaba necesitado de ayuda espiritual, así que fue a su estudio para escribir una larga carta, llena de avisos y afecto paternal. Luego se dirigió al correo con ella. (Cuando la carta llegó al Canadá, Bill ya había muerto.)

Como de costumbre, el sábado por la tarde, Bill se fue a su estudio para prepararse para el servicio del domingo. En la noche del sábado, en la reunión de oración, Ruth notó que estaba especialmente ungido y activo, y antes de indicar las peticiones de oración los exhortó con tremenda unción a lanzarse en el Espíritu Santo. Usó como texto Ezequiel cuarenta y siete: «Me hizo pasar por las aguas, aguas que llegaban hasta los tobillos. Midió de nuevo, y me hizo pasar por las aguas que llegaban hasta las rodillas. Midió de nuevo, y me hizo pasar por las aguas que llegaban hasta los lomos. Midió de nuevo, y era ya un río que yo no podía pasar, porque las aguas habían crecido de manera que el río no se podía pasar sino a nado.» Andando de un lado a otro, con las manos

levantadas hacia Dios, suplicó con gran fervor que la gente entrara y viviera en la corriente del Espíritu. La reunión de oración fue muy poderosa.

De repente Ruth sintió que debía mirar hacia Bill. Notó que Bill estaba quieto, orando sobre todos ellos; sus ojos se dirigían del uno al otro, y parecía estar muy distante. Se preguntó en qué estaría pensando en aquellos momentos.

Quizá pensaba en el versículo siguiente, que la congregación no había notado: «*Y ME DIJO: ¿HAS VISTO ESTO, HIJO DE HOMBRE? DESPUÉS ME CONDUJO, Y ME HIZO VOLVER A LA RIBERA DEL RÍO*.» Por dentro Bill sentía que el Señor le estaba llevando a la ribera de un río. Esta vez, además, el Señor le estaba diciendo suavemente que ahora tenía que cruzarlo.

Cuando la gente estaba dispuesta para marcharse, Bill les fue despidiendo afectuosamente. Él y Ruth se habían retirado a la cocina para preparar la cena, hablando de la reunión. Cuando Ruth salió un momento de la habitación para ir al baño oyó un gran golpe y un gemido. Regresó al instante y Bill estaba inmóvil, arrimado al refrigerador. Había sufrido un ataque de apoplejía, que le había enviado directamente a la orilla de la eternidad, pero aún anduvo unos pasos tambaleándose hasta una silla. El ataque ahora le empujó dentro del río. «Querida», le dijo a Ruth, «esto es el fin».

¿Qué les sucedió a Mike, Lorna y Gerry? Bien..., ésta es otra historia. Pero si algún día te hallas en Málaga, España o en Ginebra (en Suiza), entra en la iglesia y pregúntalo. Te van a contar más sobre lo que pasó.

¿DÓNDE SE HALLAN AHORA?

BILL DROST; Descansa en España.
RUTH DROST: Todavía ministrando en Málaga, España.
GERALD DROST: Ministrando en Madrid, España.
WAYNE DROST: Después de hacer mucha obra misionera en el Brasil reside todavía en el Brasil.
WYNN DROST: Después de hacer obra misionera en El Salvador, se halla actualmente como misionero en Guatemala. Ha escrito un libro sobre el avivamiento en El Salvador.
VERNER DROST: Ministrando en Santander, España.

PERSONAJES DEL LIBRO PRIMERO:

JACK WEST: Ministrando en St. Catharines, Ontario, Canadá.
SISTER JOHNSON: Vive en New Brunswick, Canadá. Ha escrito un libro sobre sus esfuerzos como misionera en China y, luego, en Colombia.
PEARL COOPER: Después de hacer obra durante muchos años en Colombia, murió en los Estados Unidos.
LOS LARSEN: Después de muchos años en Colombia, aprendieron el francés e hicieron obra de pioneros en Montreal, Canadá. El hermano Larsen ha muerto, la hermana Larsen continúa la obra.
ROSALBA: Es la esposa de un pastor en Colombia.
EUCARIS: Todavía fiel a Jesús en Colombia.
SAÚL: Murió siendo pastor en Cali, Colombia.
ALICIA: Después de un ministerio notable y magnífico, que la llevó a viajar por muchos lugares de Colombia, murió de enfermedad.

SMITH WIGGLESWORTH: Murió en Inglaterra poco después de hablar con Bill.
CAMPO BERNAL: Pasó muchos años como director de la obra de conjunto de Colombia. Todavía pastor allí.
JUDITH: Ella y su marido, un pastor, están en Colombia.

PERSONAJES DEL LIBRO SEGUNDO:

PAUL MOULTON: Todavía misionero en Iquitos, Perú.
LOS «MUCHACHOS ESPECIALES» DE LIMA: Todavía ministrando en varias partes del Perú.
LOS BAKER: Haciendo obra misionera en varios países de América del Sur y España. Al presente en Norteamérica.
DAVID y GRACE WEINS: Después de hacer obra misionera en la América del Sur y las islas Canarias, al presente en Norteamérica.
PETER QUIST: Todavía ministrando en su querida Rotterdam, Holanda.
WYNN STAIRS: Después de ministrar durante muchos años, murió en el Canadá.
ÁLVARO y LA VERNE: Regresaron de su ministerio en España para ser pastores en Barranquilla, Colombia. La Verne murió recientemente.
BERNARDO: Todavía pastor de la obra de Antequera, España.
CRISTÓBAL: Pastor de la obra en Málaga, España.
JOSÉ LUIS: Pastor de la obra en Granada, España.
MIKE y LORNA: Ministrando en la Comunidad Internacional en Ginebra, Suiza, y en la Iglesia del Salvador Viviente.